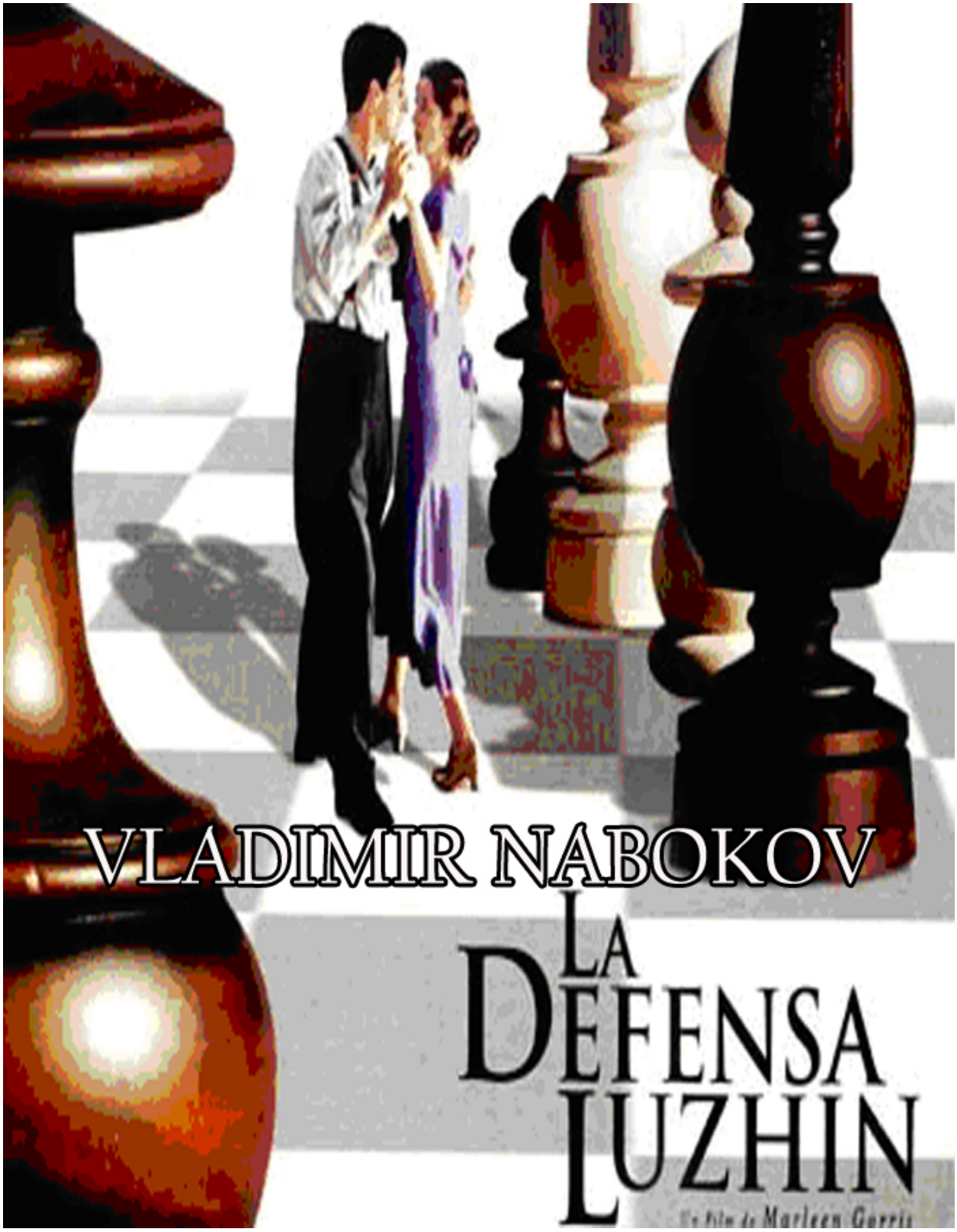
La defensa Luzhin
VLADIMIR NABOKOV



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A pesar de su aspecto grosero y desaseado, carente por completo de gracia, el gran maestro Luzhin, protagonista de esta novela, ha sido considerado por muchos como uno de los más encantadores personajes nabokovianos. El descubrimiento del ajedrez supone para él la revelación de un orden de impecable armonía donde encontrar refugio contra las tribulaciones de su desdichada adolescencia. A partir de ese momento da comienzo su brillante carrera como campeón en ese juego, que pronto se convierte en objeto de una obsesión que absorbe su vida por completo. Demasiado tarde comprende Luzhin que tal obsesión amenaza con destruirlo y que el instrumento escogido como defensa contra el desorden y los agravios del mundo es también un arma que finalmente se vuelve contra él mismo, hallándolo en la más patética indefensión.

Publicado por vez primera en Berlín, en 1930, el propio Nabokov observa en su prólogo que «de todos mis libros rusos, es *La defensa* el que contiene y difunde mayor "calor"». La sombría peripecia de Luzhin contiene pasajes de una melancólica delicadeza y de un fino humor que contribuyen a hacer de esta novela una pieza de rara perfección. Todos los elementos de la trama se hallan sutilmente enlazados en un juego de correspondencias y de calculados golpes de efecto supeditados con inimitable sabiduría a una estructura que, deliberadamente, recuerda aquí a una elegante, astuta e implacable partida de ajedrez.

«Superior a Lolita y, a su manera, tan subversiva y conmovedora como ella...» (Saturday Review)

«Diabólica... brillante... asombrosamente original.» (Newsweek)

«El estilo es denso y alusivo, la inteligencia, vasta. Lolita fue un bestseller a causa de su tema —una perversidad con la que los lectores lúbricos se relamían, olvidando la belleza y lo intrincado de la escritura —. La defensa, menos conocida, es más metafísica y más indicativa del gran talento de Nabokov.» (Anthony Burgess)

«La variedad, la fuerza y la riqueza de las percepciones de Nabokov no tienen rival en la literatura de ficción contemporánea... su lectura es lo más cercano al puro placer sensual que puede ofrecer la escritura...» (Martin Amis).

Para Vera

PROLOGO

El título ruso de esta novela es *Zashchita Luzhina*, que significa «la defensa de Luzhin» y se refiere a una jugada de ajedrez supuestamente inventada por su protagonista, el gran maestro Luzhin. Este nombre rima en inglés con *illusion* (ilusión), si se pronuncia la «u» lo suficientemente abierta. Comencé a escribirla en la primavera de 1929 en Le Boulou, un pequeño balneario de los Pirineos Orientales en donde me hallaba cazando mariposas, y la terminé en Berlín ese mismo año. Recuerdo con especial nitidez una gran roca inclinada entre colinas cubiertas por encinas y acebos, donde tuve la primera inspiración del libro. Podría añadir alguna curiosa información adicional en el caso de que me lo tomara más en serio.

Zashchita Luzhina, bajo el seudónimo de «V. Sirin», apareció en la revista trimestral *Sovremennye Zapiski*, editada en París por emigrados rusos, e inmediatamente después, en 1930, fue publicada por la editorial berlinesa Slovo, asimismo dirigida por emigrados rusos. Aquella edición en rústica, de 234 páginas, 21 por 14 centímetros de tamaño y sobrecubierta negra mate con letras doradas, es hoy día una rareza y puede llegar a serlo todavía más.

El pobre Luzhin ha tenido que esperar treinta y cinco años hasta ser editado en lengua inglesa. Si bien es cierto que a finales de la década de los treinta hubo algunas esperanzas cuando un editor estadounidense mostró interés por la obra, resultó pertenecer a esa clase de editores que desean convertirse en la musa masculina del autor, y nuestra breve relación terminó abruptamente cuando me sugirió que sustituyera el ajedrez por la música y convirtiera a Luzhin en un violinista demente.

Al releer hoy día esta novela, y al volver a jugar los movimientos de su acción, me siento un poco como Anderssen y rememoro con afecto su sacrificio de ambas torres en favor del desdichado y noble Kieseritzky, quien se ve obligado a aceptarlo una y otra vez en las páginas de una infinidad de manuales, con un signo de interrogación como monumento. Era una historia difícil de componer, por lo que resultó un placer poder aprovechar algunas imágenes y escenas para dar un sesgo funesto a la vida de Luzhin, así como describir un jardín, un viaje o una secuencia de hechos desagradables como si se tratara de un brillante juego de ajedrez y, especialmente en los capítulos finales, hacer uso de un ataque en toda regla para narrar el hundimiento mental de mi pobre personaje. A este propósito, me gustaría ahorrar tiempo y esfuerzo a los críticos poco imaginativos —y, en general, a las personas que mueven los labios mientras leen y de quienes no puede esperarse que se enfrenten a una novela sin diálogos cuando su argumento puede saberse gracias al prólogo- haciéndoles observar la temprana introducción del tema de la ventana cubierta de escarcha (relacionada con el suicidio de Luzhin, o, mejor dicho, el jaque mate que se hace a sí mismo) en el capítulo once, o lo tremendamente patético que resulta el modo en que mi abatido maestro recuerda sus viajes profesionales, pues no trae a su memoria las diferentes etiquetas deslucidas por el sol de su equipaje ni las

Librodot

placas para linterna mágica, sino las losetas de los diferentes cuartos de baño y de los retretes de pasillo: aquel suelo a cuadros blancos y azules donde él, sentado en su trono, encontró y estudió las prolongaciones imaginarias de la partida interrumpida, o cierto pavimento fastidiosamente asimétrico, de nombre comercial «ágata», donde la jugada de un caballo sobre tres colores arlequinados interrumpía aquí y allá el tono neutro del ajedrezado linóleo entre el «Pensador» de Rodin y la puerta, o los grandes rectángulos de color negro satinado y amarillo cuyas hileras formando haches eran dolorosamente cortadas por la línea vertical ocre de la tubería del agua caliente, o aquel palaciego retrete en cuyas encantadoras baldosas de mármol, reconoció, intactos, los nebulosos contornos de cierta combinación que había ideado una noche, el mentón sobre el puño, muchos años atrás. Pero los golpes de efecto de ajedrez que he colocado no se limitan a escenas aisladas: en realidad se suceden a lo largo de la estructura básica de esta atractiva novela. Así, por ejemplo, hacia el final del capítulo cuatro me permito hacer un movimiento inesperado en una esquina del tablero, dieciséis años desaparecen en el transcurso de un párrafo, y Luzhin, súbitamente promovido a una fecunda hombría y trasladado a un balneario alemán, aparece ante una mesa en un jardín y señala con su bastón una ventana del hotel que acaba de recordar (no el último cuadrado de vidrio en su vida) a la persona con quien conversa (una mujer, a juzgar por el bolso que hay sobre la mesa de metal), a la que no conoceremos hasta el capítulo sexto. El tema retrospectivo comenzado en el capítulo cuatro se disuelve entonces en la imagen del difunto padre de Luzhin, cuyo pasado se expone en el capítulo cinco mientras recuerda los inicios de la carrera como ajedrecista de su hijo, que idealiza en su mente hasta transformarla en un cuento sentimental destinado a los jóvenes. En el capítulo sexto volvemos al balneario y encontramos a Luzhin jugando aún con el bolso de mano y dirigiéndose a su borrosa interlocutora, que se va perfilando, le quita el bolso, menciona la muerte del padre de Luzhin y acaba convirtiéndose en una parte definida de la escena. Toda la secuencia de movimientos en estos tres capítulos fundamentales nos recuerda —o debería recordarnos— ciertos problemas de ajedrez cuya solución no consiste en hacer jaque mate en determinado número de jugadas, sino en el denominado «análisis retrospectivo», en el cual se requiere que el jugador demuestre mediante un estudio desde el principio de la posición esquemática que las negras *no podían* haber enrocado en su última jugada o que *debían* haber tomado al paso un peón blanco.

Es innecesario extenderse, en esta breve introducción, sobre los aspectos más complejos de mis ajedrecistas y sus combinaciones. Pero debo decir que de todos mis libros rusos, es *La defensa* el que posee y difunde el mayor «calor», lo que podría parecer extraño si se tiene en cuenta cuan tremendamente abstracto se supone que es el ajedrez. De hecho, Luzhin ha sido considerado encantador por muchas personas que no entienden nada de ajedrez y por otras a las que no han gustado mis restantes libros. Es grosero y desaseado, y carece de gracia, pero, como mi gentil protagonista (una joven encantadora por derecho propio) descubre muy pronto, hay en él algo que trasciende tanto la vulgaridad de su carne grisácea como la esterilidad de su recóndito genio.

En los prefacios que he escrito últimamente para las ediciones en lengua inglesa de mis novelas rusas he seguido la regla de dirigir unas

cuantas palabras de aliento a los representantes de Viena, y estas palabras preliminares no constituyen la excepción. Tanto analistas como analizados disfrutarán, o al menos eso espero, con ciertos detalles del tratamiento al que Luzhin es sometido después de su crisis nerviosa (como la insinuación terapéutica de que un jugador de ajedrez ve a su madre en su propia reina y a su padre en el rey contrario), y el freudiano de ideas fijas que confunde una serie de Pixlok con la clave de una novela sin duda seguirá identificando a mis personajes de acuerdo con la noción de que se trata de mis padres, las mujeres que he amado y las personas que he conocido. Para satisfacción de tales sabuesos debo confesar que he cedido a Luzhin mi institutriz francesa, mi ajedrez de bolsillo, mi carácter dulce y el hueso de un melocotón que tomé de mi propio huerto.

VLADIMIR NABOKOV
Montreux,
15 de diciembre de 1963

Librodot

I

Lo que más le impresionó fue el hecho de que a partir del próximo lunes él también sería Luzhin. Su padre, el auténtico Luzhin, el viejo Luzhin, el escritor, dejó el cuarto de los niños con una sonrisa, frotándose las manos (untadas ya para la noche con una crema transparente), y con paso afelpado por sus zapatillas de ante se dirigió hacia su habitación. Su mujer, que yacía en la cama, se incorporó a medias y dijo:

—Bueno, ¿cómo lo tomo?

Mientras él se despojaba de su bata gris le respondió:

—Lo hemos logrado. Lo tomó con calma. ¡Uff! Me he quitado un buen peso de encima.

—¡Qué bien...! —dijo su esposa, cubriéndose lentamente con la manta de seda—. ¡Gracias a Dios!

Y en verdad era un alivio. Durante todo el verano... un fugaz verano en el campo compuesto sobre todo de tres olores fundamentales: lilas, heno recién segado y hojas secas... durante todo el verano habían discutido la cuestión de cuándo y cómo decírselo, y lo fueron posponiendo hasta finales de agosto. Se habían movido a su alrededor en círculos que lo estrechaban aprensivamente, pero bastaba con que él levantara la cabeza para que su padre comenzara a golpear con fingido interés la esfera del barómetro, cuya manecilla siempre señalaba tormenta, en tanto que su madre abandonaba sobre la tapa del piano el largo y abigarrado ramo de jacintos silvestres y se escabullía hacia las profundidades de la casa dejando abiertas todas las puertas. La robusta institutriz francesa que acostumbraba leerle en voz alta *El conde de Montecristo* (y que interrumpía a menudo la lectura para exclamar con sentimiento «¡Pobre, pobre Dantés!») había propuesto a sus padres que le dejaran tomar el toro por los cuernos, a pesar de que aquel toro le inspiraba un miedo cerval. El pobre, pobre Dantés no despertaba en él ninguna simpatía, pues al escuchar el suspiro educativo de la mujer se limitaba a entrecerrar los ojos y a frotar con una goma el papel en que había tratado de retratar su protuberante busto de la manera más horrorosa posible.

Muchos años después, en un inesperado período de lucidez y de encantamiento, recordó con pasmoso deleite aquellas horas de lectura en la terraza, amenizadas por los sonidos del jardín. Aquel recuerdo estaba impregnado de sol y del dulce sabor a tinta de los palitos de regaliz, que la institutriz solía cortar a trocitos con su cortaplumas para persuadirlo después de que se los pusiera bajo la lengua. Y las tachuelas que una vez colocó en el asiento de mimbre destinado a recibir con vigorosos y destemplados crujidos el obeso trasero de aquélla resultaban, al mirar hacia atrás, equivalentes al sol y a los murmullos del jardín y al mosquito aferrado a su rodilla pelada que levantaba feliz su abdomen cada vez más sonrosado. Un chico de diez años conoce bien sus rodillas, las conoce con todo lujo de detalles... el picor de la roncha que se ha rascado hasta sangrar, los trazos blancos dejados por sus uñas en la piel tostada por el sol y todos esos arañazos que llevan la firma de los granos de arena, los guijarros y las ramas punzantes. El mosquito podría escapar, esquivando su palmada; la institutriz le pediría que no la interrumpiera; en un frenesí de concentración, descubriendo su dentadura irregular, que un dentista de San Petersburgo

había circundado con un alambre de platino, y agachando la cabeza con su coronilla en espiral, se dedicó a rascar y a arañar la picadura con los cinco dedos. Lentamente, con creciente horror, la institutriz se inclinaba hacia el abierto cuaderno de dibujo, hacia aquella increíble caricatura.

—No, será mejor que se lo diga yo mismo —respondió Luzhin padre, indeciso, ante aquella sugerencia—. Se lo diré más tarde; dejémosle escribir su dictado en paz.

«Nacer en este mundo es algo difícilmente soportable», dictó Luzhin padre con voz segura, mientras caminaba de un lado a otro de la sala de clase. «Nacer en este mundo es algo difícilmente soportable.» Y su hijo escribía, prácticamente echado sobre la mesa, mostrando los dientes y sus andamios metálicos, y dejando espacios en blanco en los lugares correspondientes a las palabras «nacer» y «soportable». La clase de aritmética transcurrió mejor. Había una misteriosa dulzura en el hecho de que un número de varias cifras, trabajosamente comprendido, pudiera en el momento decisivo, después de muchas aventuras, ser dividido entre diecinueve sin dejar residuo.

Luzhin padre temía que cuando su hijo supiera que iba a estudiar los nombres de los fundadores de Rusia, los absolutamente impersonales Sineo y Truvor, así como la lista de las palabras rusas que contienen la letra «ya» y los principales ríos de Rusia, tendría una rabieta semejante a la que había tenido dos años atrás, cuando lenta y pesadamente, acompañada por el ruido de crujientes escalones, chirriantes tablas del suelo y acarreo de baúles, llenando la casa entera con su presencia, había hecho su aparición la institutriz francesa. Pero nada de eso ocurrió ahora; había escuchado tranquilamente, y cuando su padre, tratando de destacar los detalles más interesantes y atractivos, le dijo entre otras cosas que sería llamado por su apellido, como las personas mayores, el chico se ruborizó, comenzó a pestañear, se arrojó sobre la almohada en posición supina, abrió la boca y movió de un lado al otro la cabeza («No te retuerzas de esa manera», le dijo el padre con aprensión, al advertir la confusión de su ánimo y en espera de lágrimas), pero no rompió a llorar y en cambio hundió la cara en la almohada, haciendo ruidos ahogados al poner los labios contra ella, hasta que levantándola de repente, con el ceño fruncido y los ojos brillantes, preguntó si también en casa sería llamado Luzhin.

Y luego, aquel día pesado y tenso, en el camino a la estación por donde pasaba el tren a San Petersburgo, Luzhin padre, sentado al lado de su mujer en el carruaje abierto, miraba a su hijo, dispuesto a sonreír al punto si éste volvía hacia él su rostro obstinadamente lejano, y se preguntaba cuál sería la causa de que el chico de pronto se mostrara tan «envarado», en palabras de su esposa. Estaba sentado frente a ellos, en el asiento delantero, envuelto en una oscura capa de tweed y tocado con una gorra de marinero que llevaba torcida, pero que nadie se hubiera atrevido a enderezar, y miraba hacia un lado, a los gruesos troncos de los abedules que corrían a lo largo de una zanja llena de sus hojas.

—¿No tienes frío? —preguntó su madre cuando el camino se curvó hacia el río y una ráfaga de viento agitó suavemente el ala del pájaro gris de su sombrero.

—Sí, sí que tengo —respondió el hijo, mirando hacia el río.

Su madre, con un sonido que parecía un gemido, estaba a punto de alargar la mano y ajustarle la capa, pero al advertir su mirada retiró con

toda rapidez la mano y sólo hizo una indicación con un movimiento de los dedos en el aire.

—Ciérrala, ciérrala más.

El muchacho no reaccionó. Frunciendo los labios para apartar el velo del sombrero de su boca, un ademán constante en ella, casi un tic, miró a su marido en una silenciosa solicitud de apoyo. También él llevaba una capa de lana; sus manos enfundadas en gruesos guantes descansaban sobre una manta escocesa de viaje, que descendía suavemente para formar un valle y luego volvía a subir con discrección, hasta llegar a la cintura del pequeño Luzhin.

—¡Luzhin! —dijo su padre con forzada jovialidad—. ¡Eh, Luzhin! —Y bajo la manta, con gran ternura, tocó a su hijo con la pierna.

Luzhin retiró las rodillas. Siguieron luego las cabanas de troncos de los campesinos, con sus techos cubiertos de una espesa capa de musgo brillante, el viejo y familiar poste indicador con la inscripción casi borrada (el nombre del pueblo y el número de sus «almas») y el pozo del pueblo, con su cubo, su barro negro y algunas campesinas de piernas blancas. Más allá del pueblo los caballos subieron al paso la colina, y detrás de ellos, abajo, apareció el segundo carruaje, en el que, sentadas la una al lado de la otra, viajaban la institutriz y el ama de llaves, quienes se odiaban a muerte. El cochero emitió un chasquido con los labios y los caballos volvieron a emprender el trote. En el cielo incoloro un cuervo voló pausadamente sobre los rastrojos.

La estación quedaba a poco más de dos kilómetros de la casa de campo, en un sitio donde el camino, después de pasar suavemente por un resonante bosque de abetos, cruzaba la carretera que iba a San Petersburgo y seguía adelante, atravesaba la vía del ferrocarril, se deslizaba bajo una barrera y continuaba hacia lo desconocido.

—Si quieres, puedes hacer funcionar los títeres —dijo Luzhin padre en tono conciliador cuando su hijo saltó del carruaje, fijó los ojos en el suelo y movió el cuello irritado por la capa de lana. En silencio tomó la moneda de diez kopecs que le era ofrecida. La institutriz y el ama de llaves descendieron pausadamente del segundo vehículo, la una por la izquierda, la otra por la derecha. El padre se quitó los guantes. La madre, levantándose el velo, vigilaba al mozo de estación de pecho abombado que se encargaba de recoger las mantas de viaje. Un repentino viento sacudió las crines de los caballos e hinchó las mangas color carmesí del cochero.

En cuanto se encontró solo en el andén, Luzhin caminó hacia la caja de cristal donde cinco pequeños muñecos con las piernas desnudas pendientes esperaban la acción de una moneda para tomar vida y ponerse en movimiento; pero aquel día sus esperanzas resultaron vanas, pues resultó que la máquina estaba estropeada y la moneda fue gastada inútilmente. Luzhin esperó un poco, luego se volvió y caminó hasta el borde de los rieles. A su derecha, una niña sentada sobre un fardo enorme comía una manzana verde, un codo apoyado sobre la palma de la mano. A la izquierda se erguía un hombre con polainas y una fusta de montar en la mano, que miraba hacia el distante lindero del bosque donde dentro de algunos minutos aparecería el heraldo del tren... un penacho de humo blanco. Frente a él, al otro lado de los rieles, junto a un vagón de segunda clase de color leonado sin ruedas, que había arraigado en el terreno hasta el punto de convertirse en vivienda humana, un campesino partía leña.

Repentinamente todo se oscureció por una niebla de lágrimas, los párpados le ardían, era imposible soportar lo que estaba a punto de ocurrir... el padre con una abanico de billetes en las manos, la madre que contaría las maletas con los ojos, el tren que se acercaría a toda marcha, el mozo que colocaría una escalerilla ante la puerta del vagón para facilitar el acceso. Miró a su alrededor. La niña comía su manzana; el hombre de las polainas seguía escrutando la distancia; todo estaba en calma. Como si estuviera dando un paseo, caminó hasta el final del andén; entonces comenzó a moverse muy deprisa: bajó a la carrera algunas escaleras y encontró un sendero muy trillado, el huerto del jefe de estación, una cerca, una portezuela, luego una pequeña zanja e inmediatamente después un denso bosque.

Al principio corrió en línea recta hacia el bosque, rozando los crujientes heléchos y resbalando sobre las hojas rojizas de los lirios del valle; la gorra pendía de la parte posterior de su cuello, sostenida sólo por la cinta de goma, sus rodillas estaban calientes dentro de las medias de lana de su vestido de ciudad, lloraba mientras corría y mascullaba maldiciones infantiles cada vez que una rama le azotaba la frente. Finalmente se detuvo y, jadeante, se sentó en cuclillas a fin de que la capa le cubriera las piernas.

Hasta entonces, el día de su traslado anual del campo a la ciudad, un día que en sí nada tenía de dulce, cuando la casa estaba sumida en el caos y uno envidiaba al jardinero porque no partía para ninguna parte, hasta ese día no comprendió por completo el horror de aquel cambio del que su padre le había hablado. Los anteriores regresos otoñales a la ciudad equivalían a la felicidad. Sus diarios paseos matutinos con la institutriz, realizados siguiendo siempre las mismas calles hasta llegar a la avenida Nevsky, y el regreso a casa, siempre por el malecón, ya no se repetirían. Felices paseos. A veces la institutriz sugería que comenzaran por el malecón, pero él siempre se había opuesto... no porque le gustara seguir siempre la misma rutina, sino porque el temor al cañón de la fortaleza de Pedro y Pablo le resultaba intolerable; temía la inmensa y atronadora explosión que hacía temblar los cristales de las ventanas y era capaz de reventar los tímpanos... y siempre lograba (por medio de sutiles maniobras) estar en la avenida Nevsky a las doce del mediodía, tan lejos como fuera posible del cañón, cuyo disparo, en caso de que se hubiera cambiado el orden del paseo, los habría sorprendido a la altura del Palacio de Invierno. También se habían acabado sus agradables meditaciones después del almuerzo tendido en el sofá, bajo la piel de tigre, la leche servida en una taza de plata —que le daba un sabor delicioso— a las dos en punto y el paseo por la ciudad en un lando descubierto así que tocaban las tres. En lugar de todo eso se avecinaba algo nuevo, desconocido y por consiguiente odioso, un mundo insufrible e inaceptable donde habría cinco lecciones entre las nueve de la mañana y las tres de la tarde y una multitud de chicos aún más temibles que los que no hacía mucho, un día de julio, allí mismo, en el campo, precisamente en el puente, le rodearon, apuntándole con sus pistolas de hojalata, y le dispararon unos proyectiles de madera cuyas ventosas de goma habían sido pérfidamente arrancadas.

El bosque estaba húmedo y silencioso. Tan pronto como terminó de llorar se puso a jugar con un escarabajo que movía nervioso sus antenas y al final lo aplastó gozosamente con una piedra; a cada golpe esperaba volver a oír el emocionante crujido inicial. En cierto momento advirtió que había comenzado a lloviznar. Se levantó del suelo, encontró un sendero que le

resultó familiar y, saltando sobre las raíces, comenzó a correr con vagos pensamientos vengativos de regresar a la finca; se ocultaría en ella, pasaría allí el invierno, se alimentaría con queso y mermelada de la despensa. El camino serpenteaba durante unos diez minutos a través del bosque y descendía hasta el río, cubierto de círculos causados por las gotas de lluvia; cinco minutos después tuvo a la vista el aserradero, su puente, donde los pies se hundían hasta el tobillo en el serrín, y el camino de subida, y luego, por entre los desnudos troncos de las lilas, divisó la casa. Se deslizó cautelosamente a lo largo de los muros, vio que la ventana del salón estaba abierta, trepó por los tubos de desagüe hasta la verde y desconchada cornisa y rodó por el alféizar. Una vez en el interior del salón, se detuvo y escuchó. Un daguerrotipo de su abuelo materno (patillas negras, un violín en la mano) le miró fijamente, pero la mirada desapareció por completo, disuelta en el cristal, en cuanto contempló el retrato sólo desde un lado, melancólica diversión de la que jamás prescindía cada vez que entraba en el salón. Después de quedarse pensativo por un momento y de mover su labio superior, lo que hizo que el hilo de platino de sus dientes frontales se moviera libremente de arriba abajo, abrió con cautela la puerta, se sobresaltó por el sonido vibrante del eco que había invadido la casa después de la salida de sus propietarios, cruzó el pasillo como una flecha y subió las escaleras hasta llegar al desván. Este recibía la luz a través de un ventanuco, desde el cual era posible ver la escalera y el brillo marrón de su balaustrada que se curvaba graciosamente al descender y se desvanecía en la penumbra. Un silencio absoluto reinaba en la casa. Poco rato después, desde abajo, del estudio de su padre, llegó el sonido ahogado de un teléfono. El timbre sonó con intervalos durante un buen rato. Luego volvió a hacerse el silencio.

Se acomodó sobre una caja. Junto a ella había otra semejante, que estaba abierta y contenía libros. Una bicicleta de mujer, con la verde red de la rueda trasera destrozada, se hallaba boca abajo en un rincón, entre una tabla desnivelada apoyada contra la pared y un enorme baúl. Al cabo de unos minutos Luzhin ya se aburría, como cuando uno lleva la garganta envuelta en franelas y tiene prohibido salir de la habitación. Acarició los libros grises y polvorientos de la caja abierta, dejando negras huellas en las cubiertas. Junto a los libros había un volante de badminton con una pluma, una gran fotografía de una banda militar, un tablero de ajedrez resquebrajado y algunas otras cosas de muy poco interés.

De esta manera transcurrió una hora. De pronto oyó ruido de voces y el chirrido de la puerta principal. Echando una mirada cautelosa desde el ventanuco pudo ver a su padre, quien como un muchacho subió a la carrera las escaleras y luego, antes de llegar al descansillo, volvió a descender rápidamente, con las piernas muy abiertas. Las voces de abajo se hicieron cada vez más claras: la del mayordomo, la del cochero, la del vigilante. Un minuto después la escalera volvió a llenarse de vida; en esta ocasión su madre subió a toda prisa, recogiéndose la falda con la mano, pero también ella se detuvo poco antes del descansillo, se inclinó en cambio, sobre la balaustrada, y luego, con los brazos muy abiertos, bajó corriendo. Finalmente, antes que transcurriera otro minuto, todos subieron en tropel; brillaba la cabeza calva de su padre, y el pájaro del sombrero de su madre se balanceaba como un pato en las aguas agitadas de un estanque; el pelo del mayordomo, cortado a la alemana, parecía saltar de abajo arriba; al final,

Librodot

apoyándose en la barandilla, subían el cochero, el vigilante y, por alguna razón desconocida, la lechera Akulina; cerraba la marcha un operario de barba negra del molino sobre el río, futuro habitante de futuras pesadillas. Fue él, por ser el más fuerte, quien cargó con Luzhin desde el desván hasta el carruaje.

Librodot

II

Luzhin padre, el Luzhin que escribía libros, se preguntaba a menudo cuál sería el destino de su hijo. En sus libros (y todos, excepto una novela olvidada llamada *Humo*, iban destinados a los adolescentes, los jóvenes y los estudiantes de bachillerato, y tenían sólidas y vistosas tapas) aparecía constantemente la figura de un chico rubio, «testarudo», «taciturno», quien más tarde se convertía en violinista o pintor sin perder su belleza moral en el proceso. La apenas perceptible peculiaridad que distinguía a su hijo de todos aquellos jóvenes, quienes en su opinión estaban destinados a convertirse en seres completamente insignificantes (en el supuesto de que tales jóvenes existieran), era interpretada por él como el soplo secreto del talento; teniendo muy en cuenta el hecho de que su difunto suegro había sido compositor (aunque como tal no demasiado brillante y susceptible, en sus años maduros, a los dudosos esplendores del virtuosismo), más de una vez, en un agradable sueño parecido a una amable litografía, había bajado con un candelabro en la mano al salón donde un *Wünderkind*, un niño prodigio, enfundado en un blanco camisón de dormir que le llegaba hasta los tobillos tocaba un enorme piano negro.

Le parecía que todo el mundo tenía que advertir lo excepcional que era su hijo; era posible incluso que los extraños pudieran advertirlo mejor que él. La escuela que había elegido para su hijo era famosa, por cierto, por la atención que supuestamente dispensaba a la vida «interior» de los alumnos, así como por su humanidad, su atención personalizada y su cordialidad en el trato. La tradición aseguraba que durante la primera parte de su existencia los profesores jugaban con los chicos durante los largos recreos; el profesor de física, mirando por encima del hombro, se ocupaba en transformar un puñado de nieve en una bola; el profesor de matemáticas recibía un duro golpe de pelota en las costillas mientras jugaba al lapta (una especie de béisbol ruso), e incluso el propio director estaba presente y jaleaba el juego con joviales exclamaciones. Aquellos juegos en común hacía largo tiempo que habían dejado de tener lugar, pero su fama idílica se mantenía. El responsable de la clase de su hijo era el profesor de literatura, bien conocido por Luzhin el escritor e, incidentalmente, un poeta nada malo que había publicado una colección de imitaciones de Anacreonte. «Pase por aquí», le dijo el día que Luzhin llevó por primera vez a su hijo al colegio, «cualquier jueves a eso de las doce.» Y Luzhin lo hizo así. Las escaleras estaban desiertas y silenciosas. Al cruzar el vestíbulo rumbo a la sala de profesores oyó el sonido sofocado de algunas risas, procedentes de la clase de segundo. En el silencio que sobrevino sus pasos resonaron más de lo normal sobre el entarimado del largo vestíbulo. En la sala de profesores, ante una amplia mesa cubierta con una bayeta verde (que recordaba las de los exámenes), el profesor estaba sentado escribiendo una carta.

Desde el día en que su hijo había ingresado en la escuela él no había hablado con el profesor, y al ir a hacerlo en aquella ocasión, un mes más tarde, se hallaba lleno de trémula expectación, de cierta ansiedad y timidez, de los mismos sentimientos que había experimentado un día, siendo joven, cuando vestido con el uniforme universitario había visitado al editor de una revista literaria a quien había enviado poco antes su primer relato. Y aquel día, como entonces, en vez de las palabras de entusiasta sorpresa que

vagamente había esperado (igual que cuando despierta uno en una ciudad desconocida y espera, con los ojos aún cerrados, encontrarse ante una mañana esplendorosa), en lugar de las palabras que él mismo habría pronunciado de buena gana, a no ser por la esperanza de que invevitablemente serían dichas, oyó unas frases frías y tontas que le demostraron que el profesor entendía a su hijo menos aún que él. Sobre el tema del posible talento oculto no se dijo una sola palabra. El profesor inclinó su pálido rostro barbudo, con surcos rosados a ambos lados de la nariz, de la cual retiró cuidadosamente los apretados quevedos, y se puso a frotarse los ojos con la palma de la mano; entonces le dijo que el chico podría lograr resultados mejores que los obtenidos, que el chico parecía no llegar a entenderse con sus compañeros, que el chico no hacía suficiente ejercicio durante los recreos...

—Es indudable que el chico tiene capacidad —dijo el profesor mientras terminaba de frotarse los ojos—, pero advertimos cierta falta de concentración. —En aquel momento alguien tocó un timbre en el piso de abajo, y el sonido subió y se transmitió con intolerable estridencia por todo el edificio. Después hubo dos o tres minutos del más completo silencio, y de pronto todo volvió a la vida y se transformó en ruido; las tapas de los pupitres cayeron con estrépito y el vestíbulo se llenó de voces y de sonido de pasos—. El recreo largo —explicó el profesor—; si usted quiere, podemos ir al patio; así verá jugar a los muchachos.

Los alumnos descendían con rapidez las escaleras de piedra, acariciando la balaustrada y haciendo resbalar las suelas de sus sandalias por los bordes de los peldaños desgastados por el uso. Abajo, en la poblada oscuridad de los percheros, se cambiaban de calzado; algunos de ellos, sentados en los amplios alféizares, gruñían mientras se ataban a toda prisa los cordones de las botas. De pronto descubrió a su hijo, quien, hundido de hombros, sacaba sus botas con evidente disgusto de una bolsa de tela. Un chico rubio pasó corriendo y tropezó con él; cuando se hizo a un lado, Luzhin vio repentinamente a su padre, que le sonrió. Luzhin padre sostenía en una mano su gorro de piel de astracán y con el canto de la otra marcó el pliegue de la parte superior, que se había borrado. Luzhin entrecerró los ojos y dio media vuelta como si no hubiese visto a su padre. En cuclillas, de espaldas a su progenitor, se concentró en sus botas; los que ya habían logrado cambiarse el calzado pasaban sobre él, y cada empujón le hacía inclinarse aún más, como si tratara de ocultarse en un rincón oscuro. Cuando al fin salió, llevando un largo abrigo gris y una pequeña gorra de astracán (que un estudiante rubio y corpulento le tiraba constantemente al suelo), su padre se encontraba ya en el portón del otro lado del patio y miraba expectante en su dirección. Junto a Luzhin padre se hallaba el profesor de literatura, y cuando el gran balón de goma gris que los muchachos empleaban para el fútbol llegó por casualidad a sus pies, el profesor de literatura, continuando instintivamente aquella encantadora tradición, hizo como si fuera a chutar, pero sólo se pasó torpemente el balón de un pie a otro y casi perdió uno de sus chanclos, lo que le hizo reír de muy buen humor. El padre lo sostuvo por el codo, y Luzhin hijo, aprovechando la oportunidad, volvió al vestíbulo, donde en aquel momento todo era tranquilidad y el conserje, oculto entre los percheros, bostezaba como un bendito. A través de los cristales de la puerta y de los barrotes de hierro fundido de la verja, en forma de estrella, vio a su padre quitarse un guante,

Librodot

despedirse con apresuramiento del profesor y desaparecer por el portón. Entonces salió de nuevo al patio y, deslizándose cuidadosamente por entre los jugadores, se encaminó al montón de leña que se apilaba bajo una arcada. Allí, levantándose el cuello, se sentó sobre una pila de troncos.

De esa manera se sentó aproximadamente durante doscientos cincuenta largos recreos, hasta el año en que fue al extranjero. Algunas veces el profesor se presentaba en aquel rincón.

—¿Por qué estás siempre sentado en esos troncos, Luzhin? Deberías correr un poco con tus condiscípulos.

Luzhin se levantaba del montón de troncos, trataba de encontrar un lugar lo más alejado posible de los tres compañeros que se mostraban especialmente feroces a aquella hora del día, evitaba la pelota lanzada por el sonoro puntapié de alguno de los jugadores y, después de asegurarse de que el profesor se hallaba lejos de allí, volvía al montón de leña. Había elegido aquel lugar el primer día, el aciago día en que al descubrir tanto odio y curiosidad burlona en torno a él sus ojos se habían llenado automáticamente de una ardiente niebla y todo lo que miraba (¿por qué esa maldita necesidad de mirar las cosas?) estaba sujeto a intrincadas metamorfosis ópticas. La página con líneas azules entrecruzadas se volvía borrosa; los blancos números de la pizarra se contraían y ensanchaban alternativamente; la voz del profesor de aritmética, como si se alejara de modo progresivo, se volvía más hueca e incomprensible, y su vecino de pupitre, un bestia traicionero con pelusa en las mejillas, decía con tranquila satisfacción: «Ahora se va a echar a llorar.» Pero Luzhin no lloró ni una sola vez, ni siquiera en los lavabos cuando varios compañeros se pusieron de acuerdo para meterle de cabeza en la taza del retrete, llena de burbujas amarillas.

—Caballeros —les había dicho el profesor en una de las primeras lecciones—, su nuevo compañero es el hijo de un escritor, al cual si ustedes no han leído deberían hacerlo.

Y escribió en la pizarra con letras muy grandes, apretando tanto la tiza que ésta se pulverizó entre sus dedos: *Las aventuras de Tony*. Silvestrov y Compañía, Editores. Después de eso, durante dos o tres meses, sus condiscípulos le llamaron Tony. Con aire misterioso, el bestia de las mejillas velludas llevó el libro a la escuela y durante la clase lo mostró furtivamente a los demás a la vez que lanzaba miradas significativas a su víctima, y al terminar la lección comenzó a leer en voz alta por la mitad, deformando voluntariamente las palabras. Petrishchev, que miraba por encima del hombro del otro, quiso retener una página y la rompió.

—Mi papá dice que es un escritor de segunda categoría —graznó Krebs.

—¡Que lea Tony en voz alta! —exclamó Gromov. —Lo mejor será que cada uno lea un poco —dijo enfáticamente el payaso de la clase, y se apoderó del hermoso libro rojo y dorado después de una lucha tormentosa. Las páginas quedaron dispersas por toda la clase. Una de ellas tenía un grabado: un colegial de ojos brillantes daba su almuerzo a un perro hambriento en la esquina de una calle. Luzhin encontró al día siguiente aquel grabado cuidadosamente pegado en el interior de la tapa de su pupitre.

Pronto, sin embargo, le dejaron en paz; sólo su apodo salía a la luz de cuando en cuando, pero como tercamente se negaba a responder cuando le

Librodot

llamaban por él, también ese nombre acabó por morir. Dejaron de advertir la presencia de Luzhin, dejaron de hablarle, e incluso el niño tranquilo (que jamás falta en una clase, de la misma manera que siempre hay un chico gordo, uno fuerte y uno ingenioso) se alejaba de él, temeroso de compartir su despreciable condición. Ese mismo niño tranquilo, que seis años después, a comienzos de la Primera Guerra Mundial, recibió la Cruz de San Jorge por una misión de reconocimiento en extremo peligrosa y más tarde perdió un brazo en la guerra civil, cuando trató de recordar (en la segunda década de este siglo) cómo era Luzhin en la escuela, no podía verlo de otra manera que no fuera desde atrás, sentado delante de él, con sus orejas prominentes, o retrocediendo hacia un extremo del vestíbulo para alejarse todo lo posible del tumulto, o partiendo hacia su casa en un trineo, con las manos en los bolsillos y una gran cartera de colegial de distintos colores colgada de su espalda, mientras la nieve caía... Trató entonces de correr hacia delante para mirar la cara de Luzhin, pero esa nieve característica del olvido, esa nieve abundante y silenciosa, veló sus recuerdos con una cortina blanca y opaca. Y el antiguo chico tranquilo, ahora un emigrado intranquilo, dijo al mirar una foto en el periódico:

—Imagínese que no puedo recordar su cara... no puedo recordarla...

Pero Luzhin padre, asomado a la ventana tan pronto daban las cuatro de las tarde, vería acercarse el trineo y el rostro de su hijo como una mancha pálida. El chico acostumbraba dirigirse directamente a su estudio, besaba el aire al acercar su mejilla a la de su padre y acto seguido daba media vuelta.

—Espera —le diría el padre—, espera. Dime, cómo te fue hoy. ¿Te llamaron a la pizarra?

Miraría con avidez a su hijo, el cual volvería la cara hacia otro lado. Hubiera querido tomarlo por los hombros, sacudirlo y besarlo sonoramente en las pálidas mejillas, en los ojos y en las tiernas y cóncavas sienes. El anémico pequeño Luzhin desprendía aquel primer invierno escolar un conmovedor olor a ajo como resultado de las inyecciones de arsénico prescritas por el médico. Le habían quitado ya el alambre de platino, pero por costumbre, continuaba descubriendo los dientes y levantando el labio superior. Llevaba puesta una chaqueta gris de Norfolk con una trabilla en la espalda y pantalones bombachos con botones bajo las rodillas. Se quedaría de pie al lado del escritorio, balanceándose sobre una pierna, y su padre no se atrevería a hacer nada contra su impenetrable hosquedad. El pequeño Luzhin saldría, arrastrando su cartera por la alfombra; Luzhin padre apoyaría un codo sobre el escritorio donde escribía una de sus narraciones, como de costumbre en un cuaderno azul (un capricho que tal vez apreciaría un futuro biógrafo), y escucharía el monólogo que tenía lugar en el comedor contiguo, la voz de su mujer tratando de persuadir al silencio a tomarse una taza de cacao. Un silencio aterrador, pensaba Luzhin padre. No está bien, tiene una vida interior que le resulta dolorosa... Tal vez no debería ir a la escuela, pero por otra parte tiene que acostumbrarse a tratar con otros chicos... Un enigma, un enigma...

—Bueno, come entonces un trozo de pastel. —La voz del otro lado de la pared continuaba con desaliento, y nuevamente se hacía el silencio.

Pero algunas veces ocurría algo horrible: repentinamente, sin razón aparente, otra voz respondería, estridente y áspera, y la puerta se cerraría de golpe como empujada por un huracán. Entonces Luzhin padre se levantaría de un salto y se dirigiría al comedor, empuñando su pluma como un dardo.

Con manos temblorosas su mujer levantaría una taza volcada y un plato tratando de ver si había alguna raja.

—Le estaba preguntando por la escuela —diría, sin mirar a su marido—. No quería contestar, y luego, como un loco...

Ambos se pondrían a escuchar. La institutriz francesa había salido aquel otoño para París, de modo que ahora nadie sabía qué hacía en su habitación. El papel de las paredes era blanco y en la parte superior había una franja azul con un dibujo de gansos grises y amapolas brillantes. Un ganso avanzaba hacia un polluelo y la escena se repetía treinta y ocho veces alrededor de la habitación. Una repisa sostenía un globo y una ardilla disecada comprada un Domingo de Ramos, en una feria. Una locomotora verde con mecanismo de relojería se asomaba por debajo de los volantes de un sillón. Era un cuarto agradable y lleno de luz. El papel era alegre, y también lo era el mobiliario.

Allí también había libros. Libros escritos por su padre, con encuademaciones repujadas en rojo y oro y una dedicatoria escrita a mano en la primera página: *Espero sinceramente que mi hijo trate siempre a los animales como Tony*, y un gran signo de admiración, o: *Escribí este libro pensando en tu futuro, hijo mío*. Estas inscripciones le inspiraban un vago sentimiento de vergüenza por su padre, y por otra parte los libros de su progenitor eran tan aburridos como *El músico ciego* de Korolenko o *La fragata Palas* de Goncharov. El gran volumen de Pushkin con el retrato de un muchacho de labios abultados y cabellera ensortijada en la portada nunca había sido abierto. Pero había dos libros —ambos regalo de su tía— que le conquistaron para toda la vida y que conservó en la memoria magnificados como por un cristal de aumento; le impresionaron tanto que veinte años más tarde, cuando volvió a leerlos, sólo encontró una seca paráfrasis, una edición abreviada, como si hubieran perdido buena parte del irrepetible e imperecedero recuerdo que conservaba de ellos. Pero no era una sed de viajes lejanos lo que le obligaba a seguir las huellas de Phileas Fogg, ni una inclinación adolescente a las aventuras misteriosas la que le acercó a aquella casa de Baker Street donde el lánguido detective con perfil de halcón, después de aplicarse una inyección de cocaína, tocaría soñadoramente el violín. Hasta mucho tiempo después no estuvo claro para él qué era lo que tanto le emocionaba de aquellos dos libros; se trataba de la exposición de un exacto e inexorable modelo: Phileas, el maniquí con sombrero de copa que sigue su complejo y elegante camino con una serie de sacrificios justificables, ora en un elefante que le cuesta una fortuna, ora en un barco cuya mitad ha de utilizar como combustible; y Sherlock, que dota a la lógica del brillo de la ilusión, Sherlock, que escribe una monografía acerca de las cenizas de toda clase de cigarros conocidos y con esa ceniza como talismán avanza a través de un laberinto de cristal de posibles deducciones hasta llegar a la radiante conclusión. El prestidigitador contratado por sus padres para actuar el día de Navidad logró fundir durante breves minutos en su persona tanto a Fogg como a Holmes, y el extraño placer que Luzhin experimentó aquel día borró todas las circunstancias desagradables que envolvieron a la representación. Ya que las propuestas (propuestas cautas y poco insistentes) de «invita a tus amigos de la escuela» no condujeron a nada, Luzhin padre, confiando en que aquello podía ser tan agradable como útil, se puso en contacto con un par de conocidos cuyos retoños asistían a la misma escuela e invitó también a los hijos de un pariente lejano, dos

Librodot

chicuelos silenciosos y enfermizos y una chica pálida con una espesa mata de cabello negro. Todos los niños invitados vestían trajes de marinero y olían a brillantina. El pequeño Luzhin reconoció con terror a dos de ellos, Bersenev y Rosen, alumnos de tercero, quienes en la escuela vestían siempre con descuido y se comportaban violentamente.

—Bueno, henos aquí —dijo con jovialidad Luzhin padre, que llevaba a su hijo de un hombro (hombro que poco a poco fue escapando de su mano)—. Ahora os dejo solos. Comenzad por conoceros unos a otros y jugad un rato. Luego os vendré a buscar; os preparo una sorpresa.

Media hora más tarde fue a buscarlos. En la habitación reinaba el silencio. La niñita estaba sentada en un rincón, entretenida en hojear el suplemento de la revista Niva (El Trigal) en busca de ilustraciones. Bersenev y Rosen, muy serios, estaban sentados en el sofá, ambos muy rojos y lustrosos de brillantina. Los lánguidos sobrinos vagaban por la habitación examinando con poco interés los grabados ingleses de las paredes, el globo, la ardilla y el podómetro roto desde hacía tiempo que yacía sobre la mesa. También Luzhin vestía traje de marinero, con un silbato atado al cuello mediante una cinta blanca. Estaba sentado en una silla al lado de la ventana, con el ceño fruncido, y se mordía la uña del pulgar. Pero el prestidigitador fue una compensación de todo aquello, y aunque al día siguiente Bersenev y Rosen, para entonces vueltos a su aspecto repugnante habitual, se le acercaron en el vestíbulo de la escuela y le hicieron una profunda reverencia, para después estallar en vulgares carcajadas y alejarse con rapidez del brazo y meciéndose de un lado a otro, ni esa broma fue capaz de romper el hechizo. Tras una hosca petición suya (en esa época, dijera lo que dijera, su ceño se fruncía) su madre le compró en el bazar una gran caja pintada de color caoba y un libro de trucos en cuya tapa un caballero en traje de etiqueta y colmado de condecoraciones sostenía un conejo de las orejas. En el interior de la caja había varias cajitas con doble fondo, una varita envuelta en papel estrellado, una baraja de cartas más bien burdas cuyas ilustraciones eran medias sotas, medios reyes y medios carneros de uniforme, un sombrero de copa plegable con compartimentos, una cuerda con dos artilugios de madera en los extremos, cuya función era imprecisa. Y había también unos graciosos sobrecitos con polvos para teñir el agua de azul, de rojo y de verde. El libro era mucho más entretenido, y Luzhin no tuvo dificultad para aprender varios trucos de cartas, que ensayó horas y horas frente al espejo. Encontraba un misterioso placer, una vaga premonición de insondables deleites aún por conocer, en la hábil y precisa ejecución con que se debía efectuar un truco, pero todavía le faltaba algo, pues no lograba captar el secreto que el prestidigitador sin duda poseía y que le permitía sacar un rublo del aire, o extraer el siete de tréboles, elegido tácticamente por el público, de la oreja de un desconcertado Rosen. Los complicados accesorios descritos en el libro le irritaban. El secreto que buscaba era el de la sencillez, esa armoniosa sencillez capaz de causar un asombro mucho más profundo que la magia más intrincada.

En el informe escrito sobre sus progresos enviado por Navidad, en aquel informe tan detallado, bajo el epígrafe de *Observaciones generales* se hablaba amplia y pleonásticamente de su letargo, apatía, somnolencia y pereza; donde las calificaciones eran reemplazadas por epítetos, había un «insuficiente» en lengua rusa y varios «suficiente» por los pelos en diversas materias, entre ellas las matemáticas. Sin embargo, fue precisamente por

Librodot

entonces cuando le absorbió por completo una colección de problemas titulada «Matemáticas amenas», que explicaba la fantástica mala conducta que podían tener los números y las travesuras insospechadas de las líneas geométricas, todo lo cual omitía su manual escolar. Experimentaba tanta dicha como horror cada vez que contemplaba una línea inclinada que se deslizaba hacia arriba, como una escalera de caracol, alrededor de otra línea, ésta vertical, en un ejemplo que ilustraba los misterios del paralelismo. La línea vertical era infinita, como todas las líneas, y la inclinada, también infinita, al ascender junto a ella cada vez más arriba a medida que su ángulo disminuía, estaba condenada al movimiento perpetuo, ya que le era imposible alejarse, y el punto de su intersección, junto con su propia alma, se deslizaba a lo largo de una senda sin fin. Pero con la ayuda de una regla las obligó a alejarse: sencillamente las volvió a trazar, la una paralela a la otra, y eso le causó la sensación de que allá lejos, en el infinito, adonde había obligado a retirarse a la línea inclinada, se había producido una catástrofe inenarrable, un milagro inexplicable, y su mente vagó durante un buen rato por aquellos cielos donde las líneas terrestres perdían todo vestigio de razón.

Durante algún tiempo halló un ilusorio alivio en los rompecabezas. Los primeros, bastante infantiles, consistían en grandes piezas de madera con dientes recortados en los bordes, como galletas de té, que se ensamblaban tan estrechamente que era posible levantar secciones enteras del rompecabezas sin que perdieran su forma. Pero ese mismo año llegó de Inglaterra la moda de los rompecabezas para adultos, los «puzels», como los llamaban en la mejor tienda de juguetes de San Petersburgo, que estaban cortados de un modo extraordinariamente ingenioso: había piezas de todas las formas, desde un simple disco (parte de un futuro cielo azul) hasta los contornos más complejos, ricos en esquinas, cabos, istmos, astutas proyecciones que hacían muy difícil averiguar dónde habían de encajar, si debían completar la piel moteada de una vaca, ya casi terminada, o si aquel borde oscuro sobre un fondo verde sería la sombra del cayado de un pastor cuya oreja y parte de la cabeza eran plenamente visibles en una pieza más reveladora. Y cuando el anca de la vaca iba gradualmente apareciendo a la izquierda, y a la derecha, sobre una mancha de follaje, surgía una mano con la pipa del pastor, y cuando el espacio vacío de encima se llenaba de un azul celeste y el disco azul encajaba de manera perfecta en el cielo, Luzhin se sentía maravillosamente emocionado por las precisas combinaciones de aquellas piezas multicolores que en el último momento formaban un paisaje inteligible. Algunos de aquellos rompecabezas eran muy costosos y constaban de varios millares de piezas. Se los proporcionaba su joven tía, una tía alegre, tierna, pelirroja, y él podía pasarse horas enteras inclinado sobre una mesa de juego en el salón, midiendo con los ojos cada fragmento antes de intentar colocarlo en tal o cual hueco, así como tratando de determinar mediante señales apenas perceptibles la configuración del paisaje que debería formarse. Desde la habitación contigua, por encima del rumor de los invitados, le llegaba la voz de su tía:

—¡Por el amor de Dios, no vayas a perder alguna pieza!

A veces entraba su padre, miraba el rompecabezas, alargaba una mano hacia la mesa y decía:

—Mira, esta pieza se coloca aquí.

Librodot

Y entonces Luzhih hijo, sin mirar siquiera en derredor suyo, murmuraba:

—¡Qué tontería, qué tontería! ¡No te metas en esto!

Y el padre apoyaba con cuidado los labios en la enmarañada coronilla del hijo y se alejaba, pasando junto a las sillas doradas, frente al amplio espejo, al lado de la reproducción donde Friné tomaba su baño, ante el piano, un largo piano silencioso cubierto con un grueso vidrio y un tapete de brocado.

Librodot

III

Fue en abril, durante las vacaciones de Pascua, cuando llegó para Luzhin aquel día ineludible en que el mundo entero parece oscurecerse, como si alguien hubiera oprimido un interruptor, y en la negrura una sola cosa permaneciera brillantemente iluminada, una maravilla recién nacida, un islote deslumbrante en donde su vida entera estaba destinada a concentrarse. La felicidad que tanto ansiaba había llegado al fin y ya no le abandonaría; aquel día de abril quedó como petrificado, mientras en alguna otra parte el curso de las estaciones, la primavera en la ciudad, el verano en el campo, continuaba en un plano diferente, vagas corrientes que apenas le afectaban.

Todo comenzó del modo más inocente. En el aniversario de la muerte de su suegro, Luzhin padre organizó una velada musical en su piso. Entendía poco de música, sentía una secreta y vergonzosa pasión por la *Traviata* y en los conciertos escuchaba el piano sólo al principio; después se contentaba con observar las manos del pianista reflejadas en el negro barniz. Pero, quisiéralo o no, tuvo que organizar aquella velada musical, en la que deberían interpretarse las obras de su suegro; los periódicos habían guardado silencio durante demasiado tiempo acerca de él (el olvido era completo, triste, desesperanzador) y su mujer repetía sin cesar que todo aquello se debía a intrigas, a intrigas, a intrigas, pues ya en vida de su padre muchos habían envidiado su genio y ahora se proponían privarle de su fama postuma. Ataviada con un vestido negro, ampliamente escotado, y luciendo una soberbia gargantilla de diamantes, con una permanente expresión de adormilada amabilidad en su rostro blanco y mofletudo, recibía tranquilamente a los invitados, sin aspavientos, y tenía para cada uno de ellos unas cuantas palabras rápidas y casi inaudibles; pero en su interior estaba abrumada por la timidez y dirigía continuas miradas, en busca de ayuda, a su marido, el cual no hacía más que ir de un lado a otro con pasitos remilgados, la pechera almidonada asomando como una coraza por encima del chaleco, un afable y discreto caballero en los primeros, tímidos albores de la venerabilidad literaria. «Otro desnudo», suspiró el editor de una revista artística mientras miraba de reojo a Friné, que se destacaba sobremanera gracias a la intensa luz de las lámparas. En aquel momento, el joven Luzhin surgió entre sus piernas y recibió una palmada en la cabeza. El chico retrocedió unos cuantos pasos.

—Ha crecido de un modo descomunal —dijo una voz de mujer, a sus espaldas. El se ocultó entre las colas de un chaqué.

—No, le ruego que me disculpe —retumbó una voz sobre su cabeza—, pero esa clase de temas no debería tener cabida en nuestra prensa.

Como no era descomunal, ni mucho menos, sino más bien canijo para su edad, el joven Luzhin se deslizó entre los huéspedes tratando de encontrar un rincón tranquilo. A veces alguien le cogía de los hombros y le hacía preguntas absurdas. El salón parecía más lleno de gente de lo que estaba en realidad porque las sillas doradas habían sido colocadas en hileras. Alguien entró cautelosamente por una puerta con un atril de música en la mano.

Procurando pasar inadvertido, Luzhin se abrió paso hasta el estudio de su padre, que se hallaba a oscuras, y se sentó en el diván del rincón. Desde

el distante salón, a través de dos habitaciones, llegaba el tierno gemido de un violín.

Escuchaba soñoliento, abrazado a sus rodillas, la vista fija en una rendija de luz tenue entre las cortinas mal corridas, a través de las cuales una lámpara de gas enviaba desde la calle un reflejo blanco teñido de violeta. De vez en cuando un pálido destello trazaba en el techo un arco misterioso y un punto brillante aparecía sobre el escritorio... ¿Qué podría ser...? Tal vez una faceta del pesado huevo de cristal que servía como pisapapeles, o un reflejo en el cristal de una fotografía. Casi se había dormido cuando le sobresaltó el timbre del teléfono de sobremesa, e inmediatamente advirtió que el punto brillante estaba en la base de aquél. El mayordomo entró por la puerta del comedor, encendió al pasar una luz que sólo iluminaba el escritorio, se llevó el auricular al oído y, sin reparar en la presencia de Luzhin, salió después de colocar cuidadosamente el auricular sobre la agenda encuadernada en piel. Un minuto después reapareció acompañando a un caballero, quien al entrar en el círculo de luz tomó con una mano el teléfono y con la otra buscó el respaldo de la silla de Luzhin padre. El sirviente cerró la puerta a sus espaldas, lo que interrumpió el distante rumor de la música.

—¡Hola! —dijo el caballero. Luzhin le miró desde la oscuridad, sin atreverse a hacer ningún movimiento, atónito por el hecho de que un perfecto desconocido se instalara con tanta familiaridad en el escritorio de su padre—. No, ya he tocado —continuó el hombre, mirando hacia el techo, mientras su blanca mano jugueteaba inquieta con algo que había en el escritorio. Un carruaje emitió un sonido hueco al pasar sobre el pavimento de madera—. Así me lo parece —añadió el caballero. Luzhin pudo ver su perfil: nariz marfileña, pelo negro, cejas pobladas—. Francamente, no entiendo por qué has llamado —dijo despacio mientras continuaba jugueteando con algo en el escritorio—. Si fue sólo por vigilarme... ¡Qué loca eres! —Se echó a reír y comenzó a balancear regularmente, de adelante hacia atrás, un pie enfundado en un zapato de cuero. Luego colocó el auricular con mucha habilidad entre su oído y su hombro, y de vez en cuando decía «sí», «no», «tal vez»; usó ambas manos para tomar el objeto con que jugueteaba. Era una caja pulida que le habían regalado a su padre unos días antes. El pequeño Luzhin aún no había tenido la oportunidad de ver su interior, y por eso observó con curiosidad las manos del caballero. Pero éste no abría la caja—. Yo también —dijo—, muchas, muchas veces. ¡Buenas noches, pequeña!

Colgó el teléfono, suspiró y entonces abrió la caja. Sin embargo, lo hizo de tal modo que Luzhin no pudo ver nada desde el sitio donde se encontraba. Se movió cautelosamente, pero un almohadón se deslizó al suelo y el caballero miró a su alrededor.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al descubrir a Luzhin en la oscura esquina—, ¡Vaya, vaya! ¡Qué cosa más fea, escuchar a escondidas!

Luzhin permaneció en silencio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el caballero en tono amable.

Luzhin se levantó del diván y se acercó al escritorio. En la caja había buen número de figuras talladas.

—¡Excelentes piezas de ajedrez! —dijo el caballero—. ¿Juega tu papá?

—No lo sé —respondió Luzhin. —Y tú, ¿sabes jugar?

Luzhin negó con un movimiento de cabeza.

—Es una lástima. Deberías aprender. Yo a los diez años ya era un buen jugador. ¿Qué edad tienes?

La puerta fue abierta cuidadosamente, y Luzhin padre entró de puntillas. Esperaba encontrar al violinista hablando aún por teléfono y había pensado susurrarle con tacto: «Siga, siga, pero cuando acabe al público le gustaría oír algo más.»

—¡Siga, siga...! —dijo mecánicamente, y de pronto se quedó asombrado al ver a su hijo.

—No, no, ya he terminado —respondió el violinista, poniéndose de pie—. Excelente juego de ajedrez. ¿Juega usted?

—Mediocremente —dijo Luzhin padre—. ¿Qué estás haciendo aquí? Ven a escuchar la música.

—¡Qué juego, qué juego! —dijo el violinista, y cerró la caja con ternura—. Las combinaciones son como melodías. ¿Sabe usted?, sencillamente, puedo oír las jugadas.

—En mi opinión, se necesitan grandes dotes matemáticas para el ajedrez —dijo Luzhin padre—. Y en ese sentido yo... Pero le están esperando, maestro.

—Preferiría jugar una partida... —El violinista se reía al abandonar la habitación—. Un juego de dioses... Infinitas posibilidades...

—Una invención muy antigua —dijo Luzhin padre, y desvió la mirada hacia su hijo—. ¿Qué te pasa? ¡Ven con nosotros!

Pero antes de llegar al salón Luzhin logró escabullirse en el comedor, donde la mesa estaba preparada con un refrigerio. Cogió una bandeja de bocadillos y se la llevó a su dormitorio. Comió mientras se desnudaba y luego siguió comiendo en la cama. Acababa de apagar la luz cuando entró su madre y se inclinó sobre él; los diamantes que rodeaban su cuello lanzaron destellos en la penumbra. Fingió estar dormido. Ella salió y, para no hacer ruido, tardó un rato larguísimo en cerrar la puerta.

Despertó al día siguiente lleno de una incomprensible agitación. La mañana de abril era brillante y ventosa, y el pavimento de madera que cubría las calles tenía un brillo violeta; encima de la calle, cerca del Arco de Palacio, una enorme bandeja roja, azul y blanca ondeaba elásticamente; a través de ella el cielo tomaba tres tonos diferentes, lila, añil y azul pálido. Como ocurría siempre durante las vacaciones, salió de paseo con su padre, pero estos paseos ya no eran como los de su niñez; el cañón del mediodía había dejado de asustarlo, y la conversación de su padre le resultó intolerable, pues tomando como pretexto el concierto de la noche anterior comenzó a insinuar que sería una buena idea que estudiara música. En el almuerzo comieron los restos del queso de crema pascual (convertido ya en un cono chato con un tono grisáceo en su redonda cima) y un pastel de Pascua todavía intacto. Su tía, la misma dulce tía de cabellera cobriza, prima segunda de su madre, estaba extraordinariamente alegre; arrojaba migas de pastel por encima de la mesa mientras contaba que Latham iba a llevarla a pasear, por veinticinco rublos, en su monoplano «Antoinette», que, dicho sea de paso, durante los últimos cinco días no había logrado despegar, mientras Voissin, por el contrario, describía círculos sobre el aeropuerto, como un mecanismo de relojería, volando tan bajo que, cuando se ladeaba sobre las tribunas, era posible observar el algodón que llevaba en las orejas el piloto. Luzhin, por alguna razón, recordaba aquella mañana y aquel almuerzo con insólita nitidez, del modo que se suele recordar el día anterior a un largo

viaje. Su padre dijo que sería una buena idea ir después de comer a las islas de más allá del Neva, donde los claros del bosque estaban alfombrados con anémonas, y mientras su padre hablaba su joven tía acertó a introducirle una miga exactamente en la boca. Su madre permaneció en silencio. De repente, después del segundo plato, se levantó procurando ocultar la cara, crispada por el esfuerzo de retener las lágrimas, y repitiendo casi sin aliento: «No es nada, no es nada; se me pasará en seguida», abandonó a toda prisa el comedor. El padre arrojó su servilleta sobre la mesa y la siguió. Luzhin no supo nunca qué había ocurrido, pero al cruzar el pasillo con su tía oyó sollozos ahogados en el dormitorio de su madre y a su padre que la reconvenía, repitiendo en voz alta la misma frase:

—¡Son imaginaciones tuyas!

—¡Vámonos de aquí! —murmuró su tía entre avergonzada y nerviosa, y ambos entraron en el estudio, donde una franja de rayos solares, en los que revoloteaban diminutas partículas de polvo, iluminaba un sillón de almohadones demasiado hinchados. Encendió un cigarrillo; unas volutas de humo empezaron a balancearse, suaves, transparentes, en los rayos del sol. Ella era la única persona en cuya presencia Luzhin no se sentía incómodo, y aquel momento le pareció especialmente agradable; había en la casa un extraño silencio y una expectación imprecisa.

—Bueno, a ver si encontramos algún juego —dijo su tía apresuradamente, y le agarró el cuello por detrás—. ¡Qué cuello tan delgado tienes!, lo puedo abarcar con una sola mano.

—¿Sabes jugar al ajedrez? —preguntó Luzhin con cautela, y, liberando su cabeza, frotó la mejilla contra la deliciosa seda azul brillante de sus mangas.

—Sería mejor jugar a las cartas —respondió distraídamente. Una puerta se cerró de golpe. Se estremeció y volvió la cara en dirección al ruido, escuchando.

—No, prefiero el ajedrez —insistió Luzhin.

—Es un juego muy complicado, querido, no podrás aprenderlo en un instante.

Luzhin se dirigió al escritorio y encontró la caja, oculta detrás de una fotografía. Su tía se levantó en busca de un cenicero, rumiando lo que seguramente era la conclusión de alguna idea: sería terrible, sería terrible.

—Aquí está —dijo Luzhin, y dejó la caja en una mesa turca, baja y con incrustaciones.

—Además, se necesita un tablero —objetó su tía—. Me parece que sería mejor enseñarte a jugar a las damas, es mucho más sencillo.

—No, al ajedrez —dijo Luzhin, y desenrolló un tablero de hule encerado.

—Primero colocaremos correctamente las piezas —dijo su tía con un suspiro—. Las blancas aquí; las negras allá. El rey y la reina juntos. Estos son los oficiales y ésos los caballos. Y aquéllos, los de las esquinas, son los cañones. Ahora... —De pronto se quedó paralizada, sosteniendo una pieza en el aire y mirando hacia la puerta—. Espera —dijo con ansiedad—. Me parece que dejé mi pañuelo en el comedor. Vuelvo en seguida. —Abrió la puerta, pero volvió inmediatamente—. Da igual —dijo, y se sentó de nuevo—. No las coloques hasta que te diga dónde. Esto es un peón. Ahora fíjate cómo se mueven. El caballo galopa, por supuesto...

Luzhin se sentó sobre la alfombra, apoyó un hombro en la rodilla de su tía y observó cómo su mano, con su delgado brazalete de platino, elegía y movía las piezas.

—La reina es la que más se mueve —dijo él con satisfacción, y acomodó con un dedo la pieza, pues no estaba en el centro de la casilla.

—Y así es como una pieza se come a otra —dijo su tía—. La saca de su casilla y ocupa su lugar. Los peones lo hacen diagonalmente. Cuando estás a punto de comerte al rey, pero puede cambiar de lugar, haces lo que se llama jaque. Y cuando el rey ya no tiene escapatoria se llama jaque mate. De modo que tu objetivo es matar a mi rey y el mío es matar al tuyo. ¿Te das cuenta del tiempo que toma explicar este juego? Tal vez podríamos jugar en otra ocasión...

—No, no, ahora —dijo Luzhin, y de pronto le besó la mano.

—Muy delicado de tu parte —dijo ella con voz suave—. Nunca esperé de ti tanta ternura... Eres un chico muy agradable, después de todo.

—Juguemos, por favor —dijo Luzhin, y se arrodilló al lado de la mesa.

Pero en aquel momento su tía se puso de pie, tan abruptamente que rozó el tablero con la falda y derribó algunas piezas. En el umbral de la puerta estaba su padre. Miró de soslayo a su hijo y le ordenó:

—¡Vete a tu habitación!

Luzhin, a quien por primera vez en su vida le ordenaban salir de una habitación, continuó como estaba, de rodillas, sin comprender nada.

—¿Me has oído? —insistió su padre. Luzhin se ruborizó y comenzó a recoger las piezas caídas en la alfombra-: ¡Apresúrate! —ordenó su padre, con una voz atronadora que nunca le había oído.

Su tía se afanó a guardar las piezas sin ningún orden. Le temblaban las manos. Un peón no cupo en la caja.

—Anda, llévate todo eso —le dijo a Luzhin.

El enrolló cuidadosamente el tablero de hule y, con la cara ensombrecida por un sentimiento de profundo agravio, tomó la caja. Fue incapaz de cerrar la puerta al salir, ya que tenía ocupadas ambas manos. Su padre avanzó a grandes pasos y la cerró con tal fuerza que Luzhin dejó caer el tablero, que se desenrolló. Tuvo que poner la caja en el suelo y volver a enrollarlo. Tras la puerta del estudio al principio se hizo el silencio, luego se oyó crujir un sillón bajo el peso de su padre y a continuación el murmullo angustiado e interrogante de su tía. Luzhin pensó, desconcertado, que aquel día todos se habían vuelto locos y se retiró a su dormitorio. Una vez allí volvió a colocar las piezas del modo que le había indicado su tía y las estudió durante largo rato, como si tratara de descifrar algún enigma; después las guardó ordenadamente en la caja. Desde aquel día el ajedrez permaneció a su lado, y hasta mucho tiempo después su padre no lo echó en falta. A partir de entonces tuvo en su cuarto un nuevo juguete, fascinante y misterioso, cuyo uso aún nó había aprendido. Su tía nunca volvió a visitarlos.

Una semana más tarde hubo un hueco entre la primera lección y la tercera: el profesor de geografía estaba resfriado. Cuando habían pasado ya cinco minutos después del timbre y nadie entró, se vivió una premonición de felicidad tan intensa, que sus corazones no hubieran podido resistir que, después de todo, se abriera la puerta de cristales y el profesor entrara casi corriendo en el aula, como era su costumbre. Sólo Luzhin mostraba indiferencia. Inclinado en su pupitre, sacaba punta a un lápiz tratando de que quedase tan afilado como un alfiler. A su alrededor reinaban la

Librodot

excitación y el alboroto. La felicidad, al parecer, estaba a punto de realizarse. Algunas veces, sin embargo, tenían desengaños insoportables; en vez del profesor enfermo podía entrar cojeando el pequeño y rapaz profesor de matemáticas, quien, después de cerrar la puerta en silencio, comenzaría a elegir pedazos de tiza de la repisa de la pizarra con una sonrisa maligna en la cara. Pero diez minutos largos transcurrieron sin que nadie apareciera. La algarabía aumentó. En un exceso de felicidad alguien se puso a golpear la tapa de su pupitre. El tutor de la clase surgió de la nada.

—¡Silencio absoluto! —dijo—; exijo un silencio absoluto. Valentín Ivánovich está enfermo. Debéis ocuparos en algo, pero en medio de un silencio absoluto.

Salió. Unas nubes grandes y vaporosas brillaron al otro lado de la ventana, se oía caer una gota rítmicamente, los gorriones piaban. ¡Una hora de felicidad, una hora mágica! Luzhin, apático, comenzó a sacar punta a otro lápiz. Gromov contaba una historia con voz áspera y pronunciaba extrañas palabrotas con el mayor placer. Petrishchev pedía que alguien le explicara un arduo problema de geometría que no podía entender. De repente, Luzhin oyó a sus espaldas un sonido especial, un roce de madera que le hizo sentir calor y casi le paralizó el corazón. Volvió cautelosamente la cabeza. Krebs y el otro chico silencioso de la clase estaban colocando unas piezas pequeñas y ligeras de ajedrez en un tablero de unos quince centímetros de largo puesto sobre el asiento del pupitre que los separaba. Luzhin dejó de afilar su lápiz y se les acercó. Los jugadores ni siquiera repararon en él. Cuando muchos años después el chico silencioso trató de recordar a su condiscípulo Luzhin, nunca se acordó de aquella partida de ajedrez casual jugada en la escuela durante una hora sin clase. Confundiendo algunas fechas, extrajo del pasado la vaga impresión de que una vez Luzhin había ganado una partida en la escuela; sentía una especie de comezón en la memoria, que no logró precisar.

—Me quedo con la torre —dijo Krebs. Luzhin siguió el movimiento de su mano y pensó, con un estremecimiento de momentáneo pánico, que su tía no le había dicho el nombre de todas las piezas. La «torre» resultó ser un sinónimo del «cañón».

—Nunca imaginé que te la pudieras comer —dijo el otro.

—Está bien, anula la jugada —comentó Krebs.

Corroído por la envidia y por una irritante frustración, Luzhin observó el juego, esforzándose por percibir aquellos fragmentos de armonía de que había hablado el músico y sintiendo vagamente que, en cierta manera, él comprendía mejor el juego que sus dos condiscípulos, aunque ignoraba por completo cómo había que proceder, por qué tal cosa estaba bien y tal otra mal, y qué debía hacerse para penetrar en el campo del rey enemigo sin sufrir graves pérdidas. Hubo una jugada que le gustó muchísimo y le divirtió por su socarronería: el rey de Krebs se acercó a la pieza que él había llamado torre y ésta saltó por encima del rey. Luego vio al otro rey emerger de entre sus peones (uno de ellos le fue arrancado como un. diente) y empezar a avanzar y retroceder con aturdimiento.

—¡Jaque! —exclamó Krebs—, ¡jaque! —y el rey en peligro saltó hacia un lado—; no puedes avanzar por aquí ni por allí. ¡Jaque! Me como a tu reina, ¡jaque!

En ese momento Krebs perdió una pieza e insistió en que debía rehacer la jugada. El camorrista de la clase propinó a Luzhin un golpe en la

Librodot

nuca y al mismo tiempo, con la otra mano, tiró al suelo el tablero. Por segunda vez en su vida, Luzhin advirtió qué cosa tan inestable era el ajedrez.

A la mañana siguiente, aún en la cama, tomó una decisión sin precedentes. Por lo general iba a la escuela en coche de alquiler y siempre hacía un cuidadoso estudio del número del vehículo, dividiéndolo de una manera especial con el fin de retenerlo en la memoria y recordarlo si era necesario. Pero aquel día ni se dirigió a la escuela ni se acordó, tan agitado estaba, de aprenderse el número de memoria; mirando temeroso a su alrededor, bajó del coche en la calle Karavanaia y, siguiendo un camino circular, para no pasar cerca de la escuela, llegó a la calle Serguiévskaia. En el trayecto se encontró con el profesor de geografía, quien, a grandes pasos, con una cartera bajo el brazo, se dirigía hacia la escuela, sonándose y expectorando flemas al andar. Luzhin dio media vuelta con tanta brusquedad que un objeto misterioso resonó pesadamente en su cartera. Cuando el profesor desapareció, como un viento tenebroso, Luzhin advirtió que se encontraba frente al escaparate de una peluquería y que las cabezas ensortijadas de tres damas de cera con las narices color de rosa le contemplaban fijamente. Respiró hondo y echó a andar con rapidez a lo largo de una acera mojada, tratando de ajustar sus pasos de manera que el tacón cayera siempre en la juntura de dos baldosas. Pero éstas no eran de un mismo tamaño, lo que entorpecía su marcha. Entonces bajó al pavimento para evitar la tentación y caminó por el fango al borde de la acera. Finalmente divisó la casa que buscaba, de color ciruela, con unos ancianos de torso desnudo empeñados en mantener un balcón sobre sus hombros y vidrios de colores en la puerta principal. Abrió el portón, pasó junto a una placa indicadora que mostraba las blancas marcas dejadas por las palomas, se introdujo en un patio interior donde dos individuos con las mangas enrolladas hasta los codos lavaban un carruaje deslumbrante, subió las escaleras y tocó un timbre.

—Todavía está durmiendo —dijo la doncella, que le miró con sorpresa—. Espera aquí, por favor. Avisaré a la señora dentro de un rato.

Luzhin se descolgó mecánicamente la cartera y la dejó sobre una mesa donde había también un tintero de porcelana, una carpeta recamada de cuentas de colores y un retrato, para él desconocido, de su padre (con un libro en una mano y un dedo de la otra sosteniéndole la sien). Para matar el rato se puso a contar los diferentes colores de la alfombra. Había estado en aquella habitación una sola vez, la pasada Navidad, cuando, siguiendo instrucciones de su padre, le llevó a su tía una gran caja de bombones, de los que se comió la mitad por el camino; luego arregló el resto de modo que no fuera fácil advertirlo. Hasta hacía poco su tía los visitaba a diario, pero había dejado de hacerlo y algo flotaba en el aire, una especie de prohibición tácita, que le impedía preguntar por ella en casa. Después de contar nueve colores diferentes, dirigió la mirada a un biombo de seda que tenía bordados juncos y cigüeñas. Se preguntaba si habría cigüeñas iguales al otro lado cuando al fin apareció su tía, todavía sin peinar y vestida con un quimono floreado, cuyas mangas parecían alas.

—¿De dónde sales? —preguntó—. ¿No vas hoy a la escuela? ¡Oh, qué raro eres...!

Dos horas más tarde salió a la calle. Su cartera, ahora vacía, era tan ligera que le bailaba en los omóplatos. Tenía que pasar de alguna manera el

tiempo hasta que llegara la hora habitual de su regreso a casa. Paseó por el parque Tavricheski, y la ligereza de su cartera gradualmente comenzó a afligirlo. En primer lugar, el objeto que, por precaución, había dejado en casa de su tía podía perderse antes que él volviera allí, y, en segundo lugar, podría querer tenerlo a mano en casa durante las noches. Resolvió actuar en el futuro de forma diferente.

—Por circunstancias familiares —respondió al día siguiente, cuando el profesor le preguntó, sin darle importancia, por qué no había ido a la escuela.

El jueves dejó la escuela temprano y no volvió a ella durante los tres siguientes días; dijo como excusa que había sufrido una infección de la garganta. El miércoles tuvo una recaída. El sábado llegó tarde a la primera lección a pesar de haber salido de casa más temprano que de ordinario. El domingo sorprendió a su madre al anunciarle que había recibido una invitación para comer en casa de un amigo, y pasó cinco horas ausente. El miércoles la escuela se cerró temprano (era uno de esos maravillosos días azules y polvorientos de finales de abril, cuando el fin de curso es ya inminente y la indolencia se apodera de uno), pero él volvió a casa mucho más tarde de lo habitual. Y luego hubo toda una semana de ausencia, una semana de embriagadora felicidad. El profesor telefoneó para preguntar qué le ocurría. Su padre contestó el teléfono.

Cuando Luzhin regresó a su casa, alrededor de las cuatro de la tarde, la cara de su padre era gris y los ojos parecían estar a punto de saltársele, mientras su madre jadeaba, como si hubiera perdido la lengua, y luego comenzó a reír de un modo artificial e histérico, con gemidos y gritos. Después de un momento de confusión, su padre le condujo al estudio, y allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, le pidió una satisfacción. Luzhin, con la pesada y preciosa cartera bajo el brazo, miraba hacia el suelo, preguntándose si su tía habría sido capaz de traicionarlo.

—Te ruego que me des una explicación —repetía su padre. Ella era incapaz de una traición, pensó. Además, ¿cómo podía saber que había sido descubierto?—. ¿Te niegas a hacerlo? —volvió a preguntar su padre. Por otra parte, a ella parecía gustarle su travesura—. Escucha —añadió su padre en tono conciliador—, vamos a hablar como amigos —Luzhin suspiró y se sentó en el brazo de un sillón—, como amigos —repitió su padre aún más suavemente-; según parece, has faltado a la escuela estos últimos días. Así que me gustaría saber dónde has estado y qué has hecho. Puedo entender, por ejemplo, que cuando el tiempo es bueno se sienta la necesidad de salir a caminar.

—Sí, eso es, he sentido esa necesidad —dijo Luzhin con indiferencia.

Comenzaba a aburrirse. Su padre quería saber por dónde había estado paseando exactamente y si esa necesidad databa de mucho tiempo atrás. Luego le recordó que cada hombre tiene un deber como ciudadano, como miembro de una familia, como soldado y también como alumno. Luzhin bostezó.

—Vete a tu habitación —dijo su padre, desesperanzado, y cuando su hijo hubo salido se quedó de pie durante largo rato en medio del estudio, mirando hacia la puerta con un vago horror. Su mujer, que había escuchado la conversación desde la habitación vecina, entró, se sentó en el borde del diván y nuevamente rompió a llorar.

—Miente —repetía una y otra vez—, miente igual que tú. Estoy rodeada de mentirosos.

El tan sólo se encogió de hombros y pensó en lo triste que era la vida, en lo difícil que era cumplir con el propio deber, no verse con alguien, no telefonearle, no ir al lugar que nos atrae irresistiblemente... y ahora aquel problema con su hijo... tanta rareza, tanta terquedad... Una situación más bien triste, sí, una situación muy triste.

IV

En el antiguo estudio del abuelo, que aún en los días de la canícula era la habitación más húmeda de su casa de campo, no importaba cuánto tiempo permaneciesen abiertas las ventanas —las cuales daban directamente al sombrío bosque de abetos, de follaje tan abigarrado y espeso que era imposible distinguir dónde terminaba un árbol y empezaba otro—, en aquella habitación desocupada donde un muchacho de bronce con un violín en las manos reposaba sobre el escritorio vacío, había una librería sin cerradura que guardaba los enormes volúmenes de una extinta revista ilustrada. Luzhin los hojeaba rápidamente hasta encontrar la página donde entre un poema de Korinfski, coronado por una viñeta en forma de arpa, y la sección miscelánea, que informaba acerca de arenas movedizas, excéntricos americanos y la longitud del intestino humano, había un grabado que representaba un tablero de ajedrez. Ninguna ilustración era capaz de detener la mano de Luzhin mientras hojeaba aquellos volúmenes, ni las célebres cataratas del Niágara, ni los famélicos niños indios (pequeños esqueletos de vientre abultado), ni el más reciente intento de asesinar al rey de España. La vida del mundo pasaba corriendo con un rápido murmullo y de repente se detenía ante el precioso diagrama al que acompañaban problemas, aperturas, partidas enteras.

Al comienzo del verano echó mucho de menos a su tía y al anciano caballero de los ramos de flores, sobre todo a aquel fragante anciano que unas veces olía a violetas y otras a lirios del valle, dependiendo de las flores que hubiera llevado a la tía de Luzhin. Por lo general el caballero llegaba a la hora adecuada, unos cuantos minutos después que su tía mirara el reloj y dejara la casa.

—No importa, tendremos que esperar un poco —decía el caballero mientras quitaba el papel húmedo de su ramo, en tanto que Luzhin acercaba un sillón a la mesa donde había sido dispuesto el tablero de ajedrez.

La aparición de aquel anciano caballero de las flores había puesto fin a una situación bastante delicada. Después de haberse escapado tres o cuatro veces de la escuela, Luzhin comprendió claramente que su tía no tenía ninguna aptitud para el ajedrez. A medida que el juego avanzaba sus piezas se aglomeraban en un caótico embrollo, del que de pronto solía surgir un rey indefenso. El anciano, en cambio, jugaba de maravilla. La primera vez que su tía se ausentó, dijo atropelladamente mientras se calzaba los guantes:

—Por desdicha, debo salir, pero usted puede permanecer aquí y jugar al ajedrez con mi sobrino. Mil gracias por los maravillosos lirios.

En aquella ocasión el caballero se sentó y suspiró:

—Hace muchos años que no toco... Bueno, jovencito, ¿por la izquierda o por la derecha?

En aquella ocasión, tras las primeras jugadas, las orejas de Luzhin comenzaron a arderle y no encontraba forma alguna de avanzar; le pareció que estaba jugando a algo completamente diferente de lo que le había enseñado su tía. El tablero estaba bañado en fragancias. El anciano caballero llamaba alfil al oficial y roque a la torre, y cada vez que hacía una jugada fatal para su oponente volvía atrás inmediatamente y, como si demostrara el funcionamiento de un costoso instrumento, explicaba de qué modo debería haber jugado su contrincante para evitar el desastre. Ganó las

Librodot

quince primeras partidas sin el menor esfuerzo y sin meditar sus jugadas un solo momento, pero durante la siguiente partida, la decimosexta, de repente comenzó a pensar, y la ganó con dificultades, mientras que el último día, el día en que se presentó con todo un arbusto de lilas para el que no pudo encontrarse lugar en la casa, y la tía del muchacho caminaba de puntillas por su dormitorio y luego, al parecer, salió por la puerta trasera, aquel último día, después de una larga y emocionante lucha durante la cual el anciano reveló su capacidad para resollar con fuerza por la nariz, Luzhin percibió alguna cosa, algo se desató en su interior y se hizo evidente para él, y la miopía mental que había nublado penosamente su visión del ajedrez desapareció.

—¡Vaya, vaya, hemos hecho tablas! —dijo el anciano. Movió su reina unas cuantas veces de un lado a otro; lo hizo como quien mueve la palanca de una máquina rota, y repitió—: ¡Tablas, el perpetuo jaque mate! —Luzhin también intentó mover la palanca para ver si funcionaba, la apretó, la apretó, y luego se quedó quieto, contemplando fijamente el tablero—. Vas a llegar lejos —dijo el anciano—. Llegarás lejos si sigues así. ¡Qué tremendo progreso! Jamás he visto nada semejante...! Sí, vas a llegar muy lejos...

Fue aquel anciano quien enseñó a Luzhin el método sencillo de anotación en ajedrez, y Luzhin, repitiendo sin cesar las partidas estudiadas en la revista, pronto descubrió que poseía una cualidad que muchas veces había envidiado al oírsela comentar a su padre. Este, cuando tenía invitados, solía explicarles que admiraba la capacidad de su suegro para leer una partitura y oír mentalmente todos los movimientos de la música mientras recorría las notas con los ojos, unas veces sonriente, otras con el ceño fruncido y en ocasiones incluso volviendo atrás como el lector que desea corroborar algún detalle en una novela... un nombre, la estación del año.

—Ha de ser un gran placer —decía su padre en aquellas ocasiones— asimilar la música en su estado natural.

Era un placer similar al que el propio Luzhin comenzaba a experimentar mientras se deslizaba fluidamente sobre las letras y los números que representaban las jugadas. En un principio aprendió a reproducir las partidas inmortales procedentes de antiguos campeonatos... echaba una rápida mirada a las notas de la revista y movía en silencio las piezas en su tablero. De cuando en cuando tal o cual jugada, señalada en el texto con un signo de admiración o de interrogación (según hubiera sido genial o torpe), podía ser seguida por varias series de movimientos que quedaban como entre paréntesis, ya que aquella jugada notable se ramificaba a la manera de un río y cada una de las ramas secundarias tenía que seguirse hasta su desembocadura antes de poder regresar al cauce principal. Gradualmente, Luzhin dejó de reconstruir sobre el tablero los movimientos que explicaban la esencia del error o el triunfo y se conformó con percibir mentalmente su melodía mediante una secuencia de símbolos y signos. De la misma manera era capaz de «leer» una partida jugada antes por otros sin necesidad de utilizar el tablero; y esto era tanto más agradable en cuanto no necesitaba utilizar las piezas mientras escuchaba atento por si alguien se acercaba; la puerta, eso es cierto, estaba cerrada con el pasador, y tenía que abrirla de mala gana cuando alguien había hecho girar varias veces la perilla de bronce... Y siempre que Luzhin padre iba a ver qué hacía su hijo en aquel cuarto húmedo y deshabitado, lo encontraba siempre

Librodot

intranquilo, hosco y con las orejas enrojecidas; sobre el escritorio yacían los volúmenes encuadernados de la revista, y Luzhin padre se sentía asaltado por la sospecha de que su hijo había estado buscando retratos de mujeres desnudas.

—¿Por qué te encierras con llave? —solía preguntarle (y el pequeño Luzhin sumía la cabeza entre los hombros y con maligna claridad se imaginaba a su padre buscando debajo del sofá hasta encontrar al fin el tablero de ajedrez)—. El aire aquí es gélido. ¿Qué puedes encontrar de interesante en estas viejas revistas? Vamos a ver si han brotado setas rojas en el bosque de abetos.

Sí, allí había rojas setas comestibles. Unas agujas verdes se adherían a sus sombrerillos de un delicado color ladrillo y algunas veces una brizna de hierba dejaba en ellas una huella larga y estrecha. El tallo solía ser hueco, y en algunas ocasiones un gusano amarillo elegía alguno de ellos para su reposo. Luzhin padre usaba su cortaplumas de bolsillo para limpiar de musgo y tierra la voluminosa raíz moteada de puntitos grises de cada hongo antes de meterlo en su cesta. Su hijo le seguía a unos cuantos pasos de distancia, con las manos en la espalda como si fuera un pequeño viejo, y no sólo no buscaba hongos sino que incluso se negaba a admirar los que su padre arrancaba con pequeños espasmos de placer. Y a veces, regordeta y pálida, con un desabrido vestido blanco que en nada la favorecía, la señora Luzhin podía aparecer al final de la avenida e ir a su encuentro con pasos apresurados, pasando alternativamente por el sol y la sombra, y las hojas secas que nunca dejan de caer en los bosques nórdicos crepitaban bajo los tacones altos y ligeramente torcidos de sus zapatillas blancas. Un día de julio resbaló en los escalones del pórtico y tuvo que pasar largo tiempo acostada (en su sombrío dormitorio o en el pórtico) envuelta en un salto de cama de color rosa, la cara abundantemente empolvada, con un pequeño cuenco de plata en la mesita de al lado lleno de *boules-de-gomme*, bolas de azúcar cristalizado. El pie mejoró pronto, pero ella se resistía a levantarse, como si se hubiera hecho a la idea de que aquélla era su suerte, el destino que le correspondía en esta vida. Fue un verano inusualmente cálido; los mosquitos no dejaban a nadie en paz, y a todas horas podían oírse los gritos de las muchachas campesinas bañándose en el río; uno de esos días opresivos y voluptuosos, muy temprano por la mañana, antes que los tábanos comenzaran a atormentar al caballo negro embadurnado de un ungüento maloliente, Luzhin padre subió a la calesa y fue conducido a la estación para pasar el día en la ciudad.

—Por lo menos, sé razonable; para mí resulta imprescindible ver a Silvestrov —le había dicho a su esposa la noche anterior, mientras paseaba por el dormitorio con su bata de color gris rata—. Verdaderamente, eres una mujer muy rara. ¿No te das cuenta de lo importante que es para mí esta entrevista? Personalmente, preferiría quedarme...

Pero su esposa continuó echada de bruces en la cama, con el rostro hundido en la almohada y su carnosa e indefensa espalda sacudida por los sollozos. A pesar de todo, él se marchó por la mañana, y su hijo, de pie en el jardín, vio la parte superior del cochero y el sombrero de su padre contra la línea dentada de los abetos jóvenes que formaban el seto entre el jardín y la carretera.

Aquel día Luzhin tenía el ánimo abatido. Había estudiado todas las partidas de la vieja revista, no le quedaba ningún problema por resolver y se

Librodot

veía obligado a jugar contra sí mismo, pero esto conducía, inevitablemente, a un intercambio de todas las piezas que acababa en tablas. Y el calor era insoportable. El pórtico proyectaba una sombra negra, triangular, sobre la brillante arena. La avenida estaba salpicada de manchas solares, y esos puntos, si entrecerraba los ojos, tomaban el aspecto de cuadros regulares de luz y sombra. Una intensa sombra, semejante a un enrejado, yacía bajo un banco del jardín. Las urnas que se levantaban sobre pedestales de piedra en las cuatro esquinas de la terraza se amenazaban unas a otras en diagonal. Las golondrinas volaban hacia las alturas; su vuelo recordaba el movimiento de unas tijeras cortando a toda velocidad algún dibujo. Sin saber qué hacer con su tiempo, Luzhin vagabundeó por un sendero al lado del río; de la orilla opuesta le llegaron gritos jubilosos y una visión de cuerpos desnudos. Se ocultó tras el tronco de un árbol y con el corazón desbocado contempló aquellos destellos de blancura. Un pájaro hizo crujir las ramas; Luzhin, asustado, se alejó rápidamente del río y volvió a la casa. Almorzó con el ama de llaves, una anciana taciturna de rostro amarillento que desprendía siempre un suave olor a café. Después, reclinado en el gran sofá del salón, escuchó adormilado toda clase de ruidos ligeros, desde el grito de una oropéndola en el jardín hasta el zumbido de una abeja que había entrado por la ventana o el tintineo de los platos en una bandeja procedente del dormitorio de su madre, y esos nítidos sonidos fueron extrañamente transformados en su duermevela hasta asumir la forma de brillantes y enmarañados trazos sobre un fondo oscuro; al tratar de desenmarañarlos se quedó dormido. Le despertaron los pasos de una sirvienta enviada por su madre... El dormitorio de ésta era oscuro y poco atractivo. Su madre le atrajo hacia sí, pero él se puso tenso y se apartó con tanta fuerza que se vio obligada a soltarlo.

—Ven, cuéntame algo —le dijo con suavidad. El por toda respuesta se encogió de hombros y comenzó a rascarse la rodilla con un dedo—. ¿No me quieres decir nada? —le preguntó con voz aún más suave. Luzhin miró hacia la mesita de noche, se metió una *boule-de-gomme* en la boca y comenzó a chuparla... tomó luego una segunda, una tercera y otra y otra más, hasta que tuvo la boca llena de dulces bolitas que chocaban entre sí—. Toma más, toma todas las que quieras. —Y sacó una mano de debajo de la almohada con la que trató de tocarlo, de acariciarlo—. Este año no te has bronceado —dijo después de una pausa—. Pero tal vez sea que no puedo verte, apenas si hay luz aquí, todo parece azul. Sube las persianas, por favor. O no, espera, quédate aquí un poco más.

Una vez que terminó de chupar sus *boules-de-gomme*, preguntó si podía irse. Su madre le preguntó a su vez qué se proponía hacer y si no le gustaría ir a la estación a esperar a su padre, que llegaría en el tren de las siete.

—Déjeme salir —le respondió—. Aquí huele a medicinas.

Trató de deslizarse por las escaleras tal como lo hacían en la escuela (como lo hacían los demás, no él), pero los escalones eran demasiado altos. Debajo de la escalera, en un armario que aún no había examinado a fondo, comenzó a buscar revistas. Abrió una y encontró una sección dedicada a las damas, diagramas con los tableros cubiertos de estúpidas manchas redondas, pero no había nada de ajedrez. Mientras continuaba la búsqueda, tropezó a menudo con un molesto herbario, un álbum lleno de hierbas secas y de flores purpúreas, con leyendas escritas con tinta violeta pálida por una

Librodot

mano que tenía una letra infantil y delicada, muy diferente de la caligrafía de su madre que él conocía: *Davos, 1885. Gatchina, 1886*. Comenzó a romper con furia las hojas y las flores, estornudando a causa del polvo, sentado en cuclillas en medio de varios libros dispersos por el suelo. Luego se hizo tan oscuro bajo la escalera que las páginas de la revista, que había vuelto a hojear, comenzaron a difuminarse en una sombra gris, y a veces alguna fotografía podía engañarlo, porque en aquella oscuridad parecía un problema de ajedrez. Volvió a colocar los libros en los cajones y se dirigió al salón, pensando, sin poner atención en ello, que las siete debían de haber pasado ya, pues el mayordomo estaba encendiendo los quinqués. Apoyada en un bastón y sosteniéndose en la barandilla, su madre, vestida con una bata de color malva, bajaba con dificultades la escalera. La expresión de su rostro era de temor.

—No comprendo por qué no ha llegado tu padre —dijo, y moviéndose pesadamente llegó a la terraza y comenzó a mirar hacia el camino, entre los troncos de los abetos, que el sol poniente teñía de un brillante color cobrizo.

Su padre no llegó hasta eso de las diez; dijo que había perdido el tren, que había estado muy ocupado, que había cenado con su editor. «No, sopa no, gracias.» Se rió, habló en voz demasiado alta y comió ruidosamente. Luzhin tuvo la sensación de que su padre no le quitaba ojo de encima, como si su presencia fuera un misterio. La cena acabó convirtiéndose en un té nocturno. Su madre, con un codo clavado en la mesa, contemplaba silenciosamente su plato de frambuesas, y cuanto más animadas eran las anécdotas que contaba su marido, más triste era la expresión de sus ojos. Después se levantó y se retiró en silencio, y a Luzhin le pareció que todo eso ya había ocurrido en otra ocasión. Permaneció a solas con su padre en la terraza; tenía miedo de levantar la cabeza, consciente de la mirada inquisitiva con que era examinado sin cesar.

—¿Cómo has pasado el día? —le preguntó repentinamente su padre—. ¿Qué has hecho?

—Nada —respondió Luzhin.

—¿Y qué piensa hacer ahora? —preguntó Luzhin padre, con el mismo tono de jovialidad forzada, imitando a su hijo en el uso del tratamiento de usted—. ¿Prefiere irse a dormir o permanecer aquí conmigo? —Luzhin mató un mosquito, y con mucha cautela dirigió una mirada hacia lo alto, en dirección a su padre. Había una miga de pan en su barba, y una desagradable expresión de burla brillaba en su mirada—. ¿Sabes qué se me ocurre? Podríamos jugar a algo. ¿Y si te enseño a jugar al ajedrez? —Vio que su hijo se ruborizaba lentamente y, apiadándose de él, añadió al punto—: O a las cartas... Debe de haber una baraja en algún cajón del armario.

—Pero no se puede jugar sin tablero, y no tenemos ninguno —dijo Luzhin con voz ronca, y volvió a dirigir una mirada cauta hacia su padre.

—Los buenos se quedaron en la ciudad —respondió éste plácidamente—, pero me parece que habrá alguno en el desván. Vamos a echar un vistazo.

Y, en efecto, a la luz de una lámpara que su padre mantenía en lo alto, en medio de la mezcolanza de objetos inservibles que había en un cajón, Luzhin encontró un tablero de ajedrez, y de nuevo tuvo la sensación de que todo aquello ya había ocurrido antes... el cajón abierto, con un clavo que asomaba por un lado, los libros cubiertos de polvo, el tablero de ajedrez de madera con una rajadura en el centro. También apareció una pequeña caja

Librodot

de tapa deslizable; contenía unas piezas de ajedrez diminutas. Y durante el tiempo que transcurrió mientras buscaban el tablero, así como cuando volvían a la terraza, no dejó de preguntarse si había sido mero accidente que su padre mencionara el ajedrez, o si había advertido algo... y no se le ocurrió la explicación más obvia, del mismo modo que a veces, al resolver un problema, la solución resulta una jugada que parecía inverosímil, excluida por el sentido común de entre las opciones posibles.

Y luego, cuando el tablero fue colocado en la mesa iluminada, entre la lámpara y la fuente de frambuesas, después de haberle quitado el polvo con un pedazo de periódico, la cara de su padre dejó de ser burlona, y Luzhin, olvidando su miedo, olvidando su secreto, se sintió de pronto invadido por una maravillosa sensación ante la idea de que podía, si lo deseaba, exhibir su arte. Su padre comenzó a colocar las piezas. Uno de los peones fue reemplazado por un absurdo objeto de color púrpura en forma de diminuta botella; en lugar de una torre había una dama; los caballos habían perdido las cabezas, y una que apareció después de vaciar la caja (además de un pequeño dado y una ficha roja) no correspondía a ninguno de ellos. Cuando todo estuvo listo para comenzar, Luzhin se decidió de pronto y murmuró:

—Sé jugar un poco.

—¿Quién te enseñó? —preguntó su padre, sin levantar la mirada.

—Aprendí en la escuela —respondió Luzhin—. Algunos de mis compañeros sabían jugar.

—¡Ah, magnífico! —dijo su padre, y añadió, citando al duelista sentenciado de Pushkin—: ¡Empecemos, si usted así lo desea!

Había jugado al ajedrez desde su juventud, pero esporádicamente y prestándole poca atención, con adversarios casuales, en las noches serenas a bordo de un vapor en el Volga, en el sanatorio extranjero donde su hermano agonizaba años atrás, aquí, en el campo, con el médico rural, un hombre insociable que de vez en cuando rompía sus relaciones con ellos sin más ni más; y esas partidas ocasionales, cuajadas de omisiones y de meditaciones estériles, fueron para él poco más que un momento de distracción o un simple medio para mantener un silencio educado en compañía de alguna persona con la cual la conversación terminaba siempre por languidecer; partidas breves, sin complicaciones, que no destacaban ni por la ambición ni por la inspiración, que comenzaba siempre de la misma manera, prestando poca atención a los movimientos del adversario. Aunque nunca se molestaba si perdía, íntimamente se consideraba buen jugador y se consolaba diciéndose que si había perdido era por pura distracción, por su gentileza hacia los demás o por el deseo de animar el juego con salidas audaces, y consideraba que con un poco de aplicación era posible, sin conocimientos teóricos, refutar cualquiera de los gambitos de un manual. La pasión de su hijo por el ajedrez le había asombrado, por lo inesperada, y al mismo tiempo le parecía tan fatal e inevitable, tan extraña e impresionante, como el hecho de estar sentado en una terraza, iluminada en medio de la oscura noche de verano, frente a aquel muchacho cuyo ceño fruncido parecía dilatarse y distenderse tan pronto como se inclinaba sobre las piezas... todo aquello era tan extraño e impresionante que Luzhin padre se sintió incapaz de pensar en el juego, y mientras fingía concentrarse, su atención se dispersaba entre los recientes recuerdos de su ilícito día en San Petersburgo, que le había dejado un residuo de vergüenza que era mejor no

remover, y los casuales y fáciles ademanes con que su hijo movía tal o cual pieza. Llevaban jugando sólo unos cuantos minutos cuando aquél comentó:

—Si haces esto, es mate, y si haces aquello, te como la reina.

Confuso, deshizo la jugada y empezó a pensar sus movimientos, inclinando su cabeza primero a la izquierda, luego a la derecha, mientras acercaba lentamente sus dedos hacia la reina para apartarlos de pronto como si se los hubiera quemado, en tanto que su hijo, con calma y precisión nada habituales en él, metía las piezas ganadas en la caja. Por fin, Luzhin padre realizó una jugada, con la que inició el derrumbe de todas sus posiciones, y entonces se rió sin ganas y derribó a su rey en señal de rendición. Cuando llevaba perdidas tres partidas comprendió que aunque jugara diez los resultados serían los mismos; sin embargo, era incapaz de detenerse. Al principio de la cuarta partida, Luzhin hizo retroceder la pieza movida por su padre y, meneando la cabeza, dijo con voz muy segura y nada infantil:

—La peor respuesta. Chigorin sugiere apoderarse del peón.

Cuando, con incomprensible y decepcionante rapidez, Luzhin padre volvió a perder la partida, se echó nuevamente a reír y con mano temblorosa se sirvió un vaso de leche de una jarra de cristal tallado en cuyo fondo había un hueso de frambuesa que subió, dando vueltas, hacia la superficie, reacio a que lo pescaran. Su hijo puso el tablero y la caja en una endeble mesa rinconera y, después de murmurar un flemático «Buenas noches», cerró suavemente la puerta a sus espaldas.

«Bueno, debía haber esperado algo como esto», se dijo Luzhin padre, que se secaba las yemas de los dedos con un pañuelo. «No sólo se divierte con el ajedrez, sino que parece celebrar un rito sagrado.»

Una mariposa nocturna, de cuerpo gordo y fofo y ojos encendidos, cayó sobre la mesa después de chocar contra la lámpara. La brisa agitó ligeramente el jardín. El reloj del salón inició su delicado carillón. Eran las doce de la noche.

«¡Tonterías!», se dijo. «Imaginaciones mías. Muchos jóvenes son excelentes jugadores de ajedrez. Nada tiene de sorprendente. Este asunto me ha afectado los nervios, eso es todo. Ella hizo mal. No debió haberlo animado. Bueno, no importa...» Pensó de mala gana que dentro de un momento tendría que mentir, que protestar y consolar, y ya era más de medianoche... «Lo que quiero es dormir», se dijo, pero permaneció sentado en su sillón.

A la mañana siguiente, a primera hora, en el rincón más oscuro y musgoso del fondo del jardín, el pequeño Luzhin enterraba el precioso juego de ajedrez que últimamente había llevado siempre consigo, pues suponía que era el medio más sencillo de evitar cualquier clase de complicaciones, ya que ahora disponía de un juego que podía usar sin reserva. Su padre, incapaz de reprimir su interés por el asunto, fue a ver al hosco médico rural, bastante mejor ajedrecista que él, y por la noche, después de cenar, riendo y frotándose las manos, esforzándose en ignorar el hecho de que todo aquello era un error, aunque incapaz de explicarse por qué, sentó a su hijo frente al doctor en la mesa de mimbre de la terraza, él mismo colocó las piezas (excusándose por el comodín púrpura), se instaló al lado de los jugadores y comenzó a observar el juego con avidez. El doctor movía sus pobladas cejas y atormentaba su carnosa nariz mientras pensaba largamente antes de hacer cualquier movimiento, y de cuando en cuando se recostaba en el respaldo de

su silla como si pudiera ver mejor desde cierta distancia, abría mucho los ojos y luego se tambaleaba pesadamente hacia adelante, con las manos apretadas sobre las rodillas. Perdió, y gruñó de tal manera que la frágil silla respondió con un crujido.

—¡Hay que ver! ¡Hay que ver! —exclamó Luzhin padre—; si jugara por aquí, estaría salvado; usted sigue teniendo la mejor posición.

—¿No se ha dado cuenta de que estoy en jaque? —gimió el médico con voz de bajo, y empezó a colocar de nuevo las piezas.

Y cuando Luzhin padre salió al oscuro jardín para acompañar al doctor hasta el sendero que, entre nubes de luciérnagas, conducía al puente, oyó las palabras de las que en otra época estuvo tan sediento, sólo que en aquel momento tales palabras parecieron aplastarle, y casi hubiera preferido no oírlas.

El doctor acudió todas las noches, y como era un jugador de primera categoría, experimentaba un inmenso placer con cada una de las muchas derrotas que sufría. Le llevó a Luzhin un manual de ajedrez, recomendándole, sin embargo, no entusiasmarse demasiado, no fatigarse y leer el libro al aire libre. Le hablaba de los grandes campeones que tuvo la suerte de conocer, de un torneo reciente y del pasado del ajedrez, de un raja bastante sospechoso y del gran Philidor, quien además de ajedrecista fue un músico excepcional. Algunas veces, sonriendo aviesamente, le llevaba lo que él denominaba «un terrón de azúcar», un problema ingenioso recortado de algún periódico. Luzhin lo estudiaba durante un buen rato, encontraba por fin la solución y, con una extraordinaria expresión en la cara y una radiante felicidad en los ojos, exclamaba, pronunciando mal la «r»: «¡Es glorioso, glorioso!» Pero la idea de proponer él problemas no le seducía. Sentía de una manera vaga que equivaldría a un desgaste inútil de aquella fuerza militante, poderosa y brillante cuya existencia intuía en su interior cada vez que el médico, con sus dedos peludos, hacía retroceder más y más a su rey hasta que, finalmente, asentía con la cabeza y se quedaba inmóvil, la mirada fija sobre el tablero, mientras Luzhin padre, quien siempre estaba presente en espera de un milagro, la derrota de su hijo (esa mezcla de sentimientos le hacía sufrir), agarraba un caballo o una torre y gritaba que no todo estaba perdido, y a veces continuaba hasta el final una partida desesperada, sabiendo de antemano cuál sería el resultado.

Así fue como empezó todo. Entre aquella serie de noches pasadas en la terraza y el día en que la fotografía de Luzhin apareció en una revista de San Petersburgo, se diría que no había ocurrido nada, ni el otoño en el campo con su eterna llovizna, ni el viaje de regreso a la ciudad, ni la vuelta a la escuela. La fotografía se publicó un día de octubre poco después de su primera e inolvidable actuación en un club de ajedrez. Y todo lo que ocurrió entre el regreso a la ciudad y la fotografía (dos meses tan sólo) estaba tan desdibujado y tan mezclado, que más tarde, al recordar aquella época, Luzhin era incapaz de decir cuándo, por ejemplo, se celebró una fiesta en la escuela en el transcurso de la cual, oculto en un rincón, inadvertido casi por sus condiscípulos, había derrotado al profesor de geografía, un conocido aficionado, o cuándo fue invitado a cenar en su casa un judío de pelo gris, un genio senil del ajedrez, quien había resultado victorioso en todas las ciudades del mundo donde jugó, pero que, para entonces, vivía en la ociosidad y la miseria, casi ciego, enfermo del corazón, habiendo perdido para siempre el fuego, la habilidad y la suerte... Sin embargo, había algo que

Librodot

Luzhin recordaba con toda claridad, el temor que le acometió en la escuela de que los demás llegaran a enterarse de su don y le ridiculizaran, y, en consecuencia, guiado por ese recuerdo infalible, juzgaba que después de la fiesta en que contendió con el profesor de geografía ya no volvió a la escuela, porque al rememorar los sufrimientos de su infancia no le venía a la memoria la horrible sensación que habría experimentado al entrar a la mañana siguiente en la sala de clases y enfrentarse a todas aquellas miradas inquisitivas y sabedoras de su secreto.

Recordaba con claridad, por otra parte, que tras la aparición de su retrato se negó a yolver a la escuela, y le fue imposible desatar en su memoria el nudo que formaban la fiesta escolar y la fotografía; no era capaz de saber cuál de los dos hechos ocurrió primero. Fue su padre quien le llevó la revista, y la fotografía había sido tomada un año antes, en el campo: un árbol en el jardín, él al lado, la sombra del follaje sobre su frente, una expresión ceñuda en el rostro ligeramente inclinado, y aquellos estrechos pantalones cortos, que siempre llevaba desabrochados en la parte delantera. En vez de la alegría esperada por su padre, no expresó nada... pero experimentó un contento secreto, pues gracias a aquello no volvería a la escuela. Discutieron con él durante una semana. Su madre, por supuesto, lloró. Su padre le amenazó con quitarle el nuevo juego de ajedrez de piezas enormes con tablero de tafilete. De pronto, todo se decidió por sí mismo. Escapó de casa, con el abrigo de otoño, ya que el de invierno se lo habían escondido después de un fallido intento de evasión, y, no sabiendo adonde ir (caía una nieve menuda y helada que se acumulaba en las cornisas y que el viento barría, repitiendo incesantemente una tempestad en miniatura), se dirigió a casa de su tía, a la que no había visto desde la primavera. Llegó cuando se disponía a salir; vestía de negro y llevaba unas flores envueltas en papel, destinadas a un funeral.

—Tu antiguo adversario ha muerto —le dijo—; ven conmigo.

Furioso porque no se le hubiera permitido pasar a calentarse, furioso porque la nieve seguía cayendo y por las sentimentales lágrimas que brillaban tras el velo de su tía, dio bruscamente la vuelta y echó a correr. Después de ir de un lado a otro durante una hora, se dirigió a su casa. No recordaba qué camino siguió al volver, y lo más curioso fue que nunca estuvo seguro de cómo habían ocurrido las cosas; tal vez su memoria añadió después muchos elementos entresacados del delirio. Porque deliró una semana entera, y como era en extremo delicado y muy nervioso, los médicos eran del parecer que no sobreviviría. No era la primera vez que había estado enfermo, y cuando más tarde rememoró sus sensaciones durante aquella enfermedad, involuntariamente le vinieron a la memoria otras de las muchas padecidas en la infancia; recordó en especial la época en que era muy pequeño y jugaba solo, envolviéndose en la piel de un tigre para representar a un rey... lo más agradable de todo era hacer el papel de rey, ya que el imaginario manto le protegía de los escalofríos de la fiebre, y su deseo era aplazar todo lo posible aquel momento inevitable en que le tocaban la frente, le tomaban la temperatura y le metían en la cama. En realidad, nada podía compararse con aquella enfermedad de octubre permeada de ajedrez. El judío de cabellos grises que solía vencer a Chigorin, el cadáver del admirador de su tía cubierto de flores, la enigmática y jubilosa expresión de su padre al entregarle la revista, el profesor de geografía petrificado ante la rapidez con que se llegó al jaque mate, la sala llena de humo de tabaco del club de

ajedrecistas donde le rodeó una multitud de estudiantes universitarios, y las mejillas perfectamente afeitadas del músico, quien sostenía, a saber por qué razón, el teléfono como se sostiene un violín, entre el hombro y la mejilla. Todo eso participó en su delirio y configuró una monstruosa partida jugada en un tablero espectral, tembloroso y en permanente desintegración.

Cuando se restableció había crecido y estaba más delgado. Le llevaron al extranjero, primero a la costa adriática, donde se tendía al sol en la terraza del jardín y jugaba partidas mentales, algo que nadie le podía impedir, y luego a un balneario alemán donde su padre le acompañaba a pasear por senderos cercados con ramas de haya retorcidas. Dieciséis años más tarde, cuando volvió a visitar aquel balneario, reconoció los enanos barbudos en medio de los arriates y los caminos recubiertos de grava de colores frente al hotel, que había crecido y se había embellecido, y también el oscuro y húmedo bosque en la colina, y las multicolores pinceladas de pintura (cada color en el tronco de un haya o en una roca indicaba la dirección de algún paseo, de manera que el visitante nunca pudiera perderse). Los mismos pisapapeles con vistas de un azul esmeralda recubiertos de madreperla y protegidos con una cubierta convexa de cristal se hallaban a la venta en las tiendas cercanas al manantial, y, sin duda alguna, en la glorieta del parque la misma orquesta tocaba los mismos fragmentos de óperas, y los mismos arces proyectaban su viva sombra sobre unas pequeñas mesas donde la gente bebía café y comía enormes porciones de pastel de manzana con crema batida.

—Mire, ¿ve esas ventanas? —dijo señalando con la punta de su bastón un ala del hotel—. Allí disputamos un magnífico torneo. Algunos de los más célebres jugadores alemanes y uno de Austria participaron en él. Yo era un chico de catorce años. Obtuve el tercer premio, sí, el tercer premio. —Volvió a poner ambas manos sobre el mango de su grueso bastón, con aquel aire triste y ligeramente avejentado que para entonces era habitual en él, e inclinó la cabeza como si oyera una música distante—. ¿Qué? ¿Ponerme el sombrero? ¿Un sol que quema, dice usted? Opino que sería inútil. ¿Por qué tiene que preocuparse? Estamos a la sombra.

No obstante, tomó el sombrero de paja que le tendieron por encima de la mesita, dio unas palmadas en el fondo, donde una confusa mancha oscurecía el nombre del sombrerero, y se lo puso con una sonrisa oblicua; oblicua en el sentido exacto: su mejilla derecha y la comisura de los labios se elevaron ligeramente, lo que descubrió unos dientes en mal estado, manchados de tabaco. Era su manera de sonreír. Y nadie, al verla, hubiera dicho que iniciaba apenas su cuarta década; de las aletas de su nariz descendían dos profundas y blandas arrugas; tenía los hombros caídos; de su cuerpo emanaba una pesadez enfermiza, y cuando de pronto se levantó con el brazo en alto para defenderse de una avispa, resultó evidente que era bastante grueso. Nada en el pequeño Luzhin hubiera hecho prever aquella perezosa y malsana obesidad.

—Pero ¿por qué me molesta? —gritó con voz débil y quejumbrosa, manteniendo el brazo en alto mientras con la otra mano intentaba sacar su pañuelo. La abeja, después de describir un amplio círculo, se alejó, y él la siguió con la mirada durante un buen rato, agitando mecánicamente el pañuelo; luego hundió con fuerza la silla metálica en el suelo, recogió el bastón y volvió a sentarse, respirando pesadamente—. ¿Por qué se ríe usted? Las avispas son insectos en extremo desagradables. —Frunció el ceño, miró

Librodot

hacia la mesa. Junto a su pitillera había un bolso semicircular de seda negra, lo cogió con expresión ausente y empezó a traquetear el cierre—. Cierra mal —dijo, sin levantar la mirada—. Un buen día se le caerá todo por los suelos. —Suspiró, apartó el bolso y añadió en el mismo tono de voz—: Sí, los más célebres jugadores alemanes y un austríaco. Mi difunto padre no tuvo suerte. Esperaba que aquí me mantendría alejado del ajedrez, y cuando llegamos se estaba disputando un torneo.

Como todo había sido reconstruido y mezclado, aquella ala de la casa tenía un aspecto diferente. Residieron allí, en el segundo piso. Habían decidido permanecer hasta finales de año y luego regresar a Rusia. Y el fantasma de la escuela, que su padre no se atrevía a mencionar, volvió a surgir. Su madre regresó mucho antes que ellos, a principios del verano. Dijo que añoraba enfermizamente el campo ruso, y aquel prolongado «enfermizamente», con una dolorosa y plañidera sílaba intermedia, era casi la única entonación de su madre que Luzhin retenía en la memoria. Sin embargo, partió de mala gana, sin saber si debía permanecer o marcharse. Hacía ya tiempo que experimentaba una extraña sensación de alejamiento con respecto a su hijo, como si lo hubiera perdido en alguna parte; el hijo que amaba no era aquel adolescente, no era el prodigio del ajedrez del que hablaban los periódicos, sino aquel niño ardiente e insoportable que a la menor contrariedad era capaz de arrojarse al suelo entre gritos y pataletas. Y todo era tan triste, tan innecesario... aquellas lilas tan poco rusas del jardín de la estación, aquellas lámparas en forma de tulipanes en el vagón dormitorio del Nord-Express, aquella sensación de ahogo, tal vez angina de pecho o tal vez, como decía su marido, mera cuestión de nervios. Se marchó y no escribió; su padre, que rebosaba felicidad, se mudó a una habitación pequeña; poco después, un día de julio en que el pequeño Luzhin volvía de otro hotel, donde vivía uno de aquellos ancianos malhumorados que eran sus compañeros de juego, vislumbró por casualidad a su padre, que caminaba bajo el brillante sol del atardecer junto a la cerca de madera que bordeaba uno de los senderos de la colina. Su padre acompañaba a una dama, y como esa dama era, sin lugar a dudas, su joven tía pelirroja de San Petersburgo, sintió una gran sorpresa y también algo de vergüenza, por lo que no comentó nada con su padre. Unos días después, muy temprano, oyó a su padre correr por el pasillo hacia su habitación, al parecer riéndose a carcajadas. La puerta se abrió con gran estrépito, y su padre entró y extendió frente a él un trozo de papel, como si quisiera mantenerlo lo más lejos posible. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y por la nariz como si se hubiera echado agua en la cara. Entre sollozos y jadeos no cesaba de repetir, mientras agitaba el telegrama:

—¿Qué es esto? Pero ¿qué es esto? Se trata de un error. Deben de haberse confundido.

Librodot

V

Jugó en San Petersburgo, en Moscú, en Nijni-Novgorod, en Kiev, en Odesa. Allí apareció un tal Valentinov, una mezcla de tutor y apoderado. Luzhin padre, con un brazalete negro en la manga, en señal de duelo por su esposa, confesaba a los periodistas de provincias que nunca habría hecho un recorrido tan largo por su país natal de no haber tenido un prodigio por hijo.

Se batió en torneos con los mejores jugadores rusos. A menudo se enfrentaba con grupos de aficionados. En alguna ocasión jugó a ciegas. Luzhin padre, muchos años después (en aquellos años en que cada una de sus colaboraciones en los periódicos de la emigración le parecía su canto del cisne, ¡y sólo Dios sabe cuántos cantos del cisne hubo, llenos de lirismo y de errores tipográficos!), planeó escribir una novela corta, precisamente sobre un niño jugador de ajedrez que viajaba de ciudad en ciudad (con su padrastro en el relato). Comenzó a escribirla en 1928, a su regreso de una reunión de la Unión de Escritores Emigrados a la que había sido el único asistente. La idea del libro se le presentó por sorpresa y con toda nitidez, mientras esperaba en la sala de conferencias de un café de Berlín. Como era su costumbre, llegó muy temprano, se sorprendió ante el hecho de que las mesas aún no hubieran sido alineadas, ordenó a un camarero que lo hiciera inmediatamente y pidió un té y una copita de coñac. Era una sala limpia y bien iluminada, con una naturaleza muerta en la pared que representaba unos hermosos melocotones alrededor de una sandía a la que le faltaba una tajada. Un mantel limpio fue colocado sobre las mesas en hilera. Echó un terrón de azúcar en el té y mientras veía subir las burbujas calentó sus manos exangües, siempre frías, contra la taza. Cerca de allí, en el bar, un violín y un piano tocaban fragmentos de *La Traviata*, y la dulce música, el coñac, la blancura del mantel, entristecieron sobremanera al viejo Luzhin, y aquella tristeza era tan agradable que se sentía incapaz de moverse, de modo que permaneció sentado con un codo apoyado en la mesa y un dedo sosteniéndole la sien. Era un anciano muy delgado, de ojos enrojecidos, que llevaba un chaleco de punto bajo la americana marrón. La música tocaba, la solitaria sala estaba inundada de luz, la herida de la sandía tenía un resplandor escarlata, y nadie parecía acudir a la reunión. Miró su reloj varias veces; luego el té y la música le aturdieron suavemente y se olvidó del tiempo. Permaneció en gran quietud, pensando sobre esto y aquello... sobre una máquina de escribir de segunda mano que había comprado hacía poco, sobre el Teatro Marinsky, sobre su hijo, que muy rara vez se presentaba en Berlín. Y entonces se dio cuenta de que había estado sentado allí durante una hora, de que el mantel seguía desnudo y blanco... Y en aquella luminosa soledad que le pareció casi mística, sentado a una mesa preparada para una reunión que no tuvo lugar, decidió de pronto que, después de una larga ausencia, la inspiración literaria había vuelto a él.

Ha llegado la hora de recapitular, pensó, y miró a su alrededor, la sala vacía, el papel azul de las paredes, la naturaleza muerta, como se mira la habitación donde nació un hombre famoso. El viejo Luzhin invitó mentalmente a su futuro biógrafo (el cual, a medida que se acercaba a él en el tiempo, se volvía paradójicamente más y más remoto) a que observara bien aquella sala donde de modo casual había nacido *El gambito*. Bebió de

un trago el resto de su té, se puso el abrigo y el sombrero, se enteró por el camarero de que aquel día era martes y no miércoles, sonrió no sin cierta autosatisfacción al pensar en lo distraído que era, e inmediatamente después de llegar a casa retiró la funda de su máquina de escribir.

Lo que con mayor claridad tenía ante sus ojos era el siguiente recuerdo (un tanto retocado por su imaginación de escritor): una sala brillantemente iluminada, dos hileras de mesas, tableros de ajedrez sobre las mesas, una persona sentada ante cada mesa y, a sus espaldas, los espectadores que se agolpan y estiran el cuello. Después entrar de prisa, sin mirar a nadie, un muchachito vestido como el zarevitz, con un elegante traje blanco de marinero. Se detiene ante cada tablero y hace una rápida jugada, o bien medita un instante inclinada la cabeza de rizada melena de color castaño dorado. Un observador que no supiera nada sobre el ajedrez simultáneo se sentiría de lo más perplejo al ver a aquellos hombres maduros, vestidos de negro, sentados gravemente ante tableros cubiertos por numerosas figuritas mientras un ágil chico vestido con elegancia, cuya presencia en aquel lugar es inexplicable, camina veloz de mesa en mesa en medio de un extraño y tenso silencio; es el único ser viviente que se mueve entre aquella gente petrificada.

El escritor Luzhin no advirtió el carácter estilizado de su recuerdo. Tampoco cayó en la cuenta de que había dotado a su hijo de rasgos más propios de un prodigio de la música que del ajedrez, y el resultado era a la vez morboso y angelical: ojos misteriosamente velados, cabello rizado y transparente palidez. Pero se encontraba ante ciertas dificultades: aquella imagen de su hijo, despojada de toda materia extraña y llevada hasta los límites de la ternura, tenía que redondearse con alguna clase de hábitos. De algo estaba seguro: no dejaría que el chico creciera, no le transformaría en la persona taciturna que algunas veces le visitaba en Berlín, respondía a sus preguntas con monosílabos, permanecía sentada con los ojos entrecerrados y después se marchaba tras dejar un sobre con dinero en el alféizar de la ventana.

—Morirá joven —dijo en voz alta, paseándose intranquilo por la habitación alrededor de la máquina de escribir, cuyas teclas le observaban con pupilas de luz reflejada—. Sí, morirá joven; su muerte será lógica y muy conmovedora. Morirá en la cama, mientras juega su última partida.

Tanto le impresionó aquella visión, que lamentó la imposibilidad de comenzar a escribir el libro por el final. Pero ¿por qué tenía que ser imposible? Podría intentar... Comenzó a ordenar su pensamiento desde atrás, desde la tan conmovedora muerte hasta el vago origen de su héroe, pero luego lo pensó mejor y se sentó ante su escritorio para reflexionar de nuevo.

Las dotes de su hijo no se desarrollaron en toda su plenitud hasta después de la guerra, cuando el niño prodigio se convirtió en el maestro. En 1914, en vísperas de aquella guerra que le impedía encauzar sus recuerdos por una trama literaria nítida, había vuelto a viajar con su hijo al extranjero. Va-lentinov les acompañó. El pequeño Luzhin tenía invitaciones para jugar en Viena, Budapest y Roma. La fama de aquel muchacho ruso, que había vencido ya a un par de los jugadores cuyos nombres aparecían en los manuales de ajedrez, crecía con tanta rapidez que su propia modesta fama literaria era in-cidentalmente citada en algunos periódicos extranjeros. Se encontraban los tres en Suiza cuando fue asesinado el archiduque austríaco.

Librodot

A causa de una serie de circunstancias (la convicción de que el aire de montaña le sentaría bien a su hijo, el comentario de Valentinov referente a que en aquellos momentos Rusia no tenía tiempo para el ajedrez, la impresión de que la guerra sería corta), Luzhin padre regresó solo a San Petersburgo. Al cabo de unos cuantos meses no pudo resistir la soledad y ordenó volver a su hijo. En una carta extravagante y rotunda, que en cierto modo se correspondía con su tortuoso itinerario, Valentinov le informó de que su hijo no quería regresar. Luzhin padre volvió a escribir y la respuesta, tan rotunda como cortés, no procedía ya de Tarasp, sino de Nápoles. Comenzó a odiar a Valentinov. Conoció días de extraordinaria angustia. Hubo complicaciones absurdas en relación con las transferencias de dinero. Sin embargo, Valentinov propuso en una de sus cartas asumir todos los costos de la manutención del chico; ya pasarían cuentas más tarde. El tiempo corrió. En el inesperado papel de corresponsal de guerra, Luzhin padre se encontró en el Cáucaso. Días de ansiedad y de odio profundo hacia Valentinov (el cual, sin embargo, escribía con mucha diligencia) fueron seguidos por una paz anímica derivada de la aceptación de que la vida en el extranjero era mejor para su hijo, mucho mejor que si se hubiera quedado en Rusia (precisamente lo que Valentinov afirmaba). Vistos tres lustros más tarde, aquellos años de guerra resultaron ser un obstáculo exasperante; parecían formar una barrera en la que se estrellaba la libertad de creación, ya que en todos los libros que describían el desarrollo gradual de una determinada personalidad humana el autor se veía obligado a mencionar la guerra, y ni siquiera la muerte del héroe en plena juventud podía proporcionar un escape a tal situación. Había personajes y circunstancias en torno a su hijo que por desdicha sólo eran concebibles si se les situaba frente al telón de fondo de la guerra y que no habrían podido existir sin él. La revolución puso las cosas todavía peores. La opinión general era que había influido en el curso de todas las vidas rusas; un autor no podía pretender que sus personajes pasaran por ella sin verse afectados, y era imposible evitarla. Eso equivalía a una auténtica violación del libre albedrío del autor. En realidad, ¿cómo podía la revolución afectar a su hijo? El tan esperado día del regreso llegó en el otoño de 1917. Valentinov continuaba tan jovial, locuaz y elegantemente vestido como antes; le seguía un joven gordinflón con un incipiente bigote. Durante un momento sintió pena, embarazo y una extraña desilusión. Su hijo apenas habló, y parecía no interesarle otra cosa que no fuera mirar por la ventana.

—Teme que de un momento a otro empiecen los tiros —explicó Valentinov.

Al principio aquello le pareció una pesadilla, pero uno acaba por acostumbrarse a todo. Valentinov le aseguró que lo que le debía se podía saldar más tarde, «entre amigos». Resultó que tenía importantes negocios secretos y dinero depositado en todos los bancos de la Europa aliada. El joven Luzhin empezó a frecuentar un club de ajedrez muy tranquilo que había florecido en pleno apogeo del ca:os civil, y al llegar la primavera desapareció junto con Valentinov, al extranjero una vez más. Después de eso, siguieron recuerdos puramente personales, recuerdos inoportunos, inútiles: el hambre, la detención, etcétera, y, de pronto, el exilio legal, la bendita expulsión, una limpia cubierta amarilla, la brisa del Báltico, la discusión con el profesor Vasilenko sobre la inmortalidad del alma.

De entre esas vivencias, de esa burda mezcolanza que se adhería a su pluma y manaba a borbotones de cada rincón de su memoria, degradando sus recuerdos y entorpeciéndole el camino al pensamiento libre, se vio inevitablemente obligado a extraer, con esmero, pieza por pieza, e incorporar de cuerpo entero en su libro a Valentinov. Un hombre de indudable talento, como le calificaban incluso aquellas personas que a continuación hablaban mal de él, un tipo extraño, un hombre de muchos oficios, indispensable para organizar espectáculos de aficionados, ingeniero, matemático extraordinario, entusiasta del ajedrez y, además, «un caballero muy divertido», como le gustaba definirse a sí mismo. Tenía maravillosos ojos pardos y su risa era extraordinariamente atractiva. En el índice llevaba un anillo en forma de calavera, insinuación de que en su vida hubo algunos duelos. Durante un tiempo enseñó gimnasia en la escuela del pequeño Luzhin, y tanto los profesores como los alumnos habían quedado muy impresionados por el hecho de que una misteriosa dama pasaba a recogerlo en una limusina. Inventó, como de pasada, un sorprendente pavimento metálico que se usó por primera vez en la avenida Nevski de San Petersburgo, al lado de la catedral de Kazan. Había preparado varios ingeniosos problemas de ajedrez y fue el primer exponente del llamado «estilo ruso». Tenía veintiocho años cuando estalló la guerra; no padecía ninguna enfermedad. La anémica palabra «desertor» no es la más adecuada para describir a aquel hombre alegre, ágil y fuerte; sin embargo, no hay otra mejor. Lo que hizo en el extranjero durante la guerra es un misterio.

Así pues, Luzhin, el escritor, decidió utilizarlo en toda su plenitud; gracias a su presencia cualquier relato adquiría una extraordinaria vivacidad, un sabor de aventura. Pero la parte más importante de su obra aún estaba por escribir. Lo único que tenía era la coloración, cálida y viva, sin duda, pero borrosa en ciertos lugares. Luzhin tenía que encontrar un dibujo definido, una línea clara. Por primera vez, el escritor Luzhin había empezado, involuntariamente, a describir a un personaje por sus colores.

Y cuanto más brillantes se hacían esos colores en su mente, más difícil le era sentarse ante la máquina de escribir. Pasó un mes, pasó otro, llegó el verano, y él continuaba revistiendo su aún invisible relato con los colores más festivos. A veces le parecía que el libro ya estaba escrito, y podía ver con claridad las páginas impresas, las galeradas con jeroglíficos rojos marcados en los márgenes, y luego el primer ejemplar, tan nuevo y terso al tacto; más adelante se formaba una maravillosa bruma, recompensas deliciosas por todos sus fracasos, por todas las veleidades de la fama. Visitó a sus numerosos conocidos y les habló largo rato y con gran brío de su próximo libro. Uno de los periódicos de la emigración publicó una nota al respecto; decía que después de un largo silencio escribía un nuevo relato; emocionado, leyó tres veces esa nota, escrita y enviada al periódico por él mismo, la recortó y la guardó en la cartera. Empezó a frecuentar con mayor asiduidad las veladas literarias, convencido de que todo el mundo le miraba con interés y respeto. Un traicionero día de verano, cuando trataba en vano de encontrar setas en un bosque de los alrededores de Berlín, le sorprendió un repentino aguacero, y al día siguiente se quedó en cama. Su enfermedad fue breve y dolorosa, y nadie le acompañó al morir. La directiva de la Unión de Escritores Emigrados honró su memoria con un minuto de silencio.

Librodot

VI

—Se le va a caer todo, no me cabe duda —dijo Luzhin, que había vuelto a coger el bolso.

Ella alargó la mano con rapidez y colocó el bolso un poco más lejos golpeándolo contra la mesa, como si de esa manera quisiera subrayar una prohibición.

—Siempre tiene usted que jugar con algo —le dijo amistosamente.

Luzhin se miró la mano, separó los dedos y volvió a unirlos. Las uñas, sucias de nicotina, tenían la cutícula maltrecha; pequeñas arrugas grasientas cubrían las articulaciones de sus dedos, y unos cuantos pelos ralos crecían un poco más abajo. Colocó la mano sobre la mesa junto a la de ella, de aspecto suave y lechoso, con uñas cortas y bien arregladas.

—Lamento no haber conocido a su padre —dijo la joven, después de una pausa—. Debió de ser muy bondadoso y muy sincero, y quererle mucho. —Luzhin permaneció unos minutos en silencio—. Cuénteme algo más. ¿Cómo era su vida aquí? ¿Fue alguna vez un niño de verdad y jugó y corrió de un lado a otro como los demás?

Volvió a poner las manos sobre su bastón, y por la expresión de su rostro, por sus párpados pesados y somnolientos y la boca ligeramente abierta, que parecía a punto de bostezar, ella concluyó que Luzhin se aburría, que estaba harto de tanto recordar. Por otra parte, recordaba con mucha frialdad; a la joven le intrigaba que, habiendo perdido a su padre sólo un mes antes, fuese capaz de mirar el hotel donde habían estado juntos cuando él era un adolescente sin que se le humedecieran los ojos. Pero incluso en esa indiferencia, en su desgarbada manera de hablar y en las pesadas evoluciones de su alma, que parecía revolverse en su modorra para dormitar de nuevo, ella creía advertir algo patético, un encanto difícil de definir, pero que había intuido desde el día en que le vio por primera vez. Le parecía un hecho misterioso que, a pesar de la evidente frialdad de las relaciones con su padre, hubiera elegido precisamente aquel lugar y aquel hotel, como si esperara recibir de los objetos y paisajes vistos en otra época la emoción que era incapaz de sentir por sí mismo. Había llegado de un modo magnífico, un día gris y verde de constante llovizna, tocado con un desgarrado sombrero de fieltro negro y calzado con unos chanclos enormes; y al mirar desde la ventana su figura, mientras él descendía dificultosamente del autobús del hotel, comprendió que el desconocido recién llegado era alguien muy especial, diferente de los demás huéspedes del balneario. Por la noche se enteró de quién era. Todo el mundo en el restaurante del hotel observaba a aquel hombre corpulento y ceñudo, que comía con avidez y descuidadamente y a veces, absorto en sus pensamientos, recorría el mantel con un dedo. Ella no jugaba al ajedrez, ni tenía el menor interés por los campeonatos, pero aquel nombre le era familiar. Se había grabado inconscientemente en su memoria, aunque era incapaz de recordar cuándo lo había oído por primera vez. Un industrial alemán que padecía estreñimiento desde hacía muchos años y disfrutaba hablando de ello, un hombre de ideas fijas, pero de carácter amable, simpático y que vestía con cierto gusto, olvidó de pronto su estreñimiento en la galería donde ambos bebían las aguas curativas y la informó de varios hechos curiosos referentes al melancólico caballero que, después de cambiar su afelpado sombrero de

Librodot

fieltro por otro viejo de paja, se hallaba de pie frente a una vitrina colgada de una de las columnas y examinaba algunos objetos de artesanía que estaban a la venta.

—Su compatriota —dijo el industrial, indicándoselo con un movimiento de ceja— es un famoso jugador de ajedrez. Ha venido de París para participar en el Torneo de Berlín dentro de dos meses. Si gana, se enfrentará con el campeón del mundo. Su padre murió hace poco tiempo. Leí todo esto en la prensa.

Ella deseaba conocerle, hablar con él en ruso, tan atractivos le parecían su tosquedad, su melancolía y su cuello vuelto, que por alguna razón le daban aspecto de músico, y le agradaba que él no le hiciera el menor caso ni buscara ningún pretexto para hablar con ella, como acostumbraban hacer todos los hombres solteros del hotel. No era precisamente bonita; algo faltaba en sus facciones pequeñas y regulares, como si el último toque, el decisivo, que podía haberla hecho hermosa (dejando sus rasgos tal como estaban, pero confiriéndoles un significado inefable) le hubiera sido negado por la naturaleza. Tenía veinticinco años, sus cabellos, peinados a la moda, eran bonitos y estaban llenos de encanto y movía la cabeza de un modo que mostraba un indicio de posible armonía, una promesa de auténtica belleza que, en el último momento, no acababa de realizarse. Sus vestidos eran muy sencillos pero de excelente corte; por lo general dejaban al desnudo el cuello y los brazos, como si le gustara alardear un poco de su tierna frescura. Era rica; aunque su padre perdió su fortuna en Rusia, la rehízo en Alemania. Su madre estaba por llegar al balneario, pero desde la aparición de Luzhin la idea de reunirse con ella le resultaba desagradable.

Le conoció al tercer día de su llegada, tal como ocurre en las viejas novelas o en las películas: la dama deja caer un pañuelo y el galán lo recoge; la única diferencia fue que los paneles se trocaron. Luzhin caminaba por un sendero, delante de ella, y sucesivamente dejó caer un gran pañuelo de cuadros, indeciblemente sucio y con toda clase de porquería adherida a él, un cigarrillo roto por la mitad y aplastado, una nuez y un franco francés. Ella recogió sólo el pañuelo y la moneda y siguió caminando; lo hacía con curiosidad, pues esperaba alguna nueva pérdida. Con el bastón que llevaba en la mano derecha Luzhin tocaba al pasar todos los árboles y todos los bancos, mientras que su mano izquierda permanecía hundida en el bolsillo del abrigo, hasta que al fin se detuvo, volvió el bolsillo del revés, con lo que cayó otra moneda, y se puso a examinar un gran agujero en el fondo.

—Se me ha salido por este agujero —explicó en alemán al tomar el pañuelo de su mano.

—Esto también —dijo ella en ruso.

—Es un género muy malo —continuó él, sin levantar la vista, sin pasar al ruso y sin mostrar la menor sorpresa, como si la devolución de sus pertenencias fuera de lo más natural.

—¡Oh, no vuelva a metérselos en el bolsillo! —exclamó ella con una repentina carcajada.

Entonces él levantó la cabeza y la contempló con mal humor. Su rostro gris e hinchado, con las mejillas mal afeitadas y llenas de cortes de la navaja, adquirió una rara expresión de perplejidad. Sus ojos eran maravillosos, estrechos, ligeramente oblicuos, y parecían estar salpicados de

Librodot

polvo bajo los párpados colgantes, pero a través de aquel polvo asomaba un brillo húmedo y azulado que resultaba malsano y atractivo a la vez.

—Que no se le vuelvan a caer —aconsejó ella, y al alejarse sintió su mirada fija en la espalda.

Aquella noche, al entrar en el restaurante, la joven no pudo evitar sonreírle desde lejos, y él respondió con la misma sonrisa melancólica y retorcida que, a veces, dirigía al gato del hotel cuando se deslizaba silenciosamente entre las mesas. Y al día siguiente, en el jardín del hotel, en medio de grutas, fuentes y enanos de barro, se le acercó y trató, con su voz profunda y triste, de agradecerle la devolución del pañuelo y de la moneda (a partir de entonces, de manera confusa e inconsciente, no dejó de observar si ella dejaba caer algo, como si tratara de establecer una simetría perfecta).

—No tiene nada que agradecerme —respondió ella, y añadió muchas palabras en el mismo sentido (¡esas parientes pobres de las palabras verdaderas!).

¡Qué enorme cantidad de palabras inútiles se dicen sin ton ni son para tratar de llenar el vacío! Empleando esas palabras, y consciente de su mezquina estulticia, le preguntó si le gustaba el balneario, y si pasaría allí una temporada para tomar las aguas. Luego, avergonzada por lo estúpido de la pregunta, pero incapaz de contenerse, quiso saber desde cuándo jugaba al ajedrez. El no le respondió, sino que le dio la espalda, y ella se sintió tan confundida que comenzó a recitar la lista de las predicciones meteorológicas para el día anterior, aquél y el siguiente. El continuó en silencio, y ella calló también; luego comenzó a registrar su bolso, buscando con desesperación un tema de conversación, y sólo encontró un peine roto, pero de repente Luzhin se volvió hacia ella y le dijo:

—Dieciocho años, tres meses y cuatro días.

Esas palabras fueron para la joven un delicioso alivio, y además incluso la halagó la meticulosa exactitud de la respuesta. Con el tiempo, sin embargo, se sintió molesta porque él nunca le hacía preguntas; era como si supiera todo acerca de ella.

«Un artista, un gran artista», pensaba con frecuencia al contemplar su macizo perfil, su cuerpo encorvado y corpulento, el oscuro mechón de cabello caído sobre su frente, siempre húmeda. Y tal vez fue precisamente por no saber nada en absoluto de ajedrez por lo que éste no significó para ella un mero juego de salón o un agradable pasatiempo, sino un arte misterioso, de la misma categoría que las artes reconocidas como tales. Nunca había tenido relación con personas como él, y no había nadie con quien pudiera compararlo, excepto con los músicos y los poetas, excéntricos inspirados cuyas imágenes eran para ella tan claras y tan vagas como las de un emperador romano, un inquisidor o el famoso avaro de una comedia. Su memoria contenía una modesta galería mal iluminada donde cabían todas las personas que por un motivo u otro habían atraído su atención. Allí estaban sus recuerdos escolares (la escuela femenina de San Petersburgo, con una hiedra de dimensiones poco comunes en la fachada, que daba a una calle estrecha, polvorienta y sin tranvías) y el profesor de geografía, que también enseñaba en una escuela masculina, un hombre de ojos grandes, frente muy blanca y cabellos desordenados, quien, según decían, estaba enfermo de tuberculosis y había sido en cierta ocasión, según decían, huésped del Dalai Lama; estaba enamorado, según decían, de una de las chicas de un curso superior, sobrina de la directora de cabellos blancos y

ojos azules que tenía un despacho pequeño y muy acogedor, empapelado en azul y con una preciosa estufa blanca holandesa. Y era precisamente sobre un fondo azul, rodeado de aire azul, como se había grabado en su memoria el profesor de geografía; solía irrumpir a la carrera, impulsivamente, en el aula, y luego se desvanecía y desaparecía, dejando que ocupara su puesto otra persona que a la joven también le parecía diferente del resto del mundo. La aparición de esta persona fue precedida de repetidas advertencias de la directora de que, bajo ningún pretexto, se burlaran de ella. Era el primer año del régimen soviético; de las cuarenta alumnas con que contaba la clase sólo quedaban diecisiete, quienes cada día saludaban a los profesores con la misma pregunta: «¿Habrá clases hoy?», y ellos respondían siempre de la misma manera: «Todavía no hemos recibido instrucciones definitivas.» La directora ordenó que nadie se riera del representante del Comisariado para la Educación Popular, dijera lo que dijese y se comportara como se comportase. Y llegó el comisario, y ocupó un lugar en su memoria como una persona extraordinariamente divertida, un visitante de un mundo diferente y absurdo. Era cojo, pero muy activo y enérgico, con unos ojillos vivos y relampagueantes. Las muchachas se reunían en una espaciosa sala y él se paseaba de un lado a otro delante de ellas, cojeando a toda velocidad y dando vueltas con agilidad simiesca. Y mientras cojeaba frente a ellas, arrastrando con ligereza el pie con el doble tacón, su mano derecha cortaba el aire en tajadas regulares, o lo alisaba como si fuera una tela; les hablaba deprisa y extensamente de las conferencias sobre sociología que les iba a dar y acerca de su inminente fusión con una escuela masculina, y contener la risa provocaba dolor en la mandíbula y espasmos en la garganta. Y luego venía el recuerdo de Finlandia, país que permaneció grabado en su corazón como algo más ruso que su propia Rusia, tal vez porque la villa de madera y los abetos y el barco blanco en el lago, negro por los reflejos de las coníferas, eran esencialmente rusos y fueron atesorados como algo que estaba prohibido al otro lado de la frontera. En aquella Finlandia que continuaba siendo un país de vacaciones, parte todavía de la vida de San Petersburgo, vio varias veces de lejos a un escritor famoso, un hombre extremadamente pálido con una barba muy notoria, quien miraba sin cesar hacia el cielo que los aviones enemigos habían comenzado a surcar. Y por alguna razón misteriosa le recordaba al lado de un oficial ruso, el cual perdió posteriormente un brazo en Crimea durante la guerra civil, un joven muy tímido y solitario con quien ella solía jugar al tenis durante el verano y esquiar en invierno, y con este recuerdo nevado volvían a aflorar, contra un fondo nocturno, la villa del escritor famoso, donde más tarde moriría, y el sendero barrido y los montones de nieve iluminados por la luz eléctrica, franjas fantasmales sobre la nieve oscura. Esos hombres de diversas profesiones, cada uno de los cuales teñía su recuerdo con su propia tonalidad particular (un geógrafo azul, un comisario caqui, el abrigo negro del escritor y un joven vestido de blanco que lanzaba su raqueta contra la pina de un pino), eran seguidos por brillantes imágenes que aparecían y se disolvían: la vida de los emigrados en Berlín, los bailes de caridad, los mítines monárquicos y una multitud de personas idénticas, pero todo esto estaba tan próximo en su recuerdo que aún no podía enfocarlo de tal modo que pudiera seleccionar lo que era valioso y desechar lo que carecía de importancia; además, no tenía tiempo para ponerse a clasificar sus experiencias, tanto la absorbía aquel hombre taciturno, fabuloso y

Librodot

enigmático, el más atractivo de los que había conocido. Su arte, y todas las manifestaciones y señales de éste, eran un misterio. Pronto se enteró de que cada noche, después de cenar, trabajaba hasta muy tarde. Pero este trabajo se hallaba más allá de los límites de su imaginación, ya que no había nada con qué asociarlo, ni un pincel, ni un piano, y lo que buscaba su mente era precisamente algún emblema de aquel arte que le mostrara su esencia con claridad. La habitación de Luzhin estaba en el primer piso, y a veces los huéspedes que salían al jardín a fumar un cigarro veían su lámpara y su rostro inclinado. Alguien comentó que permanecía largas horas sentado ante un tablero vacío. Quería verlo por sí misma, así que una noche, poco después de su primera conversación, se aventuró a llegar hasta aquella ventana por la senda bordeada de adelfas. Pero de pronto se sintió dominada por una repentina timidez, pasó de largo sin mirar hacia el interior y regresó a la avenida, donde escuchó la música procedente del casino; luego, incapaz de dominar la curiosidad, volvió de nuevo a la ventana, pero hizo crujir voluntariamente la grava, como para convencerse de que no estaba espiando. Luzhin tenía la ventana abierta y la persiana levantada, y sobre el fondo iluminado de la habitación le vio quitarse la chaqueta, tensar los músculos del cuello y bostezar. Y en el movimiento lento y pesado de su hombro, cuya imagen continuó levantándose y girando ante los ojos de la joven mientras se alejaba deprisa en la oscuridad y se dirigía a la terraza iluminada del hotel, se imaginó la presencia de una enorme fatiga después de un trabajo silencioso, pero, con toda seguridad, portentoso.

Y era cierto que Luzhin estaba cansado. En los últimos tiempos había jugado con excesiva frecuencia y de modo poco sistemático; le fatigaba sobre todo jugar a ciegas, un espectáculo muy bien pagado que realizaba de buena gana. Encontraba en ello un profundo placer: no tenía que tratar con piezas visibles, audibles ni palpables, que por la singularidad de su forma y la textura de la madera le causaban permanente desazón, aparte que las veía tan sólo como la burda envoltura mortal de las exquisitas e invisibles fuerzas del ajedrez. Cuando jugaba a ciegas era capaz de sentir esas diversas fuerzas en su pureza original. No contemplaba entonces las talladas crines de los caballos ni las cabezas brillantes de los peones, pero sentía con toda claridad que esta o aquella casilla imaginaria estaba ocupada por una fuerza definida y concentrada, de modo que le era posible concebir el movimiento de una pieza como una descarga, una sacudida o el fulgor de un relámpago, y el tablero entero de ajedrez se imantaba de tensión, y sobre esa tensión él ejercía un dominio total, concentrando aquí y liberando allá toda la energía eléctrica. De esa manera jugaba contra quince, veinte o treinta adversarios, y por supuesto el elevado número de tableros resultaba agotador, puesto que alteraba el tiempo real del juego, pero el cansancio físico no era nada en comparación con la fatiga mental que era su premio por el intenso esfuerzo y el éxtasis implícito en el juego mismo, que él dirigía desde una dimensión celestial en la que sus instrumentos eran cantidades incorpóreas. Además aquellas partidas a ciegas, y las victorias que le proporcionaban, eran un consuelo para él porque en los últimos años no había tenido suerte en los torneos internacionales; se había levantado una barrera invisible que le impedía ser el primero: Valentinov se lo había profetizado en el pasado, poco antes de que se separaran.

—Brilla mientras puedas —le había dicho después de un inolvidable torneo en Londres, el primero después de la guerra, en el que el joven

Librodot

ajedrecista ruso de veinte años había resultado vencedor—. Mientras puedas —repitió astutamente Valentinov—, porque no vas a ser un niño prodigio por mucho tiempo.

Eso era muy importante para Valentinov. Le interesaba Luzhin mientras siguiera siendo un monstruo, un fenómeno insólito, algo extraño pero encantador, como las piernas deformes de un perro dachshund. Durante el tiempo que pasó con Luzhin le animó sin cesar a desarrollar su don, sin ocuparse ni un segundo en él como persona, faceta que, según parecía, no sólo Valentinov sino la vida misma habían menospreciado. Lo mostraba ante personas ricas como un monstruo divertido, gracias a él adquirió contactos útiles y organizó innumerables torneos, y únicamente cuando comenzó a advertir que el prodigio se estaba convirtiendo en un simple joven jugador de ajedrez se lo devolvió a su padre, en Rusia, pero después, como si se tratara de un objeto valioso, se lo volvió a quitar, pues pensó que tal vez había cometido un error y que al monstruo le quedaban aún uno o dos años de vida. Cuando este plazo expiró, entregó a Luzhin algo de dinero, como se hace con una amante de la que uno se ha cansado, y desapareció. Encontró un nuevo entretenimiento en los negocios cinematográficos, esos misteriosos negocios astrológicos en los que se leen argumentos y se buscan estrellas. Y una vez introducido en ese mundo de estafadores, cínicos, charlatanes y egocéntricos, con su verborrea sobre la filosofía de la pantalla, el gusto de las masas y la intimidad de la cámara cinematográfica, cuando empezó a obtener magníficos ingresos, desapareció del mundo de Luzhin, lo que para éste representó un alivio, ese extraño alivio que se siente al poner fin a una relación amorosa infeliz. Se había sentido atraído inmediatamente por Valentinov, ya en los primeros días, durante sus giras por Rusia, y más tarde sintió por él lo mismo que un hijo que tiene un padre frivolo, evasivo y distante a quien nunca puede decirle cuánto le ama. Valentinov sólo se interesaba en él como ajedrecista. A veces adoptaba hasta cierto punto el papel de un entrenador que cuida de un atleta y le establece un régimen alimenticio con despiadada severidad. Valentinov afirmaba que estaba muy bien que un jugador de ajedrez fumara (ya que tanto en el ajedrez como en el acto de fumar había cierto toque oriental), pero no que bebiera, y durante su vida en común, en los comedores de los grandes hoteles, enormes hoteles vacíos durante la guerra, en los restaurantes de paso, en las posadas suizas y en las trattorie italianas, siempre, invariablemente, pedía agua mineral para el joven Luzhin. Los alimentos que elegía para él eran ligeros, a fin de que su cerebro pudiera funcionar con toda libertad, pero por alguna razón (tal vez por cierta difusa conexión con lo oriental) fomentaba la desmedida pasión de Luzhin por las golosinas. Finalmente, sostenía la peculiar teoría de que el desarrollo del don de Luzhin para el ajedrez se relacionaba con el desarrollo del impulso sexual; según él, el ajedrez era para Luzhin la verdadera satisfacción de ese impuiso, y temiendo que pudiera desperdiciar sus preciosos poderes al liberar por los medios naturales aquella beneficiosa tensión interior, le mantuvo a distancia de las mujeres, regocijándose de su casta indiferencia. Había algo degradante en todo eso. Cuando Luzhin recordaba aquella época, se sorprendía al advertir que ni una sola palabra humana y bondadosa se había cruzado entre él y Valentinov. No obstante, cuando tres años después de su marcha definitiva de Rusia, aquel país que se había vuelto tan poco agradable, Valentinov desapareció, experimentó

Librodot

una sensación de vacío, de falta de apoyo, aunque tuvo que reconocer la inevitabilidad de lo ocurrido, suspiró, se encogió de hombros y se abstrajo nuevamente en sus problemas de ajedrez. Después de la guerra los torneos fueron más frecuentes. Jugó en Manchester, donde el decrépito campeón de Inglaterra forzó unas tablas tras una contienda que duró dos días; en Amsterdam, donde perdió la partida decisiva porque excedió el tiempo límite, y su oponente, con un gruñido de satisfacción, oprimió el resorte del reloj de Luzhin; en Roma, donde Turati inició triunfalmente su brillante carrera; y en muchas otras ciudades que para él eran siempre idénticas: hotel, taxi, una sala en un café o en un club. Esas ciudades, esas hileras regulares de borrosos faroles que pasaban velozmente a su lado y de pronto se detenían alrededor de un caballo de piedra en una plaza, eran una envoltura tan habitual como innecesaria, igual que las piezas de madera y el tablero blanco y negro, y él aceptaba esa vida exterior como algo inevitable, pero ni mucho menos interesante. Del mismo modo, en su manera de vestir y en el ritmo de su vida cotidiana se dejaba llevar por motivos extremadamente vagos, sin detenerse a pensar en nada; raras veces se mudaba de ropa interior, daba cuerda mecánicamente a su reloj todas las noches, se afeitaba con la misma navaja hasta que dejaba de cortar, y se alimentaba de cualquier manera y modestamente. Por una especie de inercia melancólica, continuaba bebiendo en sus comidas agua mineral, que bullía ligeramente en sus senos frontales y producía una sensación de cosquillas en sus lagrimales, como si lloraran por el desaparecido Valentinov. Sólo muy rara vez se percataba de su propia existencia; por ejemplo, cuando le faltaba el aliento (la venganza de un cuerpo obeso) y se veía obligado a detenerse con la boca abierta a mitad de una escalera, o cuando le dolían las muelas, o cuando a altas horas de la noche, durante sus meditaciones sobre algún tema de ajedrez, una mano alargada sacudía una cajetilla de cerillas sin obtener ningún sonido, y el cigarrillo, que parecía haber sido puesto en sus labios por otra persona, crecía de repente y se afirmaba, sólido, inanimado y estático, y su vida entera parecía concentrarse en el único deseo de fumar, aunque sólo Dios sabía cuántos cigarrillos había consumido ya sin darse cuenta. En general, la vida a su alrededor era tan opaca y exigía de él tan poco esfuerzo, que a veces parecía que alguien, un apoderado misterioso e invisible, continuaba llevándole de torneo en torneo; pero había ciertas ocasiones, poco habituales, en que sentía una gran quietud a su alrededor y cuando miraba por el pasillo no veía más que zapatos, zapatos y zapatos ante todas las puertas, y en sus oídos resonaba el rumor de la soledad. Cuando su padre vivía, Luzhin solía pensar con una sensación de abatimiento en el viaje a Berlín, en la necesidad de visitar a su padre, ayudarle, hablar con él, y, sin embargo, aquel viejo de aspecto alegre, con su chaleco de punto, que le daba torpes palmadas en el hombro, le parecía intolerable, como el recuerdo de algo vergonzoso que uno trata de borrar cerrando los ojos y gimiendo a través de los dientes. No salió de París a tiempo para asistir al funeral de su padre, por temor, sobre todas las cosas, a los cadáveres, los ataúdes y las coronas y a la responsabilidad que de todo ello se desprendía, pero cuando llegó a Berlín se dirigió al cementerio y deambuló bajo la lluvia entre las tumbas con los zapatos cubiertos de lodo; no logró encontrar la sepultura de su padre, y aunque detrás de unos árboles vislumbró a un hombre que era, posiblemente, el sepulturero, un extraño sentimiento de inercia y timidez le impidió hacerle cualquier

Librodot

pregunta; se subió el cuello y regresó dando traspiés por un terreno yermo hasta el taxi que le esperaba. La muerte de su padre no interrumpió su trabajo. Se preparaba para el torneo de Berlín con la idea precisa de encontrar la mejor defensa contra la compleja apertura del italiano Turati, el más temible de los ajedrecistas que participarían en él. Ese jugador, representante de las últimas corrientes en el ajedrez, solía abrir la partida moviéndose hacia los flancos y dejando el centro del tablero libre de peones, pero ejercía una influencia muy poderosa sobre él desde los costados. Despreciaba la cómoda seguridad del enroque y se esforzaba por crear las más inesperadas y caprichosas relaciones entre sus piezas. Luzhin se había enfrentado ya con él en una ocasión y perdió; esa derrota le dolía de manera especial porque Turati, por temperamento, por su estilo de jugar, y por su tendencia a las combinaciones fantásticas, era un ajedrecista de mentalidad semejante a la suya, sólo que había ido más lejos. El juego de Luzhin, que en su primera juventud tanto había asombrado a los expertos por su audacia sin precedentes y su aparente desprecio de las reglas tradicionales del ajedrez, resultaba ahora un poco anticuado en comparación con el relampagueante extremismo de Turati. La situación de Luzhin en aquellos momentos era muy semejante a la del escritor o el músico que, habiendo asimilado las últimas tendencias en el arte al comienzo de su carrera activa y tras causar sensación por la originalidad de sus procedimientos, advierte de pronto que a su alrededor se ha producido imperceptiblemente un cambio, que otros artistas, salidos sólo Dios sabe de dónde, le han dejado atrás empleando los mismos métodos con que él hasta hacía poco llevaba la delantera, y entonces siente que le han despojado, ve sólo imitadores desagradecidos en los audaces artistas que se le han adelantado y rara vez comprende que el único culpable es él, que algo se ha petrificado en su arte, que un día fue innovador pero desde entonces no ha avanzado.

Al recordar sus más de dieciocho años de ajedrecista, Luzhin veía una acumulación de victorias al principio y después un extraño adormecimiento, unas cuantas victorias acá y allá, pero, en general, irritantes e irremediables tablas, gracias a las cuales fue adquiriendo imperceptiblemente la reputación de jugador cauteloso, impenetrable y poco imaginativo. Todo eso le resultaba extraño. Cuanto más audaz era su imaginación y más viva su inventiva durante el trabajo secreto que realizaba entre torneo y torneo, más opresiva resultaba su sensación de impotencia cuando comenzaba la competición y más circunspecto y tímido se volvía su juego. Desde hacía ya bastante tiempo pertenecía a la categoría de los grandes maestros internacionales, era extremadamente famoso, le citaban en todos los libros de ajedrez y era candidato, junto con otros cinco o seis jugadores, al título de campeón del mundo, pero debía toda esa halagüeña reputación a sus primeras actuaciones, las que habían dejado a su alrededor una especie de vaga aureola, el halo de los elegidos, un nimbo de gloria. La muerte de su padre vino a ser para él como una especie de hito con el que podía medir el camino recorrido. Y al recordar observó, con un estremecimiento, lo lentamente que había avanzado en los últimos tiempos; a fin de salir del marasmo, se sumergió con melancólica pasión en nuevos cálculos, inventó combinaciones y vagamente comenzó a intuir la clase de defensa que le era necesaria: una defensa deslumbrante. Se sintió mal en aquel hotel de Berlín después de haber ido al cementerio: palpitaciones, extraños pensamientos y la sensación de que su cerebro se había detenido y estaba cubierto por una

Librodot

capa de barniz. El médico que le visitó a la mañana siguiente le recomendó descanso, una estancia en algún lugar tranquilo...; «donde a su alrededor todo sea verdor», aconsejó el médico. Y Luzhin canceló una sesión de ajedrez a ciegas que tenía programada y se marchó al lugar que acudió inmediatamente a su imaginación cuando el médico le habló de verdor; en su interior sintió un vago agradecimiento por el grato recuerdo que le indicó con tanta oportunidad el lugar necesario, resolvió todas las dificultades y le instaló en un hotel conocido, donde ya le esperaban.

Se sintió mejor en medio de aquel verde paisaje de mesurada belleza, que le infundió un sentimiento de seguridad y tranquilidad. Y de pronto, como cuando en un puesto de feria revienta una pantalla de papel pintado y queda al descubierto un sonriente rostro humano, apareció, sin que supiera de dónde procedía, una persona inesperada y a la vez familiar, que le hablaba con una voz que parecía haber estado escuchando mudamente toda su vida y que iluminaba de pronto su habitual oscuridad. Al tratar de aclarar en su mente aquella impresión de algo muy familiar recordó con asombrosa nitidez algo que parecía fuera de lugar, el rostro de una joven prostituta de hombros desnudos y medias negras, de pie en un portal iluminado de un oscuro callejón de una ciudad sin nombre. Y de un modo bastante absurdo le pareció que la joven era aquella prostituta que llegaba a él decorosamente vestida y algo menos hermosa, como si se hubiera despojado de su hechicero maquillaje, y por eso mismo resultaba más accesible. Tal fue su primera impresión cuando la conoció, cuando con sorpresa advirtió que de verdad estaba hablando con ella. Le fastidiaba un poco que no fuera tan hermosa como debía haber sido, a juzgar por extrañas señales que en el pasado descubrió en sus sueños. Pronto asumió la situación, sin embargo, y gradualmente olvidó sus viejos prototipos; al final le invadió una gran tranquilidad y se sintió orgulloso de que una persona viva y real le hablara, pasara su tiempo con él y le sonriera. Y aquel día en la terraza del jardín, donde unas avispas brillantemente amarillas se posaban sobre las mesas de hierro y movían sus antenas, el día en que comenzó a explicarle que cuando era niño se había hospedado en aquel hotel, Luzhin inició, con una serie de pausados movimientos cuyo significado sólo intuía vagamente, una peculiar declaración de amor.

—Ande, cuénteme algo más —insistió ella cuando se quedó callado de repente.

Luzhin se sentó, apoyándose en su bastón. Pensaba que si movía como si fuera un caballo a un tilo que crecía en una pendiente bañada por el sol se podría comer al poste telegráfico que se elevaba más allá, y al mismo tiempo intentaba recordar de qué había estado hablando exactamente. Un camarero, con una docena de jarras de cerveza vacías colgadas de sus dedos torcidos, corría a lo largo del ala del edificio, y Luzhin recordó con alivio que había estado hablando del torneo que se disputó en cierta ocasión en aquella misma ala. Sintió agitación y calor, y que la cinta del sombrero le apretaba las sienes, y no comprendió aún por qué se sentía tan agitado.

—Vamonos —dijo—. Se la enseñaré. Ahora debe de estar vacía. Y fría. —Dio unos pasos pesados y, arrastrando el bastón que rozaba la grava, golpeó el escalón de la puerta y cruzó el umbral antes que ella. La joven pensó que era un maleducado, pero se sorprendió al advertir que movía la cabeza comprensiva, como si se acusara de juzgarlo mal, pues sus modales nada tenían que ver con la mala educación—. Aquí, me parece que éste es el

camino —dijo Luzhin, y empujó una puerta lateral. Había fuego encendido; un hombre gordo vestido de blanco gritó algo y una torre de platos pasó corriendo sobre piernas humanas—. No, está más allá —rectificó Luzhin, y siguió caminando por un corredor. Abrió otra puerta y casi se cayó; había una escalera que descendía, y unas ramas al fondo, y una montaña de basura, y una gallina asustada se escapó dando saltos—. Me he equivocado —dijo Luzhin—. Es posible que sea aquí, a la derecha. —Se quitó el sombrero, sintió que unas ardientes gotas de sudor le bañaban las sienes. ¡Oh, qué clara era la imagen de aquella fría, vacía y espaciosa sala y qué difícil le resultaba encontrarla!—. Probemos esa puerta —dijo. Y aquella puerta resultó estar cerrada con llave. Movió arriba y abajo el tirador varias veces.

—¿Quién es? —gritó de pronto una voz ronca, y se oyó el crujido de una cama.

—Es un error, un mero error —murmuró Luzhin, y siguió adelante; luego miró hacia atrás y se detuvo. Estaba solo. «¿Dónde está ella?», se preguntó arrastrando los pies mientras iba de un lado al otro. Un corredor. Una ventana que daba al jardín. Un casillero en la pared, con casillas numeradas. Se oyó el sonido de un timbre. En una de las casillas cayó un número torcido. Luzhin caminaba pensativo y preocupado, como si estuviera perdido en una pesadilla; se apresuró a recorrer el camino de regreso, repitiendo para sí mismo: «Extrañas bromas, extrañas bromas.» Salió inesperadamente al jardín y vio que dos personas sentadas en un banco le miraban con curiosidad. De repente oyó una risa sobre su cabeza y levantó la cara. Era ella, desde el balcón de su habitación, quien se reía; apoyaba los codos en la barandilla, apretaba las palmas contra las mejillas y movía la cabeza en un leve gesto de reproche. La joven miró su amplia cara y el sombrero echado hacia atrás, como esperando ver qué se proponía hacer Luzhin.

—No pude seguirle —le gritó, se puso de pie en el balcón y abrió los brazos en un gesto de vaga aclaración. Luzhin bajó la cabeza y entró en el edificio. Ella supuso que dentro de un momento llamaría a su puerta y decidió no permitirle la entrada; le diría que la habitación aún no estaba arreglada. Pero él no llamó. Cuando bajó a cenar, no estaba en el comedor. Pensó que se habría ofendido, y fue a acostarse antes de lo acostumbrado. A la mañana siguiente salió a dar un paseo y miró si la esperaba en el jardín, leyendo el periódico en un banco, como era su costumbre. Pero no estaba en el jardín, ni tampoco en la galería, por lo que decidió salir a pasear sin él. Cuando a la hora de la cena no apareció en el comedor y vio su mesa ocupada por una pareja de ancianos que desde hacía unos días le había echado el ojo, preguntó en recepción si el señor Luzhin estaba enfermo.

—El señor Luzhin salió esta mañana para Berlín —le contestó la recepcionista.

Una hora más tarde su equipaje regresó al hotel. El conserje y un botones, con indiferencia profesional, entraron las maletas que habían sacado aquella misma mañana. Luzhin regresó de la estación a pie, un caballero taciturno y entrado en carnes, agobiado por el calor y con los zapatos cubiertos de polvo. En cada uno de los bancos se tomaba un descanso, y una o dos veces arrancó unas zarzamoras, cuya acidez le hizo hacer muecas al comerlas. Mientras caminaba por la carretera advirtió que un niño rubio le seguía a pequeños pasos, con una botella de cerveza vacía

Librodot

en las manos, se retrasaba a propósito y le miraba con una insoportable concentración infantil. Luzhin se detuvo. El chico también se detuvo. Luzhin se movió. El chico se movió a su vez. Entonces Luzhin perdió la paciencia y le amenazó con su bastón. El otro se detuvo, sonriendo con sorpresa y alegría.

—Te voy a… —exclamó Luzhin con voz profunda, y caminó hacia él con el bastón en alto. El chico saltó y echó a correr. Luzhin gruñó y respiró con fuerza por la nariz, y luego continuó la marcha. De pronto, una piedra, certeramente dirigida, le dio en el hombro izquierdo. Dio un grito y se volvió. No vio a nadie, sólo la carretera vacía, el bosque, un brezal—. ¡Le mataré! —gritó en alemán, y caminó más deprisa, tratando de avanzar en zigzag, el modo, había leído en alguna parte, en que caminan los hombres que temen un disparo por la espalda, y continuó repitiendo su inútil amenaza. Estaba exhausto, jadeante y casi a punto de llorar cuando por fin llegó al hotel.

—He cambiado de opinión —dijo, dirigiéndose a la ventanilla de la recepción—. Voy a quedarme; he cambiado de opinión…

«Seguramente está en su habitación», se dijo al subir las escaleras. Irrumpió en ella como si hubiera abierto la puerta con su cabeza, y tan pronto como divisó a la joven, que estaba reclinada sobre un diván y llevaba un vestido de color rosa, dijo apresuradamente:

—¡Hola!, ¡hola! —Y comenzó a pasear a zancadas por la habitación, dando por supuesto que todo se desarrollaba sin complicaciones, de una manera ingeniosa e informal, y reprimiendo al mismo tiempo su excitación—. Y por consiguiente, como continuación de lo antes dicho, tengo que informarle de que usted será mi esposa, le imploro que acceda a esta petición, me fue absolutamente imposible marcharme, ahora todo va a ser diferente y maravilloso.

Y entonces se dejó caer en una silla al lado del radiador, se cubrió la cara con las manos y arrancó a llorar. Luego, tratando de levantar una mano para cubrirse el rostro, comenzó con la otra a buscar un pañuelo, y a través de las rendijas húmedas y temblorosas que separaban sus dedos percibió por duplicado un impreciso vestido rosa que se movía ruidosamente hacia él.

—¡Vamos, vamos! ¡Ya está bien! ¡Ya está bien! —repetía ella con voz consoladora—. ¡Un hombre tan grande llorando de esta manera!

El la tomó por un codo y besó algo duro y frío, su reloj de pulsera. Ella le quitó el sombrero de paja y le acarició la frente, aunque inmediatamente retrocedió, para evitar sus torpes e impulsivos movimientos. Luzhin se sonó ruidosamente con su pañuelo, una y otra vez; luego se secó los ojos, las mejillas y la boca, suspiró con alivio, se apoyó en el radiador y con los ojos húmedos y brillantes miró al frente. Fue en ese momento cuando ella advirtió con toda claridad que aquel hombre, le gustara o no, no era alguien a quien pudiera mantener fuera de su vida; se había instalado en ella firme y sólidamente y, en apariencia, para mucho tiempo. Pero también se preguntó cómo podía presentar a semejante hombre a sus padres, qué papel tendría en el salón de su casa un hombre de una dimensión diferente, con una forma y una tonalidad tan particulares que no eran compatibles con nada ni con nadie.

Al principio trató de encajarlo en su familia, en su ambiente e incluso en el mobiliario de su piso: hacía que un Luzhin imaginario entrara en todas las habitaciones, hablara con su madre, comiera una *kulebiaka* hecha en casa y se reflejara en el suntuoso samovar comprado en el extranjero, y

Librodot

aquellas visitas imaginarias acababan siempre en una catástrofe monstruosa. Luzhin, con un torpe movimiento de hombros, derribaba la casa entera como si fuera un frágil decorado que despidiera una nube de polvo. Su piso, caro y muy bien amueblado, estaba situado en la primera planta de un enorme edificio de apartamentos de Berlín. Sus padres, ricos una vez más, habían decidido vivir en un estilo estrictamente ruso, que asociaban con la ornamental escritura de los viejos eslavos, tarjetas postales mostrando la tristeza de las jóvenes boyardas, cajas laqueadas con horrendos pirograbados de troikas y pájaros de fuego, y revistas de arte admirablemente editadas, que habían dejado de publicarse hacía bastante tiempo, ilustradas con maravillosas fotografías de viejas mansiones rusas y de porcelana antigua. Su padre acostumbraba decir a sus amigos que le resultaba particularmente grato, después de sus reuniones de negocios y sus conversaciones con gente de dudosa reputación, sumergirse en un ambiente genuinamente ruso para comer una genuina comida rusa. Durante un tiempo su sirviente había sido un auténtico ordenanza ruso hallado en un refugio de emigrantes en las afueras de Berlín, pero por alguna razón inexplicable se volvió en extremo grosero y habían tenido que sustituirlo por una muchacha germano-polaca. La madre, una imponente dama con brazos regordetes, acostumbraba llamarse a sí misma, con afecto, *enfant terrible* o «cosaca», resultado de vagos y deformados recuerdos de *Guerra y paz*; encarnaba a la perfección al ama de casa rusa, tenía debilidad por la teosofía y denunciaba la radio como una invención judía. Era tan bondadosa como carente de tacto, y amaba sinceramente la Rusia artificial y pintoresca que había creado a su alrededor, aunque algunas veces la abatía un aburrimiento intolerable, sin llegar a saber con exactitud qué le faltaba, pues afirmaba ser una de las pocas personas que había transportado su propia Rusia consigo. La hija sentía absoluta indiferencia por la cursilería de aquel piso, tan diferente de su tranquila casa de San Petersburgo, donde los muebles y los demás objetos tenían su propia alma, donde el gabinete de los iconos desprendía un inolvidable resplandor de color granate y albergaba unas misteriosas flores de azahar, donde un gato gordo e inteligente estaba bordado en el respaldo de seda de un sillón y donde había millares de bagatelas, olores y sombras que en conjunto constituían algo fascinante, conmovedor y absolutamente irremplazable.

Los jóvenes rusos que los visitaban en Berlín la consideraban una muchacha agradable pero no demasiado interesante, mientras que su madre decía (en voz baja y con cierto dejo burlón) que ella representaba a la intelectualidad y la literatura de vanguardia en la familia, quizá porque sabía de memoria varios poemas del «simbolista» Balmont que había encontrado en *El lector de poesía*, o tal vez por alguna otra razón desconocida. A su padre le gustaban su independencia, su calma y su modo peculiar de bajar los ojos cuando sonreía. Pero nadie había sido capaz aún de descubrir su cualidad más cautivadora: la misteriosa capacidad de su alma para aprehender de la vida sólo aquello que la había atraído y atormentado en la infancia, la época en que los instintos del alma son infalibles; buscar lo divertido y conmovedor; experimentar en todo momento una intolerable y tierna piedad por cualquier criatura cuya vida fuera impotente y desgraciada; sentir a través de miles de kilómetros que en algún lugar de Sicilia un borriquillo de delgadas patas y vientre peludo estaba siendo brutalmente golpeado. Siempre que se encontraba con una criatura a quien

Librodot

alguien estaba hiriendo, experimentaba una especie de eclipse legendario, en el que descendía una noche inexplicable y manchas de ceniza y de sangre aparecían en las paredes, y le parecía que si no actuaba inmediatamente, pero inmediatamente de verdad, no prestaría ninguna ayuda ni lograría impedir la tortura ajena (cuya existencia era del todo imposible de explicar en un mundo tan propicio a la felicidad); entonces su corazón no podría soportarlo y terminaría por morirse. Por consiguiente, vivía en una perpetua y secreta agitación que constantemente anticipaba una nueva alegría o una nueva compasión; se decía de ella que amaba a los perros y que estaba siempre dispuesta a prestar su dinero, y al escuchar esos rumores triviales se sentía como se había sentido cuando niña al participar en ese juego que consiste en que una persona sale de una habitación y las demás hablan de ella, y luego tiene que adivinar qué dijeron de ella. Y entre los jugadores, entre aquellos con quienes se reunía después de estar en la habitación de al lado, donde permanecía sentada en espera de que la llamasen, cantando concienzudamente algo para no oír lo que decían, mientras abría un libro al azar y como un muñeco de resorte surgía un pasaje de novela, el fin de una conversación ininteligible, entre aquellas personas cuya opinión tenía que adivinar, se encontraba ahora un hombre taciturno, difícil de comprender y del que desconocía absolutamente lo que pensaba sobre ella. Sospechaba que no tenía ninguna opinión, que no tenía la menor idea del medio ni de las circunstancias en que ella se movía, y en consecuencia era capaz de decir cosas espantosas.

Decidió que su ausencia ya duraba demasiado, por lo que se alisó suavemente la cabellera con la mano y volvió con una sonrisa al vestíbulo. Su madre y Luzhin, a quienes acababa de presentar, estaban sentados en sillones de mimbre, bajo una palmera de maceta, y Luzhin, con el ceño fruncido, examinaba el cochambroso sombrero de paja que tenía sobre las piernas. En aquel momento se sintió aterrorizada al pensar en las palabras que Luzhin podía emplear para referirse a ella (si ése era el tema de su conversación) y en la impresión que causaría en su madre su pretendiente. El día anterior, tan pronto como llegó su madre y comenzó a quejarse de que su ventana daba al norte y de que la lámpara de la mesita de noche no funcionaba, la joven le había dicho, tratando de que su voz resultara lo más natural posible, que había hecho bastante amistad con el famoso ajedrecista Luzhin.

—Un seudónimo, sin duda —dijo la madre, mientras revolvía en su maletín de viaje—. Estoy segura de que su verdadero nombre es Rubinstein o Abramson.

—Muy, muy famoso —continuó la hija—, y muy agradable.

—Ayúdame a encontrar el jabón —dijo la madre.

Y así, después de haberlos presentado y dejado solos con el pretexto de ir a pedir unas limonadas, la joven sintió al volver al vestíbulo tal impresión de horror, de lo irreparable de una catástrofe ya consumada, que estando aún a cierta distancia de ellos comenzó a hablar en voz alta, tropezó con el borde de la alfombra y se rió, agitando las manos para conservar el equilibrio. El inútil manoseo del sombrero de paja, el silencio, los brillantes y asombrados ojos de su madre, y el repentino recuerdo del llanto del otro día, dé los brazos de Luzhin alrededor del radiador..., todo aquello era muy difícil de soportar. Pero, de pronto, Luzhin levantó la cabeza, su boca se abrió en aquella sonrisa familiar y malhumorada... y en seguida su temor se

Librodot

desvaneció y el posible desastre le pareció algo extremadamente divertido, que no cambiaba nada. Como si sólo esperara a que ella regresase para despedirse, Luzhin gruñó, se puso de pie y efectuó una notable reverencia («vulgar», pensó ella alegremente, traduciendo esa reverencia al lenguaje de su madre) antes de dirigirse hacia las escaleras. Por el camino se cruzó con un camarero que llevaba una bandeja con tres vasos de limonada. Lo detuvo, tomó uno de los vasos, lo mantuvo con cuidado frente a sí, imitando el nivel oscilante del líquido con las cejas, y empezó a subir con toda lentitud las escaleras. Una vez que Luzhin hubo desaparecido, ella comenzó, con un esmero exagerado, a despojar su pajilla del delgado papel que la envolvía.

—¡Qué patán! —dijo en voz alta la madre, y la hija sintió esa clase de satisfacción que se obtiene cuando el diccionario confirma el sentido de un término extranjero que ya se intuía—. No es una persona real —continuó la madre con enfadada perplejidad—, ¿Qué es? Estoy segura de que no es una persona real. Me llama madame, sí, así, madame, como un dependiente de comercio. Sabe Dios lo que es. Te aseguro que tiene pasaporte soviético. Un bolchevique. Es un bolchevique. Me quedé sentada como una idiota. ¡Y su conversación! Por cierto, lleva los puños muy sucios. ¿Te has dado cuenta? Sucios y raídos.

—¿Qué clase de conversación? —preguntó, sonriendo a pesar de sus cejas fruncidas.

—Sí, madame. No, madame. Hay una atmósfera agradable aquí. ¡Atmósfera! ¡Vaya palabrita!, ¿eh? Le pregunté, sólo por decir algo, si hacía mucho tiempo que había dejado Rusia. Simplemente se quedó callado. En vez de responderme contestó que te gustan los brebajes refrescantes. ¡Brebajes refrescantes! ¡Y qué facha! ¡Qué facha! No, no, tenemos que mantenernos al margen de semejantes individuos...

Para continuar el juego de las opiniones, se apresuró a ir en busca de Luzhin. En el curso de su fallida marcha su cuarto había sido ocupado por otra persona, y a él le habían asignado uno en el piso superior. Se hallaba sentado con los codos sobre la mesa, como desconsolado, y en el cenicero un cigarrillo mal apagado luchaba por emitir aún su humo. Tanto en la mesa como en el suelo había hojas de papel diseminadas escritas a lápiz. Por un segundo ella pensó que eran facturas y le sorprendió su número. El viento que entraba por una ventana abierta se convirtió en una corriente al abrir ella la puerta, y Luzhin, saliendo de su ensoñación, recogió del suelo las hojas de papel, las dobló con cuidado, le sonrió y pasteñeó:

—Bueno, ¿qué tal resultó? —preguntó.

—Esto sólo tomará forma durante el juego —dijo Luzhin-; estoy esbozando algunas de las posibilidades.

Ella tuvo la sensación de que se había equivocado de puerta y había entrado donde no debía, pero era agradable estar en aquel mundo inesperado y no quería ir al otro en que se jugaba a las opiniones. Pero en vez de continuar hablando de ajedrez, Luzhin se acercó a ella junto con su silla, la abrazó por la cintura con manos que la ternura volvía temblorosas y, sin saber qué hacer, trató de sentarla sobre sus rodillas. Ella le empujó los hombros y volvió el rostro, fingiendo mirar las hojas de papel.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada, nada —dijo Luzhin—; notas sobre diversas posibilidades.

—Déjeme salir —exigió ella con voz aguda.

Librodot

—Notas sobre varias posibilidades, notas... —repitió Luzhin; la volvió a apretar contra sí; sus ojos entrecerrados le miraban el cuello. Un espasmo repentino distorsionó su rostro y por un instante sus ojos perdieron toda expresión; luego sus facciones se relajaron extrañamente, las manos se abrieron por su propio impulso, y ella se apartó de él, enfadada, sin saber con exactitud por qué lo estaba, y sorprendida, además, de que él la dejara partir. Luzhin se aclaró la garganta, y con gran avidez encendió un cigarrillo, observándola con incomprensible malicia.

—Siento haber venido —dijo ella—. Primero interrumpí su trabajo.

—Nada de eso —replicó Luzhin con inesperada alegría, palmeándose las rodillas.

—Segundo, quería conocer sus impresiones.

—Una dama de la alta sociedad —contestó Luzhin—; eso es evidente.

—Escuche —exclamó ella aún enfadada—. ¿No le han enseñado urbanidad? ¿A qué escuela fue? ¿Se ha relacionado con la gente? ¿Ha hablado con la gente?

—He viajado mucho —dijo Luzhin—. Aquí y allá. Un poco por todas partes.

«¿Dónde estoy? ¿Quién es? ¿Qué pasará después?», se interrogó ella mentalmente, observando la habitación, la mesa cubierta de hojas de papel, la cama en desorden, el lavabo, en el fondo del cual yacía una hoja de afeitar oxidada, y un cajón a medio cerrar de donde, como una serpiente, pendía una corbata verde con lunares rojos. Y en medio de aquel sombrío desorden se hallaba sentado el más impenetrable de los hombres, un ser que practicaba un arte espectral, y ella trataba de detenerse, de asirse a todos sus defectos y peculiaridades, de decirse de una vez por todas que aquel hombre no era el apropiado para ella... y al mismo tiempo le preocupaba con toda claridad cómo se comportaría en la iglesia y qué tal le sentaría el frac.

VII

Por supuesto que los encuentros continuaron. La pobre señora comenzó a advertir con horror que su hija y el sombrío señor Luzhin eran inseparables; había entre ellos conversaciones, miradas y vibraciones que ella era incapaz de determinar con exactitud. Todo aquello le pareció tan peligroso que superó su repugnancia y resolvió mantener a Luzhin cerca de ella todo el tiempo posible, en parte para estudiarlo mejor, pero principalmente para que su hija no desapareciera tan a menudo. La profesión de Luzhin era trivial, absurda... La existencia de tales profesiones sólo era explicable en estos malditos tiempos modernos, por la necesidad moderna de establecer récords insensatos (esos aeroplanos que querían volar a la altura del sol, las carreras maratónicas, los juegos olímpicos). Pensaba que en el pasado, en la Rusia de su juventud, hubiera sido inconcebible que un hombre se dedicara exclusivamente al ajedrez. Sin embargo, aquel hombre era tan raro, incluso para los tiempos que corrían, que concibió la vaga sospecha de que quizá el ajedrez fuera una mera pantalla, un disfraz, de que tal vez la verdadera ocupación de Luzhin era algo absolutamente diferente, y se sintió desfallecer ante la idea de la actividad oscura, criminal, tal vez masónica, que aquel astuto truhán escondía detrás de una predilección por un inocente pasatiempo. Poco a poco, sin embargo, esa sospecha se fue desvaneciendo. ¿Cómo podría esperarse semejante destreza de un pobre mentecato como aquél? Además, era auténticamente famoso. Le causaba asombro, y también cierto fastidio, el que un nombre pudiera ser tan familiar para muchos cuando para ella era por completo desconocido (excepto como un sonido casual en su pasado, relacionado con un pariente lejano que había conocido a un tal Luzhin, un terrateniente, en San Petersburgo). Los alemanes que se hospedaban en el hotel del balneario, venciendo heroicamente la dificultad de una lengua sibilante, pronunciaban su nombre con reverencia. Su hija le mostró el último número de una revista ilustrada de Berlín, donde en la sección dedicada a los acertijos y crucigramas habían publicado una partida, notable por alguna razón, que Luzhin había ganado no hacía mucho.

—Pero ¿es posible que un hombre dedique realmente su vida a tales fruslerías? —exclamó, mirando con vaguedad a su hija—. ¿Desperdiciar toda la vida en semejantes tonterías? Mira, un tío tuyo también se lucía en toda clase de juegos, ajedrez, cartas, billar, pero al menos tenía empleo, carrera y todas esas cosas.

—También él tiene carrera —respondió la hija—, y en realidad es un profesional muy conocido. Nadie tiene la culpa de que a ti nunca te haya interesado el ajedrez.

—Los charlatanes también pueden ser bien conocidos —dijo empecinadamente su madre; no obstante, después de meditarlo un poco, concluyó que la reputación de Luzhin justificaba hasta cierto punto su existencia. Esta, sin embargo, era opresiva. Lo que más la enfurecía era que él se las ingeniara casi siempre para sentarse de espaldas a ella—. Incluso habla por la espalda —se quejó ante su hija—, por la espalda, te digo; no habla como un ser humano. Te digo que hay en él algo decididamente anormal.

Librodot

Ni una sola vez Luzhin le hizo una pregunta; ni una sola vez trató de animar una conversación que languidecía. Hubo paseos inolvidables a lo largo de senderos bañados por el sol, donde aquí y allá, en alguna grata sombra, un genio cuidadoso había colocado bancos, paseos inolvidables durante los cuales a la madre le parecía que cada paso de Luzhin era un insulto. A pesar de su corpulencia y de su corto aliento, podía súbitamente desarrollar una velocidad extraordinaria, sus acompañantes se quedaban atrás, y la madre, apretando los labios, miraba a su hija, jurando en un murmullo, que era casi un silbido, que si aquella carrera desaforada continuaba, ella volvería inmediatamente, ¡inmediatamente!, ¿comprendes?, al hotel.

—Luzhin —gritaba la muchacha—, Luzhin. Modere el paso o se cansará.

El hecho de que su hija le llamara por el apellido también le resultaba desagradable, pero cuando hacía algún comentario la otra respondía, echándose a reír: «Las heroínas de Turgueniev lo hacían. ¿Soy menos que ellas?» Luzhin daba de pronto media vuelta, sonreía torcidamente y se dejaba caer en un banco, junto al cual solía haber una papelera metálica. Invariablemente se registraba los bolsillos, encontraba algún trozo de papel, lo rompía en fragmentos iguales y lo tiraba a la papelera, para después echarse a reír enloquecidamente. Un perfecto ejemplo de su sentido del humor.

No obstante, a pesar de aquellos paseos en común, Luzhin y la muchacha encontraban tiempo para estar a solas, y tras cada uno de esos encuentros la indignada señora preguntaba:

—Bueno, ¿habéis estado besándoos? ¿Os besáis? Estoy convencida de que os pasáis la vida besándoos.

Pero la hija sólo suspiraba y respondía con fingida indiferencia:

—¡Mamá!, ¿cómo puedes decir semejantes cosas?

«Largos e intensos besos», decidió en su interior la madre, y escribió a su marido para decirle que no era feliz y que su hija tenía amoríos imposibles con un individuo taciturno y peligroso. Su esposo le aconsejó regresar a Berlín o trasladarse a otro balneario. «No comprende nada», reflexionó ella. «Bueno, en fin, no importa. Todo esto terminará pronto. Nuestro amigo se marchará.»

Y de pronto, tres días antes de la salida de Luzhin rumbo a Berlín, sucedió un pequeño incidente que aunque no le hizo modificar exactamente su actitud hacia él llegó a emocionarla. Habían salido los tres a dar un paseo. Era una tarde de agosto, con una espléndida puesta de sol, como una naranja sanguina exprimida hasta la última gota.

—Siento un poco de frío —dijo la madre—. Tráeme algo para cubrirme.

La hija asintió con un movimiento de cabeza, murmuró algo a través de la hoja de hierba que tenía en la boca y se dirigió, caminando deprisa y moviendo los brazos, rumbo al hotel.

—Tengo una hija hermosa, ¿verdad? Bonitas piernas. —Luzhin asintió—. ¿De manera que después del torneo volverá a París? Pero no se quedará mucho tiempo en París, ¿verdad? Alguien le invitará a jugar en alguna otra parte.

Entonces ocurrió aquello. Luzhin miró a su alrededor y levantó el bastón.

—Este sendero —dijo—. Considere usted este sendero. Yo iba caminando por él. ¿Puede usted imaginarse con quién me encontré? ¿A quién cree usted que encontré? Salido de los mitos. A Cupido. Pero no con un arco, sino con un guijarro. Fui golpeado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, alarmada.

—No, por favor, por favor —exclamó Luzhin, levantando un dedo—. Me resulta necesario tener público.

Se le acercó más y entreabrió la boca de una manera extraña, lo que dio a su rostro una expresión de martirizada ternura que nunca había visto antes.

—Usted es una mujer bondadosa y sensible —dijo Luzhin lentamente—. Tengo el honor, el gran honor, de suplicarle que me conceda su mano.

Se alejó un poco como si hubiera terminado un discurso en escena, y comenzó a trazar en la arena un pequeño dibujo con su bastón.

—Aquí tienes tu chal —dijo a sus espaldas la voz sin aliento de su hija, y el chai cayó sobre sus hombros.

—Oh, no, tengo calor, no lo necesito, ¿para qué voy a querer un chal?

Aquella tarde su paseo fue especialmente silencioso. Por su mente pasaban todas las palabras que tendría que decirle a Luzhin, hacer averiguaciones de tipo financiero; era posible que no fuera un hombre próspero, ocupaba la habitación más barata del hotel. Y una conversación muy seria con su hija. Se trataba de un matrimonio inimaginable, un riesgo absurdo. Pero, a pesar de todo, se sentía halagada porque Luzhin se había dirigido primero a ella tan sinceramente y con un estilo bastante pasado de moda.

—Ya ha ocurrido. Te felicito —le dijo aquella noche a su hija—. No pongas esa cara de inocencia, me entiendes perfectamente. Nuestro amigo quiere casarse.

—Lamento que te lo haya dicho —respondió la hija—. Es algo que nos atañe sólo a él y a mí.

—¡Aceptar al primer bribón que se presenta...!

—No te metas —dijo la hija con calma—. No es asunto tuyo.

Y lo que parecía ser un riesgo inimaginable comenzó a desarrollarse con asombrosa velocidad. La víspera de su partida, Luzhin salió al minúsculo balcón de su habitación en su largo camisón y miró a la luna, que se estaba separando temblorosamente de un follaje negro, y mientras pensaba en el movimiento inesperado que constituiría su defensa contra Turati escuchó a través de aquellas reflexiones sobre ajedrez la voz que continuaba sonando en sus oídos, que penetraba en su ser en largas líneas y ocupaba todos los puntos principales. Era el eco de la conversación que acababa de tener con ella; se había vuelto a sentar sobre sus rodillas y le prometió que al cabo de dos o tres días regresaría a Berlín, y que lo haría sola si su madre decidía quedarse. Y tenerla sobre las rodillas no era nada comparado con la certidumbre de que ella le seguiría y no desaparecería, como algunos sueños que de pronto estallan y se dispersan porque los ha atravesado la manecilla reluciente del despertador. Con un hombro apretado contra el pecho de Luzhin, ella trató, con un dedo solícito, de levantarle un poco más los párpados, y la ligera presión que ejerció sobre el globo del ojo hizo que surgiera allí una extraña luz negra que saltó igual que su caballo negro, el cual se comería indudablemente al peón si Turati lo movía en la

Librodot

séptima jugada, como había ocurrido en la última partida que disputaron. El caballo, por supuesto, perecía, pero la pérdida se veía recompensada por un sutil ataque de las negras, y a partir de ese momento todas las posibilidades estaban de su parte. Era cierto que en el flanco de la reina había cierta debilidad, o tal vez no pudiera llamársele debilidad, sino una ligera duda de que todo pudiera ser una fantasía, fuegos de artificio, y que el corazón no lo soportaría, no resistiría, porque tal vez, después de todo, la voz que escuchaban sus oídos le estaba engañando y no se quedaría con él. Pero la luna emergió de las ramas negras y angulares, una luna redonda y llena, una vivaz confirmación de la victoria, y cuando Luzhin finalmente abandonó el balcón y volvió a su habitación, en el suelo se había formado un enorme cuadro de luz lunar, y en esa luz destacaba su propia sombra.

Librodot

VIII

Aquello que tan indiferente dejaba a su prometida causó en Luzhin una impresión que nadie podía haber previsto. Visitó el famoso piso, donde hasta el aire parecía impregnado de un falso folklore, inmediatamente después de haber obtenido su primer punto al derrotar a un húngaro en extremo tenaz; la partida, es cierto, se había pospuesto después de cuarenta jugadas, pero la continuación le resultaba perfectamente clara a Luzhin. Le leyó en voz alta a un taxista sin nombre la dirección escrita en la tarjeta postal («Hemos llegado. Le esperamos esta noche»), y tras haber recorrido sin advertirlo casi la borrosa distancia que los separaba trató con cuidado de tocar el timbre colocado en las mandíbulas de un león. La campanilla se puso en acción e inmediatamente se abrió la puerta.

—Pero ¿cómo? ¿No trae abrigo? No le dejaré entrar... —Pero él ya había cruzado el umbral y agitaba los brazos y sacudía la cabeza en un intento de recuperar el aliento. «¡Puf!, ¡puf!», jadeaba, preparándose para un maravilloso abrazo, y de pronto advirtió que su mano izquierda, ya extendida hacia un lado, sostenía un bastón innecesario, y en la derecha tenía la cartera, que evidentemente estaba allí desde que había pagado al taxista—. ¿De nuevo con ese monstruoso sombrero negro...? Bueno, ¿por qué se queda ahí? ¡Venga!

Su bastón se introdujo con precisión en un receptáculo semejante a un jarrón; su cartera, al segundo intento, encontró el bolsillo adecuado, y su sombrero quedó colgado en una percha.

—Aquí estoy —dijo Luzhin—, ¡puf, puf!

Ella ya estaba lejos, en el otro extremo del recibidor; empujó una puerta corredera, su brazo desnudo extendido sobre la hoja de madera, la cabeza inclinada mientras miraba alegremente a Luzhin. Encima de la puerta, sobre el dintel, colgaba un óleo grande y brillante que atrajo su mirada. Luzhin, quien por regla general no se fijaba en tales cosas, le prestó atención porque la luz eléctrica le daba un brillo grasiento y los colores le aturdieron como si fuera víctima de una insolación. Una campesina con un pañuelo rojo que le llegaba hasta los ojos comía una manzana, y su sombra negra recortada contra una cerca se comía una manzana algo mayor.

—Una muchacha rusa —dijo con deleite, y se echó a reír.

—Bueno, entre de una vez. No derribe esa mesa.

Entró en el salón, radiante de placer, y su estómago, bajo el chaleco de terciopelo que, por alguna razón, usaba siempre durante los torneos, se estremecía conmovedoramente debido a la risa. Una araña de pálidos colgantes transparentes le respondió con una vibración extrañamente familiar, y sobre las duelas de un parquet amarillo que reflejaba las patas de los sillones estilo Imperio le saludó una piel de oso blanco con las zarpas extendidas frente al piano, como si volara sobre el brillante abismo del piso. Toda clase de chucherías de aspecto festivo cubrían los numerosos estantes, mesas y consolas, mientras algo parecido a unos rublos grandes y pesados despedía destellos plateados desde una vitrina y una pluma de pavo real asomaba tras el marco de un espejo... Había también gran variedad de cuadros en las paredes, más campesinas con pañuelos floreados, un héroe dorado sobre un caballo blanco, cabanas de troncos bajo gruesas capas azuladas de nieve... Para Luzhin todo aquello se confundió en un

Librodot

conmovedor fulgor de colores, del que a veces sobresalía por un momento algún objeto aislado, un alce de porcelana o un icono de ojos negros, y entonces volvía a aparecer aquel alegre brillo en sus ojos, y la piel del oso polar, con la que tropezó, levantando ligeramente el borde, mostró un forro de festones rojos. Hacía más de diez años que no había pisado una casa rusa, y en aquel momento, al encontrarse en una mansión donde audazmente se ostentaba una falsa Rusia de relumbrón, se sintió invadido por una racha de júbilo infantil, un deseo de comenzar a dar palmadas... nunca en su vida se había sentido tan bien, tan a gusto.

—Está aquí desde Pascua —dijo con convicción, señalando con el índice un gran huevo de madera pintado con purpurina, un premio ganado en la tómbola de un baile de caridad.

En aquel momento se abrió con fuerza una puerta blanca de doble hoja y un caballero muy espigado, que llevaba el cabello muy corto y quevedos, entró rápidamente en la habitación con la mano tendida.

—Bienvenido —dijo—. Me encanta conocerle.

En seguida, como si fuera un prestidigitador, hizo aparecer una pitillera hecha a mano en cuya tapa aparecía una de las águilas de Alejandro I.

—Con boquilla —dijo Luzhin haciendo un guiño a los cigarrillos—. No fumo esa marca, pero mire...

Empezó a hurgarse los bolsillos hasta que al fin extrajo unos cuantos cigarrillos gruesos a medio salir del paquete de papel; se le cayeron algunos, que el caballero recogió con presteza.

—Preciosa —dijo—, tráenos un cenicero. Por favor, tome asiento. Perdone... no conozco su nombre ni su patronímico.

Un cenicero de cristal apareció entre ellos, y al bajar sus cigarrillos simultáneamente hicieron chocar las puntas.

—*J'adoube* —dijo el ajedrecista con buen humor, enderezando su cigarrillo torcido.

—No es nada, no es nada —dijo rápidamente el otro, y expulsó dos delgadas columnas de humo por las ventanas de su nariz, repentinamente estrechadas—. Bueno, aquí está usted en el bueno y viejo Berlín. Me ha dicho mi hija que ha venido a competir. —Se desabrochó un puño almidonado, colocó una mano sobre su cadera y continuó-: A propósito, me he preguntado a menudo si existe en ajedrez una jugada que siempre permita ganar. No sé si entiende lo que quiero decir... lo siento... ¿Cuál es su nombre y patronímico?

—Entiendo —dijo Luzhin, pensando concienzudamente durante unos minutos—. Verá, hay jugadas tranquilas y jugadas fuertes. Una jugada fuerte...

—Ah, sí, comprendo, comprendo... —comentó el caballero.

—Una jugada fuerte —continuó Luzhin, en voz alta y con gran entusiasmo— da inmediatamente una ventaja indudable. Un doble jaque, por ejemplo, comiendo una pieza importante, o también cuando se corona un peón. Etcétera, etcétera. Y una jugada tranquila...

—Ya veo, ya veo —dijo el caballero—. ¿Cuántos días más o menos durará el torneo?

—Una jugada tranquila implica traición, subversión, complicaciones —explicó Luzhin, tratando de agradar pero, al mismo tiempo, deseando dar

una respuesta precisa—. Tomemos una posición; las blancas... —Y se sumió en sus pensamientos, mirando el cenicero.

—Desgraciadamente —dijo su anfitrión con evidente nerviosismo—, no entiendo una palabra de ajedrez. Sólo preguntaba... Pero no tiene ninguna importancia, ninguna. Dentro de un momento pasaremos al comedor. ¿Estará ya listo el té, preciosa?

—¡Sí! —exclamó Luzhin—. Sencillamente tomaremos la posición final, en el punto en que hoy la hemos interrumpido. Blancas: rey c3, torre al, caballo d5, peones b3 y c4. Negras...

—Algo muy complicado, el ajedrez —intercaló el caballero, poniéndose en pie de un salto, tratando de interrumpir aquel flujo de letras y números que de alguna manera tenían relación con las negras.

—Supongamos ahora —dijo Luzhin enfáticamente— que las negras hacen la mejor jugada posible en semejante posición, e6 a g5. Entonces yo respondo con la siguiente jugada tranquila...

Luzhin entrecerró los ojos y casi en un murmullo, frunciendo los labios como para dar un beso cauteloso, no emitió palabras ni siquiera la mera designación de una jugada, sino algo muy tierno e infinitamente frágil. Tenía en el rostro la misma expresión, la expresión de una persona que sopla una pluma diminuta de la cara de un niño, cuando al día siguiente realizó aquella jugada sobre el tablero. El húngaro abandonó pronto y Luzhin comenzó a jugar con un ruso. La partida se inició de manera interesante, y muy pronto un sólido círculo de espectadores se había formado alrededor de la mesa. La curiosidad, la presión, el crujido de nudillos, la respiración de los demás y, sobre todo, los murmullos; murmullos interrumpidos a menudo por un «¡Shshsh!» todavía más alto e irritante, atormentaban a Luzhin muchas veces; esos chasquidos y murmullos solían afectarle intensamente; y el olor de la multitud, si es que él no se sumergía profundamente en los abismos del ajedrez. Por el rabillo del ojo pudo ver las piernas de los presentes, y encontró especialmente irritante descubrir entre todos aquellos pantalones oscuros un par de pies femeninos enfundados en brillantes medias grises y zapatos azules. Le resultó evidente que aquellos pies no entendían nada del juego, y tuvo que preguntarse por qué motivo estarían allí. Esos zapatos puntiagudos con tiras transversales o algo así estarían mejor caminando por la acera... lo más lejos posible de allí. Cada vez que detenía su reloj, hacía alguna jugada o ponía una pieza capturada a un lado del tablero, miraba de reojo aquellos inmóviles pies femeninos, y hasta una hora y media más tarde, cuando tras ganar la partida se levantó y se estiró el chaleco, Luzhin no descubrió que aquellos pies pertenecían a su prometida. Experimentó un intenso sentimiento de felicidad por el hecho de que ella estuviera allí para verle ganar y esperó ávidamente a que los tableros y toda aquella gente ruidosa desaparecieran para poder acariciarla cuanto antes. Pero los tableros no desaparecieron de inmediato, e incluso cuando apareció el bien iluminado comedor, con su enorme samovar de brillante latón, confusos cuadros regulares parecían surgir del mantel blanco, y otros cuadros color crema o chocolate se desprendían del pastel helado. La madre de su prometida le saludó con la misma condescendiente, ligeramente irónica indulgencia con que le había saludado la noche anterior, cuando su aparición había puesto fin a aquel monólogo sobre ajedrez, y la persona con quien él había hablado, el marido, por supuesto, comenzó a contarle que en Rusia había poseído una finca modelo.

—Vayamos a tu habitación —murmuró Luzhin ásperamente a su prometida, y ella se mordió el labio y le miró sorprendida—. ¡Vayamos! —repitió.

Pero ella colocó hábilmente una buena ración de mermelada de frambuesa sobre su plato de cristal y aquella dulzura pegajosa de un rojo deslumbrante, que pasaba por la lengua como un fuego granulado y envolvía los dientes con la fragancia de su azúcar, lo entretuvo.

Luzhin dijo «*Merci, merci!*» e hizo una reverencia al recibir una segunda porción, y en medio de un silencio mortal chasqueó los labios, lamió la cucharilla, caliente aún por el té, temeroso de perder una sola gota de aquel maravilloso jarabe. Cuando finalmente logró lo que se proponía, es decir, estar a solas con ella, no, eso es cierto, en su habitación, sino en el abigarrado salón, la atrajo hacia sí y se sentó pesadamente; la agarró por las muñecas, pero ella se desasió en silencio, dio media vuelta y se sentó sobre un almohadón.

—Aún no he decidido si voy a casarme con usted —le dijo—; recuérdelo.

—Todo está decidido —dijo Luzhin—: Si ellos no te lo permiten, emplearemos la fuerza para hacerles firmar.

—¿Firmar qué? —preguntó ella con sorpresa.

—No lo sé... pero me parece que necesitaremos algunas firmas.

—¡Estúpido, estúpido! —repitió ella varias veces—. ¡Qué impenetrable e incorregible estupidez! ¿Qué voy a hacer con usted? ¿Qué clase de vida voy a emprender a su lado? Y qué cansado se le ve. Estoy segura de que es malo para usted jugar tanto.

—*Ach wo* —dijo Luzhin—, un par de pequeñas partidas.

—Y por la noche usted continúa pensando. No debe hacerlo. Se ha hecho tarde. Vayase a casa. Necesita dormir, eso es lo que necesita.

Sin embargo, él permaneció sentado en el sofá rayado, y ella pensó con desaliento en la clase de conversaciones que sostenían, un codazo aquí, una palmada allá, y palabras incoherentes. Hasta ese momento nunca la había besado realmente, todo era extravagante y aun grotesco; y cuando la tocaba, ni uno solo de sus movimientos se parecía a un abrazo normal. Pero esa desesperada devoción que veía en sus ojos, la luz misteriosa que le iluminaba al inclinarse sobre el tablero de ajedrez... Y al día siguiente ella volvió a sentir la necesidad de visitar aquel local silencioso situado en el segundo piso de un amplio café, en una estrecha y ruidosa callejuela. En aquella ocasión Luzhin advirtió en seguida su presencia: conversaba en voz baja con un hombre de anchos hombros y bien afeitado, cuyos cortos cabellos parecían haber sido pegados con firmeza en la cabeza, y se levantaban en la frente en un pequeño pico; los labios gruesos sostenían y chupaban un cigarro apagado. Un dibujante enviado por un periódico, levantando y bajando la cara como uno de esos muñecos de latón con cabeza movible, dibujaba con gran rapidez aquel perfil con el cigarro. Ella miró el cuaderno al pasar y pudo ver a un Turati rudimentario y a un casi completo Luzhin, la nariz extremadamente triste, el mentón punteado de negro y, en las sienes, aquellos familiares mechones que ella llamaba sus rizos. Turati se sentó a jugar con un gran maestro alemán y Luzhin se acercó a ella y en tono lúgubre, con una sonrisa culpable, le dijo algo muy largo y torpe. Advirtió con sorpresa que le pedía que se marchara.

Librodot

—Me alegro, me alegro mucho *post factum*, pero por el momento me perturba.

La siguió con la mirada cuando ella se retiró obedientemente, entre las hileras de mesas de ajedrez, y después de sacudir la cabeza con energía volvió al tablero, ante el que se estaba sentando su nuevo contrincante, un inglés de pelo entrecano que jugaba con invariable sangre fría e invariablemente perdía. Tampoco esa vez tuvo suerte, y así Luzhin volvió a ganar otro punto, y al día siguiente logró hacer tablas y al otro volvió a ganar... y para esas fechas ya no distinguía la frontera entre el ajedrez y la casa de su prometida, como si el movimiento se hubiera acelerado, y lo que al principio le pareció un alternarse de franjas llegó a ser un parpadeo.

Avanzaba al mismo paso que Turati. Si Turati se anotaba un punto, él se anotaba otro; Turati se apuntaba medio, y él se apuntaba medio. De esa manera fueron adelantando con sus respectivas partidas, como si ambos subieran por los costados de un triángulo isósceles y estuvieran destinados a encontrarse en la cúspide en el momento decisivo.

Sus noches eran bastante agitadas. Le era imposible no pensar en el ajedrez, y aunque parecía somnoliento, el sueño no lograba penetrar en su cerebro; buscaba una abertura, pero cada entrada estaba custodiada por un centinela, y tenía la angustiosa sensación de que era allí donde se albergaba el sueño, muy cerca, pero en la parte exterior de su cerebro: el Luzhin que se dejaba caer pesadamente en cualquier parte de la habitación, dormitaba; en cambio, el Luzhin que veía un tablero de ajedrez permanecía despierto y era incapaz de fundirse con su feliz doble. Pero lo peor era que después de cada sesión del torneo le resultaba más y más difícil salir del mundo conceptual del ajedrez, de manera que un desagradable desdoblamiento comenzó a aparecer incluso durante el día. Después de una partida de tres horas la cabeza le dolía terriblemente, no entera, sino en partes, en negros cuadrados de dolor, y durante un buen rato no podía encontrar la puerta, que estaba oscurecida por una mancha negra, y no podía recordar las señas de la adorada casa; por fortuna llevaba siempre en el bolsillo la tarjeta postal, doblada en dos, un poco rota por el doblez («Le esperamos esta noche»). Aún continuaba sintiendo placer cada vez que entraba en aquella casa llena de juguetes rusos, pero mientras permanecía allí ese placer sufría altibajos. En cierta ocasión, un día en que no jugó ninguna partida, llegó antes que de costumbre y se encontró a solas con la madre, que decidió aprovechar la ocasión para continuar la conversación iniciada aquel anochecer en el bosque de hayas. Convencida de su gran habilidad para decir claramente lo que pensaba (por la que los jóvenes que visitaban la casa la consideraban un portento de inteligencia y le tenían verdadero pánico), arremetió contra Luzhin y le regañó sobre todo por dejar colillas en los jarrones e incluso en las fauces del oso tendido en el salón; luego insinuó que ya que estaba allí y era sábado, aprovechara la ocasión para darse un baño, después que su marido terminara sus abluciones semanales.

—Me atrevería a decir que no se lava usted a menudo —dijo sin rodeos—. ¿No es cierto que no lo hace casi nunca? Admítalo, venga. —Luzhin se encogió sombríamente de hombros y miró al suelo, donde tenía lugar un ligero movimiento perceptible sólo para él, una maligna diferenciación de sombras—. Y, en general —continuó ella—, debería usted comportarse mejor. —Y tras colocar a su oyente en la posición adecuada, pasó al tema principal—: Me imagino que está pervirtiendo completamente a

Librodot

mi muchachita. Las personas como usted son grandes libertinos. Pero mi hija es casta, no como las chicas de hoy día. Dígame, es un libertino, ¿no es cierto?

—No, madame —respondió Luzhin con un suspiro, y entonces frunció el ceño y colocó con rapidez la suela de su zapato en otro punto del suelo para hacer desaparecer cierta formación que comenzaba a ser ya muy evidente.

—Mire, yo no le conozco en absoluto —continuó con prisa aquella sonora voz—. Tendré que hacer algunas averiguaciones sobre usted. Sí, sí, algunas averiguaciones... para saber si no padece alguna de esas enfermedades especiales.

—Insuficiencia respiratoria —dijo Luzhin—, y también un poco de reumatismo.

—No estoy hablando de eso —le interrumpió la madre de mal humor—. Se trata de un asunto serio. Usted evidentemente se considera su prometido, viene aquí y pasa ratos a solas con ella. Pero eso no quiere decir que pueda hablarse de matrimonio por el momento.

—Y el año pasado tuve hemorroides —añadió Luzhin con desgana.

—Óigame, le hablo de cosas de la mayor importancia. A usted probablemente le gustaría casarse hoy mismo, en seguida; le conozco bien. Luego ella se moverá de un lado a otro con un enorme vientre; usted la tratará con brutalidad en seguida. —Después de pisotear una sombra en un lugar, Luzhin vio con desesperación que lejos de donde él estaba sentado comenzaba a formarse en el suelo una nueva combinación—. Si en algo le interesa mi opinión, entonces debo decirle que considero ridicula esta unión. Posiblemente piensa usted que mi marido le va a mantener. Admítalo, ¿es eso lo que piensa?

—Soy muy sobrio —dijo Luzhin—. Necesitaría muy poco. Y una revista me ha ofrecido encargarme de su sección de ajedrez...

Para entonces las combinaciones en el piso se habían vuelto tan evidentes que Luzhin, involuntariamente, alargó una mano para salvar al rey de la sombra de la amenaza del peón de la luz. A partir de aquel día evitó sentarse en el salón, donde abundaban los objetos de madera barnizada que asumían características muy definidas si los miraba demasiado. Su prometida observaba que cada nuevo día de torneo él tenía peor aspecto. Alrededor de sus ojos había círculos de color violeta y sus pesados párpados estaban inflamados. Era tal su palidez que parecía ir siempre mal afeitado, aunque por insistencia de su novia se rasuraba todos los días. Ella esperaba el final del torneo con gran impaciencia y le afligía pensar en los tremendos esfuerzos que él tenía que hacer para ganar cada punto. Pobre Luzhin, misterioso Luzhin... Durante todos aquellos días de otoño, mientras jugaba al tenis por las mañanas con una amiga alemana o escuchaba conferencias sobre arte, que cada vez le interesaban menos, u hojeaba en su dormitorio una vieja colección de libros —*El océano* de Andreiev, una novela de Krasnov y un folleto titulado *Cómo convertirse en yogui*—, era del todo consciente de que en aquellos mismos momentos Luzhin se hallaba inmerso en cálculos de ajedrez, luchando y sufriendo, y la humillaba ser incapaz de compartir con él los tormentos de su arte. Creía incondicionalmente en su genio y estaba convencida además de que ese genio no podía agotarse sólo por el hecho de jugar al ajedrez, por maravilloso que fuera, y que cuando la fiebre del torneo hubiera pasado, y Luzhin se hubiese calmado y descansara, en su interior

Librodot

actuarían fuerzas desconocidas que le permitirían evolucionar y exhibir su don en todas las esferas de la vida. Su padre consideraba a Luzhin como un fanático de intereses muy estrechos, pero añadía que era indudable que se trataba de una persona muy candida y muy respetable. Su madre, por otra parte, sostenía que Luzhin estaba enloqueciendo no por días, sino por horas, y que a los dementes les estaba prohibido casarse, y a todas sus amistades les ocultaba a aquel novio inconcebible, lo que al principio fue fácil, pues pensaban que ella estaba en el balneario con su hija, pero luego, muy pronto, reaparecieron todas aquellas personas que frecuentaban la casa, tales como un encantador viejo general, quien siempre mantenía que no era Rusia lo que los expatriados echaban de menos sino la juventud, la juventud; una pareja de alemanes rusos; Oleg Sergueievich Smirnovski, teósofo y propietario de una fábrica de licores; algunos antiguos oficiales del ejército blanco; varias damas jóvenes; la señora Vozdvishenskaia, la cantante; el matrimonio Alfiorov; y también la vieja princesa Umanova, a quien llamaban la Reina de Espadas (por la conocida ópera). Fue ésta la primera en ver a Luzhin, y de una apresurada e ininteligible explicación dada por la dueña de la casa concluyó que él tenía alguna relación con la literatura, con revistas, en una palabra, que era un autor.

—¿Y conoce usted esa cosa? —preguntó cortésmente, dando inicio a una conversación literaria—. Es de Apujtin, uno de los nuevos poetas... ligeramente decadente... algo sobre espigas rojas y amarillas...

Smirnovski no perdió el tiempo y le propuso una partida de ajedrez, pero, por desgracia, no había en la casa ningún tablero. Los jóvenes dieron en llamarle, entre ellos, papanatas, y sólo el viejo general le trató con la más cordial sencillez, exhortándole insistentemente en ir a ver la jirafita que acababa de nacer en el zoológico. Una vez que empezaron a llegar las visitas, que cada tarde formaban combinaciones diversas, Luzhin no pudo ya estar a solas con su prometida un solo momento, y su lucha con ellos, sus esfuerzos por penetrar el espeso tejido que formaban, tomaron inmediatamente un tono ajedrecístico. Sin embargo, resultó imposible vencerlos, ya que cada vez aparecían en mayor número, y él comenzó a imaginar que eran ellos, esos visitantes innumerables, carentes de rostro, quienes densamente lo rodeaban con su calor durante las horas del torneo.

Una explicación de todo lo que estaba sucediendo se le ocurrió una mañana cuando estaba sentado en una silla en medio de su cuarto del hotel, tratando de concentrar sus pensamientos en una sola cosa: el día anterior había ganado su décimo punto y esa tarde tenía que vencer a Moser. De pronto entró en el cuarto su prometida.

—Igual que un pequeño ídolo —dijo, y se echó a reír—, sentado en medio de un salón, mientras le llevan las ofrendas para el sacrificio. —Le alargó una caja de bombones y de pronto la risa desapareció de su rostro—. ¡Luzhin! —gritó—, ¡Luzhin, despierte! ¿Qué le ocurre?

—¿Es usted real? —preguntó Luzhin suavemente y con incredulidad.

—Por supuesto que soy real. Pero ¡qué cosa más rara ha hecho usted: poner la silla en medio de la habitación y sentarse en ella! Si no despierta inmediatamente, salgo de aquí.

Luzhin, obedientemente, se despabiló, movió los hombros y la cabeza y luego fue a sentarse en el diván, y una felicidad no del todo segura de sí misma, no del todo consolidada, brilló e inundó sus ojos.

Librodot

—Dígame, ¿cuándo va a acabar todo esto? —preguntó—, ¿cuántas partidas faltan?

—Tres —respondió Luzhin.

—Leí hoy en el periódico que usted es el favorito para ganar el torneo, que en esta ocasión está jugando de una manera extraordinaria.

—Pero está Turati —dijo Luzhin y levantó un dedo—. Me siento muy mal del estómago.

—Entonces, estos bombones no son para usted —dijo ella con rapidez, y volvió a ponerse debajo del brazo la caja cuadrada—. Luzhin, voy a llamar a un médico. Sencillamente, se morirá si continúa viviendo de esta manera.

—No, no —dijo él, semidormido—. Ya me ha pasado. No necesito ver a ningún médico.

—Estoy preocupada. Esto significa que hasta el viernes o el sábado durará este infierno. Y en casa las cosas andan bastante mal. Todo el mundo está de acuerdo con mamá en que no debo casarme con usted. ¿Por qué se siente mal? ¿Qué ha comido?

—Ha pasado por completo —murmuró Luzhin y recostó la cabeza sobre un hombro de ella.

—Está, sencillamente, muy fatigado. Pobre muchacho. ¿Piensa jugar hoy?

—A las tres, contra Moser. En verdad estoy jugando... ¿Cómo dijeron?

—De un modo extraordinario —respondió ella con una sonrisa.

La cabeza que descansaba sobre su hombro era grande y pesada, un precioso aparato con un mecanismo complejo y misterioso. Un minuto después se dio cuenta de que se había dormido y entonces comenzó a pensar de qué manera podía trasladar su cabeza a una almohada. Con movimientos en extremo cautelosos logró hacerlo; Luzhin quedó medio tendido en el diván, incómodamente encogido, y la cabeza que apoyaba en la almohada parecía de seda. Por un momento se sintió sobrecogida por el horror de verle morir de repente, e incluso le tomó la muñeca, suave y cálida. Al enderezarse sintió una punzada de dolor en el hombro.

—Una cabeza pesada —murmuró mientras contemplaba al hombre que dormía.

Con cautela salió del cuarto, llevando consigo su inútil obsequio. Le pidió a una camarera que encontró en el corredor que despertara a Luzhin una hora más tarde, y después de bajar sin ruido las escaleras se dirigió por calles llenas de sol hacia el club de tenis, y se sorprendió a sí misma al advertir que aún intentaba no hacer ruido ni movimientos demasiado bruscos. La camarera no tuvo que despertar a Luzhin. Este despertó por sí solo e inmediatamente se puso a realizar laboriosos esfuerzos para recordar el sueño delicioso que había tenido, sabiendo por experiencia propia que si no comenzaba a recordarlo en seguida, después sería demasiado tarde. Había soñado que estaba sentado de un modo extraño, en medio de la habitación. Con esa absurda y maravillosa precipitación característica de los sueños, había entrado su prometida con un paquete atado con una cinta roja. Vestía también en el estilo de los sueños, un vestido blanco y unos silenciosos zapatos blancos. Quiso abrazarla, pero de repente se sintió enfermo, la cabeza le dio vueltas, y en esos momentos ella comenzó a decirle que los periódicos habían publicado cosas extraordinarias sobre él pero que su madre aún se negaba a aprobar el matrimonio. Era posible que hubieran sucedido muchas cosas más, pero su memoria no podía alcanzarlas, y

Librodot

tratando al menos de no dispersar lo que había logrado arrancarle al sueño, Luzhin se movió con cuidado, se alisó los cabellos y llamó para que le subieran la comida. Después de comer tenía que jugar, y ese día el universo conceptual del ajedrez reveló un asombroso poder. Jugó cuatro horas sin pausas y ganó, pero cuando más tarde se sentó en un taxi olvidó adonde iba, qué dirección le había dado a leer al taxista y esperó con interés para ver en qué lugar se detendría el automóvil.

Por supuesto reconoció la casa, donde nuevamente había invitados, pero allí Luzhin advirtió que sencillamente había vuelto a su sueño reciente, pues su prometida le preguntó en un susurro si habían cesado sus molestias estomacales. ¿Cómo podría saber eso en la vida real?

—Vivimos un bello sueño —dijo él suavemente—. Ahora lo comprendo todo. —Miró a su alrededor y vio la mesa y las caras de los invitados reflejadas en el samovar, en una curiosa perspectiva ondulante, y añadió con un inmenso alivio—: ¿Así que también esto es un sueño? ¿Esta gente es parte del sueño? Bueno, bueno...

—Calma, calma, ¿de qué está hablando? —murmuró ella con ansiedad.

Luzhin pensó que tenía razón, que no se debían poner trabas a los sueños... que por el momento toda esa gente se quedara allí sentada. Pero lo más notable de ese sueño era que a su alrededor, evidentemente, estaba Rusia, país que el propio soñador había abandonado muchos años atrás. Los habitantes del sueño, gente alegre que bebía té, conversaban en ruso, y el azucarero era idéntico a uno del que se había servido azúcar en la terraza de una casa de campo un rojo atardecer de verano muchos años atrás. Luzhin registró este regreso a Rusia con interés, con placer. Le divertía sobre todo la ingeniosa repetición de una determinada combinación, lo que ocurre, por ejemplo, cuando una idea excesivamente problemática, descubierta hacía tiempo en teoría, se repetía de modo espectacular sobre el tablero en una partida real.

Todo el tiempo, sin embargo, ora débil, ora poderosamente, sombras de su vida de ajedrecista penetraban en ese sueño, y, finalmente, se disolvió y era ya de noche y estaba en el hotel sumido en pensamientos de ajedrez, insomnio de ajedrez y meditaciones sobre la drástica defensa que había inventado para oponerse a la apertura de Turati. Estaba por completo despierto y su mente funcionaba con claridad, limpia de cualquier perturbación, consciente de que todo lo que no fuera ajedrez no era sino un sueño encantador, en el que, como el halo dorado de la luna, la imagen de una dulce doncella de ojos claros y brazos desnudos se disolvía y derretía. Los rayos de su conciencia, que solían dispersarse cuando entraban en contacto con el mundo no del todo inteligible que lo rodeaba, perdiendo así la mitad de su fuerza, se habían vuelto más fuertes y concentrados tan pronto como este mundo se había disuelto en un espejismo y por lo tanto no había ya necesidad de preocuparse por él. La auténtica vida real, la vida del ajedrez, era ordenada, nítida y rica en aventuras, y Luzhin advirtió con orgullo qué fácil era para él reinar en ella, y cómo obedecía a su voluntad y se inclinaba ante sus proyectos. Algunas de sus partidas de ajedrez en el torneo de Berlín habían sido calificadas de inmortales por los especialistas. Había ganado una después de sacrificar sucesivamente la reina, una torre y un caballo; en otra colocó un peón en una posición tan dinámica que había adquirido una fuerza absolutamente monstruosa y había continuado

Librodot

creciendo e hinchándose, para desgracia de su adversario, como un forúnculo en la parte más tierna del tablero; y, finalmente, en una tercera partida, gracias a una jugada en apariencia absurda que provocó un murmullo entre los espectadores, Luzhin construyó una elaborada trampa para su contrincante, que este último adivinó cuando ya era demasiado tarde. En esas partidas y en todas las otras que jugó durante aquel inolvidable torneo, manifestó una portentosa claridad de pensamiento. Pero también Turati jugaba brillantemente, Turati también conquistaba punto tras punto, hipnotizando a sus contrincantes con la audacia de su imaginación y confiando demasiado, tal vez, en la suerte del ajedrez, que hasta ese momento nunca le había abandonado. Su enfrentamiento con Luzhin decidiría quién obtendría el primer premio; había quienes decían que la claridad y luminosidad del pensamiento de Luzhin prevalecerían sobre la tumultuosa fantasía del italiano, y había también quienes pronosticaban que el feroz y velocísimo Turati derrotaría al jugador ruso de amplia visión. Y así llegó el día del enfrentamiento.

Luzhin despertó vestido del todo; incluso llevaba puesto el abrigo; miró el reloj, se levantó apresuradamente y se puso el sombrero, tirado en medio de la habitación. En ese momento acabó de despertarse y miró a su alrededor, tratando de adivinar dónde había dormido exactamente. Su cama estaba intacta y el terciopelo del diván no mostraba la menor arruga. De la única cosa de que estaba seguro era que desde hacía tiempos inmemoriales él habla estado jugando al ajedrez... y en la oscuridad de su memoria, como en dos espejos que reflejaran una vela, había sólo un panorama de luces convergentes con Luzhin sentado ante un tablero de ajedrez, y una vez más Luzhin ante un tablero, sólo que más pequeño, y luego otro aún más pequeño, y así una infinidad de veces. Pero se había retrasado y debía darse prisa. Abrió con rapidez la puerta y se detuvo consternado. De acuerdo con su idea de las cosas, la sala de ajedrez, y su mesa y el impaciente Turati tendrían que estar allí mismo. En vez de eso vio un corredor vacío y unas escaleras. De pronto, apareció en las escaleras, corriendo en dirección a él, un hombrecillo que al ver a Luzhin extendió los brazos.

—Maestro —exclamó—, ¿qué es esto? Le están esperando, sí, maestro, le están esperando... Tres veces llamé por teléfono, pero me dijeron que no contestaba las llamadas. El signor Turati está en su puesto desde hace mucho tiempo.

—Lo han cambiado todo —dijo Luzhin con acritud, señalando con su bastón el corredor vacío—. ¿Cómo iba yo a saber que se llevarían todo?

—Si no se siente usted bien... —comenzó el hombrecito, mirando con tristeza el rostro pálido y lustroso de Luzhin.

—Bueno, ¡lléveme allá! —gritó Luzhin con voz destemplada, golpeando el suelo con su bastón.

—Con mucho gusto, con mucho gusto —murmuró el otro, distraídamente. Con la mirada concentrada en el pequeño abrigo con el cuello levantado que corría frente a él, Luzhin comenzó a conquistar el incomprensible espacio.

—Iremos a pie —dijo su guía—, estamos exactamente a un minuto de allí.

Con un sentimiento de alivio, Luzhin reconoció las puertas giratorias del café y luego las escaleras, y al fin vio aquello que en vano había buscado

en el pasillo del hotel. Al entrar sintió inmediatamente una plenitud de vida, y calma, claridad y confianza.

—Una gran victoria se aproxima —dijo en voz alta, y un gran tropel de gente se apartó para abrirle paso.

—*Tard, tard, très tard* —le espetó Turati, materializándose de pronto, sacudiendo la cabeza.

—*Avanti* —dijo Luzhin, echándose a reír.

Una mesa apareció entre ellos y sobre la mesa un tablero con las piezas ya dispuestas para el combate. Luzhin extrajo un cigarrillo del bolsillo de su chaleco e inconscientemente lo encendió.

En ese momento ocurrió algo extraño. Turati, quien jugaba con las blancas, no abrió el juego con su famosa apertura, y la defensa en la que Luzhin había estado trabajando resultó ser un esfuerzo por entero baldío. Ya fuera porque Turati hubiese anticipado posibles complicaciones o porque sencillamente hubiese decidido jugar con prudencia por haber advertido la serena fuerza que Luzhin había revelado durante el torneo, comenzó de la manera más trivial. Luzhin lamentó por un momento el trabajo realizado en vano, pero, a pesar de ello, estaba contento. Eso le permitía más libertad. Además, era evidente que Turati le tenía miedo. Por otra parte, era indudable que alguna trampa se ocultaba en la inocente e insustancial apertura propuesta por Turati, así que Luzhin se propuso jugar con el mayor cuidado. Al principio todo transcurrió suavemente, suavemente, como una música de violines tocados con sordina. Los jugadores ocupaban sus posiciones con cautela, movían tal o cual pieza cortésmente, sin la menor señal de amenaza, y si alguna amenaza había ésta era del todo convencional, casi como insinuándole al adversario que debería cubrir su posición, y el adversario sonreía, como si todo aquello fuera una broma insignificante, y reforzaba el lugar señalado y avanzaba una fracción. Luego, sin el menor aviso, sonó una cuerda tiernamente. Fue una de las fuerzas de Turati que ocupaba una línea diagonal. Pero en seguida un indicio de melodía se manifestó también muy suavemente en la parte de Luzhin. Durante un momento se sintió un estremecimiento producido por posibilidades misteriosas, y luego todo volvió a la calma: Turati retrocedió, se retrajo. Y una vez más, durante un buen rato, ambos adversarios, como si no tuvieran ninguna intención de avanzar, se ocuparon de engalanar sus propias posiciones, cuidando, liberando, resolviendo los asuntos caseros, y luego se produjo otro súbito estallido, una rápida combinación de sonidos: dos pequeñas fuerzas entablaron combate y ambas fueron eliminadas en el acto: un movimiento momentáneo y magistral de los dedos, y Luzhin retiró y colocó en la mesa, a su lado, lo que ya no era una fuerza incorpórea sino un peón pesado y amarillo; los dedos de Turati relampaguearon en el aire y un inerte peón negro, con un destello de luz en la cabeza, fue a su vez colocado en la mesa. Y habiéndose liberado de esas dos cantidades de ajedrez repentinamente convertidas en madera, los jugadores parecieron calmarse y olvidar el momentáneo estallido; sin embargo, la vibración en esa parte del tablero no se había extinguido aún del todo, algo pugnaba todavía por tomar forma... aunque aquellos sonidos no lograron establecer la relación deseada, otra nota profunda y oscura resonaba en todas partes y ambos jugadores abandonaron el cuadro, todavía tembloroso, para interesarse en otra parte del tablero. Pero allí también todo terminó sin dar resultados. Los elementos más poderosos del tablero se llamaron varias veces unos a otros con voces

Librodot

de trompeta y una vez más se produjo un cambio, y nuevamente dos fuerzas del ajedrez fueron transformadas en figuras talladas cubiertas por una laca reluciente. A todo esto siguió un largo intervalo de pensamiento, durante el cual Luzhin se obcecó en fijarse en un punto del tablero, con lo que perdió sucesivamente una docena de jugadas ilusorias; luego, sus dedos buscaron a tientas y encontraron una combinación hechicera, frágil y cristalina que se derrumbó con un suave tintineo a la primera respuesta de Turati. Pero después de eso, Turati no pudo hacer ya nada y tratando de ganar tiempo (el tiempo es implacable en el universo del ajedrez), ambos oponentes repitieron los mismos dos movimientos, amenaza y defensa, amenaza y defensa, pero entre tanto ambos pensaban sin cesar en una emboscada que nada tuviera que ver con esas jugadas mecánicas. Por fin Turati se decidió por una determinada combinación, y en seguida una especie de tempestad musical recorrió el tablero, y Luzhin buscó empecinadamente una mínima nota clara que pudiera transformar a su vez en una estruendosa armonía. De pronto todo comenzó a respirar vida en el tablero, todo se concentró en una única idea, todo se desarrolló con más y más tensión; por un momento la desaparición de dos piezas aligeró la situación, y luego, una vez más,... aguato. El pensamiento de Luzhin vagaba por laberintos atractivos y terribles, encontrando aquí y allá el pensamiento lleno de ansiedad de Turati, quien buscaba lo mismo que él. Ambos comprendieron a la vez que las blancas no estaban destinadas a desarrollar más ese plan, que se hallaban al borde de perder el ritmo. Turati se apresuró a proponer un intercambio y el número de fuerzas en el tablero disminuyó de nuevo. Aparecieron nuevas posibilidades, pero nadie podía decir aún qué lado llevaba la ventaja. Luzhin inició la preparación de un ataque, para el cual primero necesitaba explorar un sinfín de variaciones, donde cada uno de sus pasos despertaba un peligroso eco; para ello inició una larga meditación: por lo visto necesitaba realizar un último y prodigioso esfuerzo para encontrar la jugada secreta que le condujera a la victoria. Repentinamente, algo ocurrió fuera de su ser, un dolor intolerable, emitió un grito penetrante, y agitó la mano quemada por la llama de una cerilla que había encendido, pero se olvidó de acercarla al cigarrillo. El dolor pasó de inmediato, pero en aquel intervalo de fuego había visto algo con un pavor intolerable, todo el horror de las abismales profundidades del ajedrez. Contempló el tablero y su cerebro desfalleció, con una fatiga sin precedentes. Las piezas de ajedrez eran despiadadas, le retenían y absorbían. Había horror en todo aquello, pero también era cierto que era la única armonía, porque ¿qué podía existir en el mundo fuera del ajedrez? Niebla, lo desconocido, el no ser... Advirtió de pronto que Turati ya no estaba sentado; se había puesto en pie y estiraba sus miembros.

—Intermedio, maestro —dijo una voz detrás de él—. Apunte su próxima jugada.

—No, no, aún no —dijo Luzhin, plañideramente, buscando con la mirada a la persona que había hablado.

—Eso es todo por hoy —continuó la misma voz, de nuevo desde atrás, una especie de voz giratoria.

Luzhin quería levantarse, pero era incapaz de hacerlo. Vio que había retrocedido junto con su silla, y que la gente se abalanzaba con rapacidad sobre la posición del tablero, donde acababa de estar toda su vida, y entre

Librodot

gritos y disputas movían las piezas de un lado a otro. De nuevo trató de levantarse y una vez más le fue imposible hacerlo.

—¿Por qué?, ¿por qué? —exclamó quejumbrosamente, tratando de distinguir el tablero entre las estrechas y oscuras espaldas inclinadas sobre él. Comenzaron a empequeñecerse hasta desaparecer. Sobre el tablero, las piezas se habían mezclado y formaban grupos en desorden. Pasó un fantasma, se detuvo y empezó a meter con toda rapidez las piezas en un diminuto ataúd—. Todo ha terminado —dijo, y, gruñendo por el esfuerzo, logró separarse de la silla.

Unos cuantos fantasmas permanecían de pie discutiendo algo. Hacía frío y estaba bastante oscuro. Otros fantasmas se llevaban los tableros y las sillas. Tortuosas y transparentes imágenes de ajedrez flotaban en el aire, por doquiera uno mirase. Y Luzhin, advirtiendo que se había encallado, que había perdido el camino en una de las combinaciones que acababa de meditar, hizo un esfuerzo desesperado por liberarse, para escaparse a alguna parte, aunque fuera a la no existencia.

—Vámonos, vámonos —gritó alguien, y desapareció dando un portazo.

Luzhin se quedó solo, su visión se hizo cada vez más oscura y en relación con todos los vagos objetos del salón se hallaba en jaque. Tenía que escapar. Se movió, el conjunto de su cuerpo regordete comenzó a temblar; era absolutamente incapaz de imaginar qué tenía que hacer la gente para salir de una habitación, y sin embargo debía de haber un método sencillo; entonces una sombra negra con pechera blanca se aproximó a él para ofrecerle su abrigo y su sombrero.

—¿Por qué es esto necesario? —murmuró, metiendo los brazos en las mangas y dando vueltas con el servicial fantasma.

—Por aquí —dijo en voz alta el fantasma, y Luzhin caminó hacia adelante y salió del horrible salón. Al descubrir las escaleras comenzó a subir por ellas, pero luego cambió de opinión y bajó, ya que era más fácil descender que ascender. Se encontró de pronto en un local lleno de humo donde estaban sentados unos fantasmas ruidosos. Un ataque se desarrollaba en cada esquina, y abriéndose paso entre las mesas, se deslizó junto a un cubo por donde asomaban un peón de cristal con el cuello dorado y un tambor que era batido por un caballo de ajedrez de grandes crines y lomo arqueado, para luego dirigirse hacia un agradable resplandor giratorio de cristal y allí detenerse, sin saber hacia dónde seguir. Se vio rodeado de gente que quería hacer algo con él.

—¡Vayase! ¡Salga de aquí! —repitió varias veces una voz áspera.

—Pero ¿adonde? —preguntó Luzhin, sollozando.

—¡Vayase a su casa! —murmuró insinuantemente otra voz, y algo empujó a Luzhin por el hombro.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó el ajedrecista dejando de sollozar repentinamente.

—¡A su casa, a su casa! —repitió la voz, y el esplendor de cristal se apoderó de Luzhin y lo arrojó a la fría oscuridad de la calle. Luzhin sonrió.

—A casa —dijo suavemente—. De modo que ésa era la clave de la combinación.

Y era necesario darse prisa. En cualquier momento esas adherencias del ajedrez podían volver a llamarle. Pero entonces lo que le rodeaba era la penumbra del anochecer y un aire que parecía hecho de algodón espeso. Le

Librodot

preguntó a uno de los fantasmas que pasaban dónde quedaba su finca. El fantasma no le comprendió y siguió su camino.

—Un momento —le dijo Luzhin, pero era demasiado tarde. Luego, haciendo oscilar sus cortos brazos, aceleró el paso. Una luz pálida pasó a su lado y se desintegró con un susurro triste. Era difícil, muy difícil, encontrar el camino a casa en medio de esa blanda niebla. Luzhin pensó que debía doblar hacia la izquierda, y que allí encontraría el gran bosque, y una vez en el bosque hallaría con gran facilidad el sendero. Otra sombra se deslizó a su lado.

—¿Dónde está el bosque? —preguntó con insistencia, y como esa palabra parecía no encontrar ninguna respuesta, se decidió a usar un sinónimo—, la selva —murmuró—. El parque —añadió indulgentemente.

Entonces la sombra señaló hacia la izquierda y desapareció. Recriminándose por su lentitud, anticipando una persecución que podía producirse en cualquier momento, Luzhin se encaminó a grandes pasos hacia la dirección indicada. Y, en efecto, de pronto se vio rodeado de árboles; los heléchos crepitaban bajo sus pies, todo estaba tranquilo y húmedo. Se desplomó pesadamente y se quedó en cuclillas por falta de aliento; las lágrimas comenzaron a bañarle la cara. Un rato después se levantó, se quitó de la rodilla una hoja mojada y después de vagar entre troncos de árbol durante un breve lapso de tiempo, encontró el camino familiar —«Marsch, marsch.'», se repetía sin cesar, dándose ánimos para continuar su camino por el resbaladizo sendero—. Había ya recorrido la mitad del camino. Pronto llegaría al río, vería el aserradero, y poco después aparecería la mansión entre los arbustos desnudos. Allí se escondería, y viviría del contenido de unos frascos grandes y de otros pequeños. La misteriosa persecución había quedado atrás. Ya no podrían cogerle. ¡Oh, no! Si le resultara más fácil respirar, si pudiera librarse del dolor en las sienes, aquel dolor sordo... El sendero serpenteó a través del bosque y salió a un camino transversal; más adelante un río brillaba en la oscuridad. Vio también un puente y un difuso montón de estructuras arquitectónicas al otro lado, y en el primer momento le pareció que contra el cielo oscuro se perfilaba el conocido tejado triangular de la mansión con su pararrayos negro. Pero inmediatamente advirtió que se trataba de una trampa sutil tendida por los dioses del ajedrez, porque el parapeto del puente producía formas temblorosas, brillantes por la lluvia, de grandes figuras femeninas, y en el río danzaba un extraño reflejo. Caminó por la orilla, trató de encontrar otro puente, el puente en que el serrín le llega a uno hasta arriba de los tobillos, lo buscó durante largo rato, y, al final, por entero perdido, encontró un estrecho y tranquilo puentecito, y pensó que al menos por allí podría cruzar en paz. Pero en la otra orilla todo le resultaba desconocido; relampagueaban las luces y se deslizaban las sombras. Sabía que la mansión tenía que estar muy cerca de allí, muy cerca, sólo que se estaba aproximando a ella desde un ángulo desconocido y eso lo volvía todo muy difícil... Sus piernas estaban, desde los talones hasta las caderas, rellenas con plomo, de la misma manera que la base de una pieza de ajedrez tiene un lastre. Las luces fueron gradualmente desapareciendo, los fantasmas se hicieron más escasos, y una ola de opresiva negrura acabó por sumergirlo. A la luz de un último reflejo logró ver un jardín y un par de redondos arbustos, y a él le pareció reconocer la casa del molinero. Alargó la mano hacia la valla, pero en ese momento un dolor terrible empezó a

Librodot

dominarle, oprimiéndole el cráneo, y fue como si se hiciera más y más plano, hasta disiparse silenciosamente.

Librodot

IX

La acera se deslizaba, se elevaba en ángulo recto y volvía a retroceder. Günther se irguió, respirando con fuerza, mientras el camarada que le sostenía también se tambaleaba sin dejar de repetir:

—Günther, Günther, trata de caminar.

Günther se irguió casi por completo, y después de un breve descanso, que no había sido el primero, ambos continuaron su recorrido por la calle, desierta a aquellas horas de la noche, que ascendía suavemente hacia las estrellas para después volver a descender. Günther era una tipo corpulento y fornido y habla bebido más que Kurt, su compañero; por lo tanto, éste le sostenía lo mejor que podía, a pesar de que la cerveza le producía un estruendo en el cerebro.

—¿Dónde están?, ¿dónde están? —se esforzaba Günther en preguntar—. ¿Dónde están los otros?

Un momento antes, todos habían estado sentados en torno a una mesa de roble, treinta muchachos más o menos, felices, inteligentes, treinta jóvenes muy trabajadores que celebraban el quinto aniversario del fin de sus estudios con unas cuantas canciones y el sonoro tintineo de los brindis, treinta jóvenes que tan pronto como empezaron a dispersarse para regresar a sus hogares se encontraron víctimas de la náusea, la oscuridad y la terrible inseguridad de las calles.

—Los otros están allí —dijo Kurt con un amplio gesto, que volvió desagradablemente a la vida a la pared más próxima; se inclinó hacia adelante y luego con alguna dificultad volvió a enderezarse—. Se han ido, se han ido —declaró con tristeza.

—Pero Karl está enfrente de nosotros —dijo Günther despacio, y un viento con tufo a cerveza les obligó a hacerse a un lado; se detuvieron, luego dieron un paso hacia atrás, y, al fin, volvieron a proseguir su camino—. Te digo que Karl está allí —repitió malhumorado Günther. Y era cierto que un hombre estaba sentado sobre el borde de la acera, con la cabeza baja. Cuando lograron acercarse a él, el hombre hizo un chasquido con los labios y volvió el rostro hacia ellos. Sí era Karl, ¡pero había que ver qué Karl!, la cara sin expresión, la mirada vidriosa.

—Sólo estoy descansando —dijo con voz inexpresiva—; dentro de un momento continuaré mi camino.

De pronto, un taxi con la bandera levantada se les acercó lentamente por el asfalto desierto.

—¡Deténlo! —dijo Karl—, quiero que me lleve. —El coche se detuvo.

Günther se desplomó varias veces sobre Karl al intentar ayudarlo a levantarse, y Kurt comenzó a tirar de un pie con polainas grises. Desde su asiento el chófer alentaba todo esto con muy buen humor; al final también él bajó y comenzó a ayudarlos. Introdujeron por la fuerza aquel cuerpo que forcejeaba torpemente, y el coche se puso en marcha.

—Ya casi hemos llegado —observó Kurt. El cuerpo que estaba junto a él suspiró y Kurt, al mirarlo, vio que era Karl, lo que significaba que el taxi se había llevado a Günther y no a él—. Te echaré una mano —dijo culpablemente—. Vamonos.

Karl miró hacia adelante con ojos vacíos e infantiles. Kurt se apoyó en él y ambos echaron a andar y cruzaron hacia el otro lado del asfalto.

—Aquí hay otro —dijo Kurt. Un hombre gordo, sin sombrero, yacía muy encogido sobre la acera, junto a la valla de un jardín—. Es posible que sea Pulvermacher —susurró—; ya sabes que ha cambiado una barbaridad en los últimos años.

—Ese no es Pulvermacher —respondió Karl, sentándose junto a él en la acera—. Pulvermacher es calvo.

—No importa —dijo Kurt—, también a éste tendremos que llevarle a su casa. —Trataron de levantar al hombre por los brazos y perdieron el equilibrio.

—No vayas a romper las vallas —advirtió Karl.

—Tenemos que llevarle —repitió Kurt—. Tal vez es el hermano de Pulvermacher. También él estuvo allí.

Era evidente que el hombre estaba profundamente dormido. Llevaba un abrigo negro con solapas de terciopelo. Su cara regordeta, de mentón pesado y párpados inflamados, brillaba a la luz del farol.

—Vamos a esperar un taxi. —Y sin más, siguió el ejemplo de Kurt, quien estaba sentado en cuclillas al borde de la acera—. Esta noche tocará a su fin —sentenció lleno de confianza—. ¡Cómo se mueven!

—Son estrellas —explicó Karl, y ambos permanecieron contemplando el maravilloso, pálido y nebuloso abismo, donde las estrellas yacían derramadas en un arco.

—También Pulvermacher las mira —dijo Kurt, después de un silencio.

—No; está durmiendo —objetó Karl, contemplando aquel rostro hinchado e inmóvil.

—Sí, durmiendo —asintió Kurt.

Una luz se derramó sobre el asfalto, y el mismo amable taxista que se había llevado a Günther se detuvo junto a la acera.

—¿Otro? —preguntó el taxista echándose a reír—. Podrían haberse ido juntos.

—Pero, ¿adonde llevarlo? —le preguntó Karl a Kurt con voz adormilada.

—Debe de tener alguna dirección; busquemos en sus bolsillos —respondió vagamente Kurt.

Balanceándose y cabeceando involuntariamente, se inclinaron sobre el hombre inmóvil; el hecho de que el abrigo estuviera desabotonado facilitó las posteriores exploraciones.

—El chaleco es de terciopelo —dijo Kurt—. ¡Pobre hombre, pobre hombre…!

En el primer bolsillo encontraron una postal doblada en dos, que se partió al cogerla, y la mitad que tenía la dirección del destinatario se les cayó de las manos y desapareció sin dejar huellas. Sin embargo, en la otra parte de las tarjeta encontraron otra dirección, escrita diagonalmente sobre la tarjeta y subrayada fuertemente. Le dieron al chófer esa dirección y luego se ocuparon en meter en el coche el cuerpo pesado y sin vida que habían encontrado; también en esa ocasión el taxista acudió a ayudarles. En la puerta aparecieron bajo la luz de los faroles grandes cuadros de ajedrez, el conocido emblema de los taxis de Berlín. Finalmente, el atestado vehículo echó a andar.

Karl se quedó dormido en el camino. Su cuerpo, y el del desconocido, y el de Kurt, quien iba sentado en el suelo, entraban en un suave e involuntario contacto en cada curva, aunque al final Kurt acabó en el suelo,

Librodot

y Karl y buena parte del desconocido también. Cuando el coche se detuvo y el chófer abrió la puerta, al principio fue incapaz de saber cuántas personas había en el interior. Karl se despertó de inmediato, pero el desconocido permanecía tan inmóvil como antes.

—Tengo curiosidad por saber qué harán ahora con su amigo —dijo el taxista.

—Lo más probable es que le estén esperando —respondió Kurt.

El chófer consideró que ya había terminado su trabajo y transportado suficientes pesos muertos por una noche, levantó la bandera y les dijo el precio del transporte.

—Yo pagaré —dijo Karl.

—No, lo haré yo —dijo Kurt—; yo le encontré primero.

Ese razonamiento convenció a Karl. Desocuparon con dificultad el coche, que inmediatamente se alejó. Tres personas permanecieron en la acera: una de ellas tendida, con la cabeza apoyada en un escalón de piedra.

Entre tumbos y suspiros, Kurt y Karl llegaron a mitad de la calle, y allí, dirigiéndose a la única ventana iluminada de la casa, gritaron roncamente, y al instante, con inesperada rapidez, la persiana a través de cuyas rendijas se filtraba la luz fue levantada. Se asomó una joven. Sin saber cómo empezar, Kurt sonrió con afectación, y luego se animó y dijo audaz y ruidosamente:

—Señorita, hemos traído a Pulvermacher.

La mujer no respondió y la persiana bajó con un chirrido. Era posible advertir, sin embargo, que una persona permanecía detrás de la ventana.

—Lo hemos encontrado en la calle —explicó Karl sin seguridad, dirigiéndose a la ventana. La persiana volvió a subir.

—Lleva puesto un chaleco de terciopelo —consideró Kurt necesario explicar.

La ventana se quedó vacía, pero un momento después la oscuridad detrás de la puerta principal se disipó y a través de los cristales se pudo ver una escalera iluminada, de mármol hasta el primer descansillo, y esta escalera recién nacida no había tenido tiempo de cuajar del todo cuando unas veloces piernas femeninas aparecieron en sus escalones. Una llave giró en la cerradura y la puerta se abrió. En la acera, de espaldas a los peldaños, yacía un hombre corpulento vestido de negro.

Entre tanto la escalera continuaba produciendo gente. Apareció un caballero que llevaba zapatillas de estar por casa, pantalones negros y una camisa almidonada sin cuello, y detrás de él pudo verse a una sirvienta pálida y regordeta, con chancletas en los pies. Todo el mundo se inclinó sobre Luzhin, y los desconocidos, con sonrisas culpables y completamente borrachos, comenzaron a explicar algo, mientras uno de ellos insistía en mostrar la mitad de una postal, como si fuera su tarjeta de visita. Entre los cinco subieron a Luzhin por las escaleras, y su prometida, quien sostenía la pesada y preciosa cabeza, emitió un grito cuando la luz de la escalera se apagó de repente. En la oscuridad todo osciló, hubo golpes, patadas y resoplidos, alguien dio un paso atrás e invocó el nombre de Dios en alemán, y cuando la luz volvió a encenderse, uno de los desconocidos estaba sentado sobre un escalón, y el otro yacía aplastado por el cuerpo de Luzhin, mientras que arriba, en el descansillo, se encontraba la madre, envuelta en una bata de colores chillones, contemplando con ojos brillantes y prominentes el cuerpo inerte que su marido, gimiendo y maldiciendo, sostenía, y la enorme y horrible cabeza que su hija cargaba sobre un hombro. Llevaron a Luzhin al

salón. Los jóvenes desconocidos hicieron chocar sus tacones, intentando presentarse a alguien, para luego huir, asustados por las mesitas cargadas de porcelana. Fueron vistos al mismo tiempo en todas las habitaciones. Sin duda querían salir, pero no lograban encontrar el camino hacia la puerta principal. Fueron hallados en todos los divanes, en el baño y en el arca del pasillo, y no había manera de deshacerse de ellos. Su número era poco claro, un número borroso y fluctuante. Pero al cabo de un rato desaparecieron, y la sirvienta dijo que había abierto la puerta a dos de ellos y que el resto debía estar tendido en alguna parte, y que la ebriedad arruina al hombre, y que el novio de su hermana también bebía.

—Felicidades, está borracho como una cuba —dijo la dueña de la casa, mirando a Luzhin, quien yacía como un cadáver, a medias desvestido y cubierto con una manta, en un sofá del salón—. Felicidades.

Pero había algo extraño: el hecho de que Luzhin estuviera borracho le agradaba, despertaba en ella un cálido sentimiento hacia él. En tal borrachera adivinaba algo humano y natural, y hasta cierta audacia, una amplitud de espíritu. Esa era una situación en la que se hallaban algunas personas a quienes conocía, buenas personas, felices. Y, ¿por qué no?, se dijo, los tiempos agitados que vivimos nos trastornan, por eso no es de extrañar que los muchachos rusos se den a la bebida, el dragón verde, el confortador, de vez en cuando... Pero cuando se descubrió que Luzhin no desprendía olor a vodka ni a vino, y que dormía de un modo extraño, no como un borracho, sufrió un desengaño y se increpó a sí misma por haber presupuesto una sola inclinación natural en Luzhin. Mientras el médico, que llegó al amanecer, lo examinaba, el rostro de Luzhin experimentó un cambio, sus párpados se levantaron y por debajo miraron unos ojos opacos. Y fue entonces cuando su prometida logró salir del aturdimiento espiritual que la había poseído desde el momento en que vio a aquel cuerpo tendido junto a los peldaños de la entrada. Es cierto que había intuido que pasaría algo terrible, pero nunca le había pasado por la imaginación precisamente aquello. La noche anterior, cuando Luzhin no fue a visitarles como era su costumbre, ella había llamado al café donde tenía lugar el torneo y allí le dijeron que la partida había terminado hacía ya un buen rato. Llamó entonces al hotel, y allí le informaron que Luzhin no había regresado aún. Salió a la calle, pensando que tal vez la estuviera esperando al lado de la puerta cerrada, volvió a llamar al hotel y luego consultó con su padre sobre la conveniencia de avisar a la policía.

—Tonterías —dijo su padre rotundamente—. Seguro que tiene muchos amigos a su alrededor. Se habrá ido de juerga.

Pero ella sabía muy bien que Luzhin no tenía amigos y encontraba extraña su ausencia.

Y en esos momentos, al mirar el rostro abultado y pálido de Luzhin, ella rebosaba tierna y afligida piedad, hasta el punto de parecerle que sin esa piedad que había en su interior no podría haber vida. Era imposible pensar que aquel hombre inofensivo hubiera estado tendido en la calle y que su blando cuerpo hubiera sido maltratado por borrachos; no podía tolerar la idea de que todos hubieran tomado su misterioso desmayo por el sueño vulgar de un juerguista y esperado un repugnante ronquido de su indefensa quietud. Eran grandes la piedad y el dolor que sentía ante aquella situación. Aquel chaleco anticuado y excéntrico que era imposible contemplar sin lágrimas, y aquel pobre mechón, y el cuello blando y desnudo, lleno de

Librodot

pliegues, como el de un niño... Todo había ocurrido a causa de ella... ella no le había vigilado, debía haber permanecido todo el tiempo a su lado, no haberle permitido jugar demasiado. ¿No era un milagro que en tales condiciones no le hubiera atropellado un coche? ¿Y por qué no habla adivinado que en cualquier minuto él podía derrumbarse, paralizado por la fatiga del ajedrez?

—¡Luzhin! —dijo sonriendo, como si él pudiera ver su sonrisa—. Luzhin, todo va bien. Luzhin, ¿me oye?

Tan pronto como se lo llevaron al hospital, ella se dirigió al hotel por sus cosas; al principio no le permitieron entrar en su cuarto, y eso produjo largas explicaciones y una llamada al hospital por un empleado del hotel bastante descarado; después tuvo que pagar la cuenta de Luzhin por la última semana, y no tenía dinero suficiente, lo que hizo necesarias nuevas explicaciones, y ella consideró que se seguía escarneciendo a Luzhin, y le fue difícil retener las lágrimas. Y cuando rechazando la burda ayuda de la camarera del hotel, comenzó a reunir las cosas de Luzhin, el sentimiento de piedad llegó a su grado máximo. Había entre sus prendas de vestir algunas que debía haberse puesto durante años, sin fijarse en su estado, sin atreverse a desecharlas, cosas innecesarias e inesperadas: un cinturón de lona con una hebilla metálica en forma de letra S, con una bolsa de cuero al lado, un cortaplumas en miniatura con cachas de nácar para colgar de una cadena de reloj, una colección de tarjetas postales italianas: cielos azules, madonnas y una aureola lila sobre el Vesubio; algunas cosas inequívocamente peterburguesas: un abaco minúsculo con cuentas rojas y blancas, un calendario de escritorio, con algunas páginas sueltas correspondientes al año 1918. Todo esto se hallaba en desorden en un cajón, entre varias camisas limpias pero arrugadas, cuyas rayas de colores y puños almidonados evocaban una imagen de años muy anteriores. También encontró una chistera plegable comprada en Londres, y dentro de ella la tarjeta de visita de alguien llamado Valentinov... Los artículos de tocador se hallaban en tal estado que decidió dejarlos y comprar una esponja de hule en lugar de un inconcebible cepillo. Hizo un paquete aparte con su juego de ajedrez, una caja de cartón llena de apuntes y diagramas y una colección de revistas de ajedrez. Eran cosas que él no necesitaba. Cuando llenó la maleta y el baúl y los cerró con llave, advirtió debajo de la cama un par de zapatos marrones, asombrosamente viejos y maltrechos, que Luzhin usaba como zapatillas. Con cuidado, volvió a meterlos debajo de la cama.

Del hotel se dirigió al café donde tenía lugar el torneo de ajedrez, al recordar que Luzhin había llegado sin su bastón y su sombrero, pensando que tal vez los había dejado allí. Había muchísima gente en el salón del ajedrez, y Turati, en pie junto al perchero, se estaba quitando con gran desenvoltura su abrigo. Comprendió que había llegado en el momento preciso en que el juego iba a iniciarse, y que nadie sabía que Luzhin estaba enfermo. «No importa», pensó con cierta satisfacción maligna. «Que esperen.» Encontró el bastón, pero no el sombrero. Y después de mirar con odio la pequeña mesa donde ya habían colocado las piezas, y a Turati, ancho de hombros, quien se frotaba las manos, y que hacía ejercicios para aclararse la garganta como un bajo, rápidamente abandonó el café, volvió a subir al taxi sobre el que se destacaba el conmovedor pequeño baúl verde de Luzhin, y volvió al hospital.

Ella no estaba en su casa cuando volvieron a aparecer los jóvenes que recogieron a Luzhin. Habían ido a disculparse por su tempestuosa intromisión nocturna. Iban bien vestidos, se inclinaron, arrastrando los pies, y preguntaron por el caballero al que habían recogido la noche anterior. Les dieron las gracias por haberle acompañado y para quedar bien les explicaron que había dormido maravillosamente después de una fiesta que le ofrecieron sus amigos para celebrar su compromiso matrimonial. Los jóvenes permanecieron unos diez minutos, al cabo de los cuales se levantaron y se despidieron enteramente satisfechos.

Más o menos a la misma hora, un hombrecillo atribulado, que tenía alguna relación con el torneo, llegó al hospital. No se le permitió ver a Luzhin. La joven tranquila que habló con él le dijo con frialdad que Luzhin estaba muy postrado y no era seguro que pudiera reanudar sus actividades como jugador de ajedrez.

—¡Esto es tremendo! ¡Esto es increíble! —repitió varias veces el hombrecito, desolado—. ¡Una partida inacabada! ¡Y era tan buena! Transmita al maestro... sí, transmítale mis mejores deseos... mi preocupación...

Agitó una mano, desesperado, y se dirigió con torpeza hacia la salida, meneando la cabeza.

Los periódicos publicaron la noticia de que Luzhin había sufrido una crisis nerviosa antes de terminar la partida decisiva y que, según Turati, las negras estaban destinadas a perder a causa de la debilidad del peón colocado en f4. Y en todos los clubes de ajedrez los expertos hicieron largos estudios de la posición de las piezas, buscaron posibles continuaciones y señalaron la debilidad de las blancas en d3, pero nadie pudo hallar la clave de una victoria indiscutible.

Librodot

X

Una noche, poco después, tuvo lugar una escena que llevaba mucho tiempo incubándose y madurando y que al fin estalló, fútil, vergonzosamente insultante, pero inevitable. Ella había regresado del hospital y comía con apetito una papilla de cereales, comentando que Luzhin se sentía mejor. Sus padres cambiaron miradas y entonces se produjo la escena.

—Espero —dijo la madre en voz alta—, que hayas renunciado a tu loco proyecto.

—Más, por favor —pidió, alargando el plato.

—Aunque sólo sea por un sentimiento de delicadeza —continuó la madre.

Y en ese momento el padre tomó rápidamente la antorcha:

—Sí —dijo—, sólo por delicadeza tu madre no te ha dicho nada en los últimos días, hasta que se aclarara la situación de tu amigo. Pero ahora tienes que escucharnos. Sabes muy bien que nuestro principal deseo, y preocupación y propósito, y en general..., sí, nuestro deseo, repito, es que estés bien, que seas feliz, etcétera. Pero esto...

—En mi época los padres seguramente lo habrían prohibido —intervino su madre—. Eso es todo.

—No, no, ¿qué tienen que ver aquí las prohibiciones? Escúchame, cariño, ya no tienes dieciocho años, sino veinticinco, y no puedo ver nada atractivo ni poético en todo lo que ha ocurrido.

—Lo hace sólo por hacernos enojar —interrumpió de nuevo su madre—. Es una continua pesadilla.

—¿De qué estáis hablando exactamente? —preguntó al fin la hija; sonrió y arqueó las cejas al tiempo que apoyaba suavemente los codos sobre la mesa y miraba alternativamente a su padre y a su madre.

—De que es necesario que abandones tus locuras —gritó la madre—. El matrimonio con un demente sin un céntimo es una tontería.

—Ach —articuló la hija, y estirando un brazo sobre la mesa dejó caer la cabeza sobre él.

—Mira —empezó de nuevo el padre—. Te sugerimos ir a los lagos italianos. Ve con tu madre a los lagos italianos. No puedes imaginarte lo celestial que es ese sitio. Recuerdo la primera vez que vi Isola Bella...

Los hombros de la hija comenzaron a estremecerse de risa apenas contenida.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó la madre, golpeando la mesa con la mano.

—Primero —dijo ella—, que dejes de gritar. Segundo, que Luzhin recupere por completo la salud.

—Isola Bella significa Isla Hermosa —continuó el padre apresuradamente, tratando de hacer entender a su mujer con un gesto significativo que él solo podía con la situación—. No te puedes imaginar lo que es aquello... un cielo perfectamente azul, y el calor, las magnolias, y los soberbios hoteles de Stresa... hay, por supuesto, tenis, baile... recuerdo sobre todo esos insectos que se iluminan, ¿cómo los llaman...?

—Bueno, entonces ¿qué? —preguntó la madre con rapaz curiosidad—. ¿Qué pasará con tu amigo, si no muere...?

—Eso depende de él —repuso la hija, tratando de mantener la calma—. No puedo abandonarle. No lo haré. Eso es todo.

—Terminarás en el manicomio con él. Allí es donde vas a acabar, muchachita.

—Loco o no... —empezó a decir la hija con una sonrisa temblorosa.

—¿No se te antoja Italia? —gritó el padre. —Esta muchacha está loca. No te casarás con ese maniático del ajedrez.

—Maniática eres tú. Si quiero me casaré con él. Eres una mujer estrecha de miras y malvada.

—Bueno, bueno, bueno. Ya basta, digo. —No permitiré que él vuelva a poner los pies en esta casa —jadeó la madre—. Y ésa es mi última palabra.

La hija comenzó a llorar en silencio y abandonó el comedor; al pasar junto al aparador, se golpeó con una esquina y soltó un plañidero «¡Maldita sea!». El aparador, ofendido, continuó vibrando durante un buen rato.

—Has estado demasiado áspera —dijo el padre en un murmullo—. No la estoy defendiendo, por supuesto. Pero sabes que pueden ocurrir muchas cosas. Ese hombre ha abusado de sus fuerzas y ha sufrido una crisis. Tal vez después de esta conmoción cambie para bien. Mira, creo que voy a ver qué es lo que está haciendo.

Y al día siguiente mantuvo una larga conversación con el famoso psiquiatra en cuya clínica estaba internado Luzhin. El psiquiatra tenía una larga barba asiría y unos ojos húmedos y tiernos que centelleaban maravillosamente mientras escuchaba a su interlocutor. Le dijo que Luzhin no era epiléptico ni sufría de parálisis progresiva, que su condición era el resultado de una tensión prolongada, y que tan pronto como fuera posible tener una conversación sensata con el enfermo, se le tendría que inculcar que una pasión ciega por el ajedrez le resultaría fatal y que durante una larga temporada debería renunciar a su profesión y llevar un modo de vida absolutamente normal.

—¿Y un hombre como él puede casarse?

—¿Por qué no? No es impotente. —El profesor sonreía con ternura—. Es más, casarse sería una ventaja para él. Nuestro paciente necesita cuidados, atención y diversiones. Hay una oscuridad temporal de los sentidos, que gradualmente va desapareciendo. Por lo que podemos juzgar, su recuperación completa está en marcha.

Las palabras del psiquiatra produjeron una pequeña sensación en la casa.

—¿Quiere eso decir que se acabó el ajedrez? —observó la madre con satisfacción—. ¿Qué va a quedar de él entonces?, ¿sólo su locura?

—No, no —dijo el padre—. No es un problema de locura. El hombre será cuerdo. El diablo no es tan malo como lo pintan. He dicho «pintan», ¿me oyes, preciosa?

Pero la hija no sonrió, sino que emitió un suspiro. La verdad es que se sentía muy cansada. Había pasado la mayor parte del día en la clínica, y había algo increíblemente extenuante en la exagerada blancura de todo lo que la rodeaba, y en los blancos y silenciosos movimientos de las enfermeras. Aún extremadamente pálido, con una barba incipiente y una camisa limpia, Luzhin yacía inmóvil. Había momentos, es cierto, en que levantaba una rodilla bajo la sábana o movía ligeramente un brazo, y por su rostro aleteaban sombras y a veces aparecía en sus ojos una luz casi racional, pero, no obstante, todo lo que uno podía decir de él era que

Librodot

permanecía inmóvil, una inmovilidad inquietante y agotadora para la mirada que buscaba señales de alguna vida consciente. Y era imposible desviar la mirada, tan grande era el deseo de penetrar en aquella frente pálida y amarillenta que de vez en cuando se fruncía con un misterioso movimiento interior, de penetrar la misteriosa niebla que se movía con dificultades, tratando, tal vez, de disiparse por su cuenta y condensarse en aislados pensamientos humanos. Sí, sí, había movimiento, sí lo había. Aquella informe niebla estaba sedienta de contornos, de encarnarse en algo, y en una ocasión algo, semejante a un reflejo en el espejo, apareció en la oscuridad, y en ese débil rayo Luzhin percibió un rostro con una barba negra y rizada, una imagen familiar, un habitante de sus pesadillas infantiles. El rostro en el confuso espejo se aproximó y en seguida el claro espacio se ensombreció, y hubo una niebla oscura y un horror que se fue dispersando lentamente. Y tras la desaparición de muchos siglos oscuros (una sola noche terrestre), la luz volvió a surgir, y, de pronto estalló algo radiante, la oscuridad se rasgó y sólo quedó en forma de un marco difuso en medio del cual había una brillante ventana azul. Diminutas hojas amarillas brillaron en aquel azul, proyectando una sombra moteada sobre el tronco blanco de un árbol, escondido casi por la verde fronda de un abeto; y al poco esta visión se llenó de vida, las hojas comenzaron a estremecerse, el tronco se cubrió de manchas y la verde fronda osciló, y Luzhin, incapaz de tolerar todo aquello, cerró los ojos, pero la brillante oscilación permanecía debajo de sus párpados. Pensó que una vez había enterrado algo bajo aquellos árboles y ese pensamiento le llenó de felicidad. Y parecía estar a punto de recordar exactamente qué había sido cuando oyó murmullos encima de él y pudo diferenciar dos voces tranquilas. Comenzó a escuchar, tratando de entender dónde estaba y por qué tenía algo suave y frío sobre la frente. Después de unos minutos volvió a abrir los ojos. Una mujer gorda, vestida de blanco, mantenía la palma de su mano sobre su frente, y en la ventana había el mismo resplandor que había vislumbrado. Se preguntó qué debía decir, y al ver un pequeño reloj prendido de su pecho, se humedeció los labios con la lengua y preguntó qué hora era. Hubo movimientos en torno a él, las mujeres murmuraron algo, y Luzhin advirtió con asombro que comprendía su lenguaje, que incluso podía hablarlo.

—*Wie spät ist es*? ¿Qué hora es? —repitió.

—Son las nueve de la mañana —dijo una de las mujeres—. ¿Cómo se siente?

Por la ventana, incorporándose un poco, podía verse una valla que también estaba moteada de sombras.

—Es evidente que he llegado a casa —dijo Luzhin, un tanto pensativo, y de nuevo hundió en la almohada su cabeza ligera y vacía.

Durante un rato oyó murmullos, el suave tintineo de cristales... había algo agradable en todo lo absurdo que estaba ocurriendo en torno suyo y era delicioso estar echado sin moverse. Se fue quedando imperceptiblemente dormido y cuando despertó volvió a ver el azul radiante de un otoño ruso. Pero algo había cambiado, un desconocido había aparecido junto a su cama. Luzhin volvió la cabeza: sentado en una silla a su derecha un hombre vestido de blanco, con una barba negra, le miraba atentamente con ojos sonrientes. Luzhin pensó vagamente que se parecía al campesino del molino, pero ese parecido se desvaneció del todo tan pronto el hombre habló:

—*Jaracho*? —inquirió con tono amable.

—¿Quién es usted? —preguntó Luzhin en alemán.

—Un amigo —respondió el caballero—, un amigo fiel. Ha estado usted enfermo, pero ahora ya está bien. ¿Me oye? Ahora ya está bastante bien. — Luzhin se propuso meditar esas palabras, pero el hombre no se lo permitió; con tono simpático le dijo—: Debe permanecer quieto. Descanse. Necesita usted dormir una barbaridad.

Así regresó Luzhin de aquel largo viaje, después de perder en el camino la mayor parte de su equipaje, y era demasiado complicado recuperar lo perdido. Los primeros días de su convalecencia fueron suaves y tranquilos. Las mujeres de blanco le proporcionaron sabrosos alimentos; el hechicero hombre de las barbas se presentaba y le decía palabras agradables, luego le examinaba con sus ojos color ágata, que bañaban su cuerpo de calor. Pronto Luzhin comenzó a advertir que había alguien más en la habitación, una presencia palpitante y evasiva. En una ocasión, cuando se despertó, alguien salió rápida y silenciosamente de allí, y otra vez, cuando dormitaba, oyó un murmullo en extremo ligero y al parecer familiar, que irfmediatamente se interrumpió. Y en la conversación del hombre de las barbas hubo insinuaciones de algo misterioso y feliz; flotaba en el aire que le rodeaba y en la belleza del otoño que se podía vislumbrar a través de la ventana, y en un temblor que había en alguna parte detrás del árbol, sí, una felicidad enigmática y evasiva. Y gradualmente Luzhin comenzó a advertir que ese vacío celestial donde flotaban sus transparentes pensamientos se comenzaba a llenar por todas partes.

Advertido de la inminencia de un acontecimiento maravilloso, contempló la puerta blanca a través de los barrotes de su cabecera, en espera de que se abriera y se hiciera verdad la predicción. Pero la puerta no se abría. De pronto, a su lado, fuera de su campo de visión, algo se movió. Ocultándose tras un gran biombo, alguien se reía.

—Ya voy, ya voy, espéreme un momento —murmuró Luzhin; liberó las piernas de las mantas y buscó con sus ojos saltones bajo la silla que estaba al lado de la cama algo que ponerse en los pies.

—Usted no va a ir a ninguna parte —dijo una voz, y un vestido color de rosa llenó instantáneamente el vacío.

El hecho de que su vida fuese iluminada por primera vez desde ese costado facilitó el regreso de Luzhin. Durante algún tiempo, aquellas ásperas eminencias, los dioses de su ser, permanecieron en la sombra. Una tierna ilusión óptica tuvo lugar: regresó a la vida siguiendo una dirección diferente de aquélla por la que había salido, y el trabajo de redistribuir sus recuerdos fue asumido por la maravillosa felicidad que primero le dio la bienvenida. Y cuando finalmente esa zona de su vida fue restaurada por completo, y, de pronto, con el estruendo que produce una pared al derrumbarse, apareció Turati junto con el torneo y con todos los torneos precedentes, esa felicidad fue lo bastante fuerte para eliminar la imagen vociferante de Turati y enviar a su caja las inquietas piezas de un ajedrez. Tan pronto como volvían a la vida, la tapa se cerraba de golpe sobre ellas; la lucha no duró demasiado tiempo. El doctor le ayudaba; mientras las piedras preciosas de sus ojos resplandecían y se licuaban, hablaba del hecho de que en derredor de ellos el mundo era libre y feliz, que el ajedrez era un entretenimiento frío que seca y corrompe el cerebro, y que el ajedrecista apasionado es tan ridículo como el loco que inventa un *perpetuum mobile* o cuenta guijarros en la playa desierta de un océano.

Librodot

—Dejaré de amarle —le dijo su prometida—, si comienza usted a pensar en el ajedrez. Sepa que puedo leer todos y cada uno de sus pensamientos, así que pórtese bien.

—Horror, sufrimiento, desesperación —enumeró en voz queda el médico—, tales son los frutos de ese juego agotador.

Y demostró a Luzhin que éste tenía perfecta conciencia de ello, es decir, que Luzhin era incapaz de pensar en el ajedrez sin experimentar un sentimiento de repulsión, y de una manera un tanto misteriosa, Luzhin, licuándose y resplandeciendo, se relajaba deliciosamente y estaba de acuerdo con tales razonamientos. En el amplio y fragante jardín de la clínica, Luzhin paseaba con sus nuevas zapatillas de suave cuero y manifestaba su aprobación por las dalias, mientras su prometida caminaba a su lado, y por alguna razón pensaba en un libro leído en su infancia en el que todas las dificultades en la vida de un colegial, que se había escapado de su casa con un perro al que había salvado, eran resueltas gracias a una oportuna (para el autor) fiebre, no tifus, ni escarlatina, sino una mera fiebre, y la joven madrastra, a quien nunca había amado, le cuidó con tanto afecto que de pronto él comenzó a apreciarla y a llamarla «mamá», y ardientes lágrimas bañaban las mejillas de ella y todo terminaba como era debido.

—Luzhin está bien —dijo ella con una sonrisa, mirando su pesado perfil (el perfil de un Napoleón más débil), mientras él. se inclinaba con recelo sobre una flor, que tal vez fuera a morder—. Luzhin está bien, Luzhin sale a pasear, Luzhin es encantador.

—No huele —dijo Luzhin con voz espesa y humilde. —No tiene por qué oler —replicó ella, tomándolo del brazo—. Se supone que las dalias no huelen. Pero mire esa flor blanca que está allí, esa sí que despide un perfume fuerte por las noches. Cuando yo era niña solía chupar la savia de la corola. Ahora ya no me gusta.

—En nuestro jardín en Rusia... —comenzó Luzhin, y se quedó pensativo, mirando furtivamente los arriates—, teníamos esas flores que hay allí. Nuestro jardín era bastante presentable. —Las conozco —dijo ella—. No me gustan, me parecen vulgares. En nuestro jardín...

Por lo general, hablaban mucho de la infancia. También el profesor hablaba de ella y hacía preguntas a Luzhin.

—Su padre poseía tierras, ¿no es así? —Luzhin asintió—. La tierra, el campo, todo eso es excelente —continuaba el profesor—. Con toda seguridad tenían caballos y vaca. —Otro movimiento de cabeza afirmativo—. Déjeme imaginar su casa... rodeada toda por viejos árboles... una casa amplia y luminosa. Su padre regresa de la caza...

Luzhin recordó que su padre había vuelto con un pichón gordo y repelente que había encontrado en una zanja.

—Sí —contestó con inseguridad.

—Déme más detalles —pidió el profesor con voz suave—. Se lo ruego. Me interesa saber cuáles eran sus ocupaciones durante la niñez, con qué jugaba usted. Estoy seguro de que tenía usted soldados de plomo.

Pero Luzhin rara vez se animaba durante esas conversaciones. Por otra parte, estimulado por los constantes interrogatorios, sus pensamientos volvían una y otra vez al mundo de la infancia. Era imposible expresar sus recuerdos con palabras... sencillamente no había palabras adultas para sus impresiones de la niñez, y si acaso alguna vez contaba algo, lo hacía a saltos y de mala gana describiendo rápidamente los contornos y marcando un

Librodot

movimiento complejo, rico en posibilidades sólo con una letra y un número. Su infancia anterior a la escuela y al ajedrez, en la que antes jamás había pensado, rechazándola con un ligero estremecimiento por temor a encontrar allí horrores adormecidos e insultos humillantes, resultó ser un lugar asombrosamente seguro, donde pudo hacer agradables excursiones que algunas veces le produjeron un placer intenso. El propio Luzhin era incapaz de comprender la causa de tanta emoción. ¿Por qué la imagen de aquella rechoncha institutriz francesa, con sus tres botones a un lado de la falda, que quedaban juntos cada vez que depositaba su enorme trasero en un sillón, una imagen que tanto le irritaba entonces, evocaba ahora en su pecho un sentimiento de tierna contricción? Recordaba que en la casa de San Petersburgo su obesidad asmática prefería a las escaleras el anticuado ascensor hidráulico que el portero ponía en marcha mediante una palanca que se encontraba en el vestíbulo. «Allá vamos», decía invariablemente mientras cerraba las hojas de la puerta, y el pesado ascensor, entre resoplidos y estremecimientos, ascendía lentamente impulsado por el grueso cable de terciopelo, y a su paso, en la pared desconchada visible a través del cristal, se veían oscuros retazos geográficos, esos retazos hechos de tiempo y humedad entre los cuales, como entre las nubes del cielo, pueden verse los contornos de Australia y del Mar Negro. A veces el pequeño Luzhin subía con ella, pero con más frecuencia se quedaba abajo, y escuchaba al ascensor en sus esfuerzos por subir, y siempre esperaba que se quedara detenido a mitad del trayecto, lo que ocurría con bastante frecuencia. El ruido cesaba y desde un lugar desconocido, tras las paredes, llegaba un grito pidiendo socorro; el portero movía la palanca, con un gruñido de esfuerzo, y entonces abría la puerta que daba hacia la oscuridad y preguntaba con energía, mirando hacia arriba: «¿Se mueve?», y al cabo de un rato el ascensor volvía, pero vacío. Vacío. Sólo Dios podía saber lo que le había ocurrido a ella, tal vez había viajado al cielo y se había quedado allí con su asma, sus caramelos de regaliz y sus quevedos atados con un cordón negro. El recuerdo volvió también vacío, y tal vez por primera vez en su vida, Luzhin se formuló la pregunta: ¿Adonde, exactamente, se había ido todo, en qué se había convertido su infancia, hacia dónde había volado la terraza, hacia dónde, susurrando entre los arbustos, se habían escapado los senderos familiares?

Con un movimiento involuntario del alma buscó aquellos senderos en el jardín de la clínica, pero los macizos tenían una forma diferente, los abedules estaban colocados de manera distinta y los huecos en su follaje rojizo, llenos del azul del otoño, no correspondían de ninguna manera a los huecos conocidos en que trató de colocar aquellos trozos recortados de azul. Parecía que era irrepetible aquel remoto mundo en el que vagaban las imágenes, ya completamente tolerables, de sus padres, suavizadas por la neblina del tiempo, y el tren, con su vagón de estaño, pintado para que pareciera madera, zumbaba bajo los flecos del sillón, y sólo Dios sabía cómo afectaba eso al conductor de la locomotora, demasiado grande para caber en ella.

Esa era la infancia que Luzhin visitaba de buen grado en sus pensamientos. Fue seguida por otro período, un largo período de ajedrez, que tanto el doctor como su prometida calificaban de años perdidos, un período oscuro de ceguera espiritual, una ilusión peligrosa, años perdidos, perdidos. Su recuerdo era insoportable. Agazapada como un espíritu maligno

Librodot

estaba la imagen, en cierto modo terrible, de Valentinov. Muy bien, de acuerdo, eso es lo que son, años perdidos, ¡al diablo con ellos!, ya están olvidados, borrados de la vida. Y una vez excluidos, la luz de la infancia se fundió directamente con la luz del presente y su abundancia formó la imagen de su prometida. Su ser expresó todo el encanto y la suavidad que podía extraerse de sus recuerdos de la infancia, como si los puntos de luz diseminados por los senderos del jardín solariego se hubiesen juntado en ese momento en un cálido y único resplandor.

—¿Por qué estás tan feliz? —le preguntó su madre con aflicción, mirando su rostro radiante—. ¿Vamos a celebrar pronto una boda?

—Pronto —respondió ella, lanzando hacia el sofá su som-brerito redondo y gris—. En todo caso, en uno o dos días va a salir de la clínica.

—Le está costando a tu padre una buena fortuna; alrededor de mil marcos.

—He andado de una librería a otra —suspiró la hija—; quería leer sin demora a Julio Verne y las novelas de Sherlock Holmes. Por lo que he advertido, nunca ha leído a Tolstoi.

—Por supuesto, es un campesino —dijo la madre en un murmullo—. Siempre lo he dicho.

—Mira, mamá —dijo ella, golpeando ligeramente con un guante el paquete de libros—, vamos a hacer un trato. De hoy en adelante dejemos a un lado estos sarcasmos. Es estúpido y degradante para ti, y, sobre todo, completamente inútil.

—Entonces no te cases con él —dijo la madre, el rostro demudado—. No te cases con él, te lo ruego. Mira, si así lo quieres, me arrojaré de rodillas a tus pies.

Y apoyando un codo en el sillón, empezó a doblar una pierna con dificultad, haciendo descender lentamente su cuerpo voluminoso, que crujía un poco.

—Vas a hundir el suelo —observó su hija, quien cogió sus libros y salió de la habitación.

Luzhin leyó el viaje de Fogg y las memorias de Holmes en dos días, y cuando las terminó, comentó que no eran lo que él quería... se trataba de una edición incompleta. De los otros libros le gustó *Anna Karenina*, especialmente las páginas sobre las elecciones del Comité Regional y la cena ofrecida por Oblonski. También le causó bastante impresión Las almas muertas, y además en cierto modo le sorprendió reconocer toda una parte que había escrito en su infancia larga y laboriosamente al dictado. Además de los llamados clásicos, su prometida le llevó buen número de frivolas novelas francesas. Todo lo que pudiera entretener a Luzhin era bueno, incluso esas historias de gusto dudoso que él leía, aunque desconcertado, con interés. La poesía, por otra parte (por ejemplo, un pequeño volumen de Rilke, que compró por recomendación del librero) le sumió en un estado de profunda perplejidad y tristeza. El profesor había prohibido que Luzhin leyera cualquiera de los libros de Dostoievski, el cual, según palabras del profesor, causaba un efecto opresivo en la mente del hombre contemporáneo, quien, como en un terrible espejo...

—Oh, el señor Luzhin no se aflige con los libros —dijo ella con alegría—. Y si no acaba de comprender la poesía es por la rima; la rima le desconcierta.

Y, por extraño que pudiera parecer, a pesar del hecho de que Luzhin había leído menos libros aún en su vida que ella en la suya, de que no terminó el bachillerato y no le había interesado otra cosa que no fuera el ajedrez, la muchacha intuía en él un barniz cultural del que ella carecía. Había títulos de libros y nombres de personajes que, por alguna extraña razón, eran familiares para Luzhin, aunque no hubiera leído aquellos libros. Su lenguaje era tosco y estaba lleno de ridiculas palabras incoherentes, pero a veces vibraba con una misteriosa entonación que insinuaba otra clase de palabras, vivas y cargadas de un sutil significado, pero que no lograba pronunciar. Pese a su ignorancia, pese a las limitaciones de su vocabulario, Luzhin albergaba en su interior una apenas perceptible vibración, la sombra de sonidos que alguna vez había escuchado.

Su madre no volvió a aludir ni a su tosquedad ni a sus otros defectos desde el día en que, de rodillas, había llorado hasta descargar su corazón, con la mejilla apoyada en el brazo de un sillón.

—Lo comprendería todo —le dijo más tarde a su marido—, lo comprendería y perdonaría todo si ella le amara. Pero eso es lo terrible…

—No, no estoy de acuerdo contigo —la interrumpió su marido—. También yo pensé al principio que todo era mental. Pero su actitud ante esa enfermedad me ha convencido de lo contrario. Por supuesto, semejante matrimonio es arriesgado, y es cierto que hubiera podido elegir mejor… Aunque él proceda de una antigua familia de la nobleza, lo Cierto es que su profesión ha dejado huellas en él. ¿Te acuerdas de Irina, la que se hizo actriz? ¿Recuerdas lo cambiada que estaba cuando vino a vernos después? De cualquier manera, haciendo caso omiso de sus defectos, debo decir que le considero un buen hombre. Ya lo verás, ahora se dedicará a alguna ocupación útil. No sé qué piensas, pero no me siento capaz de disuadirla. Me parece que deberíamos resignarnos a aceptar lo inevitable.

Habló enérgicamente durante mucho rato, y todo el tiempo se mantuvo muy erguido, jugando con la tapa de su pitillera.

—Lo único que te puedo decir —repitió su mujer— es que ella no le ama.

Librodot

XI

Con una chaqueta rudimentaria a la que faltaba una manga, Luzhin, a quien renovaban el guardarropa, se encontraba de perfil ante un triple espejo de cuerpo entero mientras un sastre calvo hacía marcas de tiza en su hombro o le clavaba alfileres que se sacaba con extraordinaria destreza de la boca, donde parecían crecer de modo natural. De entre las muestras de tela dispuestas ordenadamente según su color en un álbum, Luzhin había elegido una a cuadros de color gris oscuro, y su prometida pasó largo rato acariciando la pieza correspondiente de tela, que el sastre tiró, produciendo un golpe seco, sobre el mostrador, que desenrolló con gran rapidez y apretó contra su protuberante estómago, como si cubriera su desnudez. Ella descubrió que aquel material tendía a arrugarse con facilidad, por lo que un alud de gruesas piezas de tela comenzó a cubrir el mostrador, que el sastre, humedeciéndose el dedo con el labio inferior, desenrolló. Al final eligieron un material que era también gris oscuro, pero suave y flexible, e incluso un poco peludo. Y entonces Luzhin, distribuido por el espejo en trozos, en partes, como si eso se hiciera para lograr una instrucción visual (... he aquí un rostro ancho y bien afeitado, allí tenemos ese mismo rostro de perfil, y más allá hay algo visto raramente por el propio interesado, la parte de atrás de su cabeza, con el pelo bastante recortado, pliegues en el cuello y orejas algo salidas, de color rosa, por las que se trans-parenta la luz...), se miró a sí mismo y al género, sin reconocer su integridad anterior, suave, generosa y virginal.

—Me parece que debería ser más angosto en la parte delantera —dijo su prometida.

El sastre, dando un paso atrás, miró con los ojos entreabiertos a Luzhin, murmuró, con la sombra de una sonrisa, que el caballero estaba un poco grueso, y se dedicó a unas solapas, estirando aquí y poniendo alfileres allá, mientras Luzhin, con el gesto típico de todas las personas en esa posición, mantenía el brazo ligeramente alejado del cuerpo, o lo doblaba por el codo para contemplarse la muñeca, como si tratara de acostumbrarse a la manga. De pasada, el sastre trazó unas rayas sobre el corazón para indicar un pequeño bolsillo, y luego, despiadadamente, le arrancó la manga que parecía ya acabada y comenzó a quitar con toda rapidez los alfileres del vientre de Luzhin.

Además de un buen traje de calle le hicieron un traje de vestir y el viejo traje de etiqueta encontrado en el fondo de su baúl fue rehecho por el mismo sastre. Su prometida no se atrevió a preguntar para qué había necesitado antes un smoking y un sombrero de copa, por temor a despertar algunos recuerdos referentes al ajedrez, y por consiguiente nunca se enteró de cierta elegante cena ofrecida en Birmingham, donde, por cierto, Valentinov... ¡Oh, bueno, que la suerte le acompañe!

La renovación exterior de Luzhin no terminó ahí. Aparecieron también camisas, corbatas, calcetines... y Luzhin aceptó todo eso con despreocupado interés. Del sanatorio se trasladó a una pequeña habitación, alegremente empapelada, que había sido alquilada en el segundo piso del edificio donde vivía su novia, y cuando se mudó a ella, tuvo exactamente la misma sensación vivida cada año en la infancia cuando viajaba del campo a la ciudad. Siempre resultaba extraña aquella instalación en la ciudad. Uno se

Librodot

iba a la cama y todo era nuevo: en el silencio de la noche la madera del suelo tomaba vida durante algunos segundos de lentas pisadas, y las cortinas de las ventanas eran más pesadas y suntuosas que las de la casa solariega; en la oscuridad, aliviada ligeramente por la brillante línea de la puerta que no ajustaba del todo, los objetos se detenían como a la espera, aún no renovada por completo, de la amistad después del largo intermedio veraniego. Y al despertar había una sobria luz grisácea fuera de las ventanas y el sol se deslizaba en el cielo a través de una niebla lechosa, semejante a la luna, y de pronto, en la distancia, un estallido de música militar se aproximaba en un oleaje de color naranja, interrumpida por el apresurado redoble de un tambor, y luego todo volvía a extinguirse y en vez del ruido de las trompetas se volvía a oír el interminable golpeteo de los cascos de los caballos y el amortiguado estertor de cualquier mañana de San Petersburgo.

—Se olvida siempre de apagar la luz del pasillo —le dijo, sonriendo, la casera, una señora alemana ya entrada en años—, y por la noche se le olvida cerrar la puerta.

También se quejó ante su novia, diciéndole que era tan distraído como un viejo profesor.

—¿Está cómodo, Luzhin? —le preguntaba a menudo su prometida—. ¿Duerme bien, Luzhin? No, ya sé que no debe de ser cómodo vivir así, pero esto pronto va a cambiar.

—No hay necesidad de aplazar más las cosas —murmuró Luzhin, abrazándola y entrelazando las manos sobre su cadera—. Siéntate, siéntate; no hay necesidad de aplazarlo. Hagámoslo mañana. Mañana. Será un matrimonio legal.

—Sí, pronto, pronto —respondió ella—. Pero no es posible arreglarlo todo en un día. Falta cumplimentar algunos requisitos. Nos colgarán a usted y a mí de una pared durante dos semanas, y en ese lapso llegará su esposa de Palermo, echará una ojeada a los nombres y dirá: «Esto es imposible. Luzhin es mío.»

—Se ha perdido —le respondió su madre cuando ella preguntó por su certificado de nacimiento—. Lo guardé, pero se ha perdido. No sé dónde. No sé nada.

Sin embargo, el documento fue hallado con bastante rapidez. Y en todo caso, entonces ya era demasiado tarde para advertir, prohibir, anteponer dificultades. La boda se acercaba con suavidad fatal, y no podía detenerse, del mismo modo que se deja uno resbalar y sabe que no hay nada donde asirse cuando camina sobre hielo. La madre se vio forzada a someterse y a idear maneras de adornar y mostrar al novio de su hija para no tener que avergonzarse ante los demás, y tenía que hacer acopio de valor para sonreír en la boda y representar el papel de madre satisfecha, que alaba la honradez y la bondad del corazón de su yerno. Pensó también en el dinero que habían gastado en Luzhin y en el que tendrían que seguir gastando, y trató de apartar una imagen atroz de su imaginación: Luzhin desnudo, inflamado de pasión simiesca, y su hija, obstinadamente sumisa, fría, fría. Entre tanto, el marco para aquella escena estaba ya preparado. Habían alquilado un apartamento decentemente amueblado, no demasiado caro, muy cerca de allí; estaba situado en un quinto piso, pero eso no importaba, había ascensor para el escaso aliento de Luzhin y, en todo caso, las escaleras no eran empinadas y había un asiento en cada descansillo, bajo una ventana con vidrios de colores. En el espacioso vestíbulo convencionalmente

Librodot

adornado con unos dibujos en silueta enmarcados en negro, la puerta de la izquierda daba al dormitorio, y la de la derecha, al estudio. Al fondo de ese vestíbulo se encontraba la puerta del salón; el comedor adjunto había sido ampliado a expensas del vestíbulo, que en ese punto se convertía casi en un pasillo, transformación que púdicamente quedaba disimulada por una cortina de felpa con anillas. A la izquierda del pasillo estaba el cuarto de baño, después el cuarto del servicio, y en el extremo, la cocina.

A la futura dueña del apartamento le gustaba la disposición de las habitaciones; el mobiliario era mucho menos de su gusto. En el estudio había unos sillones de color marrón, una librería coronada por un Dante de amplios hombros y rostro afilado con un gorro de baño, y un gran escritorio vacío con un pasado y un futuro desconocidos. Una tambaleante lámpara de pie de tubo negro en espiral y una pantalla color naranja se erguía junto a un pequeño sofá, donde alguien había olvidado un osito de felpa de pelo ligero y un perro de juguete de cara ancha, grandes patas color de rosa y una mancha negra sobre un ojo. Encima del sofá había un gobelino de imitación que representaba a unos labradores bailando.

Si uno daba un ligero empujón a las puertas correderas, podía tener desde el estudio una visión completa: el parquet del salón y, más allá, el comedor, con el aparador reducido por la perspectiva. En el salón, una palmera emitía una difusa luz verde y el suelo lo ocupaban unas pequeñas alfombras. Al final llegaba uno al comedor, con su aparador ya de tamaño natural y platos colgados en las paredes. Sobre la mesa un solitario y peludo diablo de juguete pendía de la lámpara. Había un pequeño mirador, desde el cual se veía un reducido jardín público con una fuente en el extremo de la calle. Volviendo a la mesa del comedor, la prometida miró a través del salón el distante estudio, el gobelino se redujo a su vez, y luego caminó del comedor al pasillo y pasó por el vestíbulo para entrar al dormitorio. Allí, colocadas una junto a la otra, había dos camas cubiertas con velludas mantas de lana. La lámpara era de estilo mauritano, las cortinas de las ventanas eran amarillas, lo que prometía una falsa luz solar por las mañanas; un relieve en madera que pendía entre las ventanas mostraba a un niño prodigio, vestido con un camisón que le llegaba a los tobillos, que tocaba un piano enorme mientras su padre, que vestía una bata gris y sostenía una vela, permanecía inmóvil ante la puerta entornada.

Algo había que añadir y algo que quitar. Un retrato del abuelo de la patrona fue retirado del salón, y del estudio quitaron a toda prisa una pequeña mesa de estilo oriental con un ajedrez de nácar incrustado en la superficie. La ventana del baño, cuya parte inferior era de vidrio mate con reflejos azules, resultó estar rota en la parte superior transparente y hubo que cambiarla. Volvieron a blanquear los techos de la cocina y del cuarto del servicio. Un fonógrafo apareció a la sombra de la palmera del salón. Pero hablando en términos generales, mientras inspeccionaba y arreglaba aquel piso «alquilado con vistas a un largo futuro, pero con un corto plazo de aviso», como su padre decía bromeando, no podía desechar el pensamiento de que todo aquello era temporal, que sin duda sería necesario llevarse a Luzhin de Berlín, llevarlo a viajar por otros países. Todo futuro es incierto, pero a veces adquiere una nebulosidad especial, como si otra fuerza hubiera llegado en ayuda de la reticencia natural del destino y diseminado esa niebla pegajosa, en la que todo pensamiento rebotaba.

Librodot

Y qué dulce y amable era Luzhin esos días; qué a gusto se sentía con su traje nuevo, adornado por una corbata color humo, ante una taza de té, para con toda cortesía, aunque no siempre en el momento adecuado, darle la razón a su interlocutor. Su futura suegra dijo a sus conocidos que Luzhin había decidido abandonar el ajedrez porque le quitaba demasiado tiempo, pero que no deseaba hablar del tema, y después de eso Oleg Sergueievich Smirnovski ya no le propuso partidas, sino que le reveló, con ojos brillantes, las maquinaciones secretas de los masones e incluso le prometió darle a leer un panfleto notable.

En las oficinas que ambos visitaron para informar a los funcionarios de su intención de contraer matrimonio, Luzhin se comportó como un adulto, llevó personalmente todos los documentos requeridos, llenó los cuestionarios con reverencia, consideración y buena disposición, escribiendo con claridad todas las palabras. Su escritura era pequeña, redonda, extremadamente pulcra; no era poco el tiempo que empleaba para abrir su nueva pluma estilográfica, que con algo de afectación agitaba de un lado a otro antes de empezar a escribir, y luego, una vez que había disfrutado del todo de la suavidad de la plumilla de oro, la volvía a guardar en el bolsillo superior de la chaqueta. Con placer acompañó a su prometida a las tiendas y esperaba la interesante sorpresa del piso, que ella había decidido no mostrarle sino hasta después de la boda.

Durante las dos semanas en que sus nombres permanecieron a la vista, diversas firmas emprendedoras comenzaron a enviarles ofertas, a veces al futuro esposo, otras a la futura esposa: vehículos para bodas y para funerales (con la fotografía de un carruaje tirado por dos caballos al galope), trajes para alquilar, sombreros de copa, muebles, vino, salones para fiestas y productos farmacéuticos. Luzhin estudiaba concienzudamente los catálogos ilustrados y los guardaba en su cuarto, sorprendido de que su prometida tratara tan burlonamente todas esas interesantes ofertas. Había también proposiciones de otro tipo. Tuvo lugar lo que Luzhin llamó «un pequeño aparte» con su futuro suegro, una agradable conversación en la cual éste le ofreció un empleo en su empresa comercial... más tarde, por supuesto, no en seguida, había que dejarles vivir en paz unos cuantos meses.

—La vida, amigo mío —le dijo en esa conversación—, está de tal manera organizada que cada segundo le cuesta a un hombre, según un cálculo mínimo, 1/432 de pfennig, y esa vida sería la de un mendigo; pero usted tendrá que mantener a una esposa acostumbrada a ciertos lujos.

—Sí, sí —convino Luzhin con una sonrisa radiante, tratando de aclarar en su mente la complicada operación matemática que su interlocutor había hecho con tan delicada habilidad.

—Para eso le hará falta un poco más de dinero —continuó el futuro suegro, y Luzhin retuvo el aliento en espera de un nuevo cómputo—. Cada segundo le costará más caro. Se lo repito. Estoy preparado para al principio, durante el primer año, digamos, prestarles una generosa ayuda... Mire, pase a verme cualquier día a la oficina; le mostraré algunas cosas interesantes.

Así, de la manera más agradable posible la gente y las cosas en derredor suyo trataron de adornar el vacío de la vida de Luzhin. El se dejaba querer, mimar y distraer, y con el alma enroscada como una bola aceptaba la vida afectuosa que le rodeaba por todas partes. El futuro se le aparecía vagamente como un largo y silencioso abrazo en una bendita penumbra, a través de la cual pasarían los diversos placeres de este mundo nuestro,

Librodot

entrando como un rayo de luz para desaparecer de nuevo, riendo y balanceándose en el camino. Pero en los inevitables momentos de soledad durante su compromiso, en las últimas horas de la noche o en las primeras de la mañana, podía haber una extraña sensación de vaciedad, como si el variopinto rompecabezas hecho en el mantel contuviera espacios vacíos de forma curiosa. Una vez soñó que veía a Turati sentado de espaldas a él. Turati se hallaba sumido en sus pensamientos, apoyado en un brazo, pero desde atrás de sus anchas espaldas era imposible saber sobre qué se inclinaba y reflexionaba. Luzhin no quería saberlo, tenía miedo de ver, pero sin embargo comenzó a mirar con cautela por encima de su hombro. Y entonces vio que un tazón de sopa yacía frente a Turati, y que éste no se apoyaba en su brazo, sino que sencillamente se metía en el cuello una servilleta. Y el día de noviembre precedido por este sueño Luzhin se casó.

Oleg Sergueievich Smirnovski y cierto barón báltico fueron los testigos cuando Luzhin y su novia entraron a un gran salón y se sentaron ante una larga mesa cubierta por un mantel. Un funcionario cambió su chaqueta por una gastada levita y leyó el acta de matrimonio. Todo el mundo se puso en pie. Después, con una sonrisa profesional y un húmedo apretón de manos, el funcionario felicitó a los recién casados y la ceremonia concluyó. Un corpulento portero se inclinó ante ellos junto a la entrada en espera de una propina, y Luzhin amablemente le tendió la mano, que el otro recibió sobre su palma, sin darse cuenta al principio que aquello era una mano humana y no una propina.

También ese mismo día se celebró la boda religiosa. La última vez que Luzhin había estado en la iglesia fue muchos años atrás, en los funerales de su madre. Comenzó a hurgar en las profundidades de su pasado y de pronto recordó las rondas nocturnas en la Noche de la Candelilla, sosteniendo una vela cuya llama se revolvía en sus manos, furiosa por haber sido sacada de la iglesia hacia la oscuridad desconocida, para morir finalmente de un ataque cardíaco en la esquina de la calle donde una ráfaga de viento soplaba desde el Neva. Había habido confesión en la capilla de la calle Pojtamskaia, y los pasos resonaban de un modo especial en el vacío crepuscular y las sillas se movían con el sonido de una garganta en el momento de carraspear, y las personas que esperaban se sentaban una detrás de otra y de vez en cuando un murmullo podía surgir desde un rincón misteriosamente oculto tras una cortina. Recordaba las noches de Pascua: el diácono leía con sollozante voz de bajo, y aún sollozando cerraba el enorme Evangelio con un ademán ampuloso... Y recordaba cuan airosa y penetrante, hasta evocar una sensación de succión en el epigastrio, sonaba en un estómago vacío la palabra griega Pascha (Pan Pascual) cuando era pronunciada por el demacrado sacerdote, y recordó lo difícil que siempre le fue acertar el momento en que el incensario, en su suave oscilar, iba dirigido a él, precisamente hacia él y no hacia su vecino, e inclinarse de manera que la reverencia coincidiera con el movimiento del incensario. Había un aroma de incienso y la cálida caída de una gota de cera en los nudillos de la mano, y el oscuro lustre, color de miel, del icono al que había que besar. Lánguidos recuerdos, penumbra, destellos de vez en cuando, aire de iglesia rico en sabores y alfileres y agujas en las piernas. Y a todo eso se añadía una novia con velo, y una corona que temblaba en el aire sobre su cabeza y parecía como si fuera a caerse de un momento a otro. La miró de soslayo, con

cautela, y en una o dos ocasiones le pareció que la mano invisible de alguien le pasaba la corona a otra mano invisible.

—Sí, sí —respondió apresuradamente a la pregunta del sacerdote, y tuvo deseos de añadir que todo era muy agradable, y extraño, y emocionante, pero sólo se limitó a carraspear y unos rayos de luz giraron confusamente cuando él decía—: Sí.

Y más tarde, cuando todo el mundo estaba sentado en la gran mesa, tuvo la misma sensación que cuando se vuelve a casa después de los maitines para encontrar la mesa festiva con un carnero de dorados cuernos hecho de manteca, un jamón, y una pirámide virginal de requesón pascual, y uno deseaba comerlo inmediatamente y prescindir del jamón y de los huevos. Había calor y ruido, y a la mesa había mucha gente, que debía de haber estado también en la iglesia... no importa, no importa, dejémoslos quedarse un rato... La señora Luzhin miraba a su marido, su rizo, su bien cortado traje de etiqueta, y la torcida sonrisa con que saludaba los platos. Su madre, maquillada en exceso y ataviada con un vestido muy escotado que mostraba, como en los viejos tiempos, el apretado surco entre sus levantados senos, a la manera del siglo XVIII, se comportaba heroicamente, y hasta llegó a usar la segunda persona del singular (*ty*) para tratar con mayor familiaridad a su yerno, de modo que en un principio Luzhin no comprendía a quién se dirigía. Bebió dos copas de champán y un agradable sopor comenzó a invadirle en oleadas. Salieron a la calle. El viento de aquella oscura noche le golpeó suavemente el pecho, no lo bastante protegido por su chaleco de gala, y'su esposa le rogó que se abrochara el abrigo. El padre, que no había dejado de sonreír durante la recepción ni de levantar su copa de un modo cargado de significación, hasta ponerla al nivel de sus ojos, afectación que había copiado de un diplomático que solía decir skól con gran elegancia, levantó en esos momentos un manojo de llaves, que brillaron a la luz del farol, como señal de despedida, sonriendo aún, pero sólo con los ojos. Su madre, con una estola de armiño sobre los hombros, trataba de no mirar la espalda de Luzhin cuando subió al taxi. Los invitados, todos ya un poco ebrios, se despidieron de los anfitriones y entre sí, y, entre risas, rodearon discretamente el coche que al fin pudo ponerse en marcha. Alguien entonces gritó «¡Hurra!», y un transeúnte nocturno, volviéndose hacia la mujer que le acompañaba, comentó con aprobación:

—*Zemliachki schumiat* («Los compatriotas celebran algo»).

Luzhin se quedó dormido en el automóvil; los reflejos de una luz blanquecina se abrieron en forma de abanico, dándole vida a su rostro, y la tenue sombra de su nariz describió lentos círculos sobre su mejilla y su labio superior, y luego se hizo de nuevo la oscuridad hasta que pasó otra ráfaga de luz, acariciando al pasar la mano de Luzhin, que pareció introducirse en un bolsillo oscuro tan pronto como regresó la oscuridad. Entonces se presentaron una serie de luces, y cada una de ellas extrajo la sombra de una mariposa de su corbatín blanco, y su esposa le ajustó con cuidado la bufanda, pues el frío de la noche de noviembre penetraba hasta en el automóvil cerrado. De pronto despertó y entreabrió los ojos, sin saber dónde estaba, pero en ese momento el taxi se detuvo y su esposa le dijo tiernamente:

—Luzhin, hemos llegado a casa.

Librodot

En el ascensor se quedó sonriendo y parpadeando, algo ofuscado pero de ninguna manera ebrio, y miró la hilera de botones, uno de los cuales había oprimido su esposa.

—Está en las alturas —observó Luzhin, mirando hacia el techo del ascensor, como si esperara ver la cumbre de su viaje. El ascensor se detuvo—. ¡Hip! —dijo él, y soltó una carcajada silenciosa.

Fueron recibidos en el vestíbulo de su apartamento por una nueva sirvienta, una maciza campesina, quien les tendió una mano enrojecida, desproporcionadamente grande. —Oh, ¿por qué nos ha esperado? —preguntó su esposa. La sirvienta, hablando a toda prisa, les felicitó y con un gesto de reverencia tomó el sombrero de copa de Luzhin. Este, con sonrisa furtiva, le mostró cómo se plegaba. —¡Asombroso! —exclamó la sirvienta. —Puedes irte; vete a la cama —repitió la esposa con cierta ansiedad—. Nosotros nos encargaremos de cerrar.

Las luces se encendieron sucesivamente en el estudio, en el salón y en el comedor.

—Se extiende como un telescopio —murmuró Luzhin.

No miró nada en particular, apenas podía mantener los ojos abiertos. Se dirigía hacia el comedor cuando advirtió que llevaba en los brazos un gran perro peludo con patas color de rosa. Lo puso sobre la mesa, y un diablillo que colgaba de la lámpara principal bajó inmediatamente como si fuera una araña. Las habitaciones se oscurecieron como las secciones de un telescopio al ser encajadas y Luzhin se encontró en el pasillo iluminado.

—Vete a acostar —gritó de nuevo su esposa a alguien que se movía en el otro extremo y les deseaba las buenas noches—. Ese es el cuarto de la sirvienta —añadió su mujer—; el cuarto de baño está allí, a la izquierda.

—¿Dónde queda el retrete? —preguntó Luzhin.

—En el cuarto de baño. Todo está incorporado al cuarto de baño —contestó ella. Luzhin abrió la puerta cautelosamente, y cuando pareció estar convencido de algo, entró y se encerró a toda prisa. Su mujer pasó por el vestíbulo, entró en el dormitorio y se sentó en un sillón, mirando las camas con sus atractivas mantas de lana—. ¡Qué cansada estoy! —Sonrió y durante largo rato estuvo observando a una mosca grande y perezosa que giraba en torno a la lámpara mauritana, zumbando sin cesar, hasta que desapareció—. ¡Por aquí! ¡Por aquí! —gritó al oír los pasos inseguros de Luzhin en el vestíbulo.

—¡El dormitorio! —dijo él con aprobación, llevándose las manos a la espalda y mirando a su alrededor. Ella abrió el ropero donde el día anterior había colocado la ropa de ambos, vaciló y se volvió hacia su marido.

—Voy a tomar un baño —le dijo—. Todas sus cosas están aquí.

—Espera un minuto —advirtió Luzhin, y de pronto bostezó con la boca muy abierta—. Espera un momento —repitió con voz palatal, tragando entre sílabas los trozos elásticos de ut bostezo. Pero ella recogió su pijama y sus zapatillas y salió toda prisa de la habitación.

El agua manaba del grifo en un abundante chorro azul, empezó a llenar la blanca bañera, que humeaba tiernamente cambiaba el tono de su murmullo a medida que el agua subía. Al contemplar el brillante chorro, reflexionó con cierta ansiedad que los límites de su competencia femenina estaban ya a la vista y que había una esfera en donde no era correcto tomar ella la iniciativa. Tan pronto como se sumergió en la bañera observó las mínimas burbujas de agua que se formaban en su piel y en la esponja

Librodot

porosa. Se hundió hasta el cuello y en ese momento se vio a través del agua ya levemente jabonosa, vio su cuerpo delgado y casi transparente, y cuando una rodilla emergió apenas del agua, esa isla redonda, reluciente y rosada resultó de alguna manera inesperada en su inconfundible corporeidad.

—Después de todo, no es asunto mío —dijo, liberando del agua un brazo burbujeante y haciendo a un lado los cabellos que le caían sobre la frente... Volvió a abrir el grifo del agua caliente, se deleitó con las elásticas oleadas de calor que le pasaban por el estómago, hasta que finalmente, causando una pequeña tempestad en la bañera, saltó hacia afuera y empezó a secarse pausadamente—. ¡Una belleza turca! —se dijo, situándose, con sólo los pantalones de su pijama de seda puestos, ante el espejo algo empañado—. ¡Bastante bien construida en conjunto! —dijo después de una pausa. Continuó estudiándose en el espejo, y luego se puso la camisa del pijama—. ¡Un poco llena en las caderas! —dijo.

El agua de la bañera que había estado saliendo con un gorgoteo de repente emitió un chillido y se hizo el silencio: la bañera estaba ya vacía, y sólo alrededor del agujero de desagüe había un charquito jabonoso. De pronto advirtió que se estaba demorando a propósito, en pijama delante del espejo, y un estremecimiento le recorrió el pecho, como cuando hojea uno una revista del año pasado, sabiendo que al segundo siguiente se abrirá una puerta y el dentista aparecerá en el umbral. Se dirigió hacia el dormitorio silbando con fuerza, y su silbido se cortó de golpe: Luzhin, cubierto hasta el pecho pqr un edredón, con la pechera almidonada de su camisa de etiqueta desabrochada, yacía en la cama con las manos bajo la cabeza y emitía un ronquido melodioso. El cuello de su camisa colgaba de los pies de la cama, los pantalones estaban en el suelo, con los tirantes en desorden, y el frac, mal colocado en un colgador, se encontraba tirado sobre el diván con un faldón rozando el suelo. Ella recogió todo sin hacer ruido y lo guardó. Antes de acostarse descorrió la cortina de la ventana para cerciorarse de que habían bajado la persiana. No lo habían hecho. En las oscuras profundidades del patio, el viento nocturno mecía una rama, y a la luz tenue proveniente de un lugar desconocido algo brillaba, tal vez un charco en el camino empedrado que bordeaba el césped, y en otro lugar la sombra de una verja aparecía y desaparecía intermitentemente. De pronto todo se oscureció y no quedó sino un abismo negro.

Pensó que se quedaría dormida en cuanto se metiera en la cama, pero no fue así. El arrullador ronquido a su lado, una melancolía extraña, y esa habitación oscura y desconocida la mantuvieron como suspendida, sin permitirle conciliar el sueño. Por alguna razón las palabras «partido» y «partida» se quedaron flotando en su cerebro: «un buen partido», «búscate un buen partido», «partido», «partida», «una partida inacabada, interrumpida», «una partida muy buena», «Transmítale al maestro mi ansiedad, mi gran ansiedad...», «Ella podía haber encontrado un excelente partido», dijo claramente su madre, flotando en la oscuridad. «Vamos a brindar», suspiró una tierna voz, y los ojos de su padre aparecieron a la altura de una copa, y la espuma subió, subió, y sus zapatos nuevos le apretaban un poco y hacía tanto calor en la iglesia...

Librodot

XII

El largo viaje al extranjero se pospuso hasta la primavera. Fue la única concesión que hizo la señora Luzhin a sus padres, quienes querían estar, al menos durante los primeros meses, cerca de ella. La propia señora Luzhin temía que la vida de Berlín no fuera la indicada para su marido, ligada como estaba a sus recuerdos del ajedrez; sin embargo, no era difícil divertir a Luzhin, incluso en Berlín.

Un largo viaje al extranjero, conversaciones al respecto, proyectos de viaje. En el estudio, con el que Luzhin se había encariñado mucho, encontraron un espléndido atlas en una de las estanterías. Al principio, el mundo se mostraba como una esfera sólida, recorrida por una apretada red de longitudes y latitudes; después la esfera se volvía plana, cortada en dos mitades y dividida en partes. Tan pronto como se volvía plana, un lugar como Groenlandia, que al principio había sido sólo una pequeña protuberancia, un mero apéndice, adquiría de repente casi las dimensiones del continente más próximo. Los polos estaban cubiertos de manchas blancas. Los océanos eran amplias y tranquilizantes extensiones azules. Incluso parecía que en aquel mapa había agua suficiente para lavarse las manos, lo que también era cierto en la realidad; mucha agua, profundidad y anchura. Luzhin le mostró a su mujer todas las formas que había amado de niño: el mar Blanco, como una mujer arrodillada, la bota de Italia, la caída de Ceilán de la nariz de la India. Pensaba que el Ecuador era desdichado, su camino atravesaba principalmente océanos; era cierto que cruzaba dos continentes, pero no tenía suerte con Asia, que le quedaba fuera de ruta. Además, comprimía y aplastaba todo lo que lograba cruzar, los extremos de una o dos regiones y algunas islas deformes. Luzhin conocía la montaña más alta y el país más pequeño, y contemplando las posiciones relativas de las dos Américas, encontraba algo acrobático en su asociación.

—Pero, en general, todo esto podía haberse distribuido de una manera más atractiva —dijo, señalando el mapa del mundo—. No hay una idea ni un objetivo detrás de todo esto.

Incluso llegó a enfadarse un poco por ser incapaz de encontrar el sentido de todos aquellos complicados contornos, y se pasó horas enteras buscando, como los había buscado en su infancia, los caminos que podían llevar del Mar del Norte al Mediterráneo, a través de un laberinto de ríos, o de trazar algún dibujo más racional en la disposición de las cordilleras.

—Ahora dígame adonde vamos a ir —dijo su mujer, chasqueando la lengua, de la manera en que lo hacen los adultos para anunciar una agradable expectación cuando juegan con niños. Y luego comenzó a mencionar en voz alta los lugares románticos—: Primero hacia abajo, a la Riviera —sugirió—. Montecarlo, Niza. O, digamos, los Alpes.

—Después iremos a Rusia —dijo Luzhin—. En Crimea las uvas son muy baratas.

—¿Qué está usted diciendo, Luzhin? ¡Que el señor tenga misericordia de usted! A nosotros nos resulta imposible ir a Rusia.

—¿Por qué? —preguntó Luzhin—. A mí me invitaron a ir.

—¡Qué tontería! ¡Cállese, por favor! —dijo, enfadada no tanto porque Luzhin hablara de un imposible como por su oblicua referencia a algo relacionado con el ajedrez—. Mire usted aquí —añadió, y Luzhin,

Librodot

obedientemente, dirigió la mirada a otro lugar del mapa—. Aquí, por ejemplo, está Egipto, las pirámides. Y aquí está España, donde les hacen cosas terribles a los toros…

Sabía que Luzhin posiblemente ya había estado más de una vez en muchas de las ciudades que podían visitar, por eso no nombró las grandes capitales para evitar cualquier recuerdo perjudicial. Una preocupación superflua. El mundo por el que Luzhin había viajado en otra época no figuraba en aquel mapa, y si ella hubiera mencionado los nombres de Roma o Londres, por el sonido de esos nombres en sus labios y por su referencia en el mapa, él hubiera imaginado algo completamente nuevo, nunca visto antes, y en ninguna circunstancia habría establecido relación con aquel vago café con un salón de ajedrez, el mismo siempre, ya estuviera situado en Londres o en Roma, o aun en la inocente Niza, que ella había mencionado con tanta confianza. Y cuando ella le llevó innumerables folletos de la oficina del ferrocarril, el mundo de sus viajes relacionados con el ajedrez se apartó aún más de ese mundo nuevo donde el turista paseaba en su traje blanco con un par de prismáticos colgados de una correa. Había palmeras negras perfiladas contra un crepúsculo rosado, y las siluetas de esas mismas palmeras junto al rosado Nilo. Había un golfo casi indecentemente azul, y un hotel blanco como el azúcar con una bandera multicolor que ondeaba en dirección contraria a la del humo de un barco de vapor en el horizonte. Había cumbres nevadas y puentes colgantes, y lagunas con góndolas, y un infinito número de iglesias antiguas, y un estrecho callejón de adoquines, y un pequeño asno con grandes fardos sobre los lomos… Todo era atractivo, todo era entretenido, todo le producía transportes de felicidad al desconocido autor de los folletos… los nombres musicales, los millones de santos, las aguas que curaban todas las enfermedades, la antigüedad de unas murallas, los hoteles de primera, segunda y tercera clase… todo parecía centellear ante la vista y todo era hermoso. Esperaban a Luzhin en todas partes, le llamaban con voces de trueno, estaban enloquecidos por su propia hospitalidad, y sin consultar al propietario distribuían el sol.

Durante esos primeros días de vida conyugal, Luzhin visitó la oficina de su suegro. Lo encontró dictando algo, pero la máquina de escribir se atenía a su propia versión. Su suegro le mostró montones de formularios, libros de cuentas con líneas en forma de una zeta en las páginas, libros con ventanillas en los lomos, los volúmenes monstruosamente grandes de la Alemania Comercial, y una máquina calculadora, muy inteligente y bastante sumisa. Sin embargo, la máquina de escribir fue lo que más le gustó, las palabras que caían con toda rapidez sobre el papel, la maravillosa regularidad de las líneas color violeta, varias copias al mismo tiempo.

—Me pregunto si también yo… Uno necesita saber —dijo, y su suegro asintió con aprobación, y la máquina de escribir apareció en el estudio de Luzhin. Le propusieron que uno de los empleados de la oficina fuera a su casa a enseñarle su uso, pero él rehusó, diciendo que quería aprender por sí mismo. Y así fue: averiguó bastante deprisa su construcción, aprendió a colocar la cinta y la hoja de papel, e hizo amistad con todas las pequeñas palancas. Resultó más difícil recordar la distribución de las letras; escribía con mucha lentitud. Al principio copió media columna de un periódico alemán, y luego compuso uno o dos textos. Una breve nota tomó forma con el siguiente contenido: «Se le busca bajo acusación de asesinato. Hoy, 27 de noviembre. Asesinato e incendio provocado. Buenos días, querida señora.

¡Ahora que te necesito, querida!, ¿dónde estás? El cadáver ha sido descubierto. ¡Querida señora! ¡Hoy vendrá la policía!» Luzhin leyó ese texto varias veces, volvió a colocar la hoja, y, buscando las letras correctas, escribió, con un tecleo algo irregular, la firma: «Abbé Busoni.» En ese momento se sintió aburrido, la cosa iba demasiado lentamente. Y de algún modo debía encontrar un uso para la carta que había escrito. Buscando en la guía telefónica encontró el nombre de la señora Louisa Altman, escribió la dirección y le envió su texto.

También el fonógrafo le proporcionaba una buena dosis de diversión. Su caja color de chocolate, bajo la palmera, acostumbraba sonar con voz aterciopelada y Luzhin escuchaba, sentado en el sofá, rodeaba a su mujer con el brazo, y pensaba que pronto sería de noche. Ella se levantaría y cambiaría el disco, lo sostendría contra la luz, y una parte de él mostraría un resplandor de seda, como la luz de la luna sobre el mar. Y de nuevo la caja estallaría en música, y de nuevo su mujer se sentaría a su lado y bajaría la cara, contemplaría los dedos entrelazados, y escucharía con los ojos entornados. Luzhin recordaba las tonadas y hasta intentaba cantarlas. Era música para bailar, plañidera, estridente y crispada; había un americano muy tierno que más que cantar susurraba las canciones, y había una ópera entera en quince discos, *Boris Godunov*, donde se oían campanas de iglesia en un lugar entre pausas siniestras.

Los padres de su mujer les visitaban con frecuencia y quedó establecido que los Luzhin cenarían con ellos tres veces por semana. La madre trató varias veces de conocer algunos detalles sobre el matrimonio. Con voz inquisidora le preguntó a su hija:

—¿Estás embarazada? Estoy segura de que muy pronto vas a tener un hijo.

—Tonterías —le respondía la hija—. Acabo de tener gemelos. —Seguía, como siempre, manteniendo la calma; sonreía del mismo modo, bajando las cejas y tratando todavía a Luzhin por su apellido y de usted—. ¡Mi pobre Luzhin! —decía, frunciendo los labios con ternura—, ¡mi pobre marido!

Y Luzhin apoyaba la mejilla sobre su hombro, y ella pensaba vagamente que tal vez podría haber alegrías mayores que las que producía la compasión, pero que a ella no le interesaban. Su única preocupación en la vida era el esfuerzo que hacía minuto tras minuto por despertar la curiosidad de Luzhin hacia ciertas cosas a fin de mantener su cabeza por encima de las aguas oscuras, para que pudiese respirar con facilidad. Todas las mañanas le preguntaba qué había soñado, estimulaba su apetito matutino con una chuleta o con mermelada inglesa, salía a pasear con él, contemplaba escaparates a su lado, le leía *Guerra y paz* en voz alta después de cenar, jugaba a la geografía con él y le dictaba frases para que él las mecanografiara. Lo llevó varias veces al museo y le mostró sus cuadros favoritos y le explicó que en Flandes, donde había lluvia y niebla, los pintores usaban colores muy vivos, mientras que en España, un país de sol, había nacido el más sombrío de todos los maestros. Le decía también que aquél tenía una especial predilección por los objetos de cristal, mientras que a éste le gustaban los lirios y los rostros tiernos ligeramente inflamados por resfriados contraídos en la región etérea y llamó la atención hacia dos perros que buscaban migas bajo la estrecha y parca mesa de «La última cena». Luzhin asentía, y concienzudamente entrecerraba los ojos, y pasaba mucho rato examinando la enorme tela en que el pintor había representado todos

los tormentos que en el infierno le esperaban a los pecadores, todo con gran lujo de detalles, de manera muy curiosa. También visitaron el teatro y el zoológico, y además el cine, donde resultó que Luzhin no había estado nunca. La película se proyectaba en un resplandor blanco; era la historia de una muchacha que regresaba a casa de sus padres, después de muchas aventuras, convertida en una actriz famosa. Al llegar, se detenía en el umbral, mientras en una habitación, su canoso padre, sin haberla visto todavía, jugaba al ajedrez con el médico, fiel amigo de la familia que había permanecido sin cambiar a lo largo de los años. En la oscuridad se oyó el sonido de una brusca carcajada de Luzhin.

—Una posición absolutamente imposible para las piezas —exclamó, pero en ese momento, para alivio de su mujer, todo cambió, y el padre, creciendo en tamaño, caminó hacia los espectadores y actuó de manera magistral; sus ojos se hicieron más grandes, se estremeció ligeramente, pestañeó, volvió a estremecerse y lentamente sus arrugas se suavizaron, mostraron su bondad, y una lenta sonrisa de infinita ternura apareció en su rostro, que continuó temblando, y, sin embargo, caballeros, hubo un día en que aquel anciano maldijo a su hija... Pero el médico... el médico se hizo a un lado, recordó de pronto, ¡el pobre y humilde médico!, al que un día cuando ella era una muchachita, al inicio mismo de la película, le había arrojado flores por encima de una valla, mientras él, tendido en la hierba, leía un libro: había levantado la cabeza y visto sólo la valla; pero, de pronto, el rostro de una muchacha, el cabello peinado con una raya en el centro, surgió del otro lado, y los ojos comenzaron a hacerse más y más grandes... ¡Ah, qué picara, qué juguetona! El médico se pone en pie, corre, salta la valla, pero ella echa a correr, la dulce ninfa se esconde tras unos arbustos. ¡Hay que atraparla, médico, hay que atraparla! Pero todo eso es el pasado. Con la cabeza inclinada, los brazos caídos, una mano sosteniendo el sombrero, se halla la famosa actriz (¡una mujer caída, *hélas!*). El padre, que continúa temblando, abre lentamente los brazos y ella se arrodilla ante él. Luzhin comenzó a sonarse la nariz. Cuando salieron del cine tenía los ojos enrojecidos y se aclaraba la garganta. Sin embargo, negó haber llorado. Y al día siguiente, mientras tomaba el café de la mañana, apoyó un codo en la mesa y dijo pensativamente:

—¡Qué buena, pero realmente qué buena es esa película! —Se quedó un poco pensativo y luego añadió—. Lo malo es que no saben jugar.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que no saben? —preguntó su mujer, sorprendida.

—Son actores de primera clase.

Luzhin la miró de reojo, para luego desviar la mirada, y había algo en su actitud que a ella no le gustó nada. De repente se dio cuenta de lo que pasaba y comenzó a debatir consigo misma cómo hacerle olvidar a Luzhin ese desafortunado juego de ajedrez, que el estúpido director había creído necesario introducir en aras de «una atmósfera». Pero Luzhin, evidentemente olvidó pronto el asunto, absorto como estaba en la degustación de un pan genuinamente ruso que les había enviado su suegra, y sus ojos volvieron a aclararse.

Y de ese modo pasó un primer mes y luego un segundo. Ese año el invierno fue blanco como el de San Petersburgo. Luzhin se había hecho hacer un abrigo con forro interior. A algunos paupérrimos refugiados rusos les fueron regaladas varias de las viejas prendas de Luzhin, incluida una

bufanda de lana verde procedente de Suiza. Las bolas de naftalina exhalaban un olor melancólico y penetrante. En el vestíbulo pendía una chaqueta desahuciada.

—Era tan cómoda —imploró Luzhin—, realmente tan cómoda.

—Déjala allí —dijo su esposa, desde el dormitorio—. Aún no la he examinado. Lo más seguro es que esté llena de polilla.

Luzhin se quitó la chaqueta del smoking que se había probado para ver si había engordado en el transcurso del mes anterior (y en efecto, eso había ocurrido, había engordado, y al día siguiente tenían que asistir a una gran fiesta rusa, a un baile de caridad), y luego metió afectuosamente los brazos en las mangas de la chaqueta condenada; era una chaqueta magnífica, no había la menor huella de polilla en ella. Había sólo un diminuto agujero en el bolsillo, pero no en el derecho, como siempre solía ocurrir.

—Es una maravilla —exclamó.

Su mujer, con un calcetín en la mano, se asomó al vestíbulo.

—¡Quítesela, Luzhin! Está raída y llena de polvo. ¡Sólo Dios sabe cuánto tiempo ha estado guardada!

—¡No, no! —dijo Luzhin.

Ella la inspeccionó por todas partes; Luzhin permaneció inmóvil; comenzó a darse palmadas en las caderas, y de momento le pareció que había algo en un bolsillo; introdujo la mano, no era nada sólo un agujero.

—¡Qué decrepitud! —dijo la mujer, frunciendo el ceño—; pero tal vez como ropa de trabajo...

—Se lo ruego —insistió Luzhin.

—Está bien. Pero désela a la sirvienta para que le dé una buena sacudida.

—No, no, está limpia —añadió Luzhin, y decidió colgarla en algún lugar del estudio, en un rincón cualquiera, para ponérsela y quitársela cada vez que le viniera en gana, como hacen los empleados públicos con sus chaquetas. Al quitársela, volvió a tener la sensación de que pesaba un poco más del lado izquierdo, pero recordó que ya había comprobado que los bolsillos estaban vacíos, y no buscó la causa del peso. En cuanto a la chaqueta del smoking, le quedaba un poco estrecha; sí, definitivamente estrecha—. ¡Un baile! —dijo Luzhin, y se imaginó multitudes de parejas danzantes.

El baile tuvo lugar en uno de los mejores hoteles de Berlín. Había un gentío en torno al guardarropa, y los empleados recogían las cosas y se las llevaban como si transportaran niños dormidos. Le dieron a Luzhin una placa de metal con el número. Perdió a su mujer, pero la encontró instantes después; estaba arreglándose frente a un espejo. El colocó el disco de metal contra el terso hueco de su polveada espalda.

—¡Brrr! ¡Qué frío! —exclamó ella, tratando de zafarse con un movimiento de hombros.

—¡Del brazo, del brazo! Usted y yo tenemos que entrar tomados del brazo.

Y así fue como entraron. Lo primero que Luzhin vio fue a su suegra, con un aspecto más juvenil que de costumbre, la cara rozagante y llevando en la cabeza un magnífico y brillante tocado, el *kokoshnik* típico de la mujer rusa. Tenía a su cargo una venta de ponche, y un anciano inglés, que casualmente había bajado de su habitación, se estaba emborrachando a

Librodot

toda prisa, con un codo apoyado en la mesa. En otra mesa, cerca de un abeto adornado con luces de colores, había un cúmulo de premios de lotería: un espléndido samovar, cien reflejos de luces rojas y azules por el lado del árbol, muñecas vestidas con los trajes típicos, un fonógrafo, y licores (donados por Smirnovski). En una tercera mesa había emparedados, ensalada italiana, caviar. Una hermosa dama rubia le estaba diciendo a alguien:

—María Vasilievna, María Vasilievna, ¿por qué se lo han llevado otra vez...? Yo había pedido...

—Muy buenas noches a todos —dijo alguien al pasar, y la señora Luzhin levantó una mano arqueada, como de cisne. Más lejos, en la sala contigua, sonaba la música, y los bailarines daban vueltas y seguían el ritmo de la música en los espacios existentes entre las mesas; la espalda de alguien chocó a gran velocidad con Luzhin, y éste gruñó y retrocedió. Su esposa había desaparecido, y mientras la buscaba con la mirada, volvió al otro salón. Allí la tómbola atrajo su atención. Pagando cada vez un marco, introducía la mano en la caja y pescaba un pequeño cilindro de papel enrollado. Resollando por la nariz y sacando los labios hacia afuera, tardó mucho tiempo en desenrollar el papel, y al no encontrar adentro ningún número, lo buscó en el otro lado, el exterior, un procedimiento inútil pero muy normal. Al fin le tocó un libro infantil, algo sobre un gatito, y no sabiendo qué hacer con él, lo dejó en una mesa, donde dos copas llenas estaban esperando el regreso de una pareja que bailaba. El tumulto, el movimiento y la música estridente le pusieron los nervios de punta, y no había donde esconderse; era posible que todo el mundo lo mirara y se preguntase por qué no bailaba. En los intervalos entre las tandas de baile su esposa lo buscaba en el otro salón, pero a cada paso era detenida por algún conocido. Era un baile extraordinariamente concurrido; había allí un cónsul extranjero, obtenido con grandes dificultades, y un famoso cantante ruso y dos actrices de cine. Alguien la invitó a sentarse en su mesa; las damas sonreían artificiosamente, y sus acompañantes, tres hombres bien alimentados, del tipo de fabricante próspero, no dejaban de chasquear la lengua, hacer ruido con los dedos e insultar a un pálido y sudoroso camarero por su lentitud e ineficiencia. Uno de esos hombres le pareció en especial odioso: tenía dientes muy blancos y brillantes ojos pardos; después de agredir al camarero comenzó a contar algo en voz alta, salpicando su ruso con las expresiones alemanas más vulgares. De repente se sintió deprimida por el hecho de que todo el mundo mirase a esa gente del cine, al cónsul y al cantante, y que en cambio nadie supiera que en ese baile se encontraba un genio del ajedrez, cuyo nombre había aparecido en millones de periódicos, y cuyas partidas habían sido calificadas de inmortales.

—Es sorprendentemente fácil bailar con usted. Aquí la pista es muy buena. Perdóneme. Está terriblemente concurrido. Los beneficios resultarán excelentes. Aquel hombre que va por allí es de la embajada francesa. Es sorprendentemente fácil bailar con usted.

La conversación solía comenzar con esas palabras; les gustaba bailar con ella, pero no sabían de qué conversar con ella. ¡Una joven bastante bonita pero aburrida! Y ese extraño matrimonio suyo, con un músico fracasado, o algo por el estilo.

—¿Qué dice usted?, ¿un ex socialista? ¿Un qué? ¿Un jugador? ¿Un jugador de cartas? ¿Los visita usted algunas veces, Oleg Sergueievich?

Librodot

Mientras tanto Luzhin había encontrado un profundo sillón no lejos de la escalera y miraba a la multitud desde atrás de una columna, mientras fumaba su cigarrillo número trece. En otro sillón, próximo al suyo, después de preguntar antes si estaba ocupado, se instaló un caballero de piel morena y un bigote minúsculo. La gente continuaba pasando, y Luzhin se fue gradualmente atemorizando. No podía mirar a ningún lado sin encontrar miradas inquisitivas y debido a la necesidad que sentía de mirar algo, fijó la vista en el bigote de su vecino, quien, evidentemente, estaba impresionado y perplejo ante aquella ruidosa e innecesaria conmoción. Esa persona, al sentir sobre sí la mirada de Luzhin, se volvió hacia él.

—Hacía mucho tiempo que no asistía a un baile —dijo amablemente, y sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Lo más importante es no mirar —murmuró Luzhin con voz hueca, usando sus manos a manera de visera.

—He venido desde muy lejos —explicó el caballero—; un amigo me trajo aquí. A decir verdad, me siento muy cansado.

—Cansancio y pesadez —asintió Luzhin—. ¿Quién puede saber lo que significa esto? Yo no acierto a comprenderlo.

—Especialmente cuando se trabaja, como es mi caso, en una plantación brasileña —observó el caballero.

—Una plantación —repitió Luzhin como un eco.

—Se vive aquí de una manera extraña —continuó el desconocido—. El mundo está reventando por los cuatro costados y aquí se pasan el tiempo bailando charleston en un fragmento extremadamente reducido del suelo.

—Yo estoy por marcharme —dijo Luzhin—. Ya tengo los prospectos de viaje.

—No hay nada como la libertad —exclamó el desconocido—. Viajar libremente con viento favorable. Hay países maravillosos... Conocí a un botánico alemán en la selva del Río Negro y viví con la esposa de un ingeniero francés en Madagascar.

—Tengo que conseguir también esos prospectos —dijo Luzhin—. ¡Qué cosa tan atractiva, los prospectos! Lo ponen todo tan detallado.

—¡Luzhin, así que aquí está usted! —gritó de improviso la voz de su mujer; pasaba rauda del brazo de su padre—. Vuelvo en un segundo. Voy a conseguir una mesa para nosotros —añadió, mirando por encima del hombro, y desapareció.

—¿Se llama usted Luzhin? —preguntó el caballero con curiosidad.

—Sí, sí —respondió Luzhin—, pero no tiene ninguna importancia.

—Conocí a un Luzhin —dijo el caballero, entrecerrando los ojos (porque la memoria es miope)—. Sí, conocí a uno. ¿Por casualidad no estudió usted en el Instituto Balashevski?

—Supongo que sí —respondió Luzhin, y, asaltado por una desagradable sospecha, empezó a examinar la cara de su acompañante.

—¡En ese caso fuimos condiscípulos! —exclamó el otro—. Me llamo Petrishchev. ¿Se acuerda usted de mí? ¡Por supuesto que se acuerda! ¡Vaya coincidencia! Nunca le hubiera reconocido al ver su cara. Dígame, Luzhin, ¿cuál es su primer nombre y patronímico? Ah, me parece recordar, Toni, Antón... ¿Qué más?

—Se equivoca usted, se equivoca —dijo Luzhin, con un estremecimiento.

—Sí, tengo mala memoria —continuó Petrishchev—. He olvidado montones de nombres. Por ejemplo, ¿recuerda a aquel muchacho silencioso de la clase? Más tarde perdió un brazo, combatiendo a las órdenes de Wrangel, poco antes de la evacuación. Le vi en una iglesia, en París. Vamos, ¿cómo se llamaba?

—¿Para qué remover todo esto? —preguntó Luzhin—. ¿Qué caso tiene hablar de ello?

—No, no lo recuerdo —suspiró Petrishchev, y retiró de su frente la palma de la mano—, Pero luego, por ejemplo, estaba Gromov; también se encuentra ahora en París; muy bien colocado, parece. Pero ¿dónde están todos los demás? ¿Dónde están? Dispersos, evaporados como el humo. Es doloroso pensarlo. Bueno, ¿y tú cómo lo pasas, Luzhin?, ¿qué tal te ha ido?

—Muy bien —dijo, y desvió la mirada del comunicativo Petrishchev, viendo de pronto su rostro como había sido entonces: pequeño, sonrosado, intolerablemente burlón.

—Fue desde luego una época maravillosa —exclamó Petrishchev—. ¿Te acuerdas de nuestro geógrafo, Luzhin? ¿Recuerdas cómo solía entrar al salón de clases, igual que un huracán, con un mapamundi bajo el brazo? ¿Y aquel hombrecito…? ¡Vamos, he vuelto a olvidar el nombre! Recuerdo que solía temblar y que gritaba: «¡Fuera, fuera de aquí, mentecatos!» ¡Tiempos maravillosos! Volábamos por las escaleras hasta llegar al patio, ¿te acuerdas? ¿Y cómo descubrimos en una fiesta de la escuela que Arbuzov sabía tocar el piano? ¿Recuerdas que tus experimentos nunca salían bien? ¿Y el apodo que inventamos para él: Borrachov? Y todo eso se ha desvanecido. Y ahora estamos en este baile. A propósito, me parece recordar… te dedicaste a una profesión después de dejar la escuela. ¿Qué fue? Sí, por supuesto, el ajedrez.

—No, no —dijo Luzhin—, ¿por qué diablos ha de…?

—Discúlpeme —dijo Petrishchev amablemente—, debo haberme confundido, sí, eso ha sido… El baile está en su apogeo y nosotros no hemos hecho sino hablar del pasado. Ya le digo, he viajado por todo el mundo… ¡Qué mujeres, las de Cuba! O aquella vez en la selva, por ejemplo…

—Puras mentiras —se oyó decir a una voz perezosa desde atrás—. Nunca ha estado en ninguna selva…

—Oye, ¿por qué tienes que estropearlo todo? —preguntó Petrishchev, volviéndose hacia quien hablaba.

—No le haga caso —continuó un individuo calvo y larguirucho, el mismo que acababa de hablar con voz lánguida—. No se ha movido de Francia desde la Revolución hasta anteayer en que salió por primera vez de París…

—Luzhin, permítame presentarle —empezó Petrishchev con una carcajada. Pero Luzhin se levantó a toda prisa, la cabeza encogida entre los hombros y oscilando y temblando de un modo extraño, debido a la rapidez con que andaba.

—Se ha ido —dijo Petrishchev, asombrado, y añadió en tono dubitativo—. Después de todo, es posible que lo haya confundido con otra persona.

Tropezando con la gente y exclamando con voz lacrimosa *pardon, pardon*! y volviendo a tropezar con más gente sin querer ver sus caras, Luzhin buscó a su mujer, y cuando finalmente la encontró se le acercó por

detrás y la agarró de un brazo, de modo que ella se sobresaltó y volvió la cabeza. Al principio él era incapaz de decir nada, jadeaba demasiado.

—¿Qué le pasa? —preguntó ansiosamente. —¡Vamonos de aquí, vamonos! —murmuró él, sin soltarle el brazo.

—Cálmese, por favor, Luzhin, eso no está bien —dijo su mujer, conduciéndolo con suavidad hacia un lado, para que la gente no pudiera oírlos—. ¿Por qué quiere irse?

—Hay un hombre allí —respondió Luzhin, respirando entrecortadamente—, y su conversación es tan desagradable...

—¿Le conoce de antes? —preguntó ella con serenidad.

—Sí, sí —asintió Luzhin—; vamonos, se lo ruego.

Entrecerrando los ojos para que Petrishchev no le reconociera, se abrió paso hasta el vestíbulo y empezó a rebuscar en sus bolsillos, intentando hallar la ficha con su número; al fin la halló, después de varios larguísimos segundos de confusión y desesperación, y se paseó impacientemente de arriba abajo mientras el empleado del guardarropa, con ademanes de sonámbulo, buscaba sus cosas... Fue el primero en vestirse y el primero en salir, y su mujer le siguió con rapidez, envolviéndose en su abrigo de piel de topo. En el automóvil Luzhin pudo comenzar a respirar libremente, y su expresión de hosco aturdimiento dejó paso a una semisonrisa de culpabilidad.

—Mi querido Luzhin se encontró con un hombre desagradable —dijo su esposa, acariciándole la mano.

—Un condiscípulo, un personaje sospechoso —explicó Luzhin.

—Pero mi querido Luzhin ahora ya está bien —susurró ella, besando su suave mano.

—Sí, ahora todo ha pasado —dijo Luzhin.

Pero no fue del todo así. Algo quedó, un enigma, una astilla. Por las noches comenzaba a meditar por qué aquel encuentro lo había inquietado tanto. Había, por supuesto, toda clase de razones individuales; el hecho de que Petrishchev le hubiera atormentado en la escuela, y que ahora se refiriera oblicuamente a cierto libro roto sobre el pequeño Tony, y el hecho de que todo un mundo lleno de tentaciones exóticas resultara sólo una sarta de embustes de un fanfarrón hacía que en lo sucesivo no fuera ya posible confiar en los prospectos de viajes. Pero, de cualquier manera, no era el encuentro en sí lo que era aterrorizador sino otra cosa... tenía que adivinar el significado secreto de aquel encuentro. Empezó a pensar intensamente por las noches, tal como solía hacer Sherlock Holmes ante la ceniza de un cigarro, y gradualmente comenzó a parecerle que la combinación era aún más compleja de lo que él había pensado aquella noche, que el encuentro con Petrishchev era tan sólo la continuación de algo, y que era necesario profundizar más, volver hacia atrás, y repetir todas las jugadas de su vida desde la enfermedad hasta el baile.

Librodot

XIII

En una pista de patinar de un azul grisáceo (en la que en verano jugaban al tenis), cubierta por una ligera capa de nieve, los habitantes de la ciudad se divertían con prudencia; justamente cuando los Luzhin la rodearon durante su paseo matinal, el más audaz de los patinadores, un muchacho vestido con un jersey de vivos colores, se lanzó a la pista con paso de baile y acabó sentado en el hielo. Un poco más allá, en un pequeño jardín público, un niño de tres años, vestido de rojo, avanzó con pasos inseguros sobre sus piernas cubiertas de lana hasta una piedra del borde del sendero; con su manopla cogió un poco de nieve de un apetitoso montón y se la llevó a la boca, por lo que inmediatamente fue agarrado por detrás y reprendido.

—¡Oh, pobrecito! —dijo la señora Luzhin mirando hacia atrás.

Un autobús recorría el blanqueado asfalto y dejaba a su paso dos surcos anchos y negros. Desde una tienda de máquinas tragaperras les llegó el sonido de una cancioncilla, hasta que alguien cerró la puerta para que la música no se resfriara. Un dachshund cubierto por una pequeña manta azul de cuadros se detuvo un momento, con las orejas gachas, y olfateó la nieve; la señora Luzhin lo acarició al pasar junto a él. Algo ligero, cortante y blanquecino les azotaba sin cesar la cara, y cuando miraban hacia el cielo encapotado puntos brillantes danzaban ante sus ojos. La señora Luzhin resbaló y miró con reproche sus grises botas de nieve. Cerca de la tienda de comida rusa se encontraron con el matrimonio Alfiorov.

—Una verdadera ola de frío —exclamó Alfiorov mientras se sacudía la barba amarillenta.

—No me bese la mano, el guante está sucio —dijo la señora Luzhin, y mirando el rostro encantador y siempre animado de la señora Alfiorov, preguntó por qué no los visitaban.

—Se está engordando, señor Luzhin —gruñó Alfiorov al tiempo que señalaba con ademán burlón su estómago, exagerado por el abrigo forrado de guata. Luzhin dirigió a su mujer una mirada implorante.

—Recuerden que siempre serán bien recibidos —dijo ella, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Espera, Mashenka, ¿tienes su número de teléfono? —preguntó Alfiorov—. ¿Lo sabes? Muy bien, hasta luego. Mis más respetuosos saludos a su madre.

—Hay en él algo de mezquino y otro tanto de patético —dijo la señora Luzhin, tomando del brazo a su marido y cambiando el paso para adaptarse al suyo—. Mashenka, en cambio, es encantadora, y qué ojos... No camine tan de prisa, querido Luzhin, el suelo está muy resbaladizo. —La nieve ligera dejó de caer, un trozo de cielo brilló pálidamente y en él flotó el disco del sol, plano y exangüe—. Escuche, esta vez doblaremos hacia la derecha —sugirió—. Me parece que nunca hemos hecho ese camino.

—Mire, naranjas —dijo Luzhin con deleite y recordó que su padre había afirmado que cuando se pronuncia *limon* (limón) en ruso, involuntariamente se alarga la cara, pero en cambio cuando se dice *apelsín* (naranja) se esboza una gran sonrisa. La vendedora abrió con habilidad la boca de la bolsa de papel e introdujo en ella los fríos globos. Luzhin comenzó a pelar una naranja mientras caminaba, frunciendo anticipadamente el ceño para que el zumo no le saltara a los ojos. Se guardó la piel en el bolsillo,

Librodot

porque habría destacado demasiado sobre la nieve, y tal vez porque con ella se podría hacer mermelada.

—¿Está buena? —le preguntó su mujer. Luzhin se relamió los labios después de comer el último gajo, y estaba a punto de tomar de nuevo el brazo de su mujer, cuando de pronto se detuvo y miró a su alrededor. Después de quedarse un momento meditabundo, volvió hasta la esquina y miró el nombre de la calle. Luego alcanzó rápidamente a su mujer y le señaló con el bastón la casa más próxima, una casa vulgar, de piedra gris, separada de la calle por un pequeño jardín con verja de hierro.

—Mi padre vivía aquí —exclamó Luzhin— en el treinta y cinco A.

—Treinta y cinco A —repitió su mujer, sin saber qué decir, y mirando hacia las ventanas. Luzhin siguió caminando, quitando nieve de la verja con su bastón. Poco después se quedó inmóvil ante una tienda de objetos de escritorio donde un hombre de cera con dos caras, una alegre y la otra triste, abría su chaqueta alternativamente a la derecha y a la izquierda. La pluma estilográfica sujeta al bolsillo izquierdo de su chaleco blanco había manchado la blancura con tinta, mientras que en el derecho estaba la pluma que nunca goteaba. A Luzhin le gustó tanto el hombre de las dos caras que hasta llegó a pensar en comprarlo—. Escuche, Luzhin —le dijo su mujer cuando él ya se había saciado de contemplar el aparador—. Hay algo que le he querido preguntar desde hace tiempo. ¿No ha quedado nada de las cosas de su padre después de su muerte? ¿Dónde están?

Luzhin se encogió de hombros.

—Hubo un hombre llamado Jrushenko —murmuró él después de un rato de silencio.

—No entiendo —dijo su mujer con tono interrogante.

—Me escribió a París —dijo Luzhin de mala gana— sobre la muerte y los funerales y todo lo demás; me dijo que él cuidaría las cosas que dejara mi difunto padre después de su muerte.

—Oh, Luzhin, ¡qué manera la suya de tratar el lenguaje! —Reflexionó un momento y añadió—: No es que a mí me importe, pero me imagino que podría ser agradable para usted tener esas cosas, por haber pertenecido a su padre. —Luzhin permaneció en silencio. Ella se imaginó esas cosas no reclamadas, tal vez la pluma con que el anciano Luzhin escribía sus libros, documentos, fotografías, y se entristeció y le reprochó mentalmente al marido su indiferencia—, Pero hay algo que debemos hacer sin falta —dijo con decisión—. Tenemos que ir al cementerio a ver su tumba, por si está descuidada.

—Frío y lejos —murmuró Luzhin.

—Lo haremos dentro de uno o dos días —decidió ella—. El tiempo está por cambiar. Cuidado, por favor, que viene un coche.

El tiempo empeoró, y Luzhin, recordando aquel deprimente pedazo de tierra estéril y el viento del cementerio, pidió que se pospusiera la visita hasta la semana siguiente. El frío era extraordinario. Cerraron la pista de hielo, que parecía tener siempre mala suerte: el invierno anterior había habido deshielo tras deshielo y se había convertido en un estanque más que en una pista, y ahora era tal el frío que ni siquiera los estudiantes querían patinar. En los parques yacían los pajaritos con el pecho abultado y las patas al aire. El impotente mercurio, bajo la influencia del medio, bajaba cada vez más. Hasta los osos polares del zoológico encontraban que la dirección se había excedido.

El piso de los Luzhin resultó ser uno de esos afortunados pisos con una heroica calefacción central, donde uno no tenía que vivir envuelto en abrigos y mantas. Los padres de su mujer, enloquecidos por el frío, eran huéspedes casi permanentes de la calefacción central. Luzhin, llevando la vieja chaqueta que había salvado de la destrucción, se sentaba ante su escritorio y dibujaba constantemente un cubo blanco que tenía frente a él. Su suegro caminaba por el estudio contando largas anécdotas, perfectamente decentes, o se sentaba en el sofá con un periódico en las manos, respirando profundamente de tiempo en tiempo, y luego aclarándose la garganta. Su suegra y su esposa se sentaban ante la mesa del té, y desde el estudio, a través del oscuro salón, uno podía ver la iluminada pantalla amarilla del comedor, y el perfil iluminado de su mujer contra el fondo marrón del aparador y sus brazos desnudos que, con los codos apoyados sobre la mesa, inclinaba sobre un hombro, con los dedos entrelazados, o bien, de pronto, estiraba suavemente un brazo y tocaba algún objeto brillante que había sobre la mesa. Luzhin ponía el cubo a un lado, cogía una hoja de papel nueva, preparaba una diminuta caja con pastillas de acuarela y se apresuraba a pintar esa vista, pero mientras trazaba laboriosamente las líneas de la perspectiva con ayuda de una regla, algo cambiaba en el otro extremo, su mujer desaparecía del brillante rectángulo del comedor, o la luz se apagaba, y se encendía más cerca, en el salón, con lo cual ya no existía ninguna perspectiva. En general casi no empleaba los colores, y de hecho prefería dibujar a lápiz. La humedad de las acuarelas hacía que el papel se curvara desagradablemente y los colores húmedos se fundían unos en otros. En ocasiones era imposible deshacerse de un azul de Prusia extraordinariamente tenaz, pues si se llegaba a tocar con él la punta del pincel empezaba a extenderse por todo el interior esmaltado de la caja, devorando el tono que había preparado ya y convirtiendo el agua del vaso en un azul ponzoñoso. Tenía gruesos tubos de tinta china y de cerusa, pero los tapones invariablemente se perdían, los cuellos se secaban, y cuando apretaba demasiado el tubo, reventaba por la parte inferior y de allí salía, arrastrándose y retorciéndose, un grueso gusano de sustancia pegajosa. Sus intentos eran infructuosos y aún las cosas más sencillas, un vaso con flores o un crepúsculo copiado de un prospecto de viajes por la Riviera, le sallan manchadas, enfermizas, horribles. Pero dibujar era agradable. Dibujó a su suegra, y ella se ofendió; dibujó a su mujer de perfil, y ella dijo que si tenía ese aspecto no existía razón alguna para casarse con ella; en cambio, el cuello alto y almidonado de su suegro quedó muy bien. Luzhin obtenía un gran placer de la operación de afilar lápices así como la de medir todo lo que tenía por delante: guiñaba un ojo, y levantaba el lápiz con el pulgar apretado contra él; movía la goma de borrar por el papel con el mayor cuidado, apretando la hoja con la palma de la mano, pues por propia experiencia sabía que de otro modo se oiría un crujido y el papel se arrugaría. Soplaba las partículas de goma, también con gran delicadeza, pues temía ensuciar el dibujo si lo tocaba con la mano. Lo que más le gustaba era lo que su mujer le había aconsejado hacer al principio y a lo que constantemente volvía, cubos blancos, pirámides, cilindros, y un fragmento del adorno del techo que le recordaba las lecciones de dibujo de la escuela, la única materia que le resultaba aceptable. Se serenaba con las líneas delgadas que dibujaba y volvía a dibujar una y cien veces, hasta lograr un máximo de finura,

Librodot

exactitud y pureza. Y era extraordinariamente agradable sombrear, suave y regularmente, sin oprimir demasiado, con movimiento regular.

—Terminado —dijo, apartando la hoja de papel, y mirando el cubo a través de las pestañas.

Su suegro se puso los quevedos y contempló el dibujo largo rato, asintiendo con la cabeza. Su suegra y su mujer llegaron del salón y lo miraron a su vez.

—Hasta llega a proyectar una pequeña sombra —dijo su mujer—. Es un cubo muy, muy hermoso.

—Muy bien hecho; es usted un verdadero cubista —observó su suegra.

Luzhin sonrió con un lado de la boca, cogió el dibujo y examinó las paredes de su estudio. Al lado de la puerta pendía una de sus producciones: un tren en el momento de cruzar un puente sobre el abismo. También había algo en el salón: un cráneo sobre una guía de teléfonos. En el comedor colgaban unas naranjas extremadamente redondas, que por alguna razón todo el mundo confundía con tomates. Y el dormitorio estaba adornado con un bajorrelieve hecho al carboncillo, una conversación confidencial entre un cono y una pirámide. Salió del estudio; su vista vagaba por las paredes, y su mujer dijo con un suspiro:

—Me pregunto dónde lo colgará el querido Luzhin.

—Aún no te has dignado informarme —comenzó su madre, señalando una serie de vistosos prospectos de viaje, colocados sobre el escritorio.

—Ni yo misma lo sé —dijo la señora Luzhin—. Es muy difícil decidirse: todo es muy hermoso. Me parece que primero iremos a Niza.

—Yo os aconsejaría los lagos italianos —sugirió el padre, quien quitándose los quevedos, dobló el periódico y empezó a hablar sobre la belleza de los lagos italianos.

—Me temo que él ya está un poco cansado de oír hablar sobre este viaje —dijo la señora Luzhin—. Un buen día nos subiremos al tren y partiremos.

—No antes de abril —imploró su madre—. Me lo has prometido, lo sabes...

Luzhin volvió al estudio.

—Tenía una caja de chinchetas en alguna parte —dijo, mirando al escritorio y palmeándose los bolsillos (y al hacerlo, tuvo la sensación, por tercera o cuarta vez, de que había algo en el bolsillo izquierdo, pero no la caja que buscaba, y no disponía de tiempo para investigar). Encontró las chinchetas en el escritorio; las cogió y salió deprisa.

—Oh, casi olvide decírtelo. Imagínate, ayer por la mañana... —Y le empezó a contar a su hija que el día anterior había recibido una llamada telefónica de una mujer que había llegado inesperadamente de Rusia. Esta mujer la visitaba a menudo cuando ambas eran jóvenes, en San Petersburgo. Resultó que hacía algunos años se había casado con un funcionario o un agente comercial soviético, había sido imposible entenderlo con exactitud, y de camino hacia un balneario al que se dirigía el marido para recuperar fuerzas, se habían detenido en Berlín, donde pasaría una o dos semanas—. Me hace sentir algo incómoda, ya sabes, que un ciudadano soviético llegue a visitarnos, pero ella ha insistido tanto... Me asombra que no le haya dado miedo telefonearme... Si los soviets se enteraran de que me ha llamado...

Librodot

—Ay, mamá, lo más probable es que sea una mujer muy desgraciada, ha recuperado temporalmente la libertad y siente necesidad de ver a alguien.

—Muy bien, te la pasaré a ti —dijo la madre con evidente alivio—, sobre todo porque tu casa es más caliente.

Y algunos días después, al mediodía, apareció la dama. Luzhin estaba aún dormitando, pues habla dormido muy mal la noche anterior. Se había despertado dos veces con gritos sofocados, perseguido por una pesadilla, y por lo mismo la señora Luzhin no se hallaba de humor para recibir visitas. La dama resultó ser una mujer esbelta, animada, de modales elegantes y de pelo corto, e iba vestida, igual que la señora Luzhin, con cara sencillez. En voz muy alta, interrumpiéndose y asegurándose la una a la otra que ninguna de las dos había cambiado nada, excepto, tal vez, para mejorar de aspecto, pasaron al estudio, que era más íntimo que el salón. La recién llegada se decía que diez o doce años atrás la señora Luzhin era una jovencita bastante agraciada y alegre, y que ahora estaba más llena, más pálida y más tranquila, mientras que la señora Luzhin pensaba que la chica modesta y silenciosa que solía visitarles y que estaba enamorada de un estudiante, más tarde fusilado por los rojos, se había convertido en una mujer muy interesante y segura de sí misma.

—De modo que éste es su Berlín... —dijo—. No, gracias, casi me he muerto de frío. En casa, en Leningrado, la calefacción es mejor, bastante mejor.

—¿Cómo está San Petersburgo? Debe de haber cambiado mucho — preguntó la señora Luzhin.

—Por supuesto que ha cambiado —repuso con desenvoltura la recién llegada.

—La vida debe ser tremendamente difícil —dijo la señora Luzhin meneando pensativamente la cabeza.

—¡Oh, qué tonterías! Nada de eso. Se trabaja mucho en nuestro país; se construye. Hasta mi chico. Cómo, ¿no sabía que tenía un hijo? Sí, tengo uno, un chico muy guapo, bueno, hasta él dice que en casa, en Leningrado, «sí trabajan, mientras que en Berlín los burgueses no hacen nada». En general, encuentra Berlín mucho peor que nuestra ciudad y no quiere salir a ver nada. Es tan observador, ¿sabe usted?, y tan sensible. Pero si hablamos seriamente, el niño tiene razón. También yo siento que hemos dejado atrás a Europa. Nuestro teatro, por ejemplo. Ustedes en Europa no tienen teatro, simplemente no existe. No estoy en lo más mínimo, me entiende, no estoy en lo más mínimo elogiando a los comunistas, pero hay que admitir una cosa, miran hacia adelante, construyen. Su construcción es intensiva.

—No entiendo nada de política —dijo la señora Luzhin, lenta y quejumbrosamente—, pero tengo la impresión...

—Lo único que quiero decirle es que uno debe ser tolerante. Le daré un ejemplo. Tan pronto como llegué compré un periódico de emigrados. Por supuesto mi marido me dijo, bromeando, claro: «¿Por qué gastas tu dinero en semejante inmundicia?» Se expresó en términos peores, pero dejémoslo así, por decoro. Y yo le respondí: «Hay que verlo todo, observarlo todo con absoluta imparcialidad.» E imagínese, abro el periódico y comienzo a leer, para descubrir que todo eran calumnias, mentiras, y todo dicho tan crudamente...

—Yo leo muy rara vez la prensa rusa —observó la señora Luzhin—. Mi madre, por ejemplo, recibe un periódico que llega desde Servia, creo.

Librodot

—Es una conspiración —continuó la dama—, sólo encuentra uno insultos, y nadie se atreve a pronunciar una palabra en nuestro favor.

—En serio, hablemos de otra cosa —propuso la señora Luzhin fríamente—. No sé expresarme, soy muy torpe para hablar de estos asuntos, pero tengo la impresión de que está usted equivocada. Ahora bien, si quisiera hablar con mis padres algún día... (Y al decir esto, la señora Luzhin se imaginó, no sin cierto placer, los ojos desorbitados y los gritos estridentes de su madre.)

—Bueno, usted es todavía muy joven. —La dama sonrió con indulgencia—. Cuénteme qué hace usted, qué hace su marido, a qué se dedica.

—Antes jugaba al ajedrez. Fue un jugador notable. Pero acabó por abusar de sus fuerzas, y ahora descansa. Por favor, no le hable nada sobre ajedrez.

—Sí, sí, ya sé que es jugador de ajedrez —asintió la recién llegada—. Pero ¿es un reaccionario? ¿Un partidario de la guardia blanca?

—La verdad, no lo sé. —La señora Luzhin se echó a reír.

—He oído una o dos cosas sobre él —prosiguió la recién llegada—. Cuando su maman me dijo que se había usted casado con un tal Luzhin me imaginé de inmediato que era él. Yo tenía una buena amiga en Leningrado, quien me dijo, con un orgullo muy ingenuo, sabe usted, que había sido ella la que enseñó a jugar ajedrez a su pequeño sobrino, el cual llegó a ser un notable...

En ese punto de la conversación se oyó un extraño ruido procedente en la habitación contigua, como si alguien hubiera tropezado con algo y soltado un grito.

—Perdóneme un momento —dijo la señora Luzhin, saltando del sofá, y ya estaba a punto de cerrar la puerta que daba al salón, cuando cambió de opinión y salió por la que daba al vestíbulo. En el salón vio a un Luzhin completamente inesperado. Estaba en bata y zapatillas y tenía un pedazo de pan en la mano. Lo sorprendente, por supuesto, no era eso, sino la temblorosa excitación que deformaba su rostro; tenía los ojos muy abiertos y brillantes, la frente parecía más abultada, y la vena que la cruzaba más hinchada; cuando apareció su mujer, dio al principio la sensación de no advertir su presencia pues continuó mirando con la boca abierta en dirección al estudio. Un instante después pudo verse que se trataba de una excitación gozosa. Golpeteó alegremente los dientes frente a su mujer, y entonces describió pesadamente un círculo, casi derribando la palmera, perdió una zapatilla, que salió disparada como si fuera algo vivo hasta el comedor, donde humeaba una jarra de chocolate, y rápidamente corrió tras ella.

—Nada, nada —dijo Luzhin astutamente, y como un hombre que está a punto de revelar un secreto, se dio palmadas en las rodillas, y cerrando los ojos, empezó a menear la cabeza.

—Esa señora acaba de llegar de Rusia —contó su mujer, tanteando el terreno—. Conoce a una tía suya que.., bueno, a una tía suya.

—Excelente, excelente —dijo Luzhin, y soltó una inesperada carcajada.

«¿De qué estoy asustada?», pensó ella. «Sencillamente está contento, se ha despertado de buen humor, y quizá quiera...»

—¿Se trata de alguna broma, Luzhin?

—Sí, sí —repuso, y añadió, encontrando una salida—: Quería presentarme en bata.

—De modo que hoy está usted muy contento; me parece muy bien —dijo ella con una sonrisa—. Coma y vístase. Parece que esta mañana hace un poco más de calor. —Y dejando a su marido en el comedor, la señora Luzhin volvió rápidamente al estudio. Su visitante estaba sentada en el sofá hojeando uno de los prospectos de viaje.

—Oiga —dijo al ver aparecer a la señora Luzhin—, me parece que voy a aprovecharme de usted. Necesito comprar algunas cosas y no tengo la menor idea de cuáles son aquí las mejores tiendas. Ayer me pasé una hora entera frente a un escaparate, mirando y pensando que a lo mejor había mejores lugares. Y luego mi alemán no es suficiente...

Luzhin se quedó sentado en el comedor y continuó dándose palmadas en las rodillas de cuando en cuando. Realmente había algo que celebrar. Se le acababa de revelar, de improviso, la combinación que había estado tratando de descifrar desde la noche del baile, gracias a una frase casual que llegó volando desde el estudio. Durante esos primeros minutos sólo habla tenido tiempo de sentir el profundo deleite de ser un jugador de ajedrez, y el orgullo, el alivio y esa sensación fisiológica de armonía que los artistas conocen tan bien. Todavía hizo muchos movimientos más antes de advertir la verdadera naturaleza de su insólito descubrimiento, terminó de beber el chocolate, se afeitó, colocó sus gemelos en los puños de una camisa limpia. Y de pronto el deleite se evaporó y se sintió asaltado por otras sensaciones. Del mismo modo que una combinación, ideada por los jugadores de ajedrez, puede repetirse borrosamente sobre el tablero durante una partida real, así ahora la repetición consecutiva de un hábito familiar se percibía en su vida actual. Y tan pronto como pasó su inicial deleite por haber establecido el hecho real de una repetición, tan pronto como comenzó a examinar con cuidado su descubrimiento, Luzhin se estremeció. Con vaga admiración y vago horror observó cuan pasmosamente, con qué elegancia y flexibilidad, jugada tras jugada, se habían repetido las imágenes de su infancia (la casa de campo... la ciudad... la escuela... su tía...), pero no lograba comprender por qué esa repetición le inspiraba tanto temor a su alma. Sintió una punzada, una especie de enojo por haber pasado tanto tiempo sin lograr advertir la astuta secuencia de las jugadas, y al recordar alguna trivialidad (y había habido tantas, y a veces tan hábilmente presentadas, que la repetición casi quedaba oculta), Luzhin se indignó consigo mismo por no haber reflexionado lo suficiente, por no haber tomado la iniciativa y haber permitido, en cambio, con ciega confianza, que la combinación se fuera desarrollando. Se propuso ser más circunspecto, vigilar el ulterior desarrollo de aquellos movimientos, si es que volvían a repetirse, y, por supuesto, mantener su descubrimiento en secreto, y ser feliz, extraordinariamente feliz. Pero, a partir de ese día no habría descanso para él; debía, si era posible, idear una defensa contra esa pérfida combinación, liberarse de ella, y para esto tenía que prever un objetivo final, una dirección definitiva, lo que aún no parecía posible hacer. Y era tan alarmante la idea de que la repetición probablemente continuara, que sintió la tentación de detener el reloj de la vida, suspender para siempre la partida, permanecer inmóvil, y al mismo tiempo se dio cuenta de que continuaba existiendo, que una especie de preparativos se habían puesto en marcha, un desarrollo furtivo, y que él no tenía poder para detener ese movimiento.

Librodot

Tal vez su esposa habría notado antes el cambio que Luzhin había experimentado, una alegría fingida entre intervalos de tristeza, de haber estado más cerca de él esos días. Pero ocurrió que fue precisamente entonces cuando la inoportuna dama llegada de Rusia se aprovechó de ella, como se lo había anunciado, y la obligó a pasar horas enteras caminando de tienda en tienda mientras se probaba, sin darse la menor prisa, sombreros, vestidos y zapatos y haciendo a los Luzhin prolongadas visitas. La dama continuó repitiendo que en Europa no existía teatro y pronunciando Leningrado (en vez de Petersburgo) con fría deliberación, y por alguna razón la señora Luzhin se apiadó de ella, la acompañó a conocer los cafés, y le compró a su hijo, un muchachito gordo y sombrío, carente del don de la palabra en presencia de extraños, juguetes que él aceptó con temor, tras lo cual su madre afirmó que no había en Berlín nada que le gustara, que lo único que deseaba era volver al lado de sus compañeros «pioneros». También visitó a los padres de la señora Luzhin, pero, por desgracia, la conversación sobre política no tuvo lugar; recordaron a algunos antiguos conocidos, mientras Luzhin silenciosa y concentradamente alimentaba con chocolates al pequeño Iván, e Iván silenciosa y concentradamente los comía y luego su rostro adquirió un color púrpura y tuvo que ser sacado con toda rapidez de la habitación. Entretanto el tiempo se hizo más templado, y la señora Luzhin le dijo a su marido que una vez que aquella desdichada mujer con su desdichado hijo e impresentable marido se marcharan, ellos irían el primer día, sin aplazarlo más, al cementerio, y Luzhin asintió con una dócil sonrisa. Abandonó la máquina de escribir, la geografía y el dibujo, porque ya sabía que todo eso formaba parte de la combinación, era una complicada repetición de todas las jugadas hechas durante su infancia. Fueron unos días ridículos; la señora Luzhin pensaba que no atendía lo suficiente los estados de ánimo de su marido, sentía que algo escapaba a su control, y, sin embargo, continuó escuchando cortésmente la cháchara de la recién llegada, y traduciendo sus exigencias a los dependientes de las tiendas, lo que era especialmente desagradable cuando un par de zapatos que ya había usado una vez resultaban inservibles, y ella tenía que acompañarla a la zapatería, donde la dama, con el rostro congestionado, insultaba a la empresa en ruso y exigía que le cambiaran los zapatos, y luego ella tenía que suavizar considerablemente sus expresiones en la versión alemana. La noche anterior a su partida, se presentó, con el pequeño Iván, para despedirse. Dejó a Iván en el estudio y pasó al dormitorio con la señora Luzhin, quien por centésima vez le mostró su guardarropa. Iván se sentó en el diván, y comenzó a rascarse una rodilla, tratando de no mirar a Luzhin, quien, a su vez, no sabía dónde fijar la mirada y pensaba cómo entretener a aquella fofa criatura.

—¡El teléfono! —exclamó Luzhin por fin en voz muy alta, y señalándolo con el dedo comenzó a reír con calculado asombro. Pero Iván, después de mirar lúgubremente en la dirección indicada por el dedo de Luzhin, desvió la mirada y dejó caer el labio inferior—. ¡Tren y precipicio! —intentó de nuevo Luzhin, levantando la otra mano y señalando su propio cuadro que pendía de la pared. La ventana izquierda de la nariz del chico dejó aparecer una gota reluciente; Iván la aspiró con fuerza y se quedó mirando apáticamente frente a sí—. ¡El autor de cierta comedia divina! —gritó Luzhin, levantando una mano hacia el busto de Dante. Silencio, y otra ligera aspiración nasal. Luzhin estaba ya cansado de hacer movimientos gimnásticos, por lo que

Librodot

también permaneció inmóvil. Empezó a preguntarse si habría algún caramelo en el comedor o si convendría poner en marcha el fonógrafo del salón, pero el pequeño sentado en el diván lo hipnotizaba con su sola presencia, y le hacía imposible abandonar la habitación. «Un juguete sería lo adecuado», se dijo, y miró su escritorio, midió el abridor de cartas contra la curiosidad del chico, y dedujo que su curiosidad no se excitaría con ese objeto y, desesperado, comenzó a rebuscar en sus bolsillos. Y una vez más, como en otras ocasiones, sintió que el bolsillo izquierdo, aunque vacío, guardaba misteriosamente un contenido intangible. Luzhin pensó que ese fenómeno podía interesar al pequeño Iván. Se sentó a su lado en el borde del sofá y le hizo un guiño—. ¡Exorcisando un truco! —anunció, y empezó por enseñarle que el bolsillo estaba vacío—. Este agujero no tiene ninguna relación con el truco —explicó. Con maligna apatía, Iván seguía sus movimientos—. Y, no obstante, aquí *hay* algo —continuó Luzhin con entusiasmo, volviendo a guiñar un ojo.

—Está dentro del forro —gruñó Iván, y encogiéndose de hombros se apartó de allí.

—¡Es cierto! —gritó Luzhin, fingiendo animación, e introdujo la mano en el agujero, sosteniendo con la otra mano la chaqueta por la parte exterior.

Comenzó a asomar una especie de borde rojo, y en seguida todo el objeto, algo que tenía la forma plana de una agenda con tapas de cuero. Luzhin lo miró con las cejas levantadas, le dio la vuelta, estiró una lengüeta y la abrió con la mayor cautela. No era una agenda, sino un tablero de ajedrez plegable, de tafilete. Luzhin recordó inmediatamente que se lo habían regalado en un club de París; a todos los participantes a un torneo les habían regalado ese juguete; era un objeto que servía de publicidad a una empresa y no meramente un recuerdo del club. Unos compartimientos laterales, a ambos lados del tablero, contenían pequeñas piezas de celuloide, parecidas a uñas, y cada una llevaba el dibujo de una figura de ajedrez. Se colocaban en el tablero introduciendo el extremo puntiagudo en una mínima hendidura que había en el borde inferior de cada casilla, de manera que el extremo superior, redondeado, de la pieza, con la figura dibujada, quedaba sujeto a su cuadrado. El efecto era muy elegante y preciso; uno no podía dejar de admirar el pequeño tablero rojo y blanco, las delicadas uñas de celuloide, y las letras doradas impresas en el borde horizontal del tablero y los números dorados en el borde vertical. Abriendo la boca por la satisfacción, Luzhin empezó a introducir las piezas, al principio fue sólo una hilera de peones en la segunda fila, pero luego cambió de opinión; con los dedos sacó de sus compartimientos las minúsculas figuras y las colocó en la posición que tenían cuando quedó interrumpida su partida con Turati. Esta colocación fue realizada de modo casi instantáneo, e inmediatamente se desvaneció todo el aspecto material de la cuestión: el tablero minúsculo que yacía abierto en la palma de su mano se hizo intangible e ingrávido, el tafilete se disolvió en una neblina rosada y lechosa y todo desapareció, salvo la posición del ajedrez, compleja, poderosa, cargada de extraordinarias posibilidades. Luzhin, con un dedo apretado contra la sien, estaba tan absorto en sus descubrimientos que no se dio cuenta de que el pequeño Iván, a falta de algo mejor que hacer, había bajado del diván y empezado a balancear el negro soporte de la lámpara, que se ladeó, y la luz se apagó. Luzhin volvió a la realidad en la más absoluta oscuridad y en los primeros momentos no supo dónde estaba ni qué pasaba a su alrededor.

Librodot

Una criatura invisible se movía y gruñía a su lado, y, de pronto, la pantalla anaranjada se volvió a iluminar con una luz transparente, y un niño pálido con la cabeza rapada estaba arrodillado, enderezando el cordón. Luzhin tuvo un sobresalto y cerró de golpe el tablero. Su terrible pequeño doble, el niño Luzhin, para quien había colocado las piezas de ajedrez, se arrastraba sobre la alfombra, de rodillas... Todo esto ya había sucedido antes... Una vez más había sido sorprendido, sin comprender realmente cómo iba a resultar en la práctica la repetición de un tema familiar. En el siguiente instante todo recuperó el equilibrio. Iván, resollando, volvió a sentarse en el diván; en la leve penumbra flotó el estudio de Luzhin, balanceándose suavemente; la agenda de tafilete yacía inocentemente sobre la alfombra; pero Luzhin sabía que todo eso era una trampa, la combinación no se había desarrollado por completo y no tardaría en manifestarse una repetición nueva y siniestra. Se agachó con rapidez y confió a su bolsillo el símbolo material de lo que tan voluptuosa y horriblemente había vuelto a poseer su imaginación, y se preguntó dónde podría haber un sitio seguro para esconderlo; pero en ese instante oyó voces, su mujer entró con la visitante, y ambas se dirigieron flotando hacia él, como envueltas en humo de cigarrillo.

—Iván, levántate, ya es hora de irnos. Sí, sí, querida, tengo aún mucho que empacar —comentó la dama, y luego se dirigió a Luzhin y empezó a despedirse—. Encantada de haberle conocido —dijo, y al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras pensaba: «¡Qué tontorrón, que tipo más raro!»—. He tenido mucho gusto. Ahora podré decirle a su tía que su pequeño jugador de ajedrez es un hombre hecho y derecho, y famoso.

—No deje de pasar a vernos en su viaje de regreso —interrumpió en voz alta la señora Luzhin, mirando con odio, por primera vez, a aquella mujer de labios sonrientes y ojos despiadadamente obtusos.

—Por supuesto. No necesito prometerlo. Iván, levántate y despídete. —Iván la obedeció con cierta desgana y todos se dirigieron al vestíbulo—. Siempre resulta difícil, aquí en Berlín, salir de alguna parte —dijo la visitante con ironía, al observar que la señora Luzhin tomaba las llaves de la consola.

—No, aquí tenemos ascensor —respondió incoherentemente la señora Luzhin, deseando con profunda impaciencia que aquella mujer se marchara de allí y haciéndole señas a Luzhin para que la ayudara a ponerse su abrigo de foca. Por suerte, la sirvienta apareció en aquel momento—. Adiós, adiós —dijo la anfitriona, de pie en el umbral de la puerta, mientras las visitas, acompañadas por la sirvienta, entraban en el ascensor. Por encima del hombro de su mujer, Luzhin vio a Iván trepar al pequeño banco, pero luego las puertas se cerraron, y el ascensor descendió por su jaula de hierro. La señora Luzhin corrió hacia el estudio y se tiró boca abajo en el diván. El se sentó a su lado, y comenzó con dificultad a elaborar, pegar y coser en su interior una sonrisa, preparándose para el momento en que su mujer se volviera hacia él. Su mujer le miró. La sonrisa resultó un éxito—. ¡Uf! —suspiró la señora Luzhin—, al fin nos hemos librado de ellos. —Y abrazando rápidamente a su marido, comenzó a besarlo, en el ojo derecho, luego en la barbilla, en la oreja izquierda, siguiendo estrictamente la secuencia que él había aprobado—. Bueno, ánimo, ánimo —repitió—. Esa mujer al fin se ha ido, ha desaparecido.

Librodot

—Ha desaparecido —dijo Luzhin, obedientemente, y con un suspiro besó la mano que le acariciaba el cuello.

—¡Qué ternura! —susurró su mujer—. ¡Ah, qué dulzura...!

A la hora de acostarse, ella fue a desnudarse, y Luzhin se paseó por las tres habitaciones, buscando un sitio donde esconder su ajedrez de bolsillo. Todos los lugares eran inseguros. Por las mañanas, la boca del voraz aspirador era capaz de invadir los sitios más inesperados. Es difícil, muy difícil, esconder una cosa, pues las otras cosas se muestran celosas y hostiles, se aferran firmemente a sus lugares y no permiten que un objeto sin hogar escape a su persecución y encuentre acomodo en alguna parte. Así pues, aquella noche no consiguió ocultar la agenda de tafilete, y por consiguiente decidió no ocultarla, sino simplemente deshacerse de ella, pero también esto resultó bastante difícil; así que permaneció en los forros de su ropa, y sólo varios meses después, cuando el peligro había pasado, encontraron una vez más el ajedrez en el bolsillo, pero entonces su origen resultó oscuro.

Librodot

XIV

La señora Luzhin tuvo que admitir que la visita de tres semanas de la dama rusa no había pasado sin dejar huella. Las opiniones de la visitante eran falsas y estúpidas, pero ¿cómo probarlo? La horrorizó el que en años recientes hubiera mostrado tan poco interés en la cultura del exilio, aceptando pasivamente los puntos de vista frivolos, barnizados, e impresos en oro de sus padres, sin prestar atención en los discursos que oía en los mítines políticos de los emigrados, a los que en una época habla sido obligado asistir. Se le ocurrió que quizá también Luzhin podía interesarse por las cuestiones políticas, que a lo mejor le apasionarían, como les ocurre a millones de personas inteligentes. Y una nueva ocupación para Luzhin era esencial. Se había vuelto extraño, habla reaparecido en él aquel anterior mal humor, y con frecuencia observaba en su mirada una especie de expresión huidiza, como si estuviera ocultando algo. Le preocupaba que no hubiera encontrado aún una afición que le resultara completamente absorbente, y se reprochaba a sí misma la estrechez de su visión mental, su incapacidad para encontrar la esfera, la idea, el objeto que pudiera proporcionar trabajo y alimento a los talentos inactivos de Luzhin. Sabía que tenía que darse prisa, que cada minuto desocupado en la vida de su marido era una grieta por donde podían colarse los fantasmas. Antes de partir rumbo a los países pintorescos era necesario encontrarle a Luzhin una actividad interesante, y sólo después recurrir al bálsamo del viaje, ese factor decisivo empleado por los millonarios románticos para curar su melancolía.

Comenzó con los periódicos. Se suscribió a *Znamia* (La Bandera), *Rosianin* (El Ruso), *Zarubeshny Golos* (La Voz del Exilio), *Obedinienie* (La Unión), y *Klich* (El Clarín), compró los últimos números de las revistas de la emigración, y, para poder comparar, revistas y periódicos soviéticos. Decidieron hacer todos los días, después de cenar, lecturas en voz alta. Al advertir que algunos diarios dedicaban una sección al ajedrez, se preguntó si debía procurar que aquellas informaciones no llegaran a su marido, pero temió insultar con ello a Luzhin. En una o dos ocasiones se publicaron antiguas partidas de éste como ejemplos de buen juego, lo cual era desagradable y peligroso. No podía ocultar los periódicos el día que publicaban selecciones de ajedrez, ya que Luzhin los coleccionaba para encuadernarlos después en grandes volúmenes. Cada vez que él abría un periódico donde aparecía algún oscuro problema de ajedrez, ella vigilaba la expresión de su rostro, pero él, al advertir aquella mirada, se limitaba a echar una ojeada rápida. Y ella no sabía con qué culpable impaciencia esperaba él los lunes y los jueves, que eran los días en que se publicaba la sección de ajedrez, como tampoco sabía con qué curiosidad repasaba y examinaba, cuando estaba solo, las partidas impresas. En el caso de los problemas de ajedrez, echaba una mirada de soslayo al diagrama y, abarcando con la mirada la disposición de las piezas, grababa al instante el problema en su memoria y después lo resolvía mentalmente mientras su mujer leía el editorial en voz alta.

—... Toda esta actividad se manifiesta en una transformación y un desarrollo fundamentales, destinados a asegurar... —leía su mujer con voz tranquila. («Una posición interesante», pensaba Luzhin. «La reina de las negras ha quedado enteramente libre»)- ... establece una clara distinción

entre sus intereses vitales, y tampoco sería superfluo señalar que el talón de Aquiles de esa mano punitiva... («Las negras tienen una defensa obvia contra la amenaza de h7», pensaba Luzhin, y sonrió de un modo mecánico cuando su mujer, interrumpiendo su lectura por un momento, dijo repentinamente en voz baja: «No entiendo a qué se refiere») ... si en este terreno, no se respeta nada... («¡Oh, espléndido!», exclamó mentalmente Luzhin al encontrar la solución del problema, un sacrificio endemoniadamente elegante...) y el desastre no se dejará esperar.

Con esas palabras concluyó su mujer la lectura del artículo, y suspiró. Sucedía que cuanto más leía los periódicos más se aburría, y una bruma de palabras y metáforas, de suposiciones y argumentos eran utilizados para oscurecer la clara verdad, que ella intuía, aunque fuera incapaz de expresarla. Pero cuando leía los periódicos del otro mundo, los periódicos soviéticos, su aburrimiento no conocía límites. De ellos se desprendía la frialdad de una contaduría sepulcral, el tedio típico de oficinas infestadas de moscas, y le recordaban de alguna manera los rasgos sin vida de cierto mínimo empleado en una de las dependencias que ella y Luzhin habían tenido que visitar en los días en que desfilaban de una oficina a otra en busca de algún insignificante documento. Aquel ínfimo funcionario, enclenque y testarudo, estaba siempre comiendo un bollo para diabéticos. Era posible que recibiera un salario miserable, que estuviera casado y tuviera un hijo con el cuerpo cubierto por una erupción. Concedía a aquel documento que no tenían y que necesitaban obtener una importancia cósmica; el mundo entero dependía de aquel pedazo de papel y se convertiría, sin remedio, en un montón de polvo si una persona se veía privada de él. Y eso no era todo: parecía que los Luzhin no podrían obtenerlo hasta que hubieran pasado períodos de tiempo monstruosos, milenios de desesperación y de vacío, y el único medio permitido para aliviar esa desdicha era escribir incesantes peticiones. El funcionario se enojaba con Luzhin por fumar en su oficina y en un momento de sobresalto éste se metió una colilla en un bolsillo. Por la ventana se podía ver una casa en construcción cubierta por andamios y una incesante lluvia; en un rincón de la habitación colgaba una chaqueta negra, que el funcionario cambiaba durante las horas de trabajo por una de lustrina, y su escritorio daba una impresión general de tinta violeta y de desesperación trascendental. Salieron de allí con las manos vacías, y ella tuvo la sensación de tener que luchar con una eternidad gris y ciega que, de alguna manera, ya la había vencido, rechazando desdeñosamente su tímido soborno terrenal, tres cigarros. En otra oficina les fue entregado inmediatamente aquel pedazo de papel. Más tarde, la señora Luzhin pensó, con horror, que aquel insignificante empleado que los había despedido, posiblemente se los imaginaba vagando como espectros inconsolables a través del vacío, y tal vez estaría esperando su regreso sumiso e implorante. Le resultaba oscuro determinar por qué era precisamente esa imagen la que flotaba ante ella cada vez que tomaba un periódico moscovita. La misma sensación de aburrimiento y piedad, tal vez, pero eso para ella no era suficiente, su mente no quedaba satisfecha; pero de pronto advirtió que también ella buscaba una fórmula, la encarnación oficial de sentimientos, y ése no era de ninguna manera su propósito. Su mente no podía comprender la complicada lucha entre las confusas opiniones expresadas por diversas publicaciones de la emigración. Esa diversidad de opiniones la desconcertaba, acostumbrada a suponer, por inercia, que

Librodot

quienes no pensaban como sus padres lo hacían como aquel cojo divertido que una vez había hablado de sociología a un grupo de alegres colegialas. Parecía percibir los más sutiles matices de opinión y la hostilidad más venenosa. Y si todo aquello resultaba demasiado complicado para su mente, su corazón empezó a captar una cosa con toda claridad: tanto allí como en Rusia había gente que torturaba o deseaba torturar a otra gente, pero en su país de origen la tortura y el deseo de torturar eran cien veces mayores que en Berlín, y por lo tanto en Berlín se estaba mejor.

Cuando le tocaba leer a Luzhin, ella elegía un artículo humorístico, o alguna narración breve y emotiva. Leía con un cómico tartamudeo, pronunciaba algunas palabras de modo extraño, y a veces pasaba por alto un punto o no llegaba a él, y subía o bajaba el tono sin ninguna razón lógica. No fue difícil para ella comprender que los periódicos no le interesaban; cuando emprendía una conversación sobre algún artículo que acababan de leer, él apresuradamente le daba la razón en todas sus conclusiones, y cuando, con el propósito de ponerlo a prueba, ella afirmaba que todos los periódicos de la emigración mentían, él también estaba de acuerdo.

Los periódicos eran una cosa; la gente, otra. Debía de ser interesante oír a esas personas. Se imaginó a gente de diversas tendencias, «un hatajo de intelectuales», según decía su madre, reunidos en su piso, y a Luzhin escuchando esas disputas de viva voz y entablando conversaciones sobre temas nuevos, y aunque no se entusiasmara precisamente, tal vez encontrara en ellas una diversión pasajera. De todas las amistades de su madre el más ilustrado y aún «izquierdista», como afirmaba su madre con cierta coquetería, era Oleg Sergueievich Smirnovski; pero cuando la señora Luzhin le pidió que llevara a su piso a algunas personas interesantes, liberales, que no sólo leyeran *La Bandera*, sino también *Unión* y *La Voz del Exilio*, Smirnovski le respondió que, como ella bien lo podría comprender, él no se movía en tales círculos y comenzó a censurar a quienes lo hacían; explicó que él sólo se movía en los círculos en los que era esencial moverse, y la cabeza de la señora Luzhin comenzó a dar vueltas como en un tiovivo del parque de atracciones. Después de aquel fracaso, comenzó a extraer de los diversos rincones de su memoria a personas a quienes había conocido alguna vez y que en esos momentos podían resultarle útiles. Recordó a una muchacha rus.a que se sentaba a su lado en la Escuela de Artes Aplicadas de Berlín, hija de un activista político del grupo democrático; se acordó de Alfiorov, quien había estado en todas partes y le encantaba contar cómo un viejo poeta había muerto en sus brazos; recordó a un pariente, al que no apreciaba nada, que trabajaba en las oficinas de un periódico liberal ruso, cuyo nombre era todas las noches guturalmente deformado por la gorda vendedora de periódicos de la esquina. Pensó en dos o tres personas más. También se le ocurrió que muchos intelectuales probablemente recordarían a Luzhin el escritor o habían conocido a Luzhin el ajedrecista y visitarían su casa con placer.

¿Y qué le importaba todo eso a Luzhin? La única cosa que en realidad le interesaba era el juego complejo e ingenioso en el que en otra época había estado inmerso. Impotente, tercamente, buscaba señales de la repetición de la jugada ajedrecística, preguntándose cuál sería su tendencia. Pero estar siempre en guardia, mantener la atención constantemente también le resultaba imposible: algo comenzaba a debilitarse en su interior; comenzaba a entusiasmarse con una partida publicada en el periódico para al poco rato

Librodot

advertir con desaliento que había vuelto a ser imprudente, y que en su vida acababa de realizarse una jugada delicada que continuaba sin piedad la combinación fatal. Decidía entonces redoblar la vigilancia, observar cada uno de los segundos de su vida, pues las trampas podían estar en cualquier lugar. Lo que más le oprimió era la imposibilidad de inventar un sistema de defensa racional, pues el objetivo de su oponente permanecía aún oculto.

Demasiado gordo y fofo para sus años, caminaba por entre la gente a la cual su esposa había invitado, trataba de encontrar un rincón tranquilo, y durante todo el tiempo no hacía más que mirar y escuchar en busca de una pista que le indicara el próximo movimiento, una continuación de ese juego que él no había inventado, pero que estaba dirigido con una fuerza terrible contra él. A veces sucedía que ese indicio se presentaba, algo se movía hacia adelante, pero eso no aclaraba el significado general de la combinación. Y era difícil hallar un lugar tranquilo, la gente le formulaba preguntas, que él tenía que repetirse varias veces antes de entender su significado y hallar una respuesta sencilla. En las tres habitaciones, vistas ya sin telescopio, había mucha luz, nadie se salvaba de las lámparas, y la gente se sentaba en el comedor, en las incómodas sillas del salón y en el diván del estudio. Un hombre que llevaba pantalones de franela clara se esforzó en varias ocasiones por sentarse sobre el escritorio, apartando, para sentirse más cómodo, la caja de pinturas y una pila de periódicos sin abrir. Un actor entrado en años con un rostro que sus muchos papeles habían transformado, un hombre melifluo de voz también meliflua (quien seguramente había desempeñado sus mejores actuaciones en zapatillas caseras, en papeles que exigieran gruñidos, quejidos, resacas imponentes y expresiones jugosas y extraordinarias) estaba sentado en el diván junto a la corpulenta esposa de ojos negros del periodista Bars, una ex actriz, y ambos rememoraban la época en que habían actuado juntos en una ciudad a orillas del Volga en el melodrama *Un sueño de amor*.

—¿Recuerdas el problema que tuve con el sombrero de copa y la elegancia con que lo resolví? —preguntó melifluamente el actor.

—Hubo ovaciones sin fin —dijo la dama de ojos negros—. Jamás podré olvidar las ovaciones que recibí esa noche.

De esa manera se interrumpían el uno al otro, cada cual ocupado con sus propios recuerdos. El hombre de pantalones claros le pidió por tercera vez a Luzhin, que estaba por completo abstraído, un cigarrillo. Era un joven e incipiente poeta, quien leía con fervor sus poemas, en tono de cantinela, moviendo ligeramente la cabeza y mirando hacia el infinito. Normalmente mantenía la cabeza alta, por lo que su nuez era muy visible. Se quedó sin obtener el cigarrillo, ya que Luzhin se dirigió como un sonámbulo hacia el salón, y el poeta, mirando con reverencia su gruesa nuca, pensó en lo extraordinario que era como jugador de ajedrez, y deseó que llegara el momento en que pudiera hablar con un Luzhin del todo recuperado de temas relacionados con el ajedrez, juego del que era un gran entusiasta, y entonces, al ver a la esposa de Luzhin a través de la puerta entreabierta, se preguntó si valdría la pena cortejarla. La señora Luzhin escuchaba sonriente al periodista Bars, alto y picado de viruelas, y pensaba en lo difícil que iba a resultar sentar a todos sus invitados alrededor de una mesa de té y si no sería mejor servirlo en el futuro en lugares donde se hallaran sentados. Bars hablaba con excesiva rapidez y siempre como si estuviera expresando una idea tortuosa con todas sus cláusulas e interpolaciones en el período de

Librodot

tiempo más breve posible, desmontando y reajustando todo, y si daba la casualidad de que sus oyentes le escucharan con atención, entonces empezaban a comprender poco a poco que aquel laberinto de veloces palabras iba revelando gradualmente una asombrosa armonía, y que el discurso en sí, con sus ocasionales e incorrectas construcciones, cambiaba de repente. Su estilo periodístico se transformaba, como si adquiriera su gracia y su nobleza de las ideas que expresaba. La señora Luzhin, al pasar junto a su marido, le puso en la mano un plato con una naranja hermosamente mondada, y siguió su camino hacia el estudio.

—Y hay que observar —dijo un hombre de aspecto común y corriente que había escuchado toda la disertación del periodista, y la había apreciado— que en la poesía de Tiutchev la noche es fresca y sus estrellas son redondas, húmedas y relucientes, y no sólo unos puntos brillantes en el firmamento.

No dijo más, ya que era, por lo general, hombre de pocas palabras, no tanto por modestia, sino al parecer por temor de derramar algo precioso que no era suyo pero que le habían confiado. A la señora Luzhin le resultaba muy simpático, precisamente por su sencillez, por la neutralidad de sus facciones, como si fuera el exterior de un recipiente que contenía algo tan precioso y sagrado que hubiera sido un sacrilegio pintar la arcilla. Se llamaba Petrov; nada notable se destacaba en él, no había escrito nada, y vivía como un mendigo, aunque jamás le hablaba de eso a nadie. Su única función en la vida consistía en llevar, con reverencia y concentración, aquello que le había sido confiado, algo que era necesario preservar a todo precio en todos sus detalles y toda su pureza, e incluso por esa razón caminaba con pasos cortos y cautelosos, procurando no tropezar con nadie, y sólo con muy poca frecuencia, cuando discernía en la persona con quien hablaba una solicitud afín, revelaba por un momento, del todo enorme que guardaba en su interior, un ligero mendrugo, tierno e inestimable, un verso de Pushkin, o el nombre campesino de una flor silvestre.

—Recuerdo al padre de nuestro anfitrión —dijo el periodista cuando la espalda de Luzhin desapareció en el comedor—. No se parecen, aunque hay algo semejante en la forma de los hombros. Era un alma buena, un hombre agradable, pero como escritor... ¿Cómo? ¿En verdad encuentra usted que esos cuentos para adolescentes, tan melosos...?

—Por favor, por favor, pasemos al comedor, se lo ruego —dijo la señora Luzhin, volviendo del estudio con tres invitados a quienes había encontrado allí—. El té está servido. Vengan, por favor.

Los que ya estaban en la mesa se habían sentado de un mismo lado, mientras que en el otro un solitario Luzhin, con la cabeza hoscamente baja, masticaba un gajo de naranja y revolvía el té de su taza. Allí estaba Alfiorov con su mujer; había también una joven, brillantemente maquillada, que dibujaba maravillosos pájaros de fuego, y un joven calvo que, en broma, se llamaba a sí mismo obrero de la prensa, pero que secretamente soñaba con convertirse en dirigente político, y dos mujeres, ambas viudas de abogados. También estaba sentado a la mesa el delicioso Vasili Vasilievich, tímido, majestuoso, puro de corazón, con una barba rubia y zapatos de fieltro propios de un anciano. Durante el zarismo había sido desterrado a Siberia y luego al extranjero, de donde volvió en 1917 a tiempo para dar un vistazo a la revolución antes de ser nuevamente desterrado, en esa ocasión por los bolcheviques. Hablaba con honestidad de su trabajo clandestino, sobre

Kautski y Ginebra, y era incapaz de mirar a la señora Luzhin sin emoción, pues en ella encontraba un parecido con las doncellas idealistas de ojos claros que habían trabajado con él por el bien de su pueblo.

Como sucede siempre en esas reuniones, cuando todos los invitados se sentaron a la mesa se hizo el silencio. Un silencio tan denso, que la respiración de la sirvienta era claramente audible mientras servía el té. La señora Luzhin se descubrió varias veces abrigando el imposible deseo de preguntar a la sirvienta por qué respiraba tan fuerte, y si no podía hacerlo con más suavidad. Por lo general, aquella rechoncha campesina no era demasiado eficiente; sobre todo en las llamadas telefónicas era un desastre. Mientras oía la jadeante respiración, la señora Luzhin recordó brevemente que la sirvienta le había informado, riéndose: «Llamó un tal señor Fa... Fel... Felty... Sí, Felty. Aquí escribí su número.» La señora Luzhin llamó a aquel número, pero una voz cortante le respondió que llamaba a la oficina de una empresa cinematográfica, y que allí no había ningún señor Felty. Una especie de tonto embrollo. Iba a comenzar a criticar a las sirvientas alemanas, a fin de romper el silencio de su vecino, cuando advirtió que ya se había iniciado una conversación, que estaban hablando de una nueva novela. Bars afirmaba que se trataba de un estilo sutil y elaboradamente escrito, y que cada palabra revelaba una noche de insomnio; una voz femenina dijo:

—Oh, no; se deja leer muy fácilmente.

Petrov se inclinó sobre la señora Luzhin y le susurró una frase de Zhukovski:

—«Aquello que se escribió con esfuerzo se lee con facilidad.»

Y el poeta, interrumpiendo a alguien, y arrastrando con vehemencia las erres, gritó que Zhukovski era un loro sin cerebro. Vasili Vasilievich, que no había leído la novela, hizo un movimiento con la cabeza lleno de reproches. Cuando todos se encontraban ya en el vestíbulo, y cada uno se despedía de los demás en una especie de ensayo general, ya que todos volverían a despedirse en la calle, a pesar de que todos irían en la misma dirección, el actor se dio una palmada en la frente.

—Casi se me olvida, querida —le dijo a la señora Luzhin, estrechándole la mano—. El otro día un hombre del mundo del cine me pidió su número de teléfono... —Fingió una actitud de sorpresa, y liberó la mano de la anfitriona—. ¡Cómo! ¿No sabía que trabajo en el cine, ahora? Oh, sí, sí. Papeles importantes con primeros planos.

En ese momento, el poeta le empujó con el hombro y por eso la señora Luzhin no se enteró de quién hablaba el actor.

Los invitados se marcharon. Luzhin estaba sentado de lado ante la mesa sobre la cual, inmovilizados en varias posiciones, como los personajes en la escena final de *El inspector*, de Gogol, estaban los restos del refrigerio, vasos vacíos o a medio terminar. Una de sus manos yacía pesadamente sobre el mantel. Por debajo de unos párpados semicerrados, otra vez hinchados, miraba el extremo negro de una cerilla. Su amplio rostro con blandos pliegues en torno a la nariz y la boca relucía ligeramente, y en sus mejillas los pelos, afeitados sin cesar y sin cesar brotados, parecían dorados a la luz de la lámpara. Su traje gris oscuro, suave al tacto, le envolvía más estrechamente que antes, aunque había sido confeccionado con mucha holgura. Luzhin permanecía inmóvil. Los platos de cristal con bombones resplandecían; una cucharilla yacía sobre el mantel, lejos de cualquier taza o

Librodot

bandeja, y, por alguna razón, un pequeño buñuelo de crema, que no parecía especialmente apetitoso, pero que en verdad era muy bueno, había permanecido intacto. «¿Qué le ocurre?», pensó la señora Luzhin, mirando a su marido. «¡Dios mío!, ¿qué le ocurre?» Y tuvo una dolorosa sensación de desaliento e impotencia, como si hubiera aceptado un trabajo demasiado difícil. Todo era inútil; no valía la pena intentarlo, ni pensar en divertirlo, ni invitar a gente interesante. Trató de imaginarse cómo podría pasear a este Luzhin, ciego y huraño otra vez, por la Riviera, y todo lo que pudo imaginarse fue a Luzhin sentado en una habitación con la vista fija en el suelo. Con la desagradable sensación de mirar a través del ojo de la cerradura del destino, se inclinó para ver su futuro, diez, veinte, treinta años, todo igual, sin cambios, el mismo Luzhin hosco y encorvado, y a su alrededor silencio e impotencia. ¡Pensamientos malvados e indignos! Su alma se irguió de inmediato una vez más y a su alrededor vio las imágenes y las preocupaciones familiares: era hora de acostarse, sería mejor no comprar el pastel en el mismo sitio la próxima vez, qué simpático era Petrov, mañana por la mañana deberían ocuparse de los pasaportes, el viaje al cementerio se había vuelto a posponer. Nada podía ser más simple, o al menos así lo parecía, que tomar un taxi y dirigirse a los suburbios de la ciudad, al diminuto cementerio ruso, con su franja de tierra baldía. Pero .nunca podían ir, o a Luzhin le dolían las muelas, o se presentaba el asunto de los pasaportes, o cualquier otra cosa, mezquinos, imperceptibles, obstáculos. Y cuántas preocupaciones se presentarían en esos días... Luzhin tenía que ver al dentista sin demora.

—¿Le ha vuelto el dolor? —preguntó, poniendo una mano sobre la de Luzhin.

—Sí, sí —dijo, y torció la cara, ahuecó una de las mejillas con un chasquido. Había inventado días atrás ese dolor de muelas para justificar su abatimiento y su silencio.

—Mañana llamaré al dentista.

—No es necesario —murmuró él—. Por favor, no es necesario.

Le temblaban los labios; estuvo a punto de echarse a llorar, todo se le había vuelto tan aterrorizador...

—¿Que no es necesario? —preguntó ella tiernamente. Luzhin meneó la cabeza y, por si las dudas, volvió a ahuecar la mejilla—. ¿No es necesario ir al dentista? Claro que sí, Luzhin; sin falta le acompañaré al dentista. Estas cosas no deben descuidarse. —Luzhin se levantó de su silla y, llevándose la mano a la mejilla, se retiró a su dormitorio—. Le daré una tableta —dijo ella—; eso es lo que haré.

La tableta no produjo efecto. Luzhin permaneció despierto largo tiempo después que su esposa se durmiera... En realidad, eran las horas de la noche, las horas de insomnio en la seguridad del dormitorio cerrado, las únicas en las que podía pensar sin temor de perder una nueva jugada de la monstruosa combinación. De noche, sobre todo si yacía sin moverse y con los ojos cerrados, no podía ocurrir nada. Cuidadosamente, y con toda la frialdad de que era capaz, Luzhin repasaba las jugadas ya emprendidas contra él, pero tan pronto como empezaba a tratar de adivinar las formas que tomaría la inminente repetición del esquema de su pasado, se confundía y alarmaba ante la inconcebible e inevitable catástrofe que se iba acercando a él con despiadada precisión. Esa noche, más que nunca, sintió su impotencia frente a aquel lento y elegante ataque y trató de no dormir, de

Librodot

prolongar todo lo que le fuera posible la noche, la oscuridad silenciosa, de detener el tiempo en la medianoche... Su mujer dormía en absoluto silencio; casi como si no estuviera allí. Sólo el tictac del pequeño reloj de la mesita de noche probaba que el tiempo seguía corriendo. Luzhin oyó esos pequeños latidos y se perdió de nuevo en sus pensamientos, y luego se sobresaltó al advertir que el reloj se había detenido. Le pareció que la noche se había detenido para siempre, ningún ruido indicaba su paso; el tiempo había muerto, todo iba bien, todo era un silencio aterciopelado. El sueño se aprovechó imperceptiblemente de esa felicidad y ese alivio, pero el sueño no le reportó ningún descanso, pues soñó con sesenta y cuatro escaques, un tablero gigantesco en cuyo centro, temblando y completamente desnudo, estaba Luzhin, del tamaño de un peón, que miraba las vagas posiciones de unas piezas enormes, megacefálicas, con coronas o crines.

Despertó cuando su mujer, ya vestida, se inclinó sobre él y le besó el entrecejo.

—Buenos días, querido Luzhin —dijo—. Son ya las diez de la mañana. ¿Qué haremos hoy: el dentista o nuestros visados? —Luzhin la miró con ojos brillantes y distraídos e inmediatamente volvió a bajar los párpados—. ¿Y quién olvidó darle cuerda a este reloj anoche? —dijo su mujer riendo y pellizcando afectuosamente la abundante carne blancuzca de su cuello—. Si por usted fuera, se pasaría toda la vida durmiendo.

Inclinó la cabeza hacia un lado, mirando el perfil de su marido, rodeado de los pliegues de la almohada, y al advertir que se había vuelto a quedar dormido, sonrió y abandonó la habitación. En el estudio se detuvo frente a la ventana, contempló el cielo de un azul verdoso, invernal, despejado de nubes, y pensó que posiblemente haría frío, y que Luzhin debía ponerse su chaqueta de lana. Sonó el teléfono en el escritorio; pensó que sería su madre que querría saber si irían a comer a su casa.

—¡Diga! —dijo la señora Luzhin, y se acomodó en el brazo del sillón.

—¡Aló, aló! —gritó una voz desconocida a través del teléfono, excitada y grosera.

—Sí, sí, le escucho —dijo la señora Luzhin, y se sentó correctamente en el sillón.

—¿Quién es usted? —interrogó una voz destemplada en alemán con acento ruso.

—¿Quién habla? —preguntó la señora Luzhin.

—¿Está el señor Luzhin en casa? —preguntó a su vez la voz en ruso.

—*Kto govorit*? ¿Quién habla? —repitió la señora Luzhin con una sonrisa. Se hizo el silencio. La voz debía de estar debatiéndose consigo misma si debía descubrirse o no.

—Quiero hablar con el señor Luzhin —comenzó de nuevo, volviendo al alemán—. Se trata de un asunto urgente e importante.

—Un momento —dijo la señora Luzhin, y recorrió la habitación una o dos veces antes de volver a ponerse al teléfono—. Está aún durmiendo, pero si gusta dejarle un mensaje...

—Oh, esto es muy desalentador —dijo la voz, adoptando finalmente el ruso—. Esta es la segunda vez que llamo. La última vez dejé mi número telefónico. El asunto es extremadamente importante para él y no admite demoras.

—Soy su esposa —dijo la señora Luzhin—. Si necesita usted algo...

Librodot

—Mucho gusto en conocerla —interrumpió la voz enérgicamente—. Mi nombre es Valentinov. Seguramente su esposo le ha hablado de mí. Esta es la cuestión, dígale a su marido cuando despierte que tome inmediatamente un taxi y venga a verme. Empresa Cinematográfica Veritas, Rabenstrasse 82. Es un asunto muy urgente y muy importante para él —continuó la voz, conectando de nuevo con el alemán, fuera por la importancia del asunto, o porque el dar las señas en alemán le había llevado a la lengua correspondiente.

La señora Luzhin fingió anotar la dirección, y luego dijo:

—Tal vez sea mejor que me diga de qué se trata.

—Soy un viejo amigo de su esposo —dijo la voz con una vibración desagradable—. Cada segundo es precioso. Le espero hoy a las doce en punto. Dígaselo, por favor. Cada segundo...

—Muy bien —asintió la señora Luzhin—; se lo diré; sólo que no sé; tal vez hoy no sea un día conveniente para él.

—Sencillamente murmure usted en su oído: Valentinov te espera —dijo la voz soltando una risita, luego entonó un «adiós», en alemán, y luego desapareció tras el clic telefónico.

Durante algunos minutos la señora Luzhin permaneció sentada, pensando y luego se calificó de estúpida. Tendría que haber explicado desde el primer momento que Luzhin ya no jugaba al ajedrez. Valentinov... Sólo ahora recordó la tarjeta de visita que había encontrado en el sombrero de copa. Valentinov, por supuesto, estaba relacionado con su marido a través del ajedrez. Luzhin no tenía ningún otro conocido. Jamás le había oído mencionar a un solo amigo. El tono de aquel hombre era completamente imposible. Ella debió de haberle exigido una explicación del asunto. ¿Qué debía hacer en esa situación? ¿Preguntarle a Luzhin? No. ¿Quién era Valentinov? Un viejo amigo. Gralski dijo que le habían preguntado... Ah, muy sencillo. Fue al dormitorio, se aseguró de que Luzhin todavía dormía; por lo general dormía profundamente por las mañanas, y volvió al teléfono. Por suerte el actor estaba en casa, e inmediatamente se lanzó a hacerle una larga relación de todas las acciones frivolas o mezquinas que en un momento u otro había cometido la dama con quien había estado conversando en la reunión. La señora Luzhin le escuchó con impaciencia, y luego le preguntó quién era Valentinov.

—Ah, sí —dijo-; ¿ve usted lo olvidadizo que me he vuelto? La vida me resulta imposible sin apuntador.

Finalmente, después de hacerle un informe detallado de sus relaciones con Valentinov, mencionó de paso que, según la versión de Valentinov, éste había sido el padre de Luzhin en el ajedrez, por así decirlo, y había hecho de él un gran jugador. Luego el actor volvió a la actriz de la noche anterior y después de mencionar una de sus últimas mezquindades, empezó a despedirse volublemente de la señora Luzhin. Sus últimas palabras fueron: «Le beso la palma de su pequeña mano.»

—¡Así que se trata de eso! —dijo la señora Luzhin, colgando el auricular—. Muy bien. —Recordó que había mencionado el nombre de Valentinov una o dos veces en la conversación telefónica, y que su marido podía haberlo escuchado en el caso de haber salido del dormitorio al vestíbulo. El corazón le dio un salto, y salió corriendo a comprobar si estaba durmiendo. Estaba despierto, y fumaba en la cama—. No iremos a ninguna parte esta mañana —anunció—, de todos modos, se nos ha hecho ya

Librodot

demasiado tarde, y vamos a ir a almorzar a casa de mamá. Quédese en cama un poco más, es bueno para su gordura.

Cerró firmemente la puerta del dormitorio y después la del estudio, buscó rápidamente el número de Veritas en el listín telefónico, escuchó para saber si Luzhin estaba cerca y luego llamó. Resultó que no era nada fácil comunicarse con Valentinov. Tres diferentes personas tomaron sucesivamente el teléfono y le anunciaron que la comunicarían en un momento, luego la telefonista cortó la comunicación y hubo que empezar de nuevo. Al mismo tiempo intentaba hablar con voz muy queda, y era necesario repetir cada frase, lo que le resultó muy desagradable. Al final una voz desteñida y gastada le informó con desánimo que Valentinov no estaba allí, pero que con toda seguridad regresaría a las doce y media. Pidió que le informaran que Luzhin no podría visitarle porque estaba muy enfermo, seguiría enfermo durante mucho tiempo, y deseaba que no le volvieran a molestar. Al colgar el auricular volvió a escuchar en derredor suyo, y al oír tan sólo los latidos de su corazón lanzó un gran suspiro de alivio. Había despachado a Valentinov. Gracias a Dios que había tomado ella el teléfono. Ahora esa cuestión estaba resuelta. Y muy pronto saldrían de viaje. Tenía aún que llamar a su madre y al dentista. Pero Valentinov estaba liquidado. ¡Qué nombre tan empalagoso! Durante un minuto se quedó pensativa, realizando durante ese minuto, como a veces sucede, un largo y pausado viaje: partió hacia el pasado de Luzhin, arrastrando a Valentinov con ella, y se lo imaginó, a juzgar por la voz, como un hombre de piernas largas, gafas de montura de carey, y mientras viajaba a través de la niebla, buscaba un sitio donde pudiera deshacerse de aquel repulsivo Valentinov, pero no podía encontrar ninguno, porque era muy poco, casi nada, lo que sabía de la juventud de Luzhin. Al esforzarse por adentrarse aún más, hasta las profundidades, pasó frente a un balneario semiespectral con su hotel semiespectral, en el que el chico prodigio de catorce años había residido, y se encontró a sí misma en la infancia de Luzhin, donde el aire era de algún modo más brillante, pero también era incapaz de hacer encajar allí a Valentinov. Entonces volvió, con su carga cada vez más detestable, y aquí y allá en la niebla de la juventud de Luzhin había islas: sus salidas al extranjero para jugar al ajedrez, la compra de unas tarjetas postales en Palermo, su aceptación de una tarjeta de visita con un nombre misterioso grabado en ella... Se vio obligada a volver a casa con el sofocado y triunfante Valentinov y devolverlo a la empresa Veritas, como un paquete certificado que se ha remitido a una dirección no localizada. Había que dejarlo allí, pues, desconocido, pero indudablemente peligroso, con su terrible apodo de «padre en el ajedrez».

Durante el trayecto a casa de sus padres, caminando del brazo de Luzhin a lo largo de la calle soleada y con algún polvo de escarcha, dijo que debían partir en una semana como máximo, pero que antes, sin falta, debían visitar la tumba abandonada. Luego trazó su programa de la semana: pasaportes, dentista, compras, una fiesta de despedida y, el viernes, el viaje al cementerio. Hacía frío en el piso de su madre, no tanto como un mes atrás, pero de cualquier manera hacía frío, y su madre se mantenía envuelta en un notable chai que tenía un estampado de peonías entre un espeso follaje, crispando los hombros como si tuviera escalofríos. Su padre llegó durante la comida y pidió un vodka mientras se frotaba las manos con crujidos secos. Y por primera vez advirtió la tristeza y el vacío existente en

Librodot

aquellas habitaciones resonantes, y se dio cuenta de que la jovialidad de su padre era tan forzada como la sonrisa de su madre, y de que ambos eran viejos, estaban solos, no les agradaba Luzhin y trataban de no referirse al próximo viaje del joven matrimonio. Se acordó de todas las cosas terribles que habían dicho sobre su prometido, las advertencias siniestras, y el grito de su madre: «¡Te despedazará; te quemará en el horno!» Y el resultado final había sido algo muy tranquilo y melancólico, y todos sonreían como si estuvieran muertos, las campesinas falsamente garbosas de los cuadros, los espejos ovales, el samovar berlinés, las cuatro personas sentadas a la mesa.

«Una pausa», pensaba Luzhin ese día. «Una pausa, pero con ocultos preparativos. Quieren tomarme por sorpresa. Atención, atención, debo concentrarme y permanecer en guardia.»

En los últimos días todos sus pensamientos habían girado en torno al ajedrez, pero aún se resistía (se había prohibido pensar de nuevo en el interrumpido juego con Turati y no abrió los amados ejemplares del periódico); no obstante, sólo era capaz de pensar en imágenes de ajedrez, y su mente funcionaba como si estuviera sentado ante un tablero. A veces, en su sueño, le juraba al médico de los ojos verde ágata que no jugaría al ajedrez; simplemente había colocado una vez las piezas en un tablero de bolsillo, y había echado una mirada a una que otra partida reproducida en los periódicos, sólo por no tener nada que hacer. Y ni siquiera aquello había sido por culpa suya, sino que representaba una serie de jugadas de la combinación personal que repetía con gran habilidad un tema enigmático. Era difícil, extremadamente difícil, prever cuál sería la próxima jugada, pero era sólo cuestión de esperar un poco más y todo se aclararía, y tal vez podría encontrar una defensa...

Pero el siguiente movimiento fue preparado muy lentamente. La pausa continuó durante dos o tres días: Luzhin se fotografió para el pasaporte, y el fotógrafo le tomó de la barbilla, le ladeó ligeramente la cara, le pidió que abriera mucho la boca y le perforó un diente con un tenso zumbido. El zumbido cesó, el dentista buscó algo en un estante de cristal, lo encontró; selló el pasaporte de Luzhin y escribió algo con rápidos movimientos de la pluma.

—Aquí lo tiene —dijo, entregándole un documento donde había dibujadas dos hileras de dientes; dos de ellos marcados con pequeñas cruces de tinta. No había nada sospechoso en todo esto, y la astuta tregua continuó hasta el jueves. Y el jueves, Luzhin lo comprendió todo.

Ya el día anterior había pensado un interesante recurso, un recurso con el que podía, tal vez, frustrar los proyectos de su astuto adversario. Su proyecto consistía en cometer por propia voluntad un acto absurdo e inesperado que estuviera fuera del orden sistemático de vida, y de esa manera confundir la secuencia de jugadas tramadas por su contrincante. Era una defensa experimental, una defensa, podríamos decir, hecha al azar, pero Luzhin, enloquecido de terror ante la inevitabilidad del próximo movimiento, no pudo encontrar nada mejor. De tal manera que el jueves por la tarde, cuando acompañaba a su mujer y a su suegra a hacer algunas compras, se detuvo de pronto y exclamó:

—El dentista; me he olvidado del dentista.

—No diga tonterías, Luzhin —dijo su esposa—; ayer nos aseguró que ya había terminado.

—Me molesta —dijo Luzhin, y levantó un dedo—. Dijo que si sentía alguna molestia debería verle a las cuatro en punto. Y siento molestias, y faltan sólo diez minutos para las cuatro.

—Se ha equivocado usted —dijo su esposa—; pero, por supuesto, debe ir si tiene dolor. Vaya después a casa, yo llegaré a eso de las seis.

—Venid a cenar a casa —dijo la madre con voz suplicante.

—No es posible; tenemos invitados esta noche —respondió la señora Luzhin-; gente que no es de tu agrado.

Luzhin agitó el bastón en señal de despedida y subió a un taxi, encorvando la espalda. «Una pequeña maniobra», dijo para sí; rió entre dientes, y, como sentía calor, se desabrochó el abrigo. Hizo detener el coche en la primera esquina, pagó, y se encaminó lentamente hacia su casa. De pronto tuvo la sensación de que ya había hecho todo eso, y se sintió tan asustado que entró en el local comercial más próximo, decidido a confundir al enemigo con una nueva sorpresa. El lugar resultó ser una peluquería, por cierto, de señoras. Luzhin miró a su alrededor, se detuvo y una mujer sonriente le preguntó qué deseaba. «Comprar», dijo Luzhin, sin dejar de mirar a su alrededor. En ese instante se fijó en un busto de cera y lo señaló con su bastón (una jugada inesperada, una espléndida jugada).

—No está a la venta —le explicó la empleada.

—Veinte marcos —dijo Luzhin, y sacó la cartera de su bolsillo.

—¿Quiere comprar ese maniquí? —preguntó la mujer con incredulidad, y alguien más se acercó.

—Sí —contestó Luzhin y empezó a examinar el rostro de cera. «Cuidado», murmuró para sí; «puedo caer en una trampa.» La mirada de la mujer de cera, su rosada nariz, todo eso había también ocurrido antes—. Era sólo una broma —dijo; y abandonó a toda prisa la peluquería. Se sintió absurdamente turbado y aceleró el paso. «A casa, a casa», murmuraba. «Allí podré combinarlo todo de la manera debida.» Al acercarse al edificio, se fijó en una gran limusina negra, resplandeciente, detenida frente a la entrada. Un caballero con bombín le preguntaba algo al portero. Este, al ver que se acercaba Luzhin, le señaló y exclamó con brusquedad:

—¡Aquí está!

El caballero se volvió. Un poco más moreno, lo que hacia resaltar el blanco de sus ojos, vestido con la elegancia de siempre, enfundado en un abrigo con cuello de piel negra y una bufanda de seda blanca, Valentinov se dirigió a Luzhin con una sonrisa encantadora, iluminándole con esa linterna, y a la luz que se reflejó en Luzhin, Valentinov vio su rostro grueso y pálido y sus nerviosos párpados, y al siguiente momento ese rostro había perdido toda expresión, y la mano que Valentinov tuvo entre las suyas era del todo inerte.

—Mi querido muchacho —dijo el radiante Valentinov—. Qué feliz me siento de verte. Me dijeron que estabas en cama, enfermo, mi querido amigo. Pero debe de haber sido un error... —Y al poner énfasis en la sílaba «rror», Valentinov frunció sus labios rojos y húmedos y entrecerró tiernamente los ojos—. Sin embargo, dejaremos los elogios para después —dijo, interrumpiéndose, y se encasquetó con fuerza el sombrero—. Vamonos; se trata de un asunto de excepcional importancia; cualquier demora nos podría resultar fatal.

Abrió la puerta del coche, pasó después el brazo sobre la espalda de Luzhin y pareció levantarlo del suelo y depositarlo en el interior, y luego se

Librodot

desplomó a su lado, en el asiento amplio y mullido. En el asiento plegable, frente a Luzhin, había un hombre de cara amarillenta y nariz puntiaguda, con el cuello del abrigo levantado. En cuanto se instaló y pudo cruzar las piernas, Valentinov reanudó una conversación con aquel hombre, una conversación que parecía haber interrumpido en una coma y que de pronto adquirió una velocidad que parecía corresponder a la aceleración del automóvil. Le regañó cáustica y exhaustivamente, sin poner ninguna atención en la presencia de Luzhin, que permanecía sentado como una estatua que hubiera sido apoyada cuidadosamente contra algo. Se sentía paralizado por completo y oía la voz de Valentinov remota y ahogada como a través de un grueso cortinaje. Para el individuo de la nariz puntiaguda no era una voz grave, sino un torrente de palabras muy hirientes e injuriosas; pero la fuerza estaba del lado de Valentinov, y el insultado sólo suspiraba y adoptaba una actitud miserable, y frotaba una mancha de grasa de su estrecho abrigo negro. De cuando en cuando, después de alguna palabra de especial virulencia, arqueaba las cejas y observaba a Valentinov, pero la centelleante mirada de éste le resultaba intolerable, así que en seguida cerraba los ojos y movía la cabeza. La reprimenda continuó hasta el mismo final del viaje, cuando Valentinov, con suaves modales, sacó a Luzhin del coche y él mismo salió dando un portazo a sus espaldas; el abrumado hombrecillo siguió sentado en el interior y el automóvil se lo llevó, y aunque para entonces todo el sitio quedaba a su disposición, él permanecía acurrucado en el pequeño asiento plegable. Luzhin, entre tanto, fijó su inmóvil e inexpresiva mirada en una placa blanca con una inscripción negra, Veritas, pero Valentinov le arrastró a otro lugar y le depositó en un sillón aún más amplio y mullido que el asiento del coche. En ese momento, una voz agitada llamó a Valentinov, quien, tras colocar una caja de cigarros abierta en el estrecho campo de visión de Luzhin, se disculpó y desapareció. Su voz continuaba vibrando en la habitación, y para Luzhin, que emergía muy poco a poco de su asombro, empezó gradualmente a transformarse en una imagen cautivadora. Al sonido de esa voz, a la música del maligno hechizo del tablero de ajedrez, Luzhin recordó, con la exquisita y húmeda melancolía característica de los recuerdos amorosos, las mil partidas que había jugado en el pasado. No supo cuál de ellas elegir para saciarse de ella, entre lágrimas; todo atraía y acariciaba su fantasía, así que voló de una partida a otra, repasando en un instante esta o aquella emocionante combinación. Había combinaciones puras y armoniosas donde el pensamiento ascendía por escaleras de mármol hasta la victoria; había tiernos movimientos en una esquina del tablero, y una apasionada explosión, y las músicas acompañaban a la reina cuando se dirigía a su predestinado sacrificio... Todo era maravilloso, todos los matices del amor, todas las evoluciones y sendas misteriosas que había elegido. Y ese amor era fatal.

La clave había aparecido. El objetivo del ataque era muy claro. Por una implacable repetición de movimientos, le conducía una vez más a aquella misma pasión que destruiría el sueño de la vida. Destrucción, horror, locura...

—¡Oh, no! —exclamó Luzhin en voz alta y trató de levantarse. Pero era gordo y estaba débil, y el sillón que lo aprisionaba no quería soltarlo. Y, además, ¿qué podía hacer ya en aquellos momentos? Su defensa, estaba demostrado, había sido equivocada. El adversario había previsto su error, y

Librodot

el implacable movimiento, preparado desde hacía muchísimo tiempo, había sido efectuado. Luzhin gimió, se aclaró la garganta y miró con desesperación en derredor suyo. Frente a él había una mesa redonda cubierta por álbumes, revistas, páginas en blanco y fotografías de mujeres aterrorizadas y hombres de mirada feroz. Una de estas fotos era la de un hombre de cara blanca, facciones sin vida y grandes gafas de estilo norteamericano, colgado del alero de un rascacielos, a punto de caer al abismo. Y de nuevo le llegó el sonido de aquella voz insoportablemente familiar. Con el propósito de no perder tiempo, Valentinov había empezado a hablarle a Luzhin desde el otro lado de la puerta, y cuando ésta se abrió, continuó el discurso ya comenzado:

—... filmando una nueva película. El guión es mío. Imagine, querido muchacho, a una joven bella y apasionada, en el compartimiento de un tren expreso. En una de las estaciones sube un joven. De buena familia. La noche desciende sobre el tren. Ella se queda dormida y durante el sueño separa las piernas. Una criatura gloriosa. El joven, ya conoce usted el tipo, rebosante de vida, pero absolutamente casto, empieza literalmente a perder la cabeza. En una especie de trance, se lanza sobre ella. —Y Valentinov, levantándose de un salto, simuló respirar con fuerza y abalanzarse sobre alguien—. Huele su perfume, su ropa interior de encaje, su espléndido cuerpo joven... Ella se despierta, le rechaza, grita. —Valentinov se llevó un puño a la boca y desorbitó los ojos—. Entran a la carrera el revisor y algunos pasajeros. El joven es juzgado y condenado a prisión. Su madre, una dama de edad avanzada, visita a la joven y le suplica que salve a su hijo. ¡Qué drama, el de la muchacha! La cuestión es que desde el primer momento, allí en el expreso, se ha enamorado de él, la pasión la devora, y él, a causa de ella... Ya se habrá dado cuenta de dónde reside el conflicto... a causa de ella ha sido condenado a trabajos forzados. —Valentinov respiró profundamente y luego continuó con un poco más de calma—: Luego sigue su huida. Sus aventuras. Cambia de nombre y se convierte en un famoso jugador de ajedrez, y ahí es precisamente donde, mi querido muchacho, necesito su ayuda. He tenido una idea brillante. Quiero filmar una especie de torneo real, donde jugadores reales de ajedrez se enfrenten a mi protagonista. Turati ya ha aceptado, y también Moser. Ahora me es necesario el gran maestro Luzhin... Me imagino —continuó Valentinov, después de una breve pausa, durante la cual contempló la cara absolutamente impasible de Luzhin—, me imagino que usted accederá. Tiene una gran deuda conmigo. Recibirá cierta suma por su breve aparición. El maestro recordará que cuando su padre le abandonó a la merced del destino, me porté con generosidad: Pensé entonces que eso no tenía importancia, que éramos amigos y que ya arreglaríamos cuentas en el futuro. Sigo pensando de esa manera.

En aquel momento la puerta se abrió con estrépito, y un caballero de cabellos rizados, sin chaqueta, gritó en alemán, con una súplica en la voz:

—Por favor, doctor Valentinov, se trata sólo de un minuto.

—Excúseme, querido muchacho —dijo Valentinov, y se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar a ella dio media vuelta, rebuscó en su billetera y tiró sobre la mesa, frente a Luzhin, un pedazo de papel—. Acabo de componerlo —dijo—. Puede resolverlo mientras espera. Estaré de regreso en diez minutos.

Desapareció. Luzhin cautelosamente levantó los párpados. Recogió con un ademán mecánico el pedazo de papel. Un recorte de una revista de

ajedrez, el diagrama de un problema. Jaque mate en tres jugadas, compuesto por el doctor Valentinov. Un problema pensado fría y astutamente; conociendo a Valentinov, Luzhin encontró la solución en un instante. En aquel sutil problema, Luzhin vio con claridad toda la perfidia de su autor. De las abundantes y confusas palabras recién pronunciadas por Valentinov, él sólo comprendía una cosa: no había película, la película era sólo un pretexto... una trampa, una trampa... Querían inducirlo a jugar al ajedrez; la siguiente jugada estaba muy clara. Pero esa jugada no se llevaría a cabo.

Luzhin hizo un tremendo esfuerzo y, abriendo la boca do-lorosamente, se libró al fin de su sillón. Le dominaba la urgencia de moverse. Jugando con su bastón, y haciendo chasquear los dedos de su mano libre, salió al corredor y empezó a caminar al azar, hasta que llegó a un patio y de allí salió a la calle. Un tranvía con un número familiar se detuvo frente a él. Subió y se sentó, pero inmediatamente volvió a levantarse, y moviendo los hombros con exageración, agarrándose de las correas de cuero, se trasladó a otro asiento junto a la ventana. El tranvía estaba vacío. Le dio un marco al conductor y movió la cabeza con energía, rechazando el cambio. Le era imposible quedarse quieto. Volvió a levantarse, casi se cayó al tomar una curva el tranvía, y se sentó más cerca de la puerta. Pero tampoco allí pudo permanecer sentado, y cuando de pronto el coche se llenó con una horda de colegiales, una docena de ancianas y una cincuentena de hombres gordos, Luzhin continuó yendo de un lado a otro, pisando a la gente, hasta que al fin se abrió paso a codazos hasta la plataforma. Al vislumbrar su casa, bajó del tranvía en movimiento; el asfalto resbaló bajo su tacón izquierdo, le golpeó la espalda, y su bastón, después de haberse enredado entre sus piernas, saltó de repente, como un muelle roto, voló por el aire y aterrizó a su lado. Dos mujeres se le acercaron corriendo y le ayudaron a ponerse en pie. Luzhin comenzó a sacudir el polvo de su abrigo con la palma de la mano, se puso el sombrero y, sin mirar hacia atrás, entró en el edificio. El ascensor estaba averiado, pero Luzhin no se quejó. Su sed de movimiento no estaba aún saciada. Empezó a subir las escaleras y como vivía en un piso muy alto la ascensión continuó durante un buen rato; parecía que estaba subiendo por un rascacielos. Finalmente, llegó al último piso, respiró profundamente, metió la llave en la cerradura y se introdujo en el vestíbulo. Su mujer le salió al encuentro desde el estudio. Tenía el rostro enrojecido y sus ojos brillaban.

—¡Luzhin! —exclamó—, ¿dónde ha estado? —El se quitó el abrigo, lo colgó, lo pasó a otra percha, y quiso ganar aún más tiempo, pero su esposa se le acercó, y tras describir un arco alrededor de ella, Luzhin entró en el estudio seguido por su mujer—. Quiero que me diga dónde ha estado. ¿Por qué tiene las manos en ese estado? ¡Luzhin! —El paseó por el estudio, carraspeó, se dirigió hacia el dormitorio, y allí empezó a lavarse las manos en una gran jofaina verde y blanca decorada con hiedra—. ¡Luzhin! —gritó desesperadamente su esposa—. Sé que no fue al consultorio del dentista. Acabo de hablar con él. Bueno, diga algo.

Una vez que se hubo secado las manos con una toalla, Luzhin se puso a caminar de un lado al otro por el dormitorio, con la mirada ausente y sin expresión, y luego volvió al estudio. Ella le sujetó por un hombro, pero él, en vez de detenerse, siguió hacia la ventana, hizo la cortina a un lado, mi

rando las múltiples luces que se deslizaban por el abismo azul de la noche, movió los labios como si masticara algo y se alejó de nuevo. Y en ese

momento se inició un extraño paseo: Luzhin caminaba de un extremo al otro de las tres habitaciones contiguas, como si tuviera un objetivo definido, y su mujer caminaba a su lado, o se sentaba y le miraba con desesperación; a veces Luzhin salía al pasillo, echaba una ojeada a las habitaciones cuyas ventanas daban al patio, y volvía a reaparecer en el estudio. Durante algunos minutos ella pensó que tal vez se trataba de una de las extrañas bromas de su marido, pero el rostro de Luzhin tenía una expresión que nunca había visto antes, una expresión..., ¿solemne, quizá...?, difícil de definir con palabras. Bastaba contemplar su cara para sentir una oleada de inexplicable horror. Mientras tanto él, carraspeando y respirando con dificultades, continuaba aún su marcha por las habitaciones con paso regular.

—¡Por el amor de Dios, siéntese, Luzhin! —dijo en voz baja, sin apartar de él la mirada—. Venga, tenemos que hablar de algunas cosas, Luzhin, le he comprado un maletín. ¡Siéntese, se lo ruego! ¡Se va a morir si sigue tan agitado! Mañana tenemos que ir al cementerio. Un maletín de cocodrilo. ¡Luzhin, por favor!

Pero él seguía deambulando y sólo reducía su paso al llegar a las ventanas; levantaba entonces la mano, parecía cambiar de idea y reanudaba su recorrido. La mesa del comedor estaba preparada para ocho personas. Ella recordó que los invitados debían estar a punto de llegar; era demasiado tarde para telefonearles... y en casa, ¡qué situación!

—¡Luzhin! —gritó—, los invitados llegarán de un momento a otro. No sé qué hacer... Dígame algo. Tal vez ha tenido un accidente, tal vez se ha encontrado con algún conocido desagradable... Dígamelo, se lo ruego. Me es imposible suplicarle más.

Y de improviso Luzhin se detuvo. Fue como si el mundo entero se hubiese detenido. Ocurrió en el salón, junto al fonógrafo.

—¡Deténgase! —dijo ella suavemente y estalló en lágrimas. Luzhin comenzó a extraer cosas de sus bolsillos, primero una estilográfica, después un pañuelo arrugado, luego otro pañuelo muy bien doblado, que ella le había dado por la mañana; sacó a continuación una pitillera, con una troika grabada en la tapa (regalo de su suegra), y un paquete de cigarrillos sueltos, algo maltratados; sacó con especial cuidado la cartera y el reloj de oro (regalo de su suegro). También apareció entre esas cosas un hueso de melocotón de tamaño regular. Luzhin colocó todos esos objetos en el armario del fonógrafo, y se cercioró de que no faltara nada.

—Me parece que eso es todo —dijo, y se abotonó la chaqueta a la altura del estómago. Su mujer levantó el rostro cubierto de lágrimas y contempló con sorpresa la pequeña colección de objetos depositados por Luzhin.

Este se acercó a su mujer y le hizo una pequeña reverencia.

Ella desvió la mirada hacia su rostro, esperando vagamente ver la maliciosa y familiar sonrisa oblicua. Y en efecto la vio. Luzhin le sonreía.

—Es la única salida —dijo—. Tengo que abandonar el juego.

—¿El juego? ¿Vamos a jugar a algo? —preguntó ella con ternura, y al mismo tiempo pensó que debía empolvarse la cara. Los invitados estaban a punto de llegar.

Luzhin le tendió la mano. Ella dejó caer el pañuelo sobre la falda, y rápidamente le adelantó unos dedos.

Librodot

—Fue muy agradable —dijo él, y le besó una mano; después la otra, como ella le había enseñado.

—¿Qué es esto, Luzhin? Se diría que se está despidiendo.

—Sí, sí —respondió él, con fingida distracción. Luego dio la vuelta y caminó hacia el pasillo. En ese momento sonó el timbre, la inocente llamada de un invitado puntual. Ella alcanzó a su marido en el pasillo y le tomó de la manga. Luzhin se detuvo sin saber qué decir, mirándole las piernas. La sirvienta salió corriendo desde el otro extremo, y como el corredor era bastante estrecho, tuvo lugar una repentina, pequeña colisión. Luzhin retrocedió ligeramente, y luego dio unos pasos hacia adelante; su mujer también se movió, primero en una dirección y luego en otra, alisándose inconscientemente los cabellos, y la sirvienta, murmurando algo con la cabeza baja, trató de encontrar un hueco por donde introducirse. Cuando Luzhin consiguió zafarse, desapareció tras la cortina que dividía el pasillo del vestíbulo, hizo una segunda reverencia y abrió con rapidez la puerta junto a la que se encontraba. Su esposa asió el tirador de la puerta que él estaba cerrando ya a sus espaldas; Luzhin insistió en cerrar y ella sujetó con más fuerza, riendo convulsivamente y tratando de meter la rodilla por el espacio, aún bastante amplio, entre la puerta y su marco. Pero en ese momento Luzhin se apoyó con todo su peso, y la puerta se cerró. Se oyó el clic del cerrojo y la llave dio dos vueltas en la cerradura. Mientras tanto, el vestíbulo se pobló de voces; alguien resoplaba y alguien saludaba a otra persona.

Lo primero que Luzhin hizo después de cerrar la puerta con llave fue encender la luz. Una bañera esmaltada apareció, con radiante blancura, junto a la pared izquierda. De la derecha pendía un dibujo a lápiz: un cubo proyectando su sombra. En el extremo opuesto, debajo de la ventana, había una pequeña cómoda. La parte inferior de la ventana era de cristal biselado opaco, con reflejos azules. En la parte superior, un rectángulo negro de luz brillaba como un espejo negro. Luzhin tiró del marco inferior, pero algún desperfecto debía existir, pues no pudo abrirlo. Se quedó pensativo por un momento, luego cogió una silla que había junto a la bañera, y desde la silla blanca y resistente miró la escarcha sólida de la ventana. Finalmente, tomó una decisión. Cogió la silla por las patas y asestó un golpe al cristal, usando uno de los bordes como ariete. Algo crujió, volvió a golpear, y, de pronto, en el cristal mate apareció un agujero negro, en forma de estrella. Hubo un minuto de expectante silencio. Muy abajo, algo tintineó suavemente y se desintegró. En un intento de ampliar el agujero, Luzhin volvió a golpear y un trozo de cristal se hizo añicos a sus pies. Se escucharon voces detrás de la puerta. Alguien la golpeaba con sus nudillos. Alguien le llamaba a gritos por su nombre y patronímico. Luego hubo un silencio y la voz de su esposa le llegó con absoluta claridad:

—¡Querido Luzhin, abra por favor!

Conteniendo su pesada respiración, Luzhin puso la silla en el suelo y trató de tirarse por la ventana. Grandes agujas y pedazos de cristal se adherían aún al marco. Algo le pinchó el cuello, y retiró con toda rapidez la cabeza. No, no podía pasar. Descargaron un puñetazo contra la puerta. Las voces de dos hombres se enzarzaron en una discusión, y el susurro de su mujer se introdujo en la confusión. Luzhin decidió no romper más cristales, no quería hacer más ruido. Levantó la mirada hacia el marco superior de la ventana. ¿Cómo alcanzarlo? Tratando de no hacer ningún ruido y de no romper nada, empezó a desalojar las cosas de la cómoda; un espejo, una

botella, un vaso. Lo hizo todo lenta y minuciosamente; era inútil que el barullo que había del otro lado de la puerta intentara meterle prisa. Quitó el tapete y trató de subirse a la cómoda; le llegaba a la cintura, y al principio le resultó difícil lograrlo. Sintió calor y se despojó de la chaqueta, y entonces advirtió que sus manos sangraban y que había manchas rojas en la pechera de la camisa. Por fin logró subirse a la cómoda, que crujió bajo su peso. Alargó la mano hacia el marco superior de la ventana, sintiendo que los golpes y los gritos eran cada vez más fuertes y que no podía hacer otra cosa más que apresurarse. Levantó una mano para empujar el marco y logró abrirlo. Un cielo negro. Desde fuera de esa fría oscuridad le llegó la voz de su mujer, que decía con voz suave:

—¡Luzhin, Luzhin!

Recordó que hacia la izquierda estaba la ventana de su dormitorio; de allí procedía el susurro. Entre tanto las voces y los golpes detrás de la puerta habían crecido en volumen. Debía de haber por lo menos unas veinte personas reunidas: Valentinov, Turati, el anciano caballero con el ramo de flores... jadeaban, gruñían, y pronto llegaron más, y todos juntos comenzaron a empujar la vacilante puerta. Sin embargo, el rectángulo de noche quedaba aún demasiado alto. Doblando una rodilla, Luzhin subió la silla a la cómoda. La silla era inestable y resultaba difícil mantener el equilibrio; con todo, Luzhin consiguió subirse a ella. Ahora podía apoyar fácilmente los codos en el borde inferior de la noche oscura. Era tan ruidosa su respiración, que se ensordecía a sí mismo. Los gritos que llegaban del otro lado de la puerta le parecían muy lejanos, pero, en cambio, la voz de la ventana del dormitorio era clara, estallaba con penetrante fuerza. Después de muchos esfuerzos se encontró en una extraña y mortificante posición: una pierna le colgaba hacia afuera, y no sabía dónde tenía la otra, mientras su cuerpo no podía pasar por allí de ninguna manera. La camisa se le había roto en el hombro; tenía la cara empapada. Agarrándose con una mano a algo que estaba por encima de él, logró hacer pasar su cuerpo por la ventana. Ahora ambas piernas estaban fuera. Sólo tenía que soltarse de donde estaba asido para salvarse. Antes de hacerlo, miró hacia abajo. Allá se hacían algunos preparativos apresurados. Los reflejos de la ventana se unían y tomaban cuerpo, el abismo parecía dividirse en cuadros oscuros y pálidos, y en el instante en que Luzhin soltó su mano, el instante en que un aire helado penetró a raudales en su boca, percibió claramente cómo era la eternidad que se abría, complaciente e inexorable, ante él.

Derribaron la puerta.

—¡Alexander Ivánovich! ¡Alexander Ivánovich! —gritaron varias voces.

Pero Alexander Ivánovich ya no existía.

FIN